LA GUERRILLA INVISIBLE

Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)

Ariel Hendler

A Yamila, la razón de mi vida

Para Alina y Pancho, porque son el futuro

La revolución no puede experimentarse como una privación presente que tenemos que soportar por la libertad y la felicidad de las generaciones futuras, sino como la urgencia actual sobre la cual esta felicidad y libertad futuras ya han proyectado su sombra. Allí ya somos libres mientras luchamos por la libertad, ya somos felices al luchar por la felicidad, no importa cuán difíciles sean las circunstancias.

Slavoj Zizek

Era un viento fuerte de hombres y mujeres
que asolaba mi tierra hacía polvo
cosa de ver volar los tigres
oír los pájaros mugiendo
nadie sabía del amor adónde
detendrá sus carreras fantásticas
el loco del animal repartía pasiones
como quien dice puñaladas
y levantando las sábanas de los fantasmas
decidido a husmearles verles todo
hacía su política distribuía
sus guerrillas agitaba

Alberto Szpunberg

Índice

Agradecimientos

Agradezco especialmente a los protagonistas de este libro, a sus familiares y amigos; también a los testigos —a veces involuntarios— y hasta a algunos adversarios de quienes protagonizaron esta parte de la historia nacional y que concedieron, gentilmente, sus testimonios: Rosa Irma Acuña, Mónica Aguirre, Jorge Anzorreguy, Néstor Bercovich, Miguel Ángel de Boer, Jorge Borean, María Branda, Marcelo Brodsky, Sergio Bufano, Ciro Bustos, Roberto Cabiche, Beatriz Cabot, Dardo Castro, Daniel Cecchini, Horacio Cerrato, Eva Choclin, Juan Carlos Cibelli, José Company Céspedes, Alberto Durante, Luis de Echeandía, Jorge Luis Fernández, Carlos Flaskamp, Edgardo Frola, Fernando Fuentes, Oscar González, Nilda Jelenic, Héctor Jouvé, Eduardo Jozami, Carlos Malter Terrada, Alejandra Melul, Raúl Monsegur, Norberto Negro, Miguel Ángel de Nichilo, Osvaldo Pagnutti, Ana María Papiol, Jorge Horacio Pérez, Hugo Pomata, Ana del Pozo, Ricardo Raineri, Sergio Rodríguez, Judith Said, Norma Salas, Daniel de Santis, Arnaldo Schneider, Enrique Sokolowicz, Alberto Szpunberg, Adriana Taboada, Juan Carlos Tedesco, Ramón Torres Molina y Ricardo Yacomini. También, a quienes testimoniaron y aparecen en el libro con sus apodos o nombres de guerra: *Agustín, Andrés, Ebe, el Gaita*, *Lola*, *Marcos, Martín*, *Mateo*, *la Negra, Roque*. Desde luego, hago llegar también mi reconocimiento a quienes se negaron a aparecer en el texto pero que brindaron, igualmente, una información muy valiosa.

A Stella Grenat y Gabriel Rot, pioneros en estudiar a las FAL, porque lo que pudo convertirse en rivalidad devino en una relación de camaradería, colaboración mutua y constante intercambio de información; a los historiadores Omar Acha, Laura Pasquali, Pablo Pozzi (que me reveló sin darse cuenta el vínculo con *El cónsul honorario*, de Graham Greene) y Ernesto Salas; a Gustavo Plis-Sterenberg; a Juan Yofre, por su archivo y sus contactos con funcionarios de la ex Cámara Federal en lo Penal de la Nación. A Sofía Caravelos, Lucía Corsiglia y Carolina Kot.

A los Juzgados Federales en lo Penal y Correccional Nº 1 de San Isidro y Nº 2 de San Martín, que desarchivaron sus viejos y kilométricos expedientes sobre FAL. Al Archivo Nacional de la Memoria (Secretaría de Derechos Humanos de la Nación), que los digitalizó; al equipo de abogados de los familiares de desaparecidos del Centro Clandestino de Detención Campo de Mayo ("Comisión Campo de Mayo"); al Archivo y Centro de Documentación de la Comisión Provincial por la Memoria (provincia de Buenos Aires) y en especial a Laura Lenci, su coordinadora, por facilitar el acceso a los documentos de la ex

Dirección de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires (DIPBA). A la Biblioteca Utopía del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini; al Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI); al Archivo del diario *Clarín* y a su jefe, Agustín Maurin, y a la Fototeca de **ARGRA**.

Agradezco, asimismo, a Rogelio García Lupo y Diana Paris, por creer en este libro; a Ana Silvia Galán, por su edición meticulosa e inteligente, y a Soledad di Luca, por su dedicación.

INTRODUCCIÓN

El motivo de que este libro haya visto la luz reside, en principio, en la comprobación de una carencia. Es fácil constatar que en la bibliografía ya abundante sobre la historia argentina reciente —la que se refiere al periodo histórico que va de 1955 a 1976—, las Fuerzas Argentinas de Liberación han sido casi ignoradas. Si bien es posible encontrar en unos cuantos libros publicados algunas menciones dispersas de su existencia, por lo general aparecen camufladas en medio de enumeraciones más o menos vagas de siglas de organizaciones armadas: *ERP, Montoneros, FAR, FAP, FAL,* etc. Suele ocurrir que "FAL" sea la última antes del "etcétera". Pero la información sobre esta organización escasea hasta casi el grado cero. Tampoco entre los mejor informados, los estudiosos, suele haber conocimiento sobre las FAL; ni siquiera sobre el significado preciso de la sigla (¿Fuerzas Argentinas o Fuerzas Armadas?) y, menos aún, sobre quiénes eran y por qué hechos históricos debieran ser recordados. Contestar estas preguntas fue el punto de partida para una búsqueda que llevó tres años, y es la razón de ser de este libro.

La búsqueda en internet resultó igualmente infructuosa; pero al menos exiistía un ensayo de la historiadora Stella Grenat, en el que aparecía un solo nombre propio: Juan Carlos Cibelli, y un par de páginas más en las que el mismo nombre propio aparecía vinculado con algún movimiento social, un número telefónico o una dirección de e-mail. La primera búsqueda tomó varios días o semanas, de un teléfono a otro y de una dirección electrónica a otra hasta que, finalmente, una mañana de febrero de 2007, se concretó la primera conversación con Cibelli, a sus casi setenta años. Su testimonio fue el primer hilo de la madeja de la cual se podía tirar. De allí surgieron nuevas fuentes y testimonios que, a su vez, también trajeron otros, hasta sumar una cantidad considerable de entrevistas personales realizadas en Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba y Tafí Viejo, y otras hechas por e-mail en otros puntos del país o en el exterior.

Este libro es, por lo tanto y en primer lugar, una recopilación de numerosas historias parciales, complementada con la información que brindan los pocos documentos internos de las FAL que llegaron hasta nuestros días; causas judiciales, informes de inteligencia —que nunca alcanzarán el conocimiento de los propios protagonistas—, noticias en diarios viejos y algunos papeles personales. Por estos medios se pudo llegar a una respuesta más o menos coherente, aunque siempre provisoria, siempre perfectible, de quiénes eran las FAL y en qué episodios históricos estuvieron involucrados. Hechos desconocidos u olvidados, que jamás alcanzaron el honor de ser incluidos en el relato de aquello que suele llamarse, con dudosa precisión, "los años setenta"; relato que suele estructurarse alrededor de las dos o tres organizaciones más importantes y de una cronología de episodios más o menos bien conocida: "*Cordobazo", Aramburu, Garín, Trelew, Ezeiza, Rucci, Comando de Sanidad, 1º de Mayo de 1974, el capitán Viola, el comisario Villar, Monte Chingolo.* El problema es que así suprime buena parte de la complejidad y riqueza de ese periodo histórico, y se limita su estudio y su conocimiento a una serie de hitos.

Entonces, ¿quiénes eran las FAL y qué hechos protagonizaron? ¿Y por qué el silencio y el olvido en torno a ellos? ¿Cómo se explica su invisibilidad absoluta en lo que se conoce hasta ahora como la historia reciente de la Argentina? Son las preguntas que este libro intenta responder, muy tímidamente. Pero, lejos de toda pretensión teórica o interpretativa, la prioridad de esta investigación es aportar al conocimiento de aquellos años una buena cantidad de capítulos y episodios borrados de la memoria colectiva. Entre ellos, se pueden mencionar, muy someramente, el robo cinematográfico del arsenal del Instituto Geográfico Militar, en 1962; la incursión de un comando guerrillero hasta el corazón de Campo de Mayo, en 1969; o el secuestro del cónsul paraguayo Waldemar Sánchez durante la Semana Santa de 1970, hecho que inspiró una novela universalmente conocida de Graham Greene, *El cónsul honorario*, que luego se convirtió en una película de Hollywood. Paradójicamente, son obras leídas o vistas por miles o millones de personas que, incluso en la Argentina, jamás escucharon hablar de las FAL.

La trayectoria de la "L" —como también se la solía llamar— atraviesa una década y media de historia argentina, desde principios de los 60 hasta mediados de los 70, y abarca por lo menos tres generaciones de militantes: los que se rebelaron durante el gobierno de Arturo Frondizi contra su universidad "libre" y su plan Conintes (Plan de Conmoción Interna del Estado), como Cibelli; los que resistieron la dictadura de la Revolución Argentina, y los que nacieron a la vida política hacia 1973. Durante esos años, en las FAL confluyeron

diversos grupos políticos de izquierda sin pertenencia orgánica, o desprendidos de partidos más grandes. A todos ellos, sus convicciones revolucionarias y las circunstancias políticas e históricas que vivieron (con sus dictaduras, proscripciones y gobiernos títere) los llevaron a ver en la lucha armada la única vía posible de acción sobre la realidad. Después, cuando tal vez ya era demasiado tarde para volver atrás, persistieron en ella hasta que nuevas circunstancias históricas y políticas los destruyeron y despedazaron, también por la fuerza.

Otra de las particularidades del caso es que estos grupos confluyeron apenas en un año —1970— en la organización que se dio en llamar FAL. Antes, eran la expresión de una gran diversidad de idearios políticos y de trayectorias; después, funcionaron como columnas autónomas e independientes entre sí, aunque mantuvieron la sigla madre para confusión de los historiadores y de los servicios de inteligencia. Así surgieron FAL Che, FAL 22 de Agosto, FAL América en Armas, FAL Inti Peredo. A esta dispersión se debe, entre otros motivos, la ausencia de una historia orgánica y única de la organización, como las que suelen existir sobre cualquier núcleo político mucho más pequeño pero sólido, con su órgano prensa partidaria y sus documentos guardados prolijamente en colecciones. Nada de ello se visualiza en el caso de las FAL, sino una profusión de versiones parciales y contradictorias: el gigantesco rompecabezas que aquí se intenta armar.

Es inevitable que en estas historias aparezca la actividad armada como un dato importante, casi fundamental, por el simple motivo de que fue la modalidad particular que adquirió la militancia más comprometida y radicalizada de ese tiempo histórico; no porque el imperativo de la acción haya prevalecido en sus protagonistas, anteponiéndolo al pensamiento político o al activismo en otros ámbitos, como el estudiantil o el gremial. El relato de estos hechos, que pueden llamarse de “violencia” —a veces más actuada que real—, o de “sangre”, establecen una diferencia muy clara entre este tipo de militancia y otras posibles, propias de otras épocas. Si ello es un dato fundamental de los testimonios, se debe a que su elección significó, para los protagonistas, una decisión vital que, multiplicada por miles de casos, fue la que marcó ese periodo histórico. Y debe ser entendida en ese contexto.

Ahora bien: lo que caracteriza la historia de las FAL es, precisamente, que siempre concibieron la lucha armada bajo dos formas excluyentes: por un lado, acciones de *propaganda armada*, es decir, hechos incruentos que debían servir para dar a conocer sus objetivos políticos; y por otro, operativos de *acumulación* de armamento y dinero. Por lo tanto, nunca —o casi nunca— llegaron a plantearse un escenario de enfrentamiento armado abierto y frontal tendiente a destruir al enemigo, porque siempre

—o casi siempre— entendieron que la guerra revolucionaria no podía ser iniciada por una élite político-militar, tal como postulaban las tesis *foquistas*; o sin que se sustentara en una insurrección popular generalizada, como proscribían las viejas ideas *insurreccionales*. Esta dosificación en el empleo de la violencia contribuyó —tal como se intenta mostrar en este libro— a que las FAL se vieran eclipsadas por otras organizaciones armadas cuyo discurso y cuya actividad concreta se acercaban a una noción de guerra sin cuartel contra el régimen, y que tal vez interpretaban mucho mejor el espíritu urgente y apasionado de esa época.

Esta es, entonces, la historia que se intenta reconstruir aquí. ¿Por qué es preferible decir que "se intenta" y no que "se consiguió" reconstruirla? Porque, por definición, los relatos orales y las fuentes documentales nunca serán suficientes; de modo que todavía quedan afuera muchas historias y versiones por contarse. Hasta sería posible, quién sabe, escribir otro libro, completamente distinto, con testimonios de los que aún no fueron entrevistados. De ahí, también, que este trabajo no pretenda ser una obra acabada y totalizadora sobre las FAL, sino apenas un intento por incorporarlas a nuestro campo visual.

Buenos Aires, octubre de 2010



PARTE I

Bombardean Buenos Aires
(1955)

Habla, memoria.

¿Por dónde empezar? ¿Por algunas imágenes en el orden azaroso —o no tanto— de la memoria? Un avión solitario sobrevuela el cielo de Buenos Aires, lo veo desde la ventana del viejo departamento de la calle Bernardo de Irigoyen. Algo cae lentamente, muy lentamente, como una bolsa. Pero no es una bolsa. La aviación aeronaval y la aeronáutica militar bombardean ese 16 de junio de 1955 y desde hace unas horas el centro de la ciudad. Por entonces, yo tenía diez años e hice mi primera experiencia, como espectador y víctima potencial de la política, por otros medios.

Elvia, la menor de mis primas, me retiró de la escuela de la calle Carlos Calvo, donde los maestros nos habían llevado a un aula de la planta baja en la que varios aún esperábamos que nos vinieran a buscar sin entender qué sucedía. Mi prima, muy asustada, contestó a mis preguntas diciendo que "los militares querían matar a Perón". En las pocas cuadras vacías que recorrimos hasta casa, la visión de un motociclista solitario de la Policía Federal remontando Bernardo de Irigoyen a contramano terminó de convencerme de que ese día pasaban cosas muy extrañas. Aún hoy, transcurridos más de 50 años, al rever imágenes de noticieros tomadas ese día, me llega una sensación familiar, como si ese avión solitario en la pantalla fuera el mismo que vi desde la ventana. ¿Cuántos jóvenes y niños, futuros ciudadanos —digo con ironía—, espectadores asustados entre muchos, ese día recibimos nuestro sorpresivo y no deseado bautismo de fuego? Los militares argentinos entraron como intrusos en nuestras vidas y no saldrían de ellas por demasiados años.

En mi familia eran peronistas, sentimentalmente algunos, convencidos otros. Ese día, un tío político, jardinero, que trabajaba en la Municipalidad de Béccar, donde además vivía, se las arregló para llegar a la Plaza de Mayo con la intención de dar la vida por Perón. Un primo mío sin parentesco directo con este personaje, obrero en una pequeña fábrica de estufas, según creo, saltó del camión donde gente de la CGT lo había subido, con la intención de no dar la vida por Perón.

Tema arduo el de la memoria. De todas maneras, si algo empezó alguna vez, diría que en mi barrio de infancia, Monserrat, y que haber visto a los diez años por la ventana de la cocina de mi casa el bombardeo a Plaza de Mayo, en junio de 1955, fue un hecho importante en el comienzo del comienzo.

Peralta,
El Bolsón, mayo de 2007

1. Hijos del garrote
(1955-1960)

El germen

Aunque no sea un hecho muy recordado, los bombardeos del 16 de junio de 1955 (1) incluyeron entre sus objetivos al Departamento Central de Policía, tal vez porque los marinos alzados contra Perón lo consideraban uno de los bastiones del poder justicialista. A sólo dos cuadras de allí, en Alsina y San José, funcionaba la sucursal 16 del Banco de la Provincia de Buenos Aires, y Juan Carlos Cibelli sintió los estruendos de la artillería aérea como si las bombas hubiesen explotado adentro mismo del banco. Cibelli, como tantos jóvenes de provincia, había llegado unos meses antes a Buenos Aires, a probar suerte, y de hecho trabajaba en ese banco desde hacía muy poco tiempo. Nacido y criado en Henry Bell, un pueblito vecino de Chivilcoy, todavía no había cumplido los 20 y ya era un hombre corpulento, de risa fácil y sonora, y muy miope, con dioptrías de 16 en un ojo y 17 en otro. Era hijo de un chacarero conservador y una maestra de escuela, y aunque no se hacía demasiadas ilusiones sobre las intenciones de los golpistas, tampoco vivió el quiebre institucional y la asunción posterior de Aramburu y Rojas como la peor de las tragedias.

Cibelli tenía bien fresco el recuerdo de la rutina por el duelo nacional obligatorio a raíz del fallecimiento de Evita, que había tenido que cumplir tres años antes, cuando era escolta de la bandera en la Escuela Normal Mixta de Chivilcoy, donde cursaba el Magisterio. Durante más de un mes, cada tarde, el abanderado, la escolta y algunos maestros debían marchar después de clase con el crespón negro sobre el guardapolvo blanco hasta la plaza principal, donde se había montado una escenografía de velorio sin ataúd. Allí se quedaban casi una hora en posición de firmes junto al retrato de la malograda Jefa Espiritual de la Nación, acompañando en el sentimiento al Intendente, al jefe del Partido Peronista, a la jefa de la Rama Femenina y al secretario regional de la CGT. El ritual tuvo las

consecuencias previsibles: “Me hice gorila para toda la vida”. Es que, si bien simpatizaba con las conquistas sociales de esa época, su naturaleza lo hacía rebelarse contra cualquier signo de autoritarismo, y en ese sentido el peronismo provinciano de Chivilcoy le resultaba simplemente cavernario.

En la pensión de la Avenida de Mayo al 1400, donde vivía, Juan Carlos tuvo los dos encuentros que determinaron su vida. Allí conoció a Rosa Irma Acuña, la cocinera casi diez años mayor que él con la que empezó a salir y de la que jamás se separó. Por otra parte, un compañero de cuarto, un taxista apodado Gaona, lo invitó a concurrir a unos cursos de formación política que organizaba el abogado Silvio Frondizi, intelectual marxista *por la libre* y autodidacta, fundador del Movimiento de Izquierda Revolucionaria Praxis, o MIR-Praxis, y hermano del máximo dirigente de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), Arturo Frondizi. Los conferencias se dictaban en el estudio jurídico de Silvio, en la zona de Tribunales, y contaban con un plantel de profesores altamente calificado que incluía al filósofo Eugenio Werden, especialista en Hegel y Marx; al joven economista Marcos Kaplan, más tarde miembro de la CEPAL; el ex aviador y militante peruano Ricardo Napurí, especialista en temas latinoamericanos, y el mismo Frondizi, que se reservaba la enseñanza del materialismo dialéctico y su aplicación al análisis de la realidad.

Para Cibelli, esta actividad formativa se convirtió casi en una militancia política clandestina que le sirvió para absorber conocimientos rápidamente y recuperar el tiempo perdido en su pueblo. En esa época se dedicó a leer con voracidad los textos básicos de Marx, Engels y Lenin, aprovechando que entonces todas las librerías se animaban a exhibir los libros que durante la década anterior habían escondido en los depósitos. Lo fascinó especialmente *El Estado y la revolución*, de Lenin, texto en que el líder soviético insiste en la necesidad de destruir por la fuerza al Estado burgués y sus instituciones, sin conceder ni la más mínima posibilidad de participación en el engañoso juego democrático. Estas ideas de larga data, pero nuevas para él, situaban los ejes de la discusión política a años luz de las disputas entre peronismo y antiperonismo, y ni hablar de las rencillas de comité en Chivilcoy. Además, claro, estaba el aprendizaje en el estudio de Silvio Frondizi.

A diferencia de la postura habitual del Partido Comunista (PC), Frondizi sostenía que, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la presencia de los Estados Unidos como mayor potencia capitalista mundial había modificado sustancialmente la caracterización que debía hacerse de la burguesía nativa y sus esfuerzos por industrializar al país. Cuestionaba, sobre todo, el supuesto rol progresivo de la llamada “burguesía nacional” y la idea de que “toda forma de

industrialización significaría una lesión para los intereses imperialistas".[2] En su opinión, ésta era una concepción desactualizada que obedecía más bien a la naturaleza del viejo dominio neocolonial británico, vigente hasta 1943, cuando los países dependientes exportaban materias primas hacia la metrópoli (carnes a Gran Bretaña, en el caso argentino) e importaban artículos de consumo con valor agregado, los productos textiles de aquella procedencia. Lo que él postulaba, en cambio, era que la expansión económica estadounidense actuaba al revés: radicaba sus propias industrias en los países subdesarrollados para generar en ellos la demanda de sus productos. Concluía que el desarrollo industrial bajo estas condiciones, lejos de ser un hecho progresivo, reforzaba el "dominio imperialista". Este planteo impugnaba de antemano el ideario "desarrollista" que su hermano Arturo intentaría llevar adelante desde la presidencia de la Nación poco más tarde.

También era saludable la originalidad de Silvio Frondizi, que prefería el análisis de la realidad y la historia argentinas desde una postura que privilegiaba las características locales, en vez de la tendencia, mucho más difundida, de guiarse por dogmas y recetas de aplicación universal. De allí que insistiera una y otra vez con la idea de "no importar modelos" ya que, en su opinión, cada país debía realizar su propia revolución de acuerdo con sus características y su idiosincrasia. Sin embargo, no deducía de ello la necesidad de adherir al peronismo. Lo que Cibelli destaca de él, sobre todo, es que no pretendía bajar una línea política a sus alumnos sino transmitir un método de análisis, una herramienta teórica para abordar la realidad: "Nos enseñaba a pensar por nosotros mismos. Decía que había que tener un marco referencial, pero que a ese marco había que llenarlo no sólo con los principios generales de una teoría, sino con un estudio concreto y una práctica concreta de la realidad, en una sociedad dada y en un momento dado". Si después sus discípulos hicieron lo mismo que Cibelli, o se dejaron seducir por las fórmulas vacías de la doctrina, eso es algo que Frondizi no podía prever ni controlar.

En los momentos de distensión, Silvio solía exagerar delante de sus oyentes de Praxis las penurias económicas a las que lo condenaba su renuncia a la holgada posición económica de su familia:

-Mocitos, hay que vender periódicos, porque yo no los puedo financiar más… La patrona me dice que no podemos mandar a los chicos a la escuela con agujeros en la suela de los zapatos... Otras veces, aseguraba confiar en que un eventual acceso de su hermano a la presidencia les facilitaría la tarea:

-Mocitos, si mi hermano nos deja, en dos meses tomamos el poder…

En este punto, está claro que su profecía no se cumplió. Lejos de eso, apenas asumió el poder, Frondizi empezó a hacer exactamente lo contrario de lo que había prometido, algo que tal vez en esa época no era tan habitual como lo fue décadas más tarde. No había terminado de acomodarse en el sillón de Rivadavia cuando anunció la

apertura de la explotación petrolera a empresas extranjeras como Shell y Standard Oil, a contramano de lo que había postulado en su carrera política y durante la campaña electoral. En definitiva, lo único que Silvio pudo contabilizar como positivo fue haber accedido a un cargo de Profesor titular de Derecho Político en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Para entonces, Praxis había dejado de ser un mero grupo de estudios teóricos para convertirse en algo parecido a un partido político revolucionario. Tenía células distribuidas en la Capital y el Gran Buenos Aires y sus miembros actuaban en frentes de masas, sobre todo en sindicatos y universidades. Como Cibelli, que desde 1956 era delegado "independiente" en su sucursal del Banco Provincia. Por aquellos años, la Asociación Bancaria estaba en manos de un plural y ecuménico Movimiento Popular Bancario, en el que convivían socialistas, radicales, comunistas y progresistas sueltos; poco antes de la asunción de Frondizi habían triunfado en una larga huelga en la que se obtuvo, entre otros logros, la recomposición de los salarios de acuerdo con el índice de inflación. Cuando, entre fines de ese año y principios de 1959, el gobierno desarrollista pretendió ignorar ese derecho adquirido, los bancarios volvieron a la lucha y Cibelli se convirtió en uno de los líderes del comité de huelga clandestino.

Antes, el 26 de agosto de 1958, Frondizi había consumado una de sus más feroces provocaciones al amplio espectro progresista que lo había apoyado, al anunciar que se estaba evaluando la posibilidad de permitir la "libertad de enseñanza" en el nivel universitario. Es decir, conceder a las universidades privadas —en su mayoría confesionales— el derecho de expedir títulos profesionales habilitantes, una prerrogativa que, históricamente, había permanecido en manos del Estado.[3] En los hechos, significaba que las empresas educativas privadas podrían tentar a los profesores más calificados con mejores sueldos, en competencia desleal con las universidades públicas; ése fue el motivo por el que, durante los dos meses siguientes, toda la comunidad estudiantil se movilizó en defensa de la universidad "laica", mientras el gobierno los confrontaba con la causa de la educación "libre".

La revuelta llegó hasta los colegios secundarios. Frente a la estación de tren de Témperley, los alumnos del Instituto Lomas de Zamora se sumaron a la huelga e iniciaron una toma que duró desde el 10 de setiembre hasta el 3 de diciembre. Allí se desempeñaba como profesor Edgardo Pousadela, de 23 años, estudiante de Química en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires y militante de la célula Praxis de Lomas. Era el clásico profesor macanudo, joven, progre y querido por sus estudiantes, que sabía generar interés en sus clases y se ofrecía para dar apoyo los sábados. Durante el conflicto de "laica o libre", Pousadela se sumó a la lucha como uno más desde la comisión de ex

alumnos. Además, tuvo una gran empatía con uno de sus alumnos, Jorge Horacio Pérez, que en 1958 tenía 16 años, cursaba cuarto año y había sido elegido delegado del turno mañana ante la Liga de Estudiantes del Sur. Una vez que terminó el conflicto, Pousadela invitó al adolescente Pérez a integrarse a Praxis de Lomas.

Pero, por lo pronto, Jorge se sumergió de lleno en la vorágine de la lucha estudiantil, que lo absorbió y fascinó. Mientras duró la huelga, prácticamente vivió en el colegio y dormía allí casi todas las noches, siempre en un clima de fervor, discusión y enfrentamientos con la Policía y las patotas fascistas. Salían a agitar por Lomas y Témperley, participaban en asambleas en otros colegios, marchaban por las calles y leían proclamas con megáfono en los cines, después de desbordar al acomodador en los intervalos (“una excelente práctica”, reflexiona Pérez). Por desgracia, todo eso no pudo torcer el brazo al gobierno, que ganó la pulseada y el 30 de setiembre consiguió sancionar la ley 14.557 de enseñanza “libre”. Jorge Pérez siempre tuvo la certeza de que el episodio logró se había logrado su fe en las instituciones democráticas, y que el movimiento a favor de la enseñanza laica fue el caldo de cultivo perfecto para toda una camada de futuros revolucionarios.

En realidad, sobre esta generación que vivió su adolescencia y juventud entre los años 50 y los primeros 60, es posible preguntarse contra qué se rebelaba, si habían tenido la suerte de disfrutar de lo que Cibelli califica como “el mejor momento del Estado de bienestar”. Años más tarde, cuando ya tenía edad como para poder comparar distintas épocas, Jorge entendió que por aquel entonces había varios motivos que empujaban a los jóvenes hacia la izquierda, más vinculados con la cultura popular de la época que con necesidades básicas insatisfechas. “El 4 de octubre de 1957, cuando yo tenía quince años, los rusos lanzaron al espacio el Sputnik, que fue el primer satélite artificial. El mundo socialista llegaba al espacio y superaba ampliamente a los yanquis”, recuerda. Le siguieron el Sputnik 2, con la perra Laika a bordo, y luego Yuri Gagarin, el primer astronauta. Como si fuera poco, los maestros rusos dominaban claramente en el ajedrez, y eso era algo que fascinaba a los chicos inteligentes. En suma, toda esta acumulación de logros —recuerda Pérez— le daban muy buena prensa a la Unión Soviética, y resultaba más o menos fácil convencerse de que allí, en esa sociedad distinta, que no cesaba de ensanchar su área geográfica de influencia hacia Europa Oriental, Asia y África, estaba el futuro de la humanidad.

De modo que esta suma de evidencias llevó a Jorge a simpatizar naturalmente con las ideas de izquierda, y desde segundo año de la secundaria participó en el Centro de Estudiantes. Curiosamente, jamás se sintió atraído por el PC, al que

veía demasiado rígido para su carácter divertido de pibe de barrio. Después, algunos hechos ocurridos durante la huelga estudiantil confirmaron su rechazo. “Una vez fui a una reunión de una coordinadora de movimientos de masas, una especie de asamblea barrial. Junto con otros pibes, propusimos hacer un escrache a los bancos yanquis, pero perdimos la votación porque los otros decían que era petardista y no sé qué más. Como había que respetar el resultado, no pudimos hacer esa actividad que ya teníamos preparada. Pero, cuando salíamos, uno de mis compañeros me dice: “¿Viste quiénes votaban?” Resultó que eran delegados de la Liga por los Derechos de no sé qué, la Liga de Consumidores, la otra Liga de no sé qué cosa… El PC te metía siete sellos que no representaban a nadie y nos ganaban a nosotros, que llevábamos la postura de quinientos pibes que habían votado en asamblea... ¡Y encima ellos eran todos viejos...!”.

Los cinco de Lomas

En la célula de Praxis de Lomas de Zamora, a la que se integró a principios de 1959, Pérez se reencontró con un ex compañero de luchas estudiantiles, Jorge Borean, que había sido delegado de la Escuela Normal de Lomas de Zamora y trabajaba como operador en ENTEL (la vieja telefónica estatal) de Lanús. Dos años mayor, Borean había sido una suerte de promesa púber del tradicional Partido Socialista, cuando era un habitué de la Biblioteca Socialista Juan Bautista Alberdi, en Remedios de Escalada. Pero los sucesos del año anterior, con el colegio tomado por tiempo indeterminado, las acciones callejeras y el contacto con otras corrientes de izquierda lo habían transformado. Fue entonces cuando el novio de una chica del colegio que estudiaba Derecho en La Plata, donde tenía como profesor a Silvio Frondizi, lo conectó con la célula de Praxis de Lanús. También lo llevó a las charlas formativas de Silvio, donde integró una nueva camada de militantes como Arturo Lewinger, Ramón Torres Molina, Arnol Kremer —más tarde conocido como Luis Mattini—, Roberto Carri y el futuro analista político internacional Jorge Castro, entre otros.

Sin embargo, la célula de Lanús tuvo una corta vida. De hecho, se disolvió ese mismo año, después de quedar prácticamente acéfala tras la expulsión de su responsable político, conocido como “Villa”, a raíz de alguna macana que ya nadie recuerda. Lo cierto es que Villa fue degradado y transferido con menor jerarquía a la célula de Lomas de Zamora, donde ya estaban Pousadela y Pérez, junto con los pocos militantes que habían quedado en Lanús. Para esa época, Villa, aunque tenía la misma edad que Borean, ya estaba totalmente consustanciado con su personaje de revolucionario profesional. A los 19 años era un líder brillante y carismático, un hombre que parecía haber nacido adulto,

un proyecto de comandante revolucionario al que todavía le faltaban combatientes sobre quienes ejercer su don de mando, aunque muy pronto los iba a encontrar.[4]

Entonces, el país ardía. A raíz de las luchas por “laica o libre”, el presidente Frondizi había decretado el estado de sitio. Poco después, el 28 de diciembre de 1958, anunció un Plan de Estabilización impuesto por el Fondo Monetario Internacional, que incluía congelamientos y hasta reducciones salariales con el fin de controlar el gasto público y la emisión.[5] Dos semanas más tarde, el 14 de enero de 1959, sancionó por ley la privatización del frigorífico municipal Lisandro de la Torre, en Mataderos, nacionalizado por Perón la década anterior, y que por su volumen de actividad (faenaba un millón y medio de kilos de carne por día) no sólo era sumamente rentable para la ciudad de Buenos Aires, sino también una herramienta insustituible para regular los precios de la carne en todo el país. Apenas conocida la noticia, el 15 de enero, sus nueve mil empleados ocuparon la planta y declararon una huelga contra la “entrega” del frigorífico, que fue apoyada por los vecinos de Mataderos. Pero dos días después, la Policía, la Gendarmería y el Ejército, en un operativo cuasi militar que incluyó tropas de infantería y tanques, ingresaron por la fuerza al frigorífico, desalojaron a los huelguistas, encarcelaron a sus dirigentes y despidieron a cinco mil trabajadores.

Como consecuencia de esta verdadera batalla barrial, el gobierno puso en marcha el Plan de Conmoción Interna del Estado (el ya mencionado CONINTES), que otorgaba facultades de excepción a las Fuerzas Armadas y de seguridad para realizar detenciones y juicios sumarios por motivos políticos. Así estaba el clima cuando, en el otoño de 1959, los bancarios, envalentonados por el éxito del año anterior, quisieron hacer valer el derecho adquirido a actualizar los salarios sobre la base del índice de inflación. La obvia negativa del gobierno los arrastró a otra larga huelga que se extendió entre abril y junio. Pero, a diferencia del año anterior, y a pesar de contar con dirigentes de base de gran valía, como los comunistas Floreal Gorini y Carlos Imizcoz, se vieron aislados en su lucha, con el marco que otorgaba un gobierno en ascenso y una oposición desmoralizada; de modo que todo terminó en un fracaso rotundo, o en victoria para el gobierno.[6] Durante esa huelga, Cibelli se reveló como un dirigente de masas con gran ascendiente entre sus compañeros, por lo cual lo suspendieron dos meses para luego trasladarlo a la sucursal Monserrat, en la calle Bernardo de Irigoyen.

Poco tiempo después, la Bancaria adhirió a una huelga general de la CGT que no tuvo demasiado acatamiento. Pero Cibelli, militante de una sola pieza, fue el único empleado que paró en su nuevo destino y otra vez lo trasladaron, pero esta vez mucho más lejos, a Brandsen, 70 kilómetros al sur de la Capital y de todos sus ámbitos de pertenencia. Sin embargo,

consiguió que lo dejaran en Lomas de Zamora, y por un largo tiempo no tuvo más sobresaltos. Allí se integró también a la célula del MIR-Praxis, donde casi de inmediato descubrió afinidades políticas y de temperamento con Pousadela, Villa, Borean y Pérez. Una química y una combinación ideales: el carácter apacible y reflexivo de Cibelli ("con el sello de Chivilcoy", lo define Pérez) sirvió también como contrapeso al estilo más fogoso del resto, en especial de Villa.

A propósito del quinteto recién conformado, Borean cuenta que, como en Praxis no había un activismo orgánico, sino que era "una cosa más bien laxa donde la gente iba y venía", ellos cinco, los que tenían una militancia más constante, empezaron a "formar el núcleo duro" de la regional. Pero les disgustaba la escasa relación que había con el movimiento obrero y con la lucha de clases real. Sobre este punto, el historiador Horacio Tarcus, biógrafo de Silvio Frondizi, asegura que esta tendencia a la elaboración teórica en desmedro de una mayor ligazón con las masas no era en absoluto un efecto indeseado, sino que se enmarcaba en una concepción estratégica denominada "un paso atrás": se suponía que un militante revolucionario necesitaba contar con una formación teórica sin fisuras antes de lanzarse a la práctica política.[7] Sin embargo, los cinco militantes de Lomas no tenían tanta paciencia, y atribuían esta actitud intelectualista a una cuestión de origen social: "La mayoría eran pequeñoburgueses; cuando íbamos a sus casas nos asombrábamos de cómo vivían, y comentábamos entre nosotros que esos tipos no estaban a la altura de las circunstancias", cuenta Cibelli.

De modo que se esforzaron por intensificar su activismo, como si estuvieran decididos a demostrar que eran la más vanguardista y obrerista de todas las células de Praxis. Su primera acción independiente fue en febrero de 1960, cuando llegó a la Argentina el presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower, en gira por Sudamérica. Había arribado en un crucero de guerra y traía una banda militar que, entre otras actividades, fue a dar un concierto a la plaza de Lomas de Zamora. La noche anterior, Jorge Borean y otro compañero, estudiante de Derecho, pintaron consignas de repudio como "Yankee go home" y "Fuera Ike" (el apodo de Eisenhower), en la fachada de la Municipalidad y en la Iglesia. Los grafitis, firmados por MIR-Praxis, estaban hechos con brea y aceite quemado, de modo que los ordenanzas se volvieron locos tratando, en vano, de taparlos con pintura blanca, porque al rato volvían a aparecer. El episodio llegó a ser reflejado en algunos medios, y ellos sintieron que tocaban el cielo con las manos: habían producido por sí mismos un hecho de resonancia pública.

Pocos meses después, durante el invierno de ese año, se dedicaron a apoyar con todo su espíritu de cuerpo la huelga del Frigorífico Monte Grande que, si bien estuvo lejos de la repercusión obtenida en la del Lisandro de la Torre,

movilizó a una cantidad nada desdeñable de mil trabajadores. Fue un trabajo que asumieron exclusivamente los cinco militantes del pequeño "núcleo duro", dejando de lado al resto de sus compañeros de célula. Ellos cinco distribuían en la puerta del frigorìfico el diario *Revolución*, del MIR-Praxis, aunque se daban cuenta de que "era demasiado intelectual para los obreros, que además eran peronistas". También hicieron una colecta entre todos los comerciantes de la zona, a quienes les pidieron alimentos o plata para los huelguistas, y llevaron lo recaudado a la sede del Sindicato de la Carne de Monte Grande. Se metieron en todas las discusiones y Jorge Borean, de apenas 20 años, gracias a la constancia de pasarse buena parte de su tiempo en la planta, llegó a hablar en varias asambleas. "Al final, la huelga fracasó porque la vendieron los burócratas. Pero fue una experiencia importante: nos dimos cuenta, definitivamente, del abismo que había entre Praxis y la clase obrera. Además, consolidó nuestro grupo", cuenta Borean.

El siguiente paso, madurado durante todo ese año, fue canalizar lo que habían aprendido en una militancia verdaderamente revolucionaria, lejos del intelectualismo inofensivo de Praxis y cerca de la acción directa. Empezaron por crear su propia publicación, fogosa y escrita en un lenguaje accesible; una revista mimeografiada y casi artesanal que se denominó *Llamarada* y duró apenas cinco números. Este momento de su propia evolución política coincidía con una oleada de revueltas en todo el planeta: levantamientos contra los restos del poder colonial, desde Kenia hasta Indonesia, pero, especialmente, con los ejemplos de Argelia, donde el Frente de Liberación Nacional (FLN) estaba a punto de poner fin al dominio francés, y el de Vietnam, donde las guerrillas al mando del general Giap ya habían derrotado a los galos en la épica batalla de Dien Bien Phu. También estaba, obviamente, la Revolución Cubana, encabezada por Fidel Castro y con Ernesto "Che" Guevara entre sus líderes, quienes, con su estrategia inédita de guerrilla rural, habían tomado el poder el primer día de 1959; pero que en su inicio a ellos les generó más dudas que certezas. "Creíamos que eran la versión caribeña de la Revolución Libertadora, porque los habían apoyado los yanquis. Recién cuando empezaron con la reforma agraria nos dimos cuenta de que la cosa iba en serio", cuenta Cibelli.

Más tarde, la importancia del ejemplo cubano consistió en forzar para que, en numerosos círculos, se empezara a cuestionar la rígida estrategia insurreccional adoptada por casi todas las izquierdas de inspiración marxista leninista, según las cuales el derrumbe del régimen capitalista y burgués era inevitable porque se trataba de una necesidad histórica; los revolucionarios debían tener paciencia y esperar que las condiciones estuvieran maduras para asumir el liderazgo de las masas en la toma efectiva del poder cuando el pueblo estuviera alzado. En cambio, la concepción "foquista", patentada por los cubanos, y que pocos años

más tarde se difundió por toda América Latina, implicaba cumplir un rol más activo: el propio accionar armado, a través de sus victorias parciales y su ejemplo heroico, debía tener el efecto de sumar el pueblo a la lucha, tal como, según se decía, había ocurrido con los rebeldes de la Sierra Maestra: “No siempre hay que esperar que se den todas las condiciones para la revolución; el foco puede crearlas”, estableció el Che.[8]

En principio, “los cinco de Lomas”, que ya vislumbraban la creación de su propia organización revolucionaria, se mantuvieron fieles a la línea insurreccional pura. No obstante, tomaron distancia respecto del PC en lo que hacía a su caracterización de la Argentina como una semicolonia que necesitaba una revolución burguesa: para ellos era un país plenamente capitalista que contaba con una masa enorme de asalariados y estaba listo para una revolución proletaria. Por otra parte, aunque siempre negaron toda relación con el modelo cubano, es indudable que éste —más que las tesis foquistas propiamente dichas— los influyó en el sentido de hacerles vislumbrar la lucha armada como una alternativa de acción que evitaba la construcción política paciente y sistemática de años o décadas, es decir, un atajo hacia la revolución. De todas maneras, eran conscientes de que eso debía combinarse con el trabajo en el seno de la clase obrera, tal como lo venían haciendo.

Así empezaron a realizar sus primeras y muy limitadas rutinas de entrenamiento militar en la laguna Vitel, un pequeño brazo de la laguna de Chascomús. En realidad, la formación de “aparatos armados” destinados a proteger a los militantes era una práctica habitual de casi todos los partidos de izquierda, e incluso Silvio Frondizi solía prestar un campo de su familia para realizar prácticas similares. Al mismo tiempo, liderados incialmente por Pousadela, que tenía una formación teórico-política más sólida que el resto, y por Villa, hiperactivo y con gran ascendiente, a mediados de 1960 decidieron cortar definitivamente sus lazos con el MIR-Praxis. “No hubo una ruptura drástica, porque tampoco queríamos llamar la atención ni anunciar nuestras intenciones a los cuatro vientos. Les avisamos a algunos de nuestros responsables que nos íbamos y listo”, cuenta Borean. Tarcus afirma en su biografía que, justo en ese momento, Silvio Frondizi dio la orden a sus militantes de replegarse a causa de la persecución que sufrían las izquierdas desde la vigencia del Plan Conintes, y por eso suspendió todas las actividades de Praxis hasta el año siguiente.[9] Tal vez, esa coyuntura ayudó para que la partida de los cinco resultara inadvertida.

El siguiente paso fue desprenderse del resto de sus compañeros de célula —varios de los cuales ya habían “aflojado” su militancia—, y lo hicieron del mismo modo que miles de revolucionarios en los siguientes diez años: simulando que se retiraban de la militancia porque habían

"sentado cabeza" y abandonado las utopías juveniles. Ya libres de toda atadura con el pasado, y convencidos de que los partidos de izquierda con actuación pública estaban infiltrados por la Policía, decidieron que su nueva organización debía ser secreta, conocida sólo por sus propios miembros y sin otro nombre que el genérico "la Organización". De allí que, si bien pensaban actuar en los distintos frentes de masas, se plantearon hacerlo siempre como militantes independientes, sin filiación conocida.

Sería interesante analizar hasta qué punto, en estas maquinaciones, se mezclaban algunas lecturas de la adolescencia, como *Los demonios*, de Dostoievski, cuyo relato de una organización secreta y anónima integrada por conspiradores camuflados en la vida pública aparece como una referencia ineludible. Pero, además, así se alejaban definitivamente de la concepción foquista: el foco busca iluminar con su ejemplo para que las masas se le sumen, mientras que ellos decidieron pasar absolutamente inadvertidos y reclutar a sus militantes en forma secreta y personalizada. Por otra parte, el foco no se instala en los lugares de trabajo urbanos para militar en el día a día —como sí lo hacían ellos—, sino que busca que los obreros abandonen la fábrica para subir al monte o internarse en la selva.

Pero hay otro punto en el que vale la pena detenerse un instante. Años más tarde, desde ciertas usinas ideológicas se intentó difundir la idea de que los "subversivos" eran individuos frustrados y resentidos que culpaban a la sociedad por su fracaso personal y buscaban vengarse de ella. Nada de eso puede aplicarse en este caso: Pousadela era el profesor más querido del colegio; Borean y Pérez habían sido elegidos delegados en sus respectivos colegios, votados por centenares de estudiantes que los consideraron los más aptos para representarlos; Cibelli también era delegado en su banco, a pesar de su escasa antigüedad, y Villa, aunque sin antecedentes en frentes de masas, se convirtió en líder indiscutido por mérito propio. En suma, los cinco eran los que descollaban en sus respectivos ámbitos, no los marginados. Aunque Cibelli prefiere verlo con ironía crítica: "Éramos cinco pibes de 20 años promedio, no teníamos ni la menor idea de nada y decidimos que íbamos a hacer la Revolución". Y se ríe con una carcajada ruidosa.

2. La invisibilidad
(1960-1962)

Los cinco personajes cimentaron su primer grupo con la grata seguridad de que eran uno de los cientos de quintetos semejantes diseminados por Rusia, y de que todo dependía de un organismo central, inmenso pero clandestino, el cual, a su vez, estaba orgánicamente vinculado con la revolución europea y mundial.

Fédor Dostoievski,
Los demonios

Célula madre

Edgardo Pousadela, el Gordo, tenía una casilla de madera en la localidad de Transradio, partido de Esteban Echeverría, donde los cinco compañeros que acababan de abandonar el MIR-Praxis empezaron a reunirse todos los fines de semana; sábados y domingos, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, lejos de las miradas curiosas, para darle forma a su neonata Organización. Leían en forma colectiva y comentaban los textos básicos del marxismo leninismo, como *¿Qué hacer?* y *El Estado y la revolución*, de Lenin, el *Anti Dühring*, de Engels, y algunos manuales de una ortodoxia casi conservadora como los *Principios elementales de filosofía*, de Georges Politzer, o la *Economía Política*, de Peter Nikitin. En rigor, las lecturas elegidas y la devoción cuasi religiosa con que las abordaban no se condecían con la formación *por la libre* recibida de Silvio Frondizi. Pero la actitud del pequeño grupo era comprensible: acababan de consumar el parricidio de su mentor político y ahora, cuando tenían que valerse por sí mismos, la pureza doctrinaria funcionaba como un factor potente de cohesión interna. Otro de los rasgos característicos de la Organización era que a sus integrantes jamás les interesó plasmar sus ideas por escrito. "Éramos ágrafos", ironiza Cibelli, aludiendo a las culturas primitivas que no conocían la escritura. Lo cual, sumado a la ausencia de un nombre o sigla que la identificara, iba a ayudar a mantenerlos durante casi una década en la invisibilidad absoluta.

También jugaban al ajedrez y estudiaban a los grandes estrategas de la guerra. En especial, a los maestros en el arte de luchar contra un adversario superior en número y poderío, como el británico B. H. Liddell Hart (1895-1970), teórico de la "aproximación indirecta", que enseñaba a dispersar las propias fuerzas —y en consecuencia a las del enemigo— para evitar los combates masivos y frontales; o el chino Sun Tzu (siglo III a. C.), de quien tomaron la idea de golpear en el lugar y el momento en que el enemigo menos lo espera.

También seguían con gran interés las novedades de la revolución argelina, e incluso copiaron del FLN su célebre modelo de organización celular compartimentada. Pero, seguían manteniendo una actitud ambigua hacia la experiencia cubana, sobre todo porque tenían la certeza de que la guerrilla rural era inviable en la Argentina, país capitalista con una nutrida clase obrera urbana. Tan convencidos estaban que, cuando dos años más tarde les llegó una propuesta para ir a entrenarse a Cuba, pusieron sus propias condiciones para aceptar: "Dijimos que íbamos sólo si nos enseñaban el manejo de tanques y aviones de guerra", cuenta Cibelli. Obviamente, su exigencia fue rechazada y jamás fueron a la isla.

Desde un primer momento, dos de ellos empezaron a destacarse como líderes naturales, tanto en lo humano como en lo intelectual: Pousadela, el profesor, y Villa, el jefe. "Villa era un tipo brillante, muy convencido, con una tremenda decisión y ascendiente. Se ajustaba perfectamente a la imagen de lo que muchos pensaban que debía ser un militante, serio y circunspecto", lo describe Pérez. "Jamás hablaba de trivialidades o temas sin importancia. La jugaba de jefe, y tenía ambición de poder", agrega Borean. También parecía muy cuidadoso de su aspecto, y empezó a componer un personaje acorde con su responsabilidad de jefe revolucionario; por ejemplo, usaba siempre un piloto con cinto y las solapas subidas que le permitían esconder la cara y mirar de refilón. Sus compañeros también recuerdan lo que llaman las "puestas en escena" de Villa: "Organizaba reuniones de noche en una obra en construcción, o en un furgón en una vía muerta cerca del Puente Victorino de la Plaza, donde nos iluminábamos con la luz de un farol de querosén… Nos sentíamos Lenin en 1912", cuentan.

En forma paralela a las actividades de formación, se abocaron a aprender e incorporar rápidamente hábitos nuevos, como el cuidado de la seguridad. No sólo los forzaba a hacerlo el acoso policial, que era particularmente duro con las actividades revolucionarias, sobre todo en plena vigencia del Plan Conintes; también era un requisito indispensable para una organización que aspiraba a ser secreta, además de clandestina. La diferencia era sustancial. La clandestinidad suponía una presencia en la vida pública a través de declaraciones o acciones militares firmadas, aunque no se conociera la identidad de los autores, mientras que a una organización secreta no le interesaba dar conocer ni firmar sus operativos, aunque éstos fueran espectaculares y exitosos. Por eso, las medidas de seguridad ideadas debían ser obsesivas casi hasta la paranoia. Por ejemplo, a cada miembro que llegaba a una reunión se le preguntaba a qué hora había salido de su casa o trabajo, en qué medio o por qué camino había llegado, y se le revisaban los bolsillos para ver si tenía algún boleto o papel escrito. Cuando viajaban en colectivo tenían que subir últimos para verificar que nadie los siguiera, y ubicarse al fondo para poder controlar al resto del pasaje. Nunca le decían al colectivero hasta dónde viajaban: siempre le pedían "deme un boleto de tanto", y jamás se bajaban en el lugar de la cita, sino algunas

cuadras antes o después. Antes de entrar en la reunión, hacían la "calesita": pasar primero desde lejos para ver si había algún problema, dar una vuelta y volver. Si la cita era en un bar, tenía que tener dos entradas y debían sentarse a una mesa desde donde se pudiera vigilar el movimiento de ambas.

Jamás anotaban nombres, números de teléfono ni direcciones: para eso estaba la memoria. También practicaban en todo momento las técnicas de contra seguimiento: "Caminábamos haciendo que mirábamos los números de la calle y de pronto retrocedíamos como si nos hubiésemos pasado; entonces aprovechábamos para mirar si nos seguían. O, cuando íbamos dos, uno se ataba los cordones y el otro miraba", explica Pérez. Hasta se acostumbraron a caminar a contramano para que no pudieran seguirlos en auto. Otras técnicas, en cambio, eran más elaboradas, como tener siempre bien preparado el *minuto conspirativo*, o simplemente *minuto*: era la coartada o el motivo para explicar por qué uno estaba en cierto lugar. "Si estábamos tomando un café con alguien y la cana nos preguntaba quiénes éramos, qué estábamos haciendo ahí o adónde íbamos, lo más común era que empezaran a saltar las contradicciones. Entonces, había que tener toda una preparación para contestar las preguntas", cuenta Pérez. También crearon una forma de cifrar mensajes en los libros subrayando letras con lápiz, y cientos de técnicas de ese estilo. Por supuesto, sus casas particulares debían mantenerse absolutamente limpias de libros, folletos o de cualquier otro material, para que parecieran insospechables de inquietudes políticas.

Es interesante advertir que así se iba inventando una jerga propia de la militancia revolucionaria, y surgían no se sabía de dónde términos que al poco tiempo compartían cientos de jóvenes: el ya mencionado *minuto*, o el *embute*, como se denominaba desde la época de la primera resistencia peronista a un boquete bien disimulado en la pared o en el piso y que servía para esconder armas. Más adelante se empezó a hablar de *recuperaciones* o *expropiaciones* de dinero o armamento u *operaciones financieras*, para diferenciarlas de la palabra "robo", que significa hacer lo mismo pero para el usufructo personal, mientras que ellos conseguían recursos para ponerlos a disposición de la revolución pero seguían viviendo de su trabajo. Así, entre las normas de seguridad, el nuevo lenguaje y los sobreentendidos, se forjaban un código de complicidades secretas que servía para reconocerse y relacionarse entre pares.

Por otra parte, la Organización también estableció códigos rígidos de conducta personal, propios de una verdadera moral o ética revolucionaria. La diferencia entre moral y ética no es menor y, además, sumamente problemática. En general, se define como "moral" a las pautas estrictas de comportamiento inculcadas en forma compulsiva por la sociedad a través de sus instituciones, sobre todo de la religión organizada, mientras que una "ética" consiste en pautas de conducta elegidas por propia voluntad, como teóricamente debía ser el caso

de los revolucionarios. Sin embargo, muchas organizaciones revolucionarias llegaron a concebir códigos de ética personal tan rígidos como los preceptos morales contra los cuales supuestamente se rebelaban.[10] Cibelli admite que ellos estuvieron cerca de tales extremos: “Parecíamos cuáqueros. No se admitía ninguna joda, ni se permitía la promiscuidad. El que tenía una compañera, la tenía y punto. Y si no, se separaba. Las relaciones tenían que ser no sólo estables, sino también honestas, y estaba prohibido joder a otro. Por eso, una vez casi le hicimos juicio revolucionario a Villa por meterse con la mujer de otro compañero”.

Entre tanto, las salidas del fin de semana incluían un entrenamiento militar cada vez más riguroso, algunas veces en un descampado en Carlos Spegazzini, partido de Esteban Echeverría, y otras en la laguna Vitel. Allí se habían apropiado de una casilla de chapa para dormir, y durante el día practicaban tiro, armado y desarmado de armas (básicamente un revólver 38 del padre de Villa) y técnicas de subsistencia con pocos víveres y mucho ingenio: en invierno, por ejemplo, al levantarse, le echaban ginebra a la yerba para entrar en calor con los mates. “Me acuerdo de haber caminado ocho o nueve kilómetros bajo la lluvia desde la estación Gándara, con una mochila de veintipico kilos al hombro, hasta que llegamos a esa casilla de mierda llena de murciélagos —recuerda Borean—. El Gordo Pousadela parecía un autito a cuerda: chocaba contra un árbol y lo tenías que mover para que siguiera andando.” Ciertamente, Pousadela era el menos afecto a los rigores físicos, y en esas salidas aprovechaba sus conocimientos químicos para elaborar explosivos, mientras el resto organizaba carreras con el fin de saber quién era el más veloz para encender la mecha y salir corriendo. “Nos matábamos por ganar, y eso generaba un gran espíritu de cuerpo”, cuenta Pérez. Pero jamás armaron ni colocaron una bomba.

Al mismo tiempo, decidieron intensificar su participación en el ámbito gremial, presentándose siempre como militantes independientes. Cibelli seguía firme como delegado bancario, y de a poco iban sumando algunos militantes nuevos que participaban en Canillitas (llegaron a manejar a los de la estación Constitución), en Vías y Obras y en la Unión Ferroviaria. Los sindicatos en los que actuaban, sin excepción, eran los que estaban enrolados en el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS), con fuerte presencia del PC, o en los 32 Gremios Mayoritarios Democráticos, donde predominaban socialistas y radicales. Es decir, aquellos que no estaban en manos del peronismo y que, en general, tenían conducciones que solían abrir sus listas a aliados antiburocráticos e independientes. “Para nosotros, que éramos lo más gorilas que puede haber, era el lugar ideal”, cuenta Cibelli. La única excepción era el Sindicato de la Carne, donde mandaban los peronistas a nivel nacional; pero allí tenían línea

directa con la comisión interna del Frigorífico Monte Grande.

También encararon la tarea de transformar la pequeña célula en una verdadera organización. Para eso, empezaron por sumar a sus conocidos de mayor confianza, ya fueran amigos, vecinos o compañeros de trabajo, gente políticamente segura y a la que conocían desde hacía mucho. Si alguien tenía un candidato, primero había que dejarlo hablar de política el tiempo suficiente como para asegurarse, hasta que en algún momento se le decía algo así: *Che, si te interesa, conozco a un tipo que podría hablar con vos*…

Después, el que había hecho el primer contacto jamás volvía a hablarle del tema. Los recién ingresados empezaban a recorrer el escalafón: contacto, aspirante y militante de célula. "La idea era que, poco a poco, cada miembro de una célula trajera a nuevos aspirantes, para ir configurando un tejido de círculos concéntricos de células cada vez más alejadas del núcleo fundador", cuenta Cibelli. Sin embargo, la realidad no era tan perfecta como los círculos trazados con el compás. Por lo pronto, cada uno de los cinco miembros de la dirección atendía a varias células de tres o cuatro miembros cada una, y les aseguraban a los militantes a su cargo que ellos eran apenas una regional, y que por encima había una red mucho más amplia: "Decíamos que éramos más de cincuenta y menos de cinco mil. En realidad, les mentíamos y no éramos honestos con ellos en ese punto", admite Cibelli a propósito de esta práctica que parece calcada de *Los demonios* dostoievskianos.

Tampoco había demasiado apuro por brindar a los recién incorporados demasiada información sobre los preparativos para la actividad armada. Más bien, se dejaba que la posibilidad de volcarse a la actividad armada surgiera naturalmente de las lecturas y discusiones. Lo cierto es que la misma dirección iba madurando sus ideas lentamente en este punto. Su primera operación concreta, nada espectacular, consistió en *expropiarle* un arma a un coleccionista de Remedios de Escalada conocido de ellos: saltaron el muro del jardín y se llevaron una hermosa Lüger Parabellum, pistola semiautomática, calibre nueve milímetros, que habían utilizado los alemanes en las dos guerras mundiales. Esta acción fue, en realidad, un mini ensayo para el siguiente golpe, mucho más ambicioso, que concibió íntegramente Villa mientras hacía la colimba en el Instituto Geográfico Militar (IGM), en el barrio de Belgrano, en 1961. Consistía en ingresar allí de noche y llevarse todas las existencias de la sala de armas, ubicada en los fondos del predio. Para eso había que esperar hasta el año siguiente, cuando él hubiese sido dado de baja, al igual que otros dos colimbas que ya se habían sumado a la Organización, apodados Salinas y Arregui.

El plan parecía temerario y desproporcionado para los recursos de una pequeña organización de no más de treinta miembros, pero Villa estaba convencido y le contagió su entusiasmo al resto; salvo a Pousadela, que se negó a participar y poco después abandonó la Organización. Pero el primer paso del operativo resultó relativamente simple: durante una guardia, uno de los tres colimbas sustrajo la llave de la armería y cuando le tocó apostarse en la vereda,

sobre la Avenida Cabildo, se la pasó a un compañero; hicieron una copia con un molde de plastilina dentro de un auto y devolvieron el original. Esa misma noche comprobaron que el duplicado funcionaba. Con esta cuestión ya resuelta, empezaron los preparativos. Para tener un relevamiento completo del lugar, con todos sus detalles, Villa le encargó a Salinas, que era fotógrafo de sociales, tomar retratos de sus compañeros posando en cada rincón del predio, y empezó a delinear el plan, que consistía en entrar trepando un muro de tres metros sobre la calle Maure, arrastrarse hasta la armería, llevarse las armas, cargarlas en bolsos y volver a salir. Así de fácil.

La primera acción de guerrilla urbana

En una inteligente operación de contrainteligencia, se fijó la fecha del 16 de junio de 1962, séptimo aniversario de los bombardeos a Plaza de Mayo, para hacer creer que la acción podía tratarse de una *vendetta* de sectores afines al peronismo del mismo Ejército: los “azules”. Después, la realidad se encargó de echar más leña al fuego: el 18 de marzo de 1962 se celebraron elecciones para elegir gobernadores, y en diez provincias triunfaron los candidatos peronistas, que entonces estaba proscripto y tenía vetado el uso de los símbolos partidarios. Sobre todo en la provincia de Buenos Aires, donde resultó ganador con más de un millón de votos el combativo sindicalista textil Andrés Framini, al frente de la Unión Popular. Ante estos hechos inaceptables, los militares, entonces liderados por la fracción “colorada”, la más furiosamente antiperonista, ordenaron al presidente Frondizi —quien obedeció la orden— decretar la intervención de las siete provincias donde había triunfado el justicialismo y anular los comicios. Una semana y media más tarde, en medio de una oleada de protestas y huelgas, las Fuerzas Armadas tomaron el poder a través de un golpe de Estado contra el propio Frondizi, con el argumento de que se mostraba incapaz de controlar la situación, y lo reemplazaron por un engendro de gobierno cívico-militar encabezado por un presidente títere, José María Guido, hasta entonces titular del Senado.

Entre tanto, los miembros de la Organización se turnaban para ir todas las noches a observar cómo era el movimiento nocturno en los alrededores del IGM. Una supuesta pareja comenzó a frecuentar el lugar, por la noche, para “franelear” junto al paredón en el único vehículo de la Organización: el taxi de Gaona, antiguo compañero de pensión de Cibelli. Algunas veces lo hacían dentro del auto y otras al pie del paredón, para que los vecinos se acostumbraran a su presencia. Además, practicaron infinidad de veces cómo treparse a un muro de tres metros con una escalera de cuerdas con travesaños de palo de escoba, y también el recorrido que debía hacer el taxi al llevarse el

botín. Por último, unas dos o tres semanas antes, Cibelli fue como cualquier interesado a comprar un mapa; sabía que iban a derivarlo a una oficina y aprovechó para darse una vuelta por adentro, haciéndose el distraído, para chequear que todo siguiera igual que en las fotos. Al entrar tuvo que entregar la cédula, y se la devolvieron a la salida sin anotar su nombre en ningún registro.

Villa había tenido por entonces otra idea que sus compañeros consideraron brillante: proponerle a Jorge Pérez que hiciera el servicio militar un año antes del que le correspondía, como voluntario en la Policía Federal. Era un recurso habitual para no cortar los estudios universitarios. Villa planteaba que tener el uniforme de policía podía serles muy útil. Así fue que, a principios de 1962, Pérez ingresó en la Guardia de Infantería. Anduvo todo ese año con la Colt 45 Ballester Molina reglamentaria encima, y aprendió a manejar distintas armas, como la ametralladora Thompson con cargador circular, la PAM y la Beretta, y practicó tiro con especial dedicación. "Una vez me felicitaron por ser el que más practicaba", se ríe. Jorge fue al IGM con el uniforme y el arma reglamentaria la noche del viernes 15 de junio, poco antes de que empezara el sábado 16. Cuando llegaron, pasada la una de la madrugada, ya estaba en su lugar el taxi Dodge con la parejita adentro y otra pareja más en la esquina haciendo de campana. La idea era que ingresaran primero los que iban a quedarse más cerca del paredón, y últimos, los que iban a llegar hasta la armería, para salir después en el orden inverso. El primero en subir fue Jorge Borean, que no pudo cortar los seis alambres de púa sobre la pared; entonces hubo que hacer una mínima modificación en el plan y lo subieron a Cibelli, que cortó los alambres fácilmente y tiró la otra mitad de la escalera para adentro.

La armería estaba en el medio del terreno: había que arrastrarse unos cincuenta metros en la oscuridad. Fueron entrando de a uno. Los dos Jorges tenían que quedarse agazapados junto al paredón, del lado de adentro. Arregui, Salinas, un canillita de Constitución y Silvia, una militante de Témperley, se ocultaron debajo de un acoplado en medio del jardín con la misión de actuar si llegaba a pasar alguien o se despertaba el único suboficial que dormía ahí cerca. Villa y Cibelli fueron hasta la armería, y no es un detalle menor que los dos hombres con más peso en la Organización hayan sido los que tomaron el mayor riesgo. Llegaron, abrieron con la llave y entraron con una linterna ("era de mi suegra, se me ocurrió pedírsela a último momento", cuenta Juan Carlos). Metieron en los bolsos todas las armas que pudieron cargar: dos ametralladoras Halcón, tres PAM y cuarenta y cuatro pistolas Colt 45, más lo que pudieron llevarse de munición. Tardaron un cuarto de hora en hacerlo. Salieron con cuatro bolsos colgados al hombro. Villa empuñaba una de las ametralladoras como para amedrentar a algún colimba que pudiera cruzarse en el camino. Pero no se les cruzó nadie. Antes de irse, dejaron caer la pista falsa: un boleto de tren picado en la estación José C. Paz, donde había un barrio de

viviendas de militares mayoritariamente “azules”.

La retirada seguía el orden inverso al de llegada: primero, los dos que portaban el botín *recuperado*; después, los tres del acoplado, y por último, los dos del paredón. Volvieron a subir y bajar por la escalera de cuerdas. Borean era el último, y cuando estaba por trepar, Pérez le hizo la gracia de amagar para dejarlo adentro: tiró de la escalera y le dijo “quedate ahí, no te subo nada”, con su espíritu de pibe bromista que no se amedrentaba ni siquiera en estas circunstancias. Y se fueron. Cargaron los bolsos en el taxi, que arrancó con Gaona al volante, y que se alejó siguiendo el recorrido ensayado decenas de veces. Ya sabían por qué puntos tenía que pasar, y en cada uno de ellos había apostado algún colaborador con la tarea de llamar por teléfono a Julia, la novia de Villa, para confirmar que había pasado. Una hora más tarde descargaron los bolsos en la casa de Cibelli e Irma, cerca de Marinos del Fournier, un apeadero del ferrocarril entre Villa Lugano y Tapiales, que ni siquiera llegaba a ser una estación. Allí quedaron embutidas. “Fue todo muy rápido, muy fácil, un robo de gallinas”, cuenta Pérez, que se quedó pensando qué hacer el resto de la noche hasta entrar en servicio.

Así, con recursos mínimos y un plan más o menos atado con alambres, aunque con muchísima audacia, se acababa de consumar el primer episodio de “guerrilla urbana” en la historia argentina reciente. Fue exactamente un año, dos meses y trece días antes que el asalto al furgón pagador del Policlínico Bancario por el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, el 29 de agosto de 1963, que suele ser considerado el primero por los historiadores. También es muy probable que hayan participado las dos primeras mujeres guerrilleras de la Argentina: Silvia y su hermana Ebe, la que franeleaba en el paredón; pero son elucubraciones que pertenecen a los profesionales de las estadísticas. Por lo pronto, el hecho permaneció oculto para la opinión pública; en buena medida, porque las autoridades militares decidieron silenciarlo completamente, más allá de abrir el sumario interno de rigor; y también porque los medios periodísticos —gráficos, televisión, radio— tampoco se dieron por enterados. Un solo diario, *Clarín*, publicó el lunes siguiente una información muy breve, dentro de un suelto que llevaba el titulo genérico: “Esto también pasó el fin de semana”, en el que apenas se consignaba el robo y la ausencia total de indicios sobre los responsables.[11]

Objetivamente, el episodio y su escasa divulgación permitieron mantener la consigna de invisibilidad que la Organización se había autoimpuesto, así como la inexistencia de todo registro escrito sobre ella. Durante casi medio siglo el atraco al IGM existió sólo en la memoria oral, como un relato mítico. En las semanas posteriores, la casita en Marinos del Fournier se convirtió en una especie de santuario por el que desfilaron los militantes y contactos a ver las armas, tocarlas, palparlas y convencerse de que la empresa en que estaban embarcados era algo serio. “A partir de esa acción se nos sumó un montón de

gente y se comprometieron mucho más los que ya estaban", cuenta Cibelli. Pero por el momento no había intención de utilizar ese armamento, salvo para practicar y entrenarse, ya que el éxito del operativo no alteró la estrategia de acumulación a largo plazo. Es más: si hubiera sido por ellos, la revolución tendría que haber seguido siempre así, casi como un juego de estrategia o una partida de ajedrez en la casilla de Transradio. Una guerra paciente y ordenada hecha de acciones limpias, sin sangre, muertos ni heridos. El arte de triunfar reduciendo al mínimo la posibilidad de enfrentamiento real, tal como lo predicaban Liddell Hart o Sun Tzu. La razón y la astucia vencían a la fuerza.

Memoria de una joven formal
(1962)

Sí, efectivamente soy yo, Talita. Me imagino que habrá sido George Barry el que te ayudó a contactarme. Fue mi gran amigo de la adolescencia en Adrogué, donde creamos, en 1962, el Movimiento Estudiantil Renovador, el MER, cuando cursábamos cuarto año del bachillerato en el Nacional de Adrogué, y en el que estuvieron metidos muchos que después murieron con la represión, como Arnoldo y Edgardo Moyano, y los hemanos de George, John Alec y Henry. Creo que de alguna manera nos tendríamos que remontar a esas actividades contestatarias en las que ya estaba la semilla revolucionaria. Hacía muy poco que había triunfado la Revolución cubana, y no sé quién conseguía los Granma *y los leíamos en el bar Kentucky, de Adrogué. Tengamos en cuenta que éramos hijos de la clase media argentina, tranquila y conformista, bastante gorila y bien pensante. Algo de todo esto lo podés leer, está en un librito que sacó la Universidad,*[12] *en donde el único sobreviviente, George, cuenta parte de esa historia.*

El núcleo duro del MER éramos George Barry, Arnoldo Moyano y yo. Arnoldo, el Negro Moyano, vivía a la vuelta de mi casa y éramos compañeros desde la primaria, desde segundo grado. Queríamos replantear la disciplina de la escuela, que entonces funcionaba con celadores, formaciones al entrar, cantos a la bandera, todo eso, y pedíamos profundizar en contenidos sociales: estudiar la guerra de España, la revolución rusa, la mexicana, la cubana. Como éramos chicos con un cierto prestigio, al principio nos siguieron muchos alumnos, entre ellos los hermanos, como John Alec y Henry, y el hermanito de Arnoldo, Edgardo; pero también nos apoyaron muchos profesores, sobre todo los más progres. Después hubo una presión muy fuerte por parte del colegio y nos desmembraron. Al Negro Moyano lo echaron, George se fue a un nocturno y yo me quedé para terminar quinto año.

En la secundaria nos fuimos nutriendo de libros de todo tipo, pero nuestra base ideológica eran los existencialistas: Sartre, Camus, y en mi caso, Simone de Beauvoir, con quien me identifiqué totalmente a partir de leer las Memorias de una joven formal*, a los 16 años. Lo que yo saqué de ese libro era el clima cultural en que la Beauvoir con Sartre, Camus y otros intelectuales franceses vivían en el París de los años 50, y eso, la necesidad urgente de huir de la mediocridad de la clase media satisfecha a medias era lo que queríamos recrear en el Adrogué de los 60. Leíamos como locos, pintábamos, fumábamos, íbamos a las fiestas de la aristocracia venida a menos con sandalias y pulóveres de cuello alto negros, decíamos que Dios había muerto, hablábamos de la Revolución y esas cosas. Yo también escribía, y en el año 62 gané un concurso literario en la escuela con un cuento absolutamente existencialista,* “Cuadro en

blanco y negro”*. Tenía que ver con que George pintaba cuadros abstractos, medio en la línea de Jackson Pollock.*

Pero si hablo de Adrogué, del MER y de esas tardes del invierno del 62 en que nos reuníamos a leer obras de teatro o el Granma *en el bar Kentucky, fumando y tomando café, es porque de alguna manera fueron fundacionales en nuestra trayectoria. No es casualidad que después prácticamente todos hayamos sido parte de las diferentes organizaciones de los 70. Esos años de la secundaria crearon en nosotros una convicción de que, unidos, podríamos contribuir a hacer un mundo nuevo con el que empezábamos a soñar. Y si a los que sobrevivimos nunca se nos borró esa imagen, estoy segura de que a los que murieron tampoco se les había olvidado, e incluso en algún momento les debe haber dado fuerzas.*

Ana María Papiol,
Barcelona, junio de 2008

3. Crisis de crecimiento
(1962-1965)

La Revolución latinoamericana será, a pesar del enorme espacio del continente, tendencialmente urbana, ya que el interior de América Latina está vacío, mientras que la población tiende a concentrarse en las ciudades y en las bandas costeras marítimas del continente.

Abraham Guillén,
Estrategia de la guerrilla urbana

El grupo tucumano

La frase tuvo un gran poder de síntesis y una buena lectura de los datos de la realidad: "El tío pum". La pequeña sobrina de Juan Carlos Cibelli, con la facilidad que tienen los chicos para acceder a ciertos escondites, descubrió enseguida el arsenal debajo de la cama de sus tíos y lo contó en su lenguaje infantil acompañado por el ademán de apretar el gatillo. Así quedaba demostrado que las medidas de seguridad nunca eran tan infalibles como se creía. Menos aún cuando no se cumplía con ellas. Villa se encargó de confirmarlo dos meses después de la operación en el IGM.

Fue el 1º de agosto de 1962, cuando la CGT convocó a una huelga general que, además de alto acatamiento, tuvo una alta dosis de violencia: durante toda la jornada, militantes peronistas y de izquierda se enfrentaron con la Policía, y hubo incidentes en las principales ciudades. Se había anunciado un acto en las inmediaciones de la central obrera, al que Villa y Jorge Borean concurrieron juntos, y cuando la Guardia de Infantería cargó contra los manifestantes con sus carros de asalto y gases lacrimógenos desde las dos esquinas de la calle Azopardo, Villa y Jorge quedaron encerrados y no pudieron zafar. Los llevaron —a ellos y a muchos más— a la Comisaría 22 de la Avenida Huergo, más tarde al Departamento de Policía, y de allí al Penal de Caseros, donde estuvieron dos meses presos sin condena, a disposición del Poder Ejecutivo.

"Resulta que en los bolsillos de ese piloto que no se sacaba ni para dormir, Villa tenía guardados como cincuenta volantes, todos los que le habían dado durante el acto. Pero, además, llevaba un manuscrito que estaba escribiendo con el nombre Vanguardia Obrera Revolucionaria, que no sé de dónde lo había sacado, en el que hablaba sobre la necesidad de crear un marxismo de nuevo tipo y no sé qué más", cuenta Borean. Como no había acusación concreta contra

ellos, los mandaron al pabellón de los presos del PC, que los integraron a sus actividades formativas y a la discusión de sus documentos partidarios. En el pabellón vecino, el de los presos Conintes, abundaban los militantes de la juventud peronista, como Gustavo Rearte, Envar El Kadri, Carlos Caride y Dardo Cabo y su padre, Armando, con quienes se cruzaban en los recreos y llegaron a compartir algún partido de fútbol. En esas circunstancias difíciles, Borean descubrió que Villa, a pesar de su carisma, era un sujeto profundamente antisocial: “Le faltaba calle, no sabía tratar con la gente común, no jugaba al fútbol y no recibía visitas porque no tenía amigos”. Además, esperó en vano que le diera explicaciones por haber llevado encima esa cantidad de documentos comprometedores en el momento y el lugar menos indicados, contraviniendo todas las normas de seguridad, pero su autocrítica nunca llegó. Fueron los primeros indicios de que la persona que comandaba la Organización tenía su gran lado oscuro.

Pero, por el momento, los aciertos todavía disimulaban los errores. Ya que la acumulación de armas podía considerarse satisfecha, la Organización encaró lo que denominó una etapa de *aprovisionamiento financiero*. Y como contaban con una cantidad importante de militantes y contactos que trabajaban en distintos bancos, concibieron una muy sofisticada técnica de defraudación con cheques, que consistía en detectar alguna gran empresa (“si íbamos a expropiar, que fuera a la alta burguesía”, acota Cibelli) a la cual se le estaba por terminar una chequera, para pedir en su nombre que les enviaran una nueva a otro domicilio. Para llevarlo a cabo, encontraron un baldío, le agregaron una casilla y probaron mandar cartas para ver si llegaban: cuando lo confirmaron, pidieron el envío de las chequeras a esa dirección. Así consiguieron unos cuantos pilones de cheques auténticos, que se emitían y se iban a cobrar por caja, siempre cuidando que no fueran sumas excesivas para que las empresas no se percataran. Pérez calcula que así *recuperaron* el equivalente a cien mil dólares, suma que se utilizó para mejorar la infraestructura, bastante precaria hasta entonces, de la Organización. Compraron siete terrenos en los remates de tierras habituales de esa época, a los que les agregaron casillas prefabricadas para que pudiera vivir allí un compañero o una pareja y para que cada célula tuviera un lugar de reunión. También adquirieron un Rastrojero, alquilaron algunas casas operativas, y Villa y algún otro, por turnos, pasaron a ser militantes rentados de tiempo completo.

La Organización no sólo empezaba a tomar forma, sino que además se ampliaba territorialmente con la incorporación de una célula de trabajadores ferroviarios de Tafí Viejo, en la provincia de Tucumán, a quienes habían contactado a través de un tucumano radicado en Lanús que era a la vez compañero de Villa en la Facultad de Derecho —donde ninguno de los dos estudiaba demasiado— y de Borean en Entel. Fue el primer núcleo que no

estaba localizado en la zona sur del Gran Buenos Aires. La agrupación constaba de unas 20 personas y era liderada por Andrés, un joven de rasgos aindiados, ex militante de la Federación Juvenil Comunista (FJC) de Tafí Viejo —donde había una larga tradición sindical y de izquierda—, y activo agitador durante la huelga ferroviaria de 1961, en la que pararon unos cinco mil trabajadores.[13] Disconformes porque la "Fede" no les dejaba desarrollar mecanismos de autodefensa para contrarrestar la violencia de la burocracia sindical y la represión, ellos habían decidido hacerlo por su cuenta, y empezaron a practicar tiro, armar bombas molotov y otras materias pendientes en su formación, para las cuales eran de gran ayuda los textos estilo guía práctica escritos por el Che. Según admite Andrés, sus primeros experimentos eran muy precarios, al punto que llegaron a utilizar espirales como detonadores; algunas de sus anécdotas parecen provenir de tiempos muy antiguos, como la vez en que sostuvieron una metralleta con una percha, debajo de un saco.

Lo cierto es que en medio de estas prácticas sucedió lo previsible: un infiltrado en su núcleo los denunció ante el Partido. Inmediatamente, Andrés y Mario —el segundo en importancia en el grupo— fueron expulsados por alentar tendencias militaristas, después de un interrogatorio de tipo inquisitorial conducido por el joven Marcos Osatinsky, secretario general de la FJC en la provincia que, paradójicamente, se iba a convertir más tarde en uno de los principales dirigentes guerrilleros del país. Como a Andrés también lo habían despedido de Ferrocarriles a causa de su protagonismo en la huelga, empezó a trabajar por su cuenta en changas, a organizar las primeras acciones de acumulación de su grupo y a viajar seguido a Buenos Aires para participar de la vida interna de la Organización. También, a proponer acciones de las que solían tomar parte militantes porteños, que viajaban especialmente. Así, la célula de Tafí Viejo cobraría una gran importancia en la Organización, y Andrés se convirtió pocos años más tarde en uno de sus principales dirigentes.

Por aquel entonces, la situación política había cambiado en la Argentina. El radical Arturo Illia era presidente desde las elecciones de 1963 y, si bien los comicios habían sido irregulares por la proscripción del peronismo —que votó masivamente en blanco—, también es cierto que, a diferencia de sus predecesores, este médico cordobés mostraba en su gestión rasgos inéditos de calidad institucional, e incluso de progresismo en materia económica, que dificultaban su demonización. Estas características, más que ser bienvenidas, impedían articular un discurso insurgente que definiera al gobierno como el enemigo a vencer. Sin embargo, ese problema afectaba sólo a los revolucionarios cuya estrategia consistía en darse a conocer públicamente mediante proclamas y documentos en los que explicitaban las

razones de su accionar,[14] pero no era en absoluto el caso de la Organización, que se proponía crecer a la sombra y a largo plazo, sin dejarse influir por la alternancia de gobiernos. "Ni nos enteramos de que gobernaba Illia porque teníamos como norte la revolución —admite Cibelli—. Mucho más tarde tomé conciencia de lo progresiva que había sido la distribución de la riqueza en esa época; pero en ese momento ni por asomo nos planteamos dejar de operar. Primero, porque nuestras acciones eran sin sangre; y segundo, porque nuestro objetivo era la acumulación, no hacer política coyuntural, así que no nos importaba mucho quién fuera el presidente."

Deserciones e incorporaciones

En realidad, las dificultades que enfrentaban entonces eran muy distintas y estaban localizadas dentro de su propia estructura, no fuera de ella. Tenían directa relación con ciertos rasgos de la personalidad de Villa que empezaban a afectar el funcionamiento colectivo. Sobre todo, su desconfianza creciente y casi enfermiza hacia cualquier desconocido a quien intentaran contactar; síntomas de una paranoia que se acrecentaría con el tiempo hasta llegar a imprimirle su sello patológico a todo el funcionamiento de la Organización. Por ejemplo, una vez en la que acordaron una reunión con dos militantes bastante mayores que ellos, de quienes sólo recuerdan sus apellidos, Bustos y Lezcano, referentes de un grupo de cierta importancia. Los llevaron tabicados a una de las casas que habían alquilado en Bánfield, en un barrio de viviendas iguales, donde vivía Villa con su compañera, Julia, y donde guardaban parte del botín del IGM. Como solían hacer en estos casos, para impresionar a sus interlocutores y negociar desde una posición de fuerza, les mostraron dos 45 y una pistola ametralladora Halcón con insignias del Ejército Argentino. Los dos se quedaron mirándolas, asombrados. En ese momento, todos advirtieron que a Villa se le alteró la expresión de la cara; inmediatamente dio por terminada la reunión, sin consultarlo con nadie, y casi echó a los dos invitados. Después, les explicó a sus compañeros que lo había hecho porque se había dado cuenta de que eran policías: "¿No vieron cómo miraban los escudos del Ejército?", argumentó. Casi desesperado, le avisó a Julia que esa noche no volviera a dormir porque "la casa había caído" y "se venía la *repre*". A los pocos días, tuvieron que volver todos con el Rastrojero a llevarse las armas y mudarlas a la casa de Cibelli. "Perdimos una casa cómoda y segura, tiramos a la basura el depósito que habíamos pagado… Una locura, y todo por una pavada", razona Borean.

Desde ese momento, empezó a resultar evidente que la obsesión por las medidas de seguridad había mutado en paranoia, ya que empezó a frenar

sistemáticamente todas las acciones que se proponían. “Siempre faltaba algún detalle, siempre sospechaba que había un infiltrado o que la operación estaba cantada”, cuenta Pérez. Una vez, él le llevó un plan que había preparado con otro compañero de una *expropiación* en una compañía de seguros. “Un trabajito de guante blanco y muy rentable, con una planificación perfecta”, asegura Pérez. Cuando estaban en la planificación final, una noche, a las cinco de la mañana, escucharon golpear la puerta: era uno de los tucumanos, que iba a participar y acababa de llegar en micro. Antes de preguntar quién era, Villa entró en pánico y quemó todos los papeles, con lo cual la *opereta* quedó en cero, suspendida hasta nuevo aviso. Pérez habló con Cibelli y con Borean en forma separada; les dijo que Villa paraba todas las operaciones, que la Organización había dejado de desarrollarse en el terreno político y en el militar, y que así no había nada más que hacer. Pero sus compañeros lo apoyaron porque le tenían respeto y lo consideraban el más capaz. De hecho, cuando el dinero de las chequeras empezó a agotarse, él quedó como el único militante rentado.

En cambio, Jorge Borean, que se había casado con Ebe, una de las hermanas de Témperley, trabajaba como canillita en la estación Llavallol del Ferrocarril Roca. “En esa época, con Ebe supimos lo que es correr la coneja. Comíamos salteado y aprovechábamos para llenarnos cuando íbamos a comer a lo de nuestros padres, pero jamás les contábamos nada”, recuerda. Cabe recordar que en ese momento tenían guardadas las armas del IGM, que podrían haber sido convertidas fácilmente en dinero, pero no lo hicieron. Tal vez, ese arsenal era lo único que mantenía la mística de una Organización que no crecía, que se cerraba cada vez más sobre sí misma y empezaba a desatender los trabajos de base. En esa época, además, Ebe dejó de creerse los cuentos acerca de la red *dostoievskiana* de células. “Era desmesurado pensar que nosotros solos íbamos a hacer la revolución en un país tan grande”, comenta ella con bastante lógica. A fines de 1964, los dos anunciaron que se retiraban.

Pero Jorge Pérez también estaba descontento, y le planteó a Villa que la obsesión por la seguridad los estaba haciendo retroceder en lugar de avanzar. Por otra parte, le disgustaba que ellos tres tuvieran el control total y el manejo de los recursos, mientras que los restantes miembros militaban en células compartimentadas sin conocerse entre sí ni enterarse de nada. “No tenía nada que ver con el modelo de sociedad por el que luchábamos”, admite Pérez. Además, a él le constaba personalmente la valía de muchos de los militantes nuevos. Durante el año que pasó en la Policía Federal, él mismo había reclutado a uno de sus compañeros, Sergio Jorge Pablo Bjellis, hijo de un yugoslavo que vivía en Bernal, con quien congenió enseguida: ellos dos fueron los únicos que se negaron a poner plata para hacerle un regalo al suboficial que les había dado instrucción, ya que, según dijeron, el reglamento impedía hacerle regalos

a un superior. Otra vez, mientras descargaban muebles de un camión en una dependencia policial en el barrio de Flores, dejaron que se les resbalara de las manos un armario para que le cayera encima a un sargento de ésos que se hacen odiar. Hasta que Jorge se animó a contarle a su compañero en qué andaba, sin sospechar que ese muchacho acomplejado por su baja estatura iba a convertirse en uno de los principales líderes de la Organización. Sin embargo, no volvió a verlo hasta más de diez años después porque, como era habitual, Bjellis fue derivado a una célula que él no manejaba.

Poco más tarde se sumaron a la Organización una decena de militantes de Lanús provenientes del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), desprendimiento radicalizado y pro cubano del viejo tronco socialista. Entre ellos estaba Alejandro Rodolfo Baldú, el Loco, a quien todos describen como un típico porteño "piola", canchero, entrador, pintón, siempre bronceado y vestido a la moda, que vivía como un dandi en la casa de su madre a pesar de ganar muy bien con su trabajo de visitador médico. Es decir, todo lo contrario de la imagen habitual de un militante y, para colmo, con escasa o nula formación teórica. Pero él fue quien convenció a todos de las ventajas de ser visitador médico: trabajaba pocas horas, podía manejar sus horarios como se le antojaba, y de yapa cobraba un buen sueldo. Era el trabajo ideal para un revolucionario que necesitaba tener una doble vida, y de a poco les consiguió puestos en distintos laboratorios a casi todos, incluidos Pérez y hasta Villa, cuando él también necesitó empezar a trabajar porque el dinero *recuperado* se agotaba. Además, acercó a la Organización a su vecino de Lanús, Carlos Alberto D'Arruda, que arreglaba máquinas de escribir en el service de Olivetti: un militante serio, prolijo y muy confiable, de los que siempre hacen falta.

Por esa misma época, en el Colegio Nacional Sarmiento de la calle Libertad, alguien contactó a "Peralta", que había sido elegido delegado de quinto año turno noche durante unas protestas por el aumento de la nota necesaria para aprobar, y que por eso era codiciado por varios grupos de izquierda que intentaron llevárselo a sus filas. Pero él eligió la Organización porque lo sedujo el aura de aventura que ofrecía una red secreta de conspiradores. "Era como estar en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial", cuenta Peralta que, totalmente entregado a los ideales revolucionarios, renunció a seguir una carrera universitaria y se impuso, tal vez más que ningún otro, una vida ascética exenta de salidas o placeres personales que lo distrajeran de la causa. Alto, robusto y pelirrojo, vivía en el barrio de Monserrat y había perdido de muy chico a su padre, marinero de un barco remolcador; había crecido en un departamento alquilado con su madre, su hermana y una multitud de tías y primas. "No salí homosexual de casualidad", comenta. Durante su etapa de contacto lo atendía Arregui, el ex compañero de colimba de Villa, y después pasó a formar parte de

una célula junto con Baldú y Bjellis, cuyo responsable era el empleado bancario conocido en la Organización como el Gordo Federico.

Peralta, además, trajo a su mejor amigo del barrio, Jorge Caravelos, de su misma edad, quien a su vez llevó como contacto o colaboradora a su novia, Gliceria “Glyke” Angelides. Ambos provenían de familias griegas con alguna historia de militancia de izquierda en ese país. Ellos tres encarnaban lo que podría llamarse la segunda generación de la Organización, que no había conocido las luchas estudiantiles de los tiempos del frondicismo y tampoco se habían criado en el sur bonaerense, de modo que cortaban también con la asfixiante pertenencia territorial de la Organización. En el verano de 1964, Bjellis y Peralta se fueron de mochileros al sur, junto con otros dos compañeros, inaugurando una amistad fuera de la militancia que en general no existía entre los miembros fundadores ni en la camada anterior de militantes: desde las bases se empezaba a gestar un nuevo estilo.

A principios de 1965, el Petiso Sergio Bjellis, que estudiaba Psicología en La Plata, contactó en la Facultad de Humanidades al estudiante de Letras de 20 años, Carlos Alberto Malter Terrada, “Truño”, un muchacho macizo, oriundo de Lomas de Zamora, que había egresado como cadete de la Escuela Naval Militar de Río Santiago. En esa isla frente a las costas de Berisso y Ensenada, Truño había sobrevivido a cinco años de un durísimo régimen disciplinario, con profesores furiosamente autoritarios que inculcaban en los adolescentes a su cargo la exaltación de la virtud militar y, en contrapartida, un desprecio patológico por la vida mediocre de los *civilachos*. Después, en la Universidad, y sobre todo en la carrera de Letras, se encontró con una vida social, cultural y política desconocida. Pero no tuvo problemas de adaptación: lo eligieron delegado de Humanidades, en parte por ser independiente, y al poco tiempo empezó a militar en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de la Argentina (MIRA), una agrupación con gran predicamento en la UNLP, fundada por otros ex alumnos de Silvio Frondizi, liderados por el estudiante de abogacía Ramón Torres Molina. Bjellis frecuentaba el MIRA casi como un infiltrado, para quitarle militantes y llevarlos a la Organización. De hecho, lo hizo con Malter Terrada, a quien le propuso integrarse a un grupo marxista leninista que venía acumulando fuerzas desde hacía varios años con el fin de lanzar la lucha armada cuando estuvieran dadas las condiciones. “Porque acá todo el mundo habla pero nadie hace nada”, le dijo para convencerlo.

Durante varios meses discutieron textos y analizaron la situación nacional e internacional descripta por los diarios. Acordaron que era inevitable un golpe de Estado contra Illia, y también se convencieron, no sin razón, de que ese golpe iba a crear una coyuntura en la cual las

organizaciones que se estaban preparando para la lucha armada iban a encontrar su espacio. Ambos se convertirían en pocos años más en los dos principales dirigentes de la Organización.[15]

Jorge Pérez era bien consciente de que todo este caudal humano estaba desperdiciado y se podía volver inmanejable si persistían eternamente en una situación de espera pasiva. A ello se sumó la confirmación de que la manía persecutoria de Villa era un problema de salud mental serio. Una vez fue a la casa de Cibelli a contarle una historia delirante: el célebre comisario Evaristo Meneses, que había atrapado a los delincuentes más notorios de la época, andaba detrás de él, lo seguía de día y de noche, y estaba al tanto de todos sus movimientos. Incluso juraba que lo había perseguido corriendo mientras viajaba colgado en un colectivo y hasta llegó a agarrarle el tobillo. Un paranoico con todas las letras. En la certeza de que ya no tenía nada más que hacer allí, Pérez también se fue de la Organización en setiembre de 1965, con un grupo de seis o siete militantes que le respondían, junto con quienes concretó, sin problemas, algunas de las operaciones que había frenado Villa. Al poco tiempo, un compañero de trabajo con quien había empezado a conversar de política, Eduardo Gurrucharri, los acercó a todos a la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), que dirigía el ya no tan joven Gustavo Rearte.

En tanto, Villa buscó paliar la sucesión de deserciones con el ascenso a la dirección de Andrés, de Tafí Viejo, y así contar con una conducción federal. Pero Cibelli también tuvo que alejarse de la dirección, aunque en su caso por razones de salud, ya que había sufrido un desprendimiento de retina. Se la operaron tres veces y las tres veces le volvió a ocurrir, hasta que perdió el ojo definitivamente. Así se pasó un año y medio, hasta mediados de 1966, internado en una clínica y sin participar de actividad alguna. Con Cibelli fuera de combate y el resto de los miembros fundadores ya alejados, la conducción quedó en las únicas manos de Villa quien, a pesar de sus ataques esporádicos de paranoia enfermiza, seguía siendo el líder carismático y brillante de siempre, todavía capaz de mantener cohesionada una estructura celular de unos 40 miembros activos.

Casi todos ellos habían sido formados en la misma Organización. Concurrían a las reuniones de célula, estudiaban y debatían en grupo los manuales de Politzer y Nikitin, reclutaban ellos mismos a nuevos aspirantes, y algunos domingos, por turnos, iban a escuchar las charlas de Villa, que los cautivaba con su labia de intelectual. Sin embargo, la formación que recibían excluía olímpicamente el entrenamiento militar, con el argumento de que había que formarse antes como cuadro político: era la condición previa a cualquier actividad. El problema era que todos ellos estaban cada vez más impacientes

por pasar de la teoría a la acción, y nadie esperaba que la etapa de formación teórica en la Organización fuera a eternizarse.

La única célula que tenía algún tipo de operatividad era la de Tafí Viejo, que Andrés manejaba como su feudo, y donde se operaba con buena regularidad en pequeños operativos financieros y de recuperación de armamento. Muchos militantes porteños solían viajar a Tucumán para participar, e incluso aprovechaban los montes tucumanos para hacer algunas prácticas de tiro con las armas *recuperadas* del IGM, actividades que ayudaban bastante a mantener la cohesión, a falta de otro tipo de acción armada. El inmovilismo en que Villa mantenía a sus subordinados empezó a volverse especialmente insostenible después del golpe militar que, en junio de de 1966, derrocó a Arturo Illia para poner en su lugar al general Juan Carlos Onganía.

Científico frustrado
(1966)

Yo fui a un colegio secundario mediocre, pero tenía inclinación por las ciencias. En el 63 o 64 hice el curso de ingreso a Exactas, en la sede de Perú 222. Estaba fascinado porque había un circuito cerrado de televisión. Descubrí que me gustaban la matemática, la física, la química, y en general era un ámbito muy interesante. Empecé la carrera de Química y cursé un año, dos años... El vicedecano, Manuel Sadosky, había fundado el Instituto del Cálculo, primer laboratorio de informática, y en el 62 llegó a la Facultad la Mercury, que fue la primera computadora en serio que hubo en el país. La tenían en el primer pabellón de Ciudad Universitaria, recién inaugurado y súper moderno. Parecía la Argentina año verde. Yo era feliz en mi Facultad, con mi carrera y mi pertenencia, y justo en lo mejor vino el golpe de Onganía.

A nuestra Facultad la tomaron por asalto. Fue la única en la que los alumnos nos metimos adentro junto con los profesores, uno de ellos del MIT.[16] *Hicieron una doble fila de policías y nos cagaron a bastonazos. Me quedaron moretones por mucho tiempo. Después me fui a revisar a un hospital pero no tenía nada. Nos llevaron a la Seccional Nº 2. Las pibas estaban desesperadas, sangrando. Me acuerdo de que el primer paquete de comida que recibimos en la cana era para mí. Hubo un aplauso cuando llegó, y lo repartimos entre todos. Nos tuvieron la noche entera y a la mañana nos largaron.*

Echaron a los mejores profesores de la Facultad. Después, los que no habían echado renunciaron, aunque no tenían por qué hacerlo. Los únicos que tenían que renunciar sí o sí eran Sadosky y Rolando García, el decano. Pero se fueron igual y nos dejaron solos. Con la sensación de orfandad. Sin Facultad, sin maestros. Entonces volvieron los profesores carcamanes que enseñaban cosas desactualizadas, obsoletas, y me olvidé de mis expectativas de ser un científico. Yo militaba en el centro de estudiantes, en la FJC, en alianza con otras agrupaciones independientes. Quedamos todos marcados, recontra fichados. A la sociedad le importó tres carajos.

Cuando volví al pabellón, en 2001, más de treinta años después, vi una pared con cien nombres de desaparecidos. Los conocía a casi todos. Eran los más brillantes, los que levantaban la mano en la clase para discutir con los profesores, como Ricardo Morellos, que militaba y era un bocho como alumno y además trabajaba. Al menos en Exactas, los militantes que terminaron en organizaciones armadas eran tipos brillantes, no eran lúmpenes. Habrían sido profesionales extraordinarios si les hubiesen dado la oportunidad. La clase dirigente que nos falta hoy.

Agustín,
Buenos Aires, agosto de 2008

4. La nueva Organización
(1966-1968)

Los visitadores médicos

De entrada nomás el flamante dictador hizo saber de inmediato sus intenciones de quedarse en el poder, por la fuerza, al menos dos décadas, e instaurar un régimen de características similares al del franquismo en España, con una gran presencia de la Iglesia, en el poder y en la vida cotidiana. “Nos demostraron que los gobiernos civiles estaban a la merced de sus cañones y bayonetas, y que ellos podían voltearlos cuando se les antojaba. Entonces, ¿quién podía no creer que la democracia y las elecciones eran una farsa? —pregunta Malter—. Además, los que estábamos en las listas negras a causa de nuestra militancia estudiantil no podíamos trabajar en educación, ni en la administración pública, ni en las empresas, y como no éramos proletarios, tampoco podíamos ejercer presión a través de la actividad sindical”, agrega. Sin pretensión de enunciar una verdad universal, Malter Terrada describe así la situación de muchos jóvenes como él, que en esos años vieron en la violencia política la única forma válida o posible de protesta o reacción.

En este contexto, para contener la impaciencia de los militantes, desde la cúpula de la Organización se apeló en ocasiones a mecanismos *non sanctos*. Por ejemplo, anunciar el éxito de un supuesto asalto a una cooperativa financiera en Mendoza por parte de una célula en esa provincia (que no existía), y agregar que parte del dinero de esa operación se habría utilizado para comprar una Citroneta. Más tarde todos supieron que ese dinero provenía de un juicio laboral que Cibelli le había ganado al Banco Provincia por considerar que su problema en la vista era una enfermedad profesional, lo cual también le valió una mísera jubilación anticipada por discapacidad a los 30 años. Pero la Organización se diluía, y aparecían síntomas por todas partes. Otro militante, ex oficial de la Policía Federal —ahora estudiante de Ciencias Económicas—,

empezó a organizar una agencia privada de investigaciones, con el fin de tener acceso a los archivos de Coordinación Federal, pero el proyecto se frustró cuando no se pudo pagar más el alquiler de la oficina que habían alquilado. Los pocos operativos reales, *recuperaciones* económicas de una escala muy menor, salieron mal o tuvieron percances inesperados que hicieron aumentar el malhumor. Por caso, en mayo de 1967, la Policía detuvo a Caravelos por la calle con una pistola encima, la famosa Lüger Parabellum, cuando estaba por participar de una acción de la que ya nadie recuerda cuál era el objetivo, y fue condenado a seis meses de prisión por tenencia de arma de guerra. Él declaró que la había encontrado tirada y se dirigía a una comisaría a devolverla, tal como le habían indicado sus compañeros a través de una de las tantas técnicas aprendidas: un libro que tenía una sola letra subrayada con lápiz en cada página hasta completar el mensaje.

Ese mismo año, a principios de noviembre, Peralta y otro compañero, el abogado Hernán Jorge Henríquez, fueron detenidos dentro de un auto estacionado en Lomas de Zamora con dos revólveres calibre 22, cuando hacían de choferes operativos y contención de un pequeño asalto a una farmacia. Los denunció un matarife del barrio que vivía frente al lugar donde estaba el auto y que había creído, erróneamente, que lo habían seguido para robarle. Después de una semana en el calabozo de la comisaría, los liberaron por falta de mérito, porque no estaban haciendo nada y las armas no eran de guerra, pero quedaron fichados y, peor aún, dejaron establecida su relación. Henríquez tenía 35 años y venía de una larga militancia en el Partido Comunista, que lo había enviado de viaje a la URSS y a China. De adolescente había cursado el Liceo Militar en Mendoza, su provincia natal —incluso jugaba en el equipo de rugby de la institución—, y en ese momento se desempeñaba como abogado en la DGI, donde también era delegado. Salvo estas raras excepciones, también se habían descuidado todos los trabajos gremiales, en especial desde que habían emigrado uno a uno los canillitas de Constitución, la mayoría de ellos para seguir integrados a su sindicato.

Entonces, un buen número de militantes trabajaban como visitadores médicos y cobraban sueldos más que aceptables pero, con pleno convencimiento de su causa, donaban más de la mitad de lo que ganaban a la Organización. La mayoría había conseguido sus puestos gracias a los buenos oficios de Baldú, que trabajaba para el Wander Suizo, y que se movía como un pez en el agua en este ambiente tan particular en el que todos se conocían aunque pertenecieran a laboratorios diferentes. Fue él quien consiguió que en poco menos de un año Villa estuviera trabajando en Schering —pionero en las novedosas píldoras anticonceptivas—, Malter Terrada en Gobbi, Bjellis en Lacefa, Peralta en Bayer (pero él no entró por recomendación de Alejandro sino

por un aviso clasificado), y Caravelos en Casasco. Muchas veces, a sus colegas les extrañaba ver a dos o tres de ellos hacer "rancho aparte" en alguna mesa de los bares en los que se encontraban, cerca de los hospitales. Así se lo contarían a la Policía unos años más tarde, cuando esos visitadores de comportamiento extraño se convirtieran en las personas más buscadas del país. Lo cierto es que este circuito laboral y de cafés llegó a funcionar en los hechos como una suerte de estructura paralela en la que empezó a manifestarse el descontento de las bases con la dirección, que no tenía canales de expresión posibles en el organigrama celular y tabicado de la Organización.

Esta rebeldía creciente sostenía una estrecha relación con la aparición de otros grupos insurgentes en todo el país. Basta hojear cualquier diario porteño de esa época para advertir que, prácticamente, día por medio se detectaba la existencia en alguna ciudad de una "célula castro-comunista", tal como las llamaba el lenguaje periodístico corriente. Una noticia tomada al azar, entre decenas o cientos similares, informa que en mayo de 1968 la Policía desarticuló una célula integrada, entre otros, por Héctor Spina, uno de los fundadores de la Juventud Peronista, y Juan José Nazer, ex integrante de la guerrilla rural —también peronista— de Uturuncos,[17] que operó fugazmente en las provincias de Tucumán y Santiago del Estero durante el gobierno de Arturo Frondizi. Eran expresiones todavía aisladas de un gran temblor subterráneo que amenazaba con quebrar la supuesta imagen de paz social y apatía política en que le gustaba mirarse a sí mismo al gobierno militar de Onganía.

Lo que rebasó la paciencia de los militantes fue la enésima cancelación de un operativo, debido a las dudas y objeciones de Villa. Aunque, tal vez, justo en este caso tuviera razón porque se trataba de una acción de gran magnitud y con numerosas dificultades: la *recuperación* del dinero de la caja fuerte del Banco Popular Argentino, sucursal Liniers. Allí trabajaba desde hacía mucho tiempo el Gordo Federico, que conocía a la perfección el edificio, los hábitos del personal y los movimientos de dinero; pero la dirección le bajó el pulgar, a pesar del suculento botín de cincuenta millones de pesos. Esta frustración —Baldú y Bjellis, en especial, se desesperaban por hacerlo— desencadenó que en el otoño de 1968 sobreviniera lo que podría llamarse la rebelión de la conducción intermedia.

El 17 de mayo, una asamblea de unas veinte personas que se realizó en la casa de Peralta, en Barracas, juzgó en ausencia a Villa, al "Ciego" Cibelli y a Andrés, y decidieron separarlos de sus cargos. "Fue un hecho inédito, no debe de haber ningún otro caso en que se haya desbancado a la dirección de una organización clandestina por la presión de las bases", reflexiona Malter, que pasó a integrar la nueva conducción junto a Sergio Bjellis, el Gordo Federico y Marcos —el segundo de Andrés—, de Tucumán.

Pero, sin duda, el nuevo hombre fuerte de la Organización era

Sergio Bjellis. "Era el único que realmente tenía la capacidad para estar en la dirección —anota Malter Terrada—; Federico era más que nada una figura simbólica, un representante de la guardia vieja. Era un señor que trabajaba, tenía su familia y su militancia sindical en un banco, lo cual no le dejaba mucho tiempo para la organización. Yo, peor todavía. Mi experiencia política anterior era limitadísima, y para colmo no era un modelo de equilibrio psicológico ni afectivo. Me nombraron casi por descarte, pero quedaron en segunda línea personalidades fuertes como el Tordo Henríquez, Caravelos y el Loco Alejandro."[18]

El Petiso Bjellis le dedicaba también bastante tiempo a la militancia intelectual. Precisamente ese año había impulsado en la UNLP la creación de un grupo autogestivo para estudiar la obra del soviético Sergei Rubinstein, teórico de una psicología que, si bien se inspiraba en la técnica del reflejo condicionado de Pavlov, ponía un énfasis mayor en la individualidad del sujeto. Bjellis coordinaba el grupo y, en el transcurso de ese año, entre todos sus miembros llegaron a la conclusión de que era imposible abordar la problemática de la enfermedad mental en forma individual, sino que era necesario referirla a la sociedad y, más concretamente, procurar un cambio en ella como única forma de curar a sus enfermos. Así fue que analizaron la realidad política hasta llegar a la conclusión de que se imponía un cambio total de las estructuras del país. Entonces el Petiso los invitó a integrarse a un grupo político que se preparaba para ese objetivo. Según cuenta Peralta, para este tipo de trabajo de masas, Bjellis era convincente, agradable y sabía seducir intelectualmente. De hecho, varias compañeras o esposas de compañeros coincidían en que era "una lástima que no fuera unos diez centímetros más alto".

Por otra parte, es bastante notable que la conducción reciente no revisara la línea política o los lineamientos metodológicos heredados de la vieja conducción. En rigor, se seguía careciendo de una línea política, más allá de los conceptos básicos del marxismo leninismo y la práctica insurreccional. En cuanto a la estrategia, la segunda generación estaba absolutamente convencida de que la Organización debía seguir siendo secreta como hasta entonces, y que su programa consistía en acumular fuerzas a largo plazo sin intenciones de darse a conocer, algo que tal vez resulta comprensible en un contexto en el que todavía no existía la "competencia" con otras organizaciones afines. Pero, en lo metodológico, se decidió empezar a trabajar de inmediato, y se puso en marcha el operativo en el Banco Popular Argentino que, por otra parte era una urgencia porque todos los recursos financieros se habían agotado. De hecho, encararon la operación armados con pistolas matagatos porque no habían conseguido negociar aún el traspaso del armamento *recuperado*

siete años antes del Instituto Geográfico Miltar.

El olor del dinero

El Banco estaba ubicado en la esquina de Rivadavia y Timoteo Gordillo, a tres cuadras de la estación Liniers,[19] y el plan consistía en entrar durante un fin de semana, pasar allí una o dos noches y esperar que el lunes llegaran el gerente y el contador, que tenían las dos llaves de la caja fuerte. En ese momento pensaban reducirlos y obligarlos a entregarles el contenido de la caja fuerte; después saldrían bien trajeados con el dinero guardado en portafolios. Pero el problema era entrar. Para estudiar el terreno, Baldú se hizo pasar por fotógrafo publicitario y así subió a la terraza de un edificio vecino a sacar fotos de toda la manzana. Descubrieron que desde los fondos de un bar de la misma cuadra se podía llegar hasta el edificio del Banco y trepar por un muro trasero hasta una pequeña terraza, y desde allí acceder a una ventana con barrotes de hierro, que deberían aserrar. La noche del 6 de diciembre, Malter Terrada, Baldú, Caravelos —"Fernando", "Ernesto" y "Matías"— y otro militante apodado "Nicolás" se escondieron de a uno en un depósito ubicado al fondo del bar y desde allí subieron al techo del depósito, poblado de cajones con botellas. Cada uno llevaba un guardapolvo gris encima del traje, víveres para tres días, capuchas de tela, guantes quirúrgicos para no dejar huellas digitales, herramientas, esposas y armas que —ya lo sabían— no debían ser "de guerra" para evitar ese cargo si llegaban a ser apresados.

Debieron esperar hasta las tres de la mañana, momento en que se apagaron las luces de la manzana, e iniciaron la marcha hacia el Banco haciendo equilibrio por las paredes medianeras, con los maletines en la espalda a modo de mochilas. "Me daba la impresión de estar en el escenario de un gran teatro, a la vista de todos los vecinos", escribe Malter Terrada. En un momento dado, Caravelos se quedó atascado en la marcha porque su portafolio se había enganchado con un cable de teléfono. Cuando pidió ayuda porque no podía zafar, Baldú lo cortó en seco:

-Dale, boludo, desenganchate, que parecés un tranvía…

Una vez en el edificio, subieron al último piso por escaleras de emergencia, ayudándose con cuerdas, hasta alcanzar el balcón. Allí, los cuatro cubiertos por una lona negra, empezaron a serruchar el barrote que necesitaban sacar para entrar. "El ruido que hacía era impresionante. Estuvimos a punto de anular la operación, pero tuvimos suerte de que a partir de las cuatro de la mañana ya empezaban a circular muchos trenes del otro lado de la avenida; cada vez que oíamos el ruido de un tren nos poníamos a trabajar lo más rápido posible y parábamos en cuanto se alejaba." Cuando ya casi era de día, consiguieron

sacar el barrote, juntaron las limaduras con un imán e ingresaron. Después, pegaron con poxipol el barrote cortado, lijaron prolijamente la unión para que no sobresaliera y la pintaron del mismo color negro que la reja. Un trabajo pulcro, para dificultarle a la Policía la reconstrucción del hecho. Una vez adentro, se escondieron en una pieza llena de ficheros, donde permanecieron acurrucados dos días, moviéndose en cámara lenta y alumbrados con la luz que provenía de una linternita de bolsillo.

Tenían los alimentos calculados para que les alcanzara pero no les sobrara, cuidando de consumir primero los perecederos. Pero Malter había sufrido hacía poco una gastritis aguda, y un compañero médico —que no lo debía de apreciar mucho— le había recetado un régimen especial. “En lugar de comer exquisiteces como sandwiches mixtos de pavita o lomito, debía limitarme a un sachet de Sustagen, un alimento integral en polvo que conseguimos del laboratorio donde trabajaba Bjellis”, anota. Baldú se dio cuenta de su frustración y empezó a hacerle bromas. Cada vez que llegaba el momento de comer, anunciaba el menú poniendo voz de *maître*: “Plato principal: Para Nicolás, Ernesto y Matías, sandwiches de pavita a la mayonesa con tomate, morrones y lechuga. Para Fernando, un sachet de Sustagen.

«Postre: Para Nicolás, Ernesto y Matías, flan Balcarce con dulce de leche. Para Fernando, Sustagen con una cucharadita de azúcar.

«Bebida: Para Nicolás, Ernesto y Matías, champán rosado Duc de Saint Rémy bien frappé. Para Fernando, Sustagen bien diluido en agua…”

Hasta que Malter/Fernando explotó. Dijo que, en su carácter de responsable político de la operación, y dado que ya no tenía ningún síntoma de gastritis, para preservar su salud física y psicológica le correspondía el mismo régimen que a sus compañeros; o en todo caso, que ellos debían someterse también a su régimen de Sustagen para que él no se sintiera un “paria gastronómico”. Medio en broma, medio en serio, la discusión subió rápidamente de tono. Los otros tres argumentaban que las cantidades de comida estaban perfectamente dosificadas, y que si la compartían con él corrían el riesgo de sufrir carencias energéticas durante la acción. Malter retrucó que, en tal caso, cada uno podía complementar su dieta con una dosis adicional de Sustagen, que él cedía generosamente a cambio de la cuarta parte de sus viandas. La polémica viró a un conflicto de poder. Baldú aducía que preservar la salud de cada compañero era un problema que competía al jefe operativo, que era él. En cambio, Malter argumentaba que, como su gastritis era psicosomática, lo razonable era cuidar el bienestar psicológico de cada uno, y que eso era competencia del responsable político, es decir, él. En definitiva, se trataba de un típico cruce de chicanas verbales entre muchachos de barrio, aunque se expresara en el

lenguaje sofisticado de la militancia.

Estaba claro, también, que todavía no los había golpeado ninguna tragedia; al menos hasta ese momento parecía posible hacer la revolución sin necesidad de perder esa alegría juvenil y casi ingenua.

A la mañana temprano del 9 de diciembre, Bjellis les avisó por *walkie talkie*, desde la vereda de enfrente, la llegada del gerente, y después la del contador. Bajaron sigilosamente hasta la oficina del gerente, que en ese momento estaba de pie hablando por teléfono desde el escritorio de su secretaria (era la única línea que no habían cortado) y que, cuando se dio cuenta de lo que sucedía le gritó a su interlocutor: "¡Me están asaltando!". Desde el auricular todos escucharon la voz de Hernán "el Tordo" Henríquez: "¡Quedate quieto y levantá las manos, que es un asalto!". En realidad, el Tordo lo había visto bajar del tren en Liniers y había calculado el tiempo justo que tardaría en llegar a su escritorio para llamarlo y evitar que hablara con otra persona en ese momento. Sólo para ese detalle colocaron cinco militantes en la cola de un teléfono público y así asegurarse de poder llamarlo en el momento exacto. Una pequeña muestra de lo que la Organización consideraba una "planificación científica" de las operaciones. Entre tanto, Baldú redujo al contador, pero entonces se dieron cuenta de que en realidad era el auxiliar de contaduría, y que no tenía la llave. El Loco corrió al despacho del contador, derribó la puerta, revolvió los cajones y llevó todas las llaves que encontró. Una resultó ser la buscada.

Cuando finalmente abrieron la caja, les impresionó el olor nauseabundo del dinero así amontonado, pero pudieron vencer el asco y llenaron los cuatro maletines con los billetes más grandes. Después se sacaron los guantes, máscaras y guardapolvos, encerraron en una oficina al gerente, al auxiliar del contador y dos ordenanzas. Bjellis les avisó desde el *walkie talkie* el momento apropiado para salir, y lo hicieron por la puerta principal, como hombres de negocios, con traje y corbata. Los cuatro se alejaron por su cuenta en distintas direcciones. Malter caminó hacia la estación Liniers, tomó un colectivo hasta Once, y allí el Expreso Río de la Plata, que lo dejó a unas cuadras de su casa, en Ringuelet. Los otros tres hicieron recorridos igualmente largos; algunos de ellos con postas para entregarle el portafolio a otro: la técnica fundamental de la dispersión. "Ya relajado, sentí otra vez el maldito olor a podrido de los billetes, y me dije que si alguno de los pasajeros del colectivo hubiese sido empleado bancario, se habría dado cuenta de que alguien llevaba una gran cantidad de dinero en efectivo", relata Malter. Pero era consciente de que la Organización acababa de ser relanzada con este operativo decidido y planificado enteramente por su nueva conducción, y que había resultado un éxito.

Los diarios atribuyeron el hecho a delincuentes comunes, tal como querían sus autores. "Durante todo el operativo nos esforzamos en hablar como chorros", cuenta Malter. El botín resultó de cincuenta y seis millones de

pesos, que equivalían a más de diez mil salarios normales de la administración pública. Por supuesto, nadie vio un centavo para su usufructo personal, y enseguida se planteó el dilema de qué hacer con semejante cantidad de dinero, ya que la inflación del 30 por ciento anual desaconsejaba *embutirlo*. Lo dividieron en sumas menores que depositaron en cuentas numeradas, en un banco suizo, desde un tugurio de la *city* porteña, o se invirtieron en Bonos 9 de Julio, garantizados en oro, y en Bonos de Recuperación Nacional, que se habían utilizado para pagarles a los empleados públicos. Por lo demás, este logro sirvió para recomponer la relación de la nueva conducción con los jefes desplazados, quienes debieron admitir su equivocación respecto al inmovilismo en que habían sumido a sus fuerzas. Villa y Cibelli fueron nombrados asesores adscriptos a la dirección, y pusieron a disposición de Bjellis, Baldú y Malter Terrada el arsenal escondido en la casa del Ciego.[20]

En lo que hace a la infraestructura operativa, se compraron dos o tres departamentos y dos camionetas Dodge 200 nuevas, un camión Mercedes Benz modelo 1961 y un jeep IKA, ambos usados. Los dos últimos eran para utilizarlos en un operativo que algunos ya estaban planeando y que, si salía tan bien como éste, representaría otro salto cualitativo para la Organización. O para la lucha armada en general.

Un caño
(1968)

Había muchos grupos a los que yo llamo de la jotapé silvestre, con los que estábamos en contacto, y a veces hablábamos de la posibilidad de fusionarnos. Uno de esos grupos tenía como caudillito a Amílcar Fidanza, el que después estuvo en la SIDE con Menem, y que en esa época se había desprendido del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Era demasiado politiquero para mi gusto, muy presumido, pero alrededor de él había algunos pibes maravillosos, como uno que se llamaba Puchi. Ellos ya eran fierreros, mucho antes que nosotros. A mí me interesaba que pibes como Puchi ingresaran en la Brigada Masetti, pero a Fidanza no lo quería para nada, me generaba desconfianza.

Una vez, con tono de desafío, me dijo que si éramos revolucionarios de verdad teníamos que animarnos a poner un caño para el día del Ejército, o algo así. Fui y lo consulté con los compañeros, porque no éramos partidarios de los explosivos. Tenía que ser algo muy selectivo, porque si se ponía en forma indiscriminada podías amasijar a cualquiera que pasara por ahí. Pero les tuve que decir que sí, no me pude echar atrás porque, si no, no nos habrían tomado nunca más en serio. Me llevaron a buscar el caño a la casa de Héctor Spina, otro de los dirigentes de la Juventud Peronista, que vivía por Constitución. Como Spina no estaba, su mamá, que andaba con el típico delantal floreado, se agachó para buscarlo debajo de la cama y sacó el artefacto de una valija donde además había pistolas, un montón de frascos andá a saber con qué y hasta un machete de policía.

El caño estaba armado en una lata de conservas. La vieja nos explicó cómo funcionaba: nos dijo que se lleva así, con este lado para arriba, y cuando se lo da vuelta el ácido sulfúrico empieza a perforar el filtro hasta que llega al explosivo y lo activa. Después llegó Spina y nos dijo que íbamos a tener más de diez segundos, tiempo suficiente para rajar. Yo era el encargado de colocarlo en el portón de un edificio de oficinas por el centro con el escudo del Ejército, ya ni me acuerdo de qué lugar era, ni la fecha, mientras Fidanza y Puchi se encargaban de la contención. Hice todo tal cual me indicaron ellos. Llevé la lata adentro de una bolsa de nylon y la puse boca abajo junto al portón. Pero la cosa explotó enseguida, a los tres segundos, y la detonación me dejó sordo varios minutos. No escuchaba nada pero vi cómo se asomaba gente a los balcones. Salimos corriendo y nos subimos los tres a un colectivo.

A mí me quedó para siempre una lesión auditiva leve y juré que nunca más iba a volver a usar explosivos. Lo cumplí, por supuesto.

Alberto Szpunberg,
Buenos Aires, julio de 2007

5. En el corazón del Ejército (1969)

Fue la primera organización insurreccional que protagonizó operaciones armadas de envergadura contra unidades de las FF. AA.

Central Nacional de Inteligencia,
Organizaciones armadas clandestinas,
Documento base, 7 de octubre de 1974.

La casa del enemigo

Cuando todavía duraba la euforia por el éxito del atraco al Banco Popular Argentino, y en medio de los brindis de Navidad y Año Nuevo, Alejandro Baldú y Villa llegaron de uno de los periódicos viajes a Tucumán con la noticia de que Andrés, uno de los tres jefes depuestos de la vieja dirección, estaba al borde de la muerte a causa de una tuberculosis miliar. Lo habían visitado en el hospital donde estaba internado, en el que no había médico especializado ni medicamentos, y donde se oían campanas por los muertos todos los días. El 17 de enero de 1969, el mismo Baldú, Cibelli y Bjellis volaron a Tucumán desde Aeroparque con el propósito de traerlo y hacerlo atender en Buenos Aires. El viaje estuvo lleno de percances: el pequeño avión de la empresa de taxis aéreos Noel Werthein debió hacer escala por mal tiempo en Santa Fe, donde los tres pasajeros pasaron la noche en el Hotel Castelar (habitación 307), y retomó el vuelo al día siguiente pero se vio obligado a descender por el mismo motivo en Santiago del Estero. Entonces optaron por seguir viaje en ómnibus, ir a buscar a su compañero enfermo y esperar que el avión los fuera a buscar a San Miguel para emprender el regreso. Pero al enterarse del motivo del viaje, el piloto, les advirtió que no tenía permitido llevar pasajeros enfermos sin autorización médica, por lo que debían tramitar una; pero no les hizo falta porque resultó imposible convencer a Andrés de que viajara con ellos a Buenos Aires: creía que le quedaba poco tiempo de vida y prefería permanecer algunos días para arreglar sus asuntos familiares, los habituales en estas circunstancias. Después de pasar la noche en el Hotel Italia (habitación 209), debieron regresar en el taxi aéreo tres días más tarde y sin Andrés. Además, habían cometido el increíble error de alojarse en hoteles y contratar el aerotaxi con sus nombres y documentos verdaderos, dejando en el camino un reguero de pistas y testigos servidos

en bandeja a la Policía.

Pocas semanas más tarde, con una fuerza interior de samurai, un casi moribundo Andrés bajó por su cuenta a la Capital, y así evitó, sin saberlo, hacer constar su nombre en los mismos registros que sus tres compañeros. Se internó él solo en el Hospital Muñiz, donde fue intervenido quirúrgicamente. Sus compañeros se turnaban para cuidarlo y llevarle algún sándwich o empanada, o le dejaban algunos pesos para que comprara lo que quisiera en la cantina. El tucumano les decía con un hilo de voz que se sentía cada vez mejor, que no tenía ningún problema y no necesitaba nada, pero igual guardaba los billetes debajo de la almohada. Después de unos meses se recuperó y les demostró que tenía siete vidas; al salir del Hospital su primera preocupación fue devolver todo el dinero, ya que, al mejor estilo de los viejos militantes anarquistas, no había gastado un solo centavo en su propio provecho. Pero no pudo hacerlo porque no encontró a nadie. A mediados de 1969, la misma Organización que en diciembre último había creído tocar el cielo con las manos ahora había tenido que replegarse hasta casi desaparecer de la faz de la Tierra, ya que por lo menos diez de sus miembros habían sido identificados y la Policía los buscaba afanosamente por todo el Gran Buenos Aires.

Después del robo perfecto al banco, los problemas financieros podían considerarse momentáneamente resueltos, y tampoco tenían problemas de armamento porque el pequeño arsenal del IGM alcanzaba y sobraba para el uso que le daban: exclusivamente de instrucción. Pero un conocido que había hecho el servicio militar un año antes en el Regimiento de Infantería Nº 1 Patricios involuntariamente aportó el dato de que, durante los dos meses de instrucción en Campo de Mayo, había visto en el lugar unos quinientos fusiles FAL para enseñar tiro a los nuevos reclutas, y que permanecían guardados en un carpón. Durante el feriado de Semana Santa el campamento quedaba casi vacío, con excepción de las imaginarias (guardias no armadas) y unos pocos suboficiales y oficiales de baja jerarquía. A pesar de que era la mayor guarnición militar del país, el corazón del poder militar y político de la Argentina, los puestos de guardia ubicados sobre la ruta tenían por hábito franquearle el acceso sin mayor control a los oficiales de alto rango, y una vez adentro, como las distintas dependencias militares se encontraban desperdigadas sobre varios miles de hectáreas verdes, era posible moverse casi sin control. Para llevarse el armamento, entonces, había que ingresar durante el feriado largo haciéndose pasar por milicos; reducir a la escasa población del vivac, cargar las armas y volver a salir. Toda la información adicional que necesitaban la obtuvieron levantando en auto a los conscriptos que hacían dedo cuando salían de franco.

“Baldú fue el que empujó y dijo que esto que parecía una locura era perfectamente posible. Empezó a aportar datos, contó que había ido hasta el

jardín de la residencia del comandante en jefe con alguna excusa delirante, que había conversado con los jardineros y visto entrar y salir camiones. Nos decía que, igual que con el Banco, cuanto más grande es el operativo, menor es el riesgo en relación con lo que se obtiene", escribe Malter.[21] En tanto, Peralta escuchó de Bjellis la explicación de que en aquel momento, fines del 68 y principios del 69, empezaban a aparecer cada vez con más frecuencia distintos grupos que se volcaban a la lucha armada, todos con un nivel organizativo y político muy embrionario. "Entonces, ¿cómo podíamos conseguir y ejercer el liderazgo de esos grupos en un Frente? Demostrando que éramos los que teníamos la mayor capacidad de fuego, y esas armas podían llegar a ser nuestro as de espadas".

En un galpón alquilado en Haedo, un militante nuevo, Carlos Domingo Della Nave, muy diestro como mecánico y chapista, se ocupaba de camuflar el camión Mercedes Benz y el jeep recién comprados para que parecieran vehículos militares, pintados de verde oliva y con insignias en la puerta. Della Nave tenía 19 años, flequillo rubio y cara de ángel. Se había criado en Lanús, en el seno de una familia "peronista hasta la médula —según cuenta su prima Norma Salas—, en la que permanentemente se hablaba de política",[22] y desde los 15 años había trabajado y militado gremialmente en el Ferrocarril Roca. Su padre, Raúl Della Nave, era un jubilado ferroviario que solía intercambiar con sus vecinos los libros de Perón y Evita y otros objetos de culto peronista; pero Carlitos (así lo llamaban todos) tenía sus propias inquietudes políticas. En la Organización circulaba el rumor nunca confirmado de que en 1967 se había ido de mochilero con el objetivo de sumarse a la guerrilla del Che en Bolivia y, efectivamente, en esa época llegó a pedir una licencia de seis meses en el trabajo para viajar al extranjero. Pero eso fue todo. Ese mismo año lo arrestaron por participar de un acto relámpago de la FJC en el centro porteño, en conmemoración por los cincuenta años de la Revolución Rusa, y pasó doce días detenido en Villa Devoto.[23] Al poco tiempo de salir libre, se ofreció como voluntario para ayudar a los afectados por las graves inundaciones de buena parte del sur del conurbano, y así conoció a Baldú, que colaboraba llevando medicamentos. Unos meses más tarde éste lo invitó a unirse a la Organización.

Ahora, en el galpón, Carlitos se dedicaba a camuflar el camión que se iba a usar en el operativo, pintándolo de verde oliva después de haber cubierto toda la carrocería con papel contact. La idea era arrancarle esa capa pintada apenas salieran de Campo de Mayo y devolverle al vehículo su color rojo original, para la huida. A Peralta, que fue varios días al galpón a colaborar con los trabajos, le surgieron varias dudas: ¿Cómo haría para que el papel adhesivo no quedara pegado, cómo iban a quitarlo en medio de la noche? Della Nave le explicó que pensaba untar la carrocería con vaselina y que quedaría un sobrante de contact debajo del guardabarros como para poder tirar y arrancarlo. Peralta observó que, si bien la primera mano de pintura había quedado bien,

Carlitos le había dado dos manos más, de puro perfeccionista, y obtenido una capa sólida y espesa que a simple vista parecía imposible de despegar.

Pero, sobre todo, lo que no compartía Peralta era el triunfalismo reinante en la dirección. Dudaba seriamente de que los militares fueran a estar tan desprevenidos como ellos pensaban, y también cuestionó el apuro y la desprolijidad con que se estaba preparando todo para llegar a tiempo a la fecha de Semana Santa. Por eso, durante una reunión de célula presentó sus objeciones: “Si sale mal, va a ser nuestro Moncada”, alertó, en referencia al asalto de las primeras milicias de Fidel Castro a la guarnición militar de esa ciudad, el 26 de julio de 1953, que fue un fracaso rotundo y llevó al futuro líder cubano a la cárcel, aunque posteriormente la fecha pasó a ser reivindicada como el inicio mítico de la Revolución. Le contestaron que su postura era inadmisible, y se decidió someterlo a un juicio revolucionario por saboteador. Sin embargo, una semana antes de la fecha señalada, cuando su amigo Bjellis fue a verlo y le preguntó qué pensaba hacer, él le contestó que quería participar por lealtad a los compañeros.

A las 3 de la mañana del 5 de abril de 1969, sábado de Gloria, el jeep y el camión verde oliva, con doce personas a bordo vestidas con uniformes de combate, entraron en Campo de Mayo por la Puerta 4. Bastó la presencia de Henríquez en el asiento del acompañante del jeep, con uniforme de fajina y tachas de teniente coronel, para que los centinelas les hicieran la venia y los dejaran pasar. El Tordo Henríquez tenía 38 años, físico de *rugbier* y un vozarrón potente, y conocía bien las órdenes de mando. Los vehículos pasaron con facilidad otros dos puestos de control y penetraron cuatrocientos metros hasta el vivac del R1, donde redujeron a los pocos suboficiales y colimbas de guardia. “Henríquez les decía que era el teniente coronel Luzuriaga y que venía a hacerse cargo de la guarnición porque había un golpe de Estado. Estuvo brillante cagando a pedos a todo el mundo”, cuenta Cibelli, que también participó, a pesar de su discapacidad visual empeorada por la oscuridad. Con tiras de sargento, él se encargó de calmar a los *zumbos*, diciéndoles que se quedaran tranquilos porque podría escapárseles un tiro, mientras Peralta y Caravelos los ataban de pies y manos (les quedó para siempre un chiste interno: “atando cabos”). A quien esta vez le tocó quedarse afuera como reserva de la dirección fue a Malter.

Pero cuando fueron a la carpa, donde supuestamente se guardaban las armas, llegó la gran decepción: contra todas sus previsiones, la encontraron completamente vacía. No había nada. Después, a través de todos los medios periodísticos se enteraron de que el segundo Jefe del Regimiento había considerado que, al no haber personal suficiente como para cuidarlas, era necesario trasladarlas por el fin de semana largo a otra dependencia. “Era cantado, si había noticias de robos de armas por

todas partes… Hasta por Radio Moscú, en onda corta, yo me enteraba de que se robaban armas en Argentina", razona Peralta. De modo que tuvieron que retirarse con un saldo magro de apenas cuatro fusiles FAL, una pistola 45 y dos bayonetas: para eso habían movilizado toda su estructura y habían invertido más de tres millones de pesos sólo en la compra y acondicionamiento del jeep y el camión. Pero no tenían nada más que hacer ahí adentro; salieron a la ruta y se dirigieron a un baldío cercano donde una pick-up Dodge 200 sin camuflar los esperaba para la dispersión. Los diez participantes se bajaron de los vehículos verde oliva, se quitaron los uniformes, que habían dejado en el camión, y subieron a la caja de la camioneta.

En ese momento, con el apuro y la frustración nublándole el cerebro Sergio Bjellis, el responsable militar del operativo, dio la orden de abandonar el camión e irse de allí lo antes posible, porque suponía que la guardia ya habría informado lo ocurrido; como mínimo, todo Campo de Mayo estaría detrás de ellos. Marcos, el tucumano, que conducía el camión, insistió en que era preferible quemarlo antes: para eso habían llevado una bomba incendiaria con mecanismo de retardo, pero el Petiso Bjellis contestó que no había tiempo ni siquiera para eso: "Veía luces de autos que se acercaban por la ruta y creía que ya estaba el Ejército encima", cuenta Marcos.[24] Tampoco era lógico llevarlo de vuelta así al galpón en Haedo porque, según la misma hipótesis, todas las patrullas policiales y militares debían de tener ya la descripción del vehículo. Tomarse el trabajo de quitarle el contact para volverlo a su color rojo original era algo que sólo tenía sentido en el caso de haber tenido éxito y llevar las armas encima, sin contar con que incluso en ese caso parecía difícil arrancar esa pátina gruesa y endurecida. En definitiva, dejaron abandonados el jeep y el camión, que llevaba un cargamento de caramelos bien visible en la caja para ocultar, supuestamente, las armas. "Fue una buena decisión dejarlos ahí, porque igual los habíamos comprado con documentos falsos", razona Cibelli.

Al día siguiente, cuando se realizó la evaluación del operativo, un avergonzado Baldú admitió que, con el loable propósito de ahorrarle dinero a la Organización, había comprado un juego de neumáticos nuevos para el camión en una gomería donde lo conocían desde hacía años, a la que solía llevar habitualmente su Fiat 600 porque le hacían buen precio. Se trataba de un error garrafal, porque las gomas de auto tienen un número de serie que permite seguir todo su recorrido desde el fabricante hasta el vendedor y, efectivamente, fue la punta del ovillo que le sirvió a la Policía para empezar a investigar. Ante esta novedad, se tomó la decisión de que no sólo Baldú, sino todos los que estaban vinculados con él pasaran inmediatamente a la clandestinidad. Se evaluó que en esa situación se encontraban Bjellis, D'Arruda, Malter Terrada, Henríquez, Caravelos y Peralta, más algunas esposas y novias; pero no tomaron

la misma precaución con Cibelli. “Para nosotros, Juan Carlos era el último compañero a quien podrían llegar”, escribe Malter.[25] Incluso en la modesta casa a la que se habían mudado en Villa España, partido de Berazategui, con una huerta al fondo donde engordaban patos y gallinas, se ocultaba la mayor parte del arsenal, algunos documentos estratégicos y una parte del dinero del Banco Popular Argentino. Más aún: fue precisamente allí donde decidieron ocultar a Baldú, por considerar que era el refugio más seguro.

Para Villa, en tanto, el choque de su fantasía con la realidad fue demoledor: terminó internado por una larga temporada en el Hospital Psiquiátrico José T. Borda, y jamás volvió a incorporarse a ningún tipo de militancia. Según cuentan, hasta el día de hoy sigue obsesionado con sus perseguidores imaginarios.[26]

Por lo pronto, aquellos que, según la dirección, corrían peligro de ser identificados, debieron abandonar lo que hasta ese momento había sido su vida normal: casa, trabajo y lugares que frecuentaban; y también a cambiar de identidad utilizando documentos falsos. Es lo que se solía llamar el *pase a clandestinidad*. Así fue que empezaron a saltar de una casa operativa a otra: algunos durmieron en hoteles y otros en hoteles alojamiento. “A veces aprovechábamos para hacerle gancho a compañeros y compañeras que no tenían pareja”, cuenta Malter Terrada, que se pasó días y noches enteras recorriendo la ciudad en un auto y organizando mudanzas de personas, armas y bagajes. Agrega que en esa época aprendió a dormir “en cuotas” en lugares insólitos como los baños turcos del hotel Castelar, en Avenida de Mayo, o durante larguísimas afeitadas con fomentos calientes en alguna peluquería de barrio. “Lo que pasó —agrega— fue que, en esa época, cuando prácticamente ni existía la lucha armada en la Argentina, la operación Campo de Mayo, de una magnitud y audacia inauditas, humillaba no sólo al Ejército sino incluso a la propia dictadura de Onganía. Por eso, todos los recursos de la Policía y los servicios se lanzaron detrás de nosotros. Esto explica que hayan explotado hasta la más mínima pista.”[27]

El Ejército tardó tres días en hacer público el hecho, y se condujo con gran discreción, subrayando el misterio absoluto sobre los autores y sin denunciar su posible filiación política. La Policía Federal y el Servicio de Informaciones del Ejército tomaron a su cargo la investigación, y se inició una causa penal en el Juzgado Federal en lo Criminal Correccional Nº 1 de San Isidro, a cargo del juez Jorge Luque, a raíz de la denuncia del Juez de instrucción militar… ¡por el robo de cuatro fusiles y una pistola![28] Mientras los militares hurgaban la posibilidad de alguna infiltración dentro su propia fuerza —dada la increíble facilidad con que había sido violado su principal asentamiento—, la División Asuntos Políticos de Coordinación Federal se dedicó inmediatamente a rastrear el número de serie de los neumáticos. Así llegaron hasta la gomería Conde, sobre la Avenida Mitre, en Avellaneda, donde se enteraron con lujo de detalles que Baldú había

comprado inicialmente cuatro gomas, y días más tarde había llevado otras dos para completar el juego —el vehículo llevaba seis en total— porque el vendedor lo convenció de que, si eran todas iguales, necesitaba llevar un solo auxilio.

Los investigadores ya contaban con el primer nombre de la lista, y fueron a buscarlo a su domicilio legal, en la casa de su madre. La señora les dijo lo mismo que su hijo le había dicho a ella para justificar su ausencia: que había viajado al Norte por razones de trabajo. Después interrogaron a un amigo del barrio, a quien le había dejado algunos libros de Lenin y Engels porque él no tenía dónde guardarlos: primer indicio sobre la posible motivación política del hecho. Con el dato (falso) del viaje al norte, la búsqueda siguió por las compañías de ómnibus, trenes y líneas aéreas. Otros investigadores policiales, en tanto, fueron a interrogar a su padrastro, Miguel Gili, haciéndose pasar por visitadores médicos, y le dijeron que buscaban al mejor amigo de Alejandro; el hombre les creyó y comentó que conocía a Carlos Alberto, que arreglaba máquinas de escribir en Olivetti. Las señas correspondían a D'Arruda, aunque ya no trabajaba allí; pero cuando fueron a su departamento, en Congreso, el portero informó que se había ido de viaje unos días antes. También interrogaron a la novia de Baldú en el pequeño departamento que ambos alquilaban en San Telmo. Ella les dijo que no sabía dónde estaba Alejandro porque hacía poco habían decidido separarse por un tiempo. Entre sus pertenencias encontraron unas hojas escritas a mano por él con resúmenes y comentarios de textos de Lenin,[29] que confirmaban plenamente la pista de una organización política de izquierda, y también una libreta universitaria de la carrera de Sociología sin materias aprobadas.

El 7 de mayo, transcurrido un mes de la irrupción en el vivac del R1, las pesquisas llegaron hasta las compañías de aerotaxis, de donde surgieron los nombres de Bjellis y Cibelli por su accidentada excursión a Tucumán (¡y Baldú había dicho lo del viaje para despistar!). Pero el Petiso Bjellis estaba escondido y el Ciego, no. En sus apuntes, Malter Terrada relata lo que ocurrió después: "Una tarde, Juan Carlos llegó a su casa en la camioneta Citroën descuajeringada y le dice a Alejandro [refugiado allí] que pasaría un cobrador por una historia de deudas, y que por esa única vez, excepcionalmente, les abra la puerta y les dé la dirección de su hermano, donde él lo estaría esperando para resolver el problema. Pasan unos minutos y llaman dos tipos a la puerta. Les abre Alejandro preguntándoles si buscan a Juan Carlos, y les pasa la dirección del hermano. Los dos tipos se alejan casi corriendo, suben a sus coches y arrancan a toda velocidad. Y sucede lo insólito: como el comando había llegado en busca de Cibelli, en su precipitación no advirtieron que quien les abrió era nada menos que el propio Alejandro, el hombre más buscado que, sin saberlo, acababa de entregar al Ciego, su compañero del alma".[30] Efectivamente, a Cibelli lo detuvieron en casa de su hermano.

Al darse cuenta de lo que acababa de hacer, Alejandro Baldú se fue de inmediato a dar el aviso a un pequeño departamento de dos ambientes en un cuarto piso de la calle Azcuénaga, entre Santa Fe y Arenales, donde se hacinaban Bjellis, D'Arruda, Malter Terrada, Henríquez y Della Nave, y algunos otros que jamás fueron identificados, sin teléfono y condenados a pasar las veinticuatro horas sin hacer el más mínimo ruido. Pero el Ciego la estaba pasando infinitamente peor.

Vida clandestina

"Desde el primer momento de la Organización, todos empezamos a prepararnos para la tortura, porque partíamos de la base de que iba a aparecer tarde o temprano. Sabíamos que era imposible no hablar, y que no se podía culpar a nadie por eso. Lo único que teníamos que hacer, entonces, era aguantar al menos un día sin hablar, porque nuestros mecanismos de control de citas eran muy estrictos, y si alguien no llegaba a estar un día donde tenía que estar, se levantaba todo", cuenta Cibelli, que en esa circunstancia difícil tuvo oportunidad de poner en práctica ciertas técnicas ideadas para sobrellevar las sesiones de picana: "Había que gritar más fuerte en los lugares donde te dolía menos, y menos donde te dolía más. Cuando me la daban en la cabeza del choto era terrible, parecía como si un ratón te estuviera comiendo la cabeza, te la revienta, y me la banqué. En cambio, cuando me la daban del culo para atrás, en la nalga, o en las tetillas, pegaba unos gritos terribles, entonces me la seguían dando ahí". Así aguantó la primera jornada sin abrir la boca o argumentando que no tenía idea de nada, y al final le dijeron que quedaba libre por falta de mérito. Pero salió del Departamento de Policía sin hacerse muchas ilusiones, y su presunción se confirmó: afuera lo estaban esperando para meterlo adentro de un patrullero apenas pisó la vereda, y lo llevaron a San Martín, donde quedó a disposición del juez Luque. "Ahí siguió la *biaba*, pero legal", cuenta.

"La primera pregunta era quiénes éramos. Nos habíamos metido adentro de Campo de Mayo, tomamos un regimiento y nos fuimos sin que nos pasara nada. Los tipos estaban desesperados por saber qué militar nos había pasado toda la información", recuerda el Ciego, que empezó a elaborar una estrategia de confesión más sofisticada que consistía en averiguar, sobre la base de ciertas preguntas, qué era lo que los interrogadores ya sabían, para confirmárselo e inventar un poco más sobre esa base. Cibelli se tomó dos sesiones de tortura con picana para contar, de "a puchitos", que un tal Villa —a quien describió con los rasgos de Palito Ortega, pero rubio— lo

había invitado en 1965 a formar parte de una organización política a la que llamaban "de la Terna", porque estaba compuesta por células de tres personas, y que no conocía el nombre de los otros dos. También les dijo que el objetivo de la organización era "la toma del poder", para lo cual "contarían con apoyo militar". Después les contó que, en enero, Villa les había encargado a los tres viajar en avión a Tucumán, donde una persona les iba a dar un trabajo, pero que allá nunca llegó el contacto que esperaban, por lo cual debieron regresar. Aseguró que no tenía la menor idea del hecho en Campo de Mayo, y que desde principios de junio la organización había cesado todas sus actividades. También, por si llegaban a interrogar a Irma —como efectivamente sucedió—, dijo que Villa les había encargado guardar a "Enzo" (Baldú) en su casa por unos días.[31]

Al finalizar, el oficial principal Osvaldo Sandoval, que había estado encargado de su interrogatorio, le dijo: "Lo que me desespera en usted, Cibelli, es no poder saber si es el último pelotudo o un genio". El mismo Sandoval se encargó de indagar a Irma, que también fue torturada, pero la liberaron al cabo de unos días por falta de mérito. Aunque tenía los ojos tapados, ella pudo espiar por encima de las vendas y reconoció el traje y la corbata del oficial, que andaba vestido de civil. Cibelli sabía que si Irma contradecía su historia estaba perdido, pero ella no dijo una palabra de más: "Juan Carlos sigue vivo porque yo no hablé", asegura Irma cuatro décadas más tarde. En cambio, Juan Carlos estuvo casi un mes incomunicado y después le dictaron prisión preventiva por robo con violencia sobre las personas, conspiración para la rebelión y asociación ilícita. Sus compañeros habían acudido a Silvio Frondizi para que lo defendiera, y éste los había derivado al estudio del ex intendente de La Plata y veterano defensor de presos políticos Enrique Schargorodsky, quien a su vez le encargó la tarea a un joven abogado radical, el futuro secretario de Justicia de la Nación, Enrique Paixao. El Ciego fue trasladado a la U9 de Olmos, donde los carceleros solían aplicar el régimen de castigo "15-30-90": quince días en un calabozo completamente a oscuras, 30 días en que abrían una rendija para que entrara algo de luz y 90 en una celda con apenas algo de luz, pero sin poder siquiera fumar o leer.

Entre tanto, de los vehículos hallados en el baldío cerca de Campo de Mayo surgieron nuevas pistas. En el negocio de autos usados donde habían comprado el camión Mercedes Benz, una empleada reconoció a Baldú como la persona que lo pagó y salió manejándolo él mismo, aunque en la foto que enseñaba la Policía tenía menos años y más pelo. En una distribuidora de golosinas también lo identificaron como el hombre que había comprado mil ochocientos kilos de caramelos y se los llevaba en la caja de una camioneta Dodge 200 nueva, y así en varios lugares más.

Baldú estaba en todas partes y a la vez en ninguna; era el hombre omnipresente e inhallable, y se convirtió en una obsesión para sus perseguidores. "Como se encontraban con su huella a cada paso, terminaron por creer que era el cerebro, por eso las investigaciones se centraron en él", escribe Malter Terrada. Es posible que, ya entonces, más de un oficial de policía empezara a relamerse anticipando todo lo que le iba a hacer el día que lo atrapara.

Con el fin de confirmar quién había comprado recientemente una camioneta Dodge 200, los investigadores preguntaron en todas las concesionarias del país hasta que dieron con el nombre de Carlos Malter Terrada, que lo había hecho con su nombre verdadero, porque en realidad habían comprado dos del mismo modelo, y a esa no la pensaban usar en operativos. "Encontraron mi camioneta buscando la otra", explica Malter, quien al pagarla al contado había hecho constar su domicilio en un departamento de Caballito, comprado a nombre de Baldú, que asistió a la escritura acompañado de Henríquez porque "era su abogado e intervenía en todas sus operaciones",[32] y que a su vez tenía el antecedente de su arresto junto con Peralta. Al mismo tiempo, uno de los tantos visitadores médicos interrogados por la Policía para aportar datos sobre los buscados, además de referir esa costumbre llamativa que tenían todos ellos de sentarse en una mesa aparte, contó que un año antes el Loco Baldú había preguntado por un puesto en un laboratorio para un amigo suyo, Jorge Caravelos. Averiguaron que él también se había marchado de su casa poco antes, pero la allanaron y encontraron dos tomos de las *Obras completas* de Lenin, con lo cual lo sumaron a la lista de buscados. Ahora bien, ¿esa lectura bastaba para acusarlo del *delito de opinión*? Más bien, se diría que la pista era válida desde el punto de vista detectivesco; y en todo caso, el problema era que se habían relajado las medidas de seguridad establecidas diez años antes, como la de tener la casa limpia de elementos comprometedores. A esa altura ya se podía hablar de una cadena sistemática de errores que excedía ampliamente la compra de los neumáticos.

Para darse una idea de cómo fueron los procedimientos policiales, es interesante el relato que hace Peralta de cuando fueron a buscarlo a casa de su familia: primero amenazaron con meter presa a una de sus hermanas, una adolescente, si no colaboraban, y después con encerrarla de por vida en un convento; entonces, una de sus tías dio la dirección a la que se habían mudado, en Villa Crespo. Allí fue Sandoval y detuvo a la esposa de Peralta, que no era militante, y que fue interrogada y torturada con picana en un lugar que no pudo reconocer (aunque en la causa consta que declaró "espontáneamente" en su domicilio),[33] hasta que confesó la relación de su marido con Baldú, Bjellis y Henríquez. El

martirio de su mujer era lo último que Peralta estaba dispuesto a soportar, después de haberse opuesto a la realización del operativo en Campo de Mayo. A partir de ese momento empezó a cortar poco a poco todos sus vínculos con la Organización, en la medida en que lo permitían las urgencias del repliegue y el trámite de su "juicio revolucionario" pendiente, que nunca se concretó.

Con todos estos elementos sobre la mesa, el coronel Jorge Antonio Dotti, director de Coordinación Federal, anunció en conferencia de prensa el 28 de mayo que el asalto al vivac del R1 ya estaba esclarecido. Dijo que era obra de una célula "comunista maoísta"; agregó que sus autores eran casi todos visitadores médicos, y dio a conocer sus nombres y fotos más un identikit del misterioso Villa, de quien no se sabía si existía realmente o era un mito. La noticia, sin embargo, no provocó el estruendo que habría causado un mes antes: a esa altura ocupaba mucho más espacio en los medios —se comprueba fácilmente al hojear los diarios— la detención de los militantes peronistas Carlos Caride, Aída Filippini y Miguel Zavala Rodríguez, ocurrida cinco días antes tras un feroz tiroteo en un departamento de la calle Paraguay, en Barrio Norte. Y después no hubo tiempo para nada más, porque al día siguiente del anuncio policial, el 29 de mayo de 1969, en Córdoba, el descontento popular contenido por tres años se manifestó de una forma inédita entre marchas masivas, barricadas espontáneas y enfrentamientos callejeros con la Policía, que convirtieron al casco céntrico de la capital provincial en tierra de nadie durante un día y medio. En realidad, era la culminación de una larga serie de protestas obreras y estudiantiles que se venían sucediendo en todo el país desde hacía varios meses, y que ya habían dejado el saldo de tres estudiantes muertos a manos de la Policía en Rosario y en Corrientes.

Estos hechos inéditos representaban el comienzo de una etapa nueva y más virulenta de enfrentamiento con la dictadura, y desbordaban cualquier estrategia revolucionaria a largo plazo, como la que sostenía la Organización desde su origen. O, en todo caso, se imponía la certeza de que la tan esperada insurrección había empezado, que ya era el momento de dirigirla y poner a su disposición el aparato armado. Sin duda, era una ironía del destino que, justo en ese momento, ellos estuvieran encerrados en dos ambientes exiguos con las persianas bajas: una imagen perfecta de su "existencia secreta y cerrada sobre sí misma", según la crítica definición de Malter Terrada.

El único contacto que mantenían con el mundo exterior era a través de los diarios que les llevaba cada día la bella Lucía Swica, inquilina legal del departamento, que iba y venía con los víveres, las compras y los encargos. Lucy era una de las estudiantes de Psicología que se habían sumado después de participar en los grupos de lectura de Rubinstein, organizados por Bjellis, y durante esa actividad había conocido a Jorge Caravelos, por entonces sin

compromisos, ya que había terminado varios años antes su relación con Glyke, quien a su vez ahora estaba en pareja con otro compañero.[34] Jorge y Lucy se habían casado pocos días antes del operativo en Campo de Mayo y, sin duda, en el medio de su historia de amor militante había quedado herido el Petiso Bjellis, quien, al parecer, también había aspirado a seducir con su labia de intelectual a la más linda del grupo. Pequeñas minucias de la vida afectiva dentro de la Organización, que en eso se parecía a cualquier otro grupo humano.

Entre tanto, para matar el aburrimiento, los prófugos jugaban al ajedrez y a hacer fintas de boxeo con los pies descalzos; también celebraban reuniones de dirección en el dormitorio a puertas cerradas, y el Loco Baldú intentó leer algunos textos de Lenin encerrado en el baño, pero renunció a las pocas horas tras declarar que no entendía ni medio. Una tarde, él, uno de los hombres más buscados del país, anunció solemnemente que iba a salir. Se puso un saco, camisa y corbata, se lustró los mocasines y se afeitó, y así, arreglado, sacó una silla al balcón para mirar a las mujeres que pasaban caminando por la vereda, con la cara escondida entre los barrotes: se convirtió en un rito diario que los demás toleraban a pesar de los riesgos. Otro día llegó a visitarlo Mercedes, su novia, gracias a algún ardid para despistar a los agentes de civil que la seguían a sol y sombra. Ese día, Baldú mostró delante de todos, por primera y única vez, su faceta más taciturna: *Vos, Mercedes, preparate, porque seguro que yo no voy a durar mucho más*…

En ese momento, Malter Terrada dice haber advertido por primera vez que la muerte se había instalado entre ellos. “Entre risa y risa, el Loco nos hacía volver a esa dura posibilidad”,[35] recuerda en sus apuntes, y agrega que la preocupación de su compañero no sólo era realista, sino también premonitoria.

6. Los afluentes
(1969)

El FAL predicaba la teoría de los afluentes. Decían: "Las fuerzas revolucionarias nos consideramos afluentes de lo que será la vanguardia. Vamos hacia la formación de un frente de liberación en el que confluirán las distintas organizaciones. No se hablaba de partido. La unidad era el frente. La práctica los llevó a integrar varias organizaciones distintas, que conservaron sus mandos y buena parte de su estructura original, las que funcionaban como columnas de FAL con un buen grado de autonomía táctica".

Rolo Diez,
Los compañeros

Nuevos aires, nuevos militantes

El acoso policial, la clandestinidad y el clima insurreccional que se vivían en la Argentina motivaron cambios definitivos en la Organización. Por un lado, como la capacidad logística para refugiar a la gente en casas seguras atravesaba una situación crítica, se hizo necesario abrirse a nuevos contactos y, más aún, buscar acuerdos e incluso fusiones con otros grupos afines para replegarse hacia una "retaguardia" más amplia de colaboradores, aliados y simpatizantes. Pero para eso necesitaban darse a conocer como los autores de la incursión en Campo de Mayo. En estas circunstancias, la dirección decidió contraatacar y "transformar la semiderrota operativa en un operativo propagandístico", explica Malter Terrada. Durante el otoño y el invierno de 1969, aun en medio de la precariedad a la que los condenaba el repliegue forzado, la Organización comenzó a reivindicar en forma clandestina la acción y a difundir sus grandes líneas ideológicas, con la idea de convertirse en el eje de una convocatoria dirigida a los distintos grupos que reivindicaban la lucha armada y todavía no la habían puesto en marcha, o recién empezaban a hacerlo; lo que implicaba abandonar el secretismo y la invisibilidad absolutos, al menos dentro del espectro de militancia revolucionaria, algo que, por otra parte, demandaba la nueva coyuntura que había generado el "Cordobazo", como el hito más reconocible de un estado de revuelta popular generalizada que exigía nuevas respuestas.

El vehículo con el que se dieron a conocer fue el *Documento del Frente*, lamentablemente perdido y recordado por muy pocos, en el que se planteaba aglutinar a todas las fuerzas afines en un frente de liberación, apostando a que de él fuera surgiendo, por decantación, un verdadero partido revolucionario del proletariado. También se hablaba allí de que el futuro partido tuviera su aparato armado, que era algo muy distinto de crear un

ejército: significaba que la lucha seguía siendo ante todo política, aunque apoyada en los *fierros*. “Me acuerdo de que teníamos listo el borrador del primer comunicado, pero nos faltaba el nombre para firmarlo —cuenta Malter Terrada —. Lo decidimos un poco de urgencia y por un camino poco ortodoxo: adoptamos la sigla FAL, porque sonaba bien, tenía el componente subliminal del fusil automático liviano e incluía la palabra Liberación, que en esa época era un comodín porque significaba la lucha contra el imperialismo, el componente de liberación que también se usaba entre los vietnamitas, cubanos y argelinos. La cuestión es que difundimos el comunicado y se nos acercó todo el mundo.” Esta versión de cómo surgió la sigla “FAL” no es la única, sino una de las tantas que existen, pero su fuente es inobjetable porque Malter es el único integrante vivo de la conducción de entonces. De todas formas, la intención era no apurarse por presentar la sigla en público.

Los primeros en responder a la convocatoria fueron los “Zárate”, un grupo que se había desvinculado recientemente del Partido Comunista Revolucionario (PCR). Lo lideraba el médico Luis María Aguirre, o Lucho, de 29 años, que había adoptado dentro del PCR el seudónimo Gervasio Zárate. Trabajaba como médico en el servicio de Pediatría del Policlínico de Lanús, al que concurrían varios miembros de la Organización como visitadores médicos. Eran los tiempos en que ese Hospital llevaba adelante experiencias inéditas de medicina preventiva y comunitaria, que Aguirre trataba de aprovechar para realizar un amplio trabajo político de base. “El Negro Zárate hubiera sido un festival para los caricaturistas, con sus ojos saltones, sus labios de negro bembón y su manera de poner cara de poker”, comenta con humor Malter Terrada. A la descripción se le puede agregar, por otros testimonios, que era macizo y morrudo y que andaba casi siempre desaliñado. Como dato pintoresco, se llamaba Luis María por haber nacido en la Avenida Luis María Campos, es decir, en el Hospital Militar, ya que era hijo de un suboficial retirado del Ejército que en 1955 había solicitado el retiro por lealtad a Perón.

Todo un personaje, a los 12 años Lucho se había escapado de su casa para embarcarse como polizón en un barco, pero lo detuvieron en el puerto de Montevideo. Como castigo, su padre lo envió a hacer la escuela secundaria en el Liceo Militar, de donde egresó con el grado de subteniente de reserva y fue compañero de promoción de Envar El Kadri, futuro dirigente de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Pero después eligió la medicina, y entró en la Facultad el año de las luchas por “laica o libre”. Aproximadamente en 1958, al calor de la rebelión estudiantil, se incorporó a la FJC; lo cual, sin embargo, no produjo un cisma familiar, al contrario, su padre hasta llegó a colaborar en las campañas financieras. Su hermana Mónica, en tanto, cuenta que en su época de estudiante Lucho rebosaba de energía juvenil: además de estudiar todo el día, tocaba el piano (amaba el jazz) y bailaba perfectamente tango, rocanrol y cualquier música que escuchara. Era un tipo que no podía quedarse quieto;

todos los veranos se iba en largos viajes de mochilero por América Latina. Después, la FJC lo mandó a la URSS y a Checoslovaquia.

La instrucción militar del Liceo le resultó útil a Lucho para convertirse en uno de los militantes más destacados del aparato de seguridad de la Fede en su Facultad, la fuerza de choque que custodiaba a los militantes en las manifestaciones y en las paradas contra los grupos fascistas. “Era algo serio: llegaron a tener cien armas y cien personas en condiciones de usarlas sólo en la Universidad de Buenos Aires, y hasta vencieron a la Policía en algunas ocasiones. También se hicieron acciones de apoyo a huelgas obreras, como quemas de colectivos, que eran actos casi de guerrilla urbana”, recuerda su ex compañero de la FJC Sergio Rodríguez, presidente del Centro de Estudiantes de Medicina, en 1960, y en la actualidad un prestigioso psicoanalista. Agrega que Aguirre “era muy eficiente para ese tipo de tareas, sabía comandar esos grupos de acción, era frío, no se desbordaba y no maltrataba a los subordinados ni a los enemigos”. Pero también recuerda que no se destacaba como orador ni tenía condiciones naturales de líder de masas: se movía mucho mejor en ámbitos compartimentados y clandestinos.

Por esos años Lucho conoció a Sergio Efraín Schneider, siete años menor que él, quien con el tiempo se iba a convertir en su segundo, su lugarteniente. Macizo y corpulento, Schneider, más conocido como Tito, también era un apasionado de la medicina. Había cursado un bachillerato especializado en sanidad en el Hospital Posadas de Haedo, y durante su paso por la Facultad hacía prácticas en el Hospital Pirovano, pero llegó sólo hasta cuarto año a causa de la militancia. Lucho había conocido en la Facultad a su inseparable compañera Lidia Marina Malamud, también de familia judía y cuatro años menor que él, que no militaba en la Fede sino en la estructura “adulta” del PC, pero que igualmente participaba de las luchas contra la intervención de la Universidad. Marina, que había transitado su infancia y adolescencia en las instituciones sociales y recreativas de la Federación de Entidades Culturales Judías (ICUF, según su sigla en ídish), reducto tradicional del judaísmo progresista, tenía fama de ser una persona sensible y culta, además de militante política. La médica Ana del Pozo, ex compañera de estudios, recuerda que, en los recesos de las clases prácticas de Enfermedades Infecciosas, en un café cercano al Hospital Muñiz, Marina solía sacar un ejemplar de la recién publicada *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, y les leía pasajes en voz alta. “Ella era hermosa, dulce, cariñosa, blanca y rubia, con cara de polaquita”, evoca Adriana, una prima a la que Marina le llevaba unos cuantos años. Otros recuerdan cierta soberbia en su trato, típica de quien sostiene un discurso ideológico sin fisuras. Pero todos coinciden en destacar su ejemplo militante: el día en que le entregaron su diploma, en 1968, se negó a darle la mano al decano y se “despachó” con un discurso encendido en el que condenó el uso de la ciencia “para los

poderosos” y llamó a poner a la Universidad al servicio de los pobres y de los cambios revolucionarios. Su diatriba le valió ser inhabilitada de por vida para ejercer la docencia en la UBA.

“Marina era como una monja que vivía al servicio de los humildes”, la describe con algo de ironía otro militante de su grupo, Pichón, estudiante de Ciencias Exactas. Agrega que Lucho “trabajaba veinticinco horas diarias, militaba y amaba a su compañera”. Se habían casado en diciembre de 1964, cuando ambos todavía eran estudiantes; después se mudaron al barrio de monoblocks de Parque Avellaneda. Entre 1967 y 1968, el matrimonio Aguirre-Malamud formó parte de la fracción del PC que se había nucleado inicialmente en el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (CNRR), y más tarde se abrió del partido para fundar el PCR, con militantes, estructura y armamento de la FJC. El nuevo partido, que en rigor era un síntoma de los bríos revolucionarios surgidos en América Latina bajo la influencia de la revolución cubana, rechazaba el pacifismo a ultranza del PC, en el que se mezclaban las viejas tesis insurreccionales con las nuevas, que postulaban la “coexistencia pacífica” con el mundo capitalista. Le oponía, en cambio, la idea de que la revolución debía ser un hecho necesariamente violento, tal como lo pregonaban por aquellos años los comunistas chinos, cubanos y vietnamitas. Y como parecía refrendarlo también la brutalidad con la que actuaba el régimen militar argentino.

Sin embargo, muchos militantes del PCR creían que éste se mantenía demasiado fiel a la vieja línea insurreccional, apoyada en las supuestas leyes objetivas de la historia. “Se hablaba de poner el aparato armado a disposición de las masas cuando estuvieran dadas las condiciones, pero entre tanto no se hacía nada para crear las condiciones, ni para formar ese aparato”, cuenta Pichón, aunque él mismo llegó a participar de un campamento de entrenamiento guerrillero del PCR en Potrero de los Funes, San Luis. En cambio, los miembros del núcleo duro de los “Zárate” estaban bastante avanzados en su adiestramiento militar, iniciado varios años antes cuando militaban en la Fede; y en el plano político intentaban imponer dentro del Partido un planteo más foquista, subjetivista e incluso voluntarista, que les valió nuclear a su alrededor a unas cuarenta personas que funcionaban casi como una agrupación armada y semiclandestina dentro del mismo PCR. Todos los miembros de este grupo se formaban teóricamente en los cursos que dictaba el padre de Marina, Mauricio “Mote” Malamud, un intelectual autodidacta que también había roto con el PC, y de quien se decía —aunque no hay plena seguridad— que había estudiado con Louis Althusser en París.

Además de Lucho, Marina y Tito, la cuarta integrante de la dirección “zaratista” era la maestra de escuela Susana del Carmen Giacché, o la “Petisa”, compañera de Tito, a quien todos recuerdan como “un cuadrazo”, militante sin fisuras hasta cuando respiraba. “Con ella aprendí mucho acerca de lo que es la formación de un militante en lo que hace a la conducta personal, el día a día, la

solidaridad. Tenía un gran sentido de lo colectivo, le daba mucha importancia a la actitud cotidiana del militante", cuenta Judith Said, por entonces una joven activista. También cuenta que una vez Susana les pidió a sus padres que no le trajeran más vinos de Mendoza, adonde viajaban bastante seguido; que podía necesitar algo de ropa pero vinos no porque, según explicaba, eso era un "exceso burgués" y ella combatía todo lo superfluo. También la describe como de muy baja estatura pero "con un cuerpo bárbaro y el pelo hasta la cintura". Otro militante, conocido como el "Gaita", que provenía de una célula de la FJC de Villa Pueyrredón, destaca que los "zaratistas" eran ante todo un "grupo de amigos", y que entre ellos no había formalidades disciplinarias ni trato jerárquico de jefe a subordinado.

Las concepciones políticas, estratégicas y tácticas del grupo quedaron plasmadas en un documento titulado *Ciencia y violencia*, escrito por Lucho y su suegro Mote con los seudónimos de Camilo y Gervasio Zárate, que se publicó en marzo de 1969 en *Teoría y política*, la revista del PCR,[36] cuando en rigor ya tenían un pie (o los dos) fuera de ese partido. En ese artículo, suegro y yerno proponían reformular la teoría del foco, tal como había sido planteada por Régis Debray,[37] para adecuarla a la realidad argentina, caracterizada por la presencia de grandes centros urbanos y masas proletarias. También planteaban que el foco inicial debía ser "numéricamente más importante" que en el caso cubano, debido a que las fuerzas represivas y el imperialismo estaban entonces "más prevenidos que en 1959". Por lo tanto, postulaban la necesidad de una larga etapa prerrevolucionaria que correspondía al momento actual de la Argentina, y que debía caracterizarse por acciones de "debilitamiento o desgaste indirecto del enemigo", como lo eran las *recuperaciones* de dinero y armamento, o las acciones de *propaganda armada* que, según el brasileño Carlos Marighella, autor del célebre *Manual del guerrillero urbano*, no estaban destinadas a enfrentar al enemigo sino a "repercutir en la prensa"[38] con el fin de dar a conocer a la organización revolucionaria y sus objetivos. Esta estrategia, que parece obvia, significaba, en los hechos, todo lo contrario de llevar una existencia secreta.

Más adelante, en una etapa posterior, correspondiente ya a la insurrección abierta o la etapa revolucionaria, se debía pasar a las acciones de "desgaste directo" del enemigo, es decir, al ataque frontal contra sus bases materiales, para controlarlas y asentar el poder insurgente en términos territoriales hasta el momento de la ofensiva final y la toma definitiva del poder del Estado. Por lo pronto, para ser coherente con lo que predicaban, empezaron a realizar a escondidas de la dirigencia partidaria sus primeros operativos de *recuperación* de dinero y armamento: *expropiaron* el dinero para pagar los sueldos de unas camionetas de

clínicas privadas donde hacían guardias algunos de los médicos del grupo ("después el seguro pagaba todo", aclara Pichón) y les quitaron algunas armas a coleccionistas haciéndose pasar por inspectores.

Con el documento de los Zárate bien leído, a mediados de 1969, Carlos Malter Terrada se sentó por primera vez frente a Lucho Aguirre, que para sus contactos con la Organización adoptó el seudónimo definitivo de Tato. "Me vi junto a ese tipo, seis años más grande que yo, con una enorme experiencia política en el PC y el PCR, que conocía todos los puteríos internos de la izquierda y me di cuenta inmediatamente de que si hacíamos una alianza más o menos estrecha, íbamos a bailar todos al ritmo de él, porque ninguno de nosotros podía hacerle sombra —recuerda Malter—. Al mismo tiempo veía que me vendía un buzón, porque hablaba de una organización con cientos de tipos, dibujaba círculos en una servilleta... Era un bolazo evidente porque no podía mencionar ninguna operación concreta que hubieran hecho, pero era típico: todo el mundo inflaba su propia fuerza para negociar en condiciones más favorables." Como contrapartida, la Organización tenía las armas del IGM y una experiencia de acciones recientes absolutamente reales. Pero coincidió con Tato en que, a partir del Cordobazo y la irrupción de un gran movimiento obrero clasista —sobre todo en esa provincia—, empezaba a vislumbrarse una nueva estrategia que combinaba la creación de una vanguardia armada, germen de un ejército revolucionario, con las grandes tareas de politización y organización de masas que debían culminar en la insurrección general.

En definitiva, la debilidad extrema en que se encontraban, sumada a su necesidad apremiante de contar con casas seguras, hizo que las negociaciones con los Zárate, de las que participaron Malter y el Petiso Bjellis, por un lado, y Tato y Tito, por el otro, avanzaran rápidamente. Pichón recuerda el clima de gran entusiasmo con que se trabajó en la mudanza de los compañeros buscados por el asalto al vivac del R1, y en la fusión entre las dos *orgas*, de unas cuarenta personas cada una. Pero, tal como lo temía Malter, la figura de Lucho-Tato eclipsó rápidamente al resto, tanto en la dinámica interna como en la imagen hacia afuera y la relación con otras organizaciones. "El clima después del Cordobazo era avasallador, y Tato era el único que tenía línea para ese momento —admite Malter Terrada—. Para él, nosotros éramos *procesistas*, mientras que ellos eran *coyunturalistas*, porque actuaban en relación directa con la actualidad. Así que se nos fue al diablo la estrategia de crecimiento y acumulación sin tiempo y tuvimos que montarnos a la velocidad de la época."

De la fusión surgió también una nueva cúpula que integraban los dos líderes naturales, Aguirre y Bjellis, a partir de entonces el Negro Tato y el Petiso Horacio, que encarnaban respectivamente dos posturas vitales —además de metodológicas—, de signo opuesto. Según Pichón, la diversidad de estilos se

advertía a simple vista en la "motricidad compulsiva" de uno y la "motricidad serena" del otro. "Tato era un dirigente de primerísimo nivel para imbuir de entusiasmo y de mística a los que militábamos con él. Daba el ejemplo al quinientos por ciento en todo: riesgo, audacia, y nos arrastraba hacia el vértigo de su propia inmolación, sin preguntar si todos tenían su mismo nivel de compromiso. Era puro *acelerador y metra*.[39] Para él, la acción era como respirar y hacía bien las operaciones naturalmente, sin necesidad de prepararlas en forma obsesiva. Bjellis, en cambio, era un tipo tranquilo, siempre prolijo, muy obsesivo, empezando por su imagen. Podía planificar una operación durante meses; al revés que Tato, que improvisaba operativos de la nada." Pero Malter Terrada aclara que Bjellis estaba bien lejos de rehuir la acción directa. De hecho, había sido el líder de la entente que había desplazado de la dirección a Villa y a Cibelli acusándolos de inmovilidad; pero seguía fiel a su concepción de los operativos incruentos y perfectos.

Entre el Che y Perón

En forma simultánea a las tratativas con el zaratismo, la vieja Organización intentaba avanzar también en otras alianzas, mucho más arduas y dificultosas, con otra protoorganización sin nombre, que a su vez era el producto de la fusión de dos grupos bien diferenciados, incluso geográficamente. Por un lado, un grupo de La Plata, fundado por el abogado Torres Molina, quien, sin embargo, estaba preso desde abril de ese año a raíz de los procedimientos que siguieron a la detención de Caride en el departamento de la calle Paraguay; por lo cual lo conducía Carlos Flaskamp. Ambos habían sido dirigentes del MIRA cuando Malter Terrada y Bjellis también militaban allí, pero ahora, en 1968, estaban muy vinculados a la naciente izquierda peronista. Incluso los habían invitado un año antes a integrar el foco rural de las FAP en Taco Ralo, propuesta que rechazaron. Según cuenta Flaskamp, el obstáculo principal en las negociaciones para sumarse a la Organización fue justamente el rechazo visceral y principista de Malter y el Petiso Horacio a toda expresión de simpatía por el peronismo o el nacionalismo;[40] con lo cual es lícito preguntarse por qué entonces se habían acercado a ellos. Cuatro décadas más tarde, la respuesta surge sola: por la urgencia de la situación, por la confianza en su integridad de militantes y porque ésos eran los contactos que tenían.

El otro grupo en cuestión, de Buenos Aires, había estado vinculado unos años atrás con los planes continentales del Che Guevara. De hecho, uno de ellos, el poeta Alberto Szpunberg, había sido reclutado en 1963 para sumarse al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), el foco que operó fugazmente

en el monte salteño comandado por el periodista Jorge Ricardo Masetti, con el aval y el apoyo decidido del Che desde Cuba. Aunque Szpunberg no llegó a subir al monte porque la guerrilla fue diezmada antes por la gendarmería,[41] desde ese momento empezó a participar de las acciones de apoyo a los combatientes presos, a quienes fue a visitar varias veces por su cuenta a la cárcel de Salta. Pidió por su libertad en actos de la Facultad de Filosofía y Letras, y hasta les llevó un tocadiscos portátil con discos de folclore.[42] Dos años más tarde, en 1966, publicó *El che amor*,[43] su tercer libro de poemas, que incluía una sección dedicada a los combatientes del EGP, y que obtuvo una mención en el Premio Casa de las Américas de Cuba. Por esa época lo contactó Ciro Bustos, el hombre que había estado encargado de organizar la logística y las bases de apoyo urbanas de Masetti, y lo sumó a un pequeño grupo de tres hombres que se preparaban para formar parte de la segunda tentativa de Guevara; esta vez con base en Bolivia, aunque —según aclara Ciro— con el objetivo de ingresar después en la Argentina. Dos de ellos, cuyas identidades se mantienen en reserva, habían recibido instrucción militar en la isla, y el restante un muchacho conocido como Roque, que poco antes, con apenas 18 años, había sido delegado en una fábrica de heladeras. Los cuatro, más los que se fueron sumando con el tiempo, empezaron a entrenarse los fines de semana en un paraje conocido como el arroyo Tajiber, cerca de la estación de tren Otamendi.. “Ya en esa época discutíamos si la lucha debía ser en la ciudad o en el monte, o si lo mejor era armar una infraestructura en la ciudad y después lanzar la guerrilla rural; pero la verdad es que todavía nadie lo tenía del todo claro”, cuenta Szpunberg

Después de que el Che fue vencido y muerto en Bolivia, y Ciro Bustos cayó preso (junto con Debray), el pequeño grupo perdió todo vínculo orgánico con la dirigencia revolucionaria cubana, aunque no con los restos del EGP. Por eso adoptaron el nombre de Brigada Masetti, e incorporaron a los primeros presos de Salta que recuperaron la libertad, como Carlos Bandoni y Jorge Bellomo, en Buenos Aires, y Henry Lerner, que sentó las bases de la Brigada en Córdoba, su provincia. Al mismo tiempo, establecieron relaciones de colaboración mutua con varios grupos armados peronistas, que los iniciaron en materias como la colocación de *caños* y el *desarme de canas*. Entre éstos se encontraban el que lideraba Amílcar Fidanza, encuadrado con el Frente Revolucionario Peronista que conducía desde Salta el sindicalista combativo Armando Jaime, y el de Torres Molina-Flaskamp, en el que se mezclaban intelectuales de izquierda con jóvenes veteranos de la resistencia. Szpunberg recuerda especialmente a Oscar “Gordo” Doglio, quien, debido a su origen humilde, descollaba por su conocimiento de la calle. “El Gordo nos enseñó lo que era un apriete, o cómo reducir a un cana para quitarle el arma, y a veces el uniforme. Había que

acercarse y hacerle una pregunta rutinaria: si pasa tal colectivo o dónde queda una calle; así se lograba que el tipo bajara la guardia, y cuando hacía un ademán para explicar, ése era el momento de desenfundar y apuntarlo. Nos decía que había que hacerlo con energía, para hacerle sentir que uno es el que maneja la situación. Para él era pan comido, pero a nosotros nos abría un mundo nuevo", cuenta Alberto.

El hecho es que la propia dinámica de estas primeras acciones de acumulación financiera y *recuperación* de armamento era el lanzamiento de una guerrilla rural, operativa los orientó naturalmente hacia la práctica de la lucha armada en el ámbito urbano, con lo cual dejaron definitivamente de lado sus proyectos originales de guerrilla rural.

La Brigada Masetti aportó a la fusión de ambos grupos un grado mayor de exigencia en la planificación: estudiar el objetivo antes de la acción, saber a qué hora pasaba el patrullero, por dónde retirarse. También plantearon la necesidad de cuestionarse permanentemente la dimensión ética y política de cada acción: "Un cana no dejaba de ser un pobre tipo usado por el sistema, no era un jefe de policía. Hubo uno que nos dijo que le iban a cobrar el uniforme a él, y después nos planteamos si en ese caso había que dejarles algo de plata". Pero, sobre todo, Introdujeron una apertura mental y un pluralismo ecuménico a toda prueba. A pesar de su filiación guevarista original, hacia 1969, cuando empezaron sus contactos con la Organización, la Brigada Masetti era un grupo heterogéneo en el que convivían militantes de extracciones muy diversas: algunos provenían ce la FJC, como el jovencito Hugo Drangosch, miembro de una familia de varios hermanos, casi todos involucrados en la en distintas organizaciones armadas, y otros del amplio espectro de la "izquierda nacional" y el peronismo combativo, como "Taco", un cuadro político militar con peso propio que aceptó integrarse aclarando que al hacerlo "dejaba en suspenso" su identidad peronista.

También sumaron a un grupo importante de la Juventud Obrera Católica (JOC) en el que se destacaba la Negra, una mujer con larga experiencia gremial que había sido responsable diocesana de la JOC en la zona norte del Gran Buenos Aires, y a una agrupación entera de católicos tercermundistas de Rosario liderados por un cura obrero español, el Padre García. Estos últimos los impresionaron por ser muy devotos y radicalizados, y Szpunberg los bautizó, como chiste interno, el "clan Manson": una referencia satánica. "Si estabas con la revolución, eras de los nuestros", resume Roque a propósito de la amplitud de miras de la Brigada. Sin embargo, sus interlocutores Bjellis y Malter Terrada sí eran mucho más exigentes en sus criterios de admisión, por lo que las conversaciones con ellos —de las que también participó Flaskamp por el grupo de La Plata— se prolongaron durante largos meses.

Pero las gestiones tendientes al crecimiento de la Organización no se

agotaban allí. Al mismo tiempo, Malter Terrada se esforzaba por concretar otras incorporaciones en La Plata, en cuya Universidad existía un clima de movilización más que interesante, con una gran cantidad de facultades agrupadas en un mismo sitio y un comedor estudiantil activo que funcionaba como una suerte de asamblea permanente. Malter se dedicó durante meses a conversar con militantes de peso, líderes naturales a quienes se consideraba capaces de nuclear gente alrededor. Para ello, utilizó la metodología clásica de la vieja Organización de captarlos uno a uno, que tenía la ventaja adicional de mantenerlos tabicados entre sí. Así se sumaron el Pelado Manuel, militante con una sólida formación intelectual, gran ascendiente y buena capacidad operativa, que había nacido en el norte de la provincia de Buenos Aires pero estudiaba Humanidades en La Plata. Manuel arrimó a "Caíto", un dirigente estudiantil reconocido, que a su vez se había acercado a él para conversar sobre la posibilidad de iniciar una organización revolucionaria. Ambos habían hecho el tránsito de la FJC al PCR y estaban decepcionados con este último partido por motivos parecidos a los que esgrimían los Zárate, a quienes, sin embargo, no conocían.

Caíto recordaba que cuando Manuel le contó por primera vez que estaba en contacto con los visitadores médicos que habían entrado en Campo de Mayo, y le aseguró que eran una organización revolucionaria seria y de alcance nacional, casi le dio un ataque de risa: le sonaba poco serio que un grupo de valijeros de los laboratorios encabezara la lucha armada en la Argentina. Pero, de todas formas, los dos se integraron a células atendidas por Malter Terrada y D'Arruda. La cantera platense resultó ser inagotable, y Malter organizó otra célula, que más tarde cobraría gran importancia, integrada por los estudiantes Carlos de la Fuente, de Arquitectura; Saúl "Lito" Quiroga, de Bellas Artes, y varios más, con quienes también conversó largamente y en forma individual. En tanto, Manuel contactó en la Facultad de Arquitectura a Eduardo Vazquez, conocido como "Ramón", también del PCR; un líder nato con gran carisma y capacidad organizativa, y a Alberto Durante, el Tano, que militaba en la independiente Agrupación Reformista de Estudiantes de Arquitectura y se destacaba como un extraordinario orador de asambleas. Al Tano, como le conocían una escasa vocación militar (a pesar de que la FJC lo había enviado en 1963 a Cuba, donde llegó a conocer personalmente al Che), le propusieron seguir con la militancia de base en la Facultad y ocuparse de la infraestructura logística en La Plata: conseguir casas, preparar sótanos y organizar la disponibilidad de recursos.

En medio de este proceso, en octubre de 1969, se celebró en Buenos Aires un Encuentro Internacional de Estudiantes de Arquitectura, evento pago y restrictivo, con conferencias y talleres a cargo de prestigiosos

arquitectos extranjeros. Convencidos de que se trababa de una oportunidad única para denunciar ante los estudiantes y periodistas extranjeros la situación imperante en la universidad pública, con el avasallamiento de la autonomía y la represión al movimiento estudiantil, Ramón, Durante, De la Fuente y otros tomaron la decisión de llevar una gruesa columna de estudiantes platenses a copar el Encuentro. Y lo hicieron. En medio del acto de apertura, que se realizó un domingo a la mañana en el Aula Magna de la Facultad de Medicina, el Tano y otro estudiante, Ramón subieron intempestivamente al escenario y le arrebataron el micrófono al orador oficial, argumentando que ellos iban a darle la bienvenida a las delegaciones extranjeras en nombre de la Federación Universitaria Argentina. Entonces el Tano, en un discurso encendido, propuso que el Encuentro pasara a manos de los propios estudiantes; que su programa y modo de funcionamiento se decidieran en una asamblea y que fuera con acceso libre y gratuito. Sus mociones se aprobaron por aclamación, ante el desconcierto de los organizadores.

Al día siguiente, cuando debían comenzar las jornadas en el Centro Cultural San Martín, los estudiantes, dueños de la situación gracias al golpe de mano del día anterior, exigieron en el hall la entrada libre para todos y que se retiraran los intimidantes cordones policiales. Ante la ausencia de respuesta satisfactoria, una asamblea multitudinaria conducida por Ramón (las fotos que llegaron hasta nuestros días lo muestran inequívocamente en el centro de la escena) decidió organizar un encuentro paralelo y abierto en la Ciudad Universitaria, que se llevó a cabo durante tres días, del 14 al 16 de octubre, en un ambiente de absoluta libertad de expresión e informalidad, presidido por un gran retrato del Che que ningún celador se animó a descolgar. Además, consiguieron que participaran todos los conferencistas extranjeros invitados, como el célebre estudio británico Archigram, que, según declararon después, no quisieron perderse lo que entendieron que era la verdadera expresión de los estudiantes. Fue una genuina lección de trabajo en un frente de masas.[44]

Pero, mientras tanto, en otras instancias se preparaban nuevas acciones militares. “Teníamos mucha presión de nuestras bases para seguir operando, y necesitábamos demostrar que la referencia seguíamos siendo nosotros”, escribe Malter Terrada.[45] Así planificaron la que iba a ser la primera acción conjunta con sus nuevos militantes de La Plata y, para dejar bien en claro que era la vieja Organización la que llevaba la voz cantante, decidieron firmarla con el nombre de Movimiento 5, o M5, en alusión a la fecha de su golpe frustrado en Campo de Mayo, el 5 de abril de ese año. El objetivo era el depósito de vehículos del Regimiento de Infantería 7 de La Plata, que ocupaba toda una manzana en plena ciudad,[46] y donde se estacionaban varias decenas de camiones flamantes proporcionados por los Estados Unidos en el marco del Programa de Ayuda

Militar (PAM).

La noche del 29 de diciembre de 1969, con D'Arruda al mando operativo, un grupo se acercó a la guardia como si fueran conscriptos borrachos que no sabían bien dónde estaban, hasta que llegaron al puesto de guardia. Entonces, Malter le apuntó al centinela con una 45, lo redujo y abrió la barrera para que entraran los demás, mientras él se quedaba como centinela. Después redujeron fácilmente a todo el personal y empezaron a rociar los vehículos con nafta para incendiarlos. Al mismo tiempo, un pelotón de estudiantes platenses, conducido por Caíto y que integraban, entre otros, De la Fuente y Quiroga, había ingresado desde el fondo del predio y también empezó a rociar los camiones con nafta.

Todo estaba saliendo de acuerdo con lo planeado, hasta que el sargento de la guardia les rogó que le dejaran sacar su camioneta Estanciera. "Es lo único que tengo", les dijo y, como en definitiva los suboficiales pertenecían a la clase trabajadora, alguien la sacó y la estacionó afuera. Entonces, un colimba pidió que le dejaran sacar su moto, y D'Arruda también lo dejó. Le gritó a Malter: "¡Ahí sale uno con una moto!". Pero el muchacho, en lugar de dejarla ahí cerca, como había prometido, se escapó a toda velocidad. Malter Terrada, ex tirador de élite en el Liceo Naval, le apuntó a la espalda desde cinco metros de distancia con el FAL recién *recuperado* del centinela, que incluso se podía usar en el modo de ráfaga. Lo tenía perfectamente encañonado y el pibe ni siquiera iba en zigzag, jamás le hubiese podido errar. "Hasta el día de hoy no sé por qué no le tiré. No sé si fue por un análisis político, porque se iba el operativo al carajo, por compasión o por escrúpulo moral. Pero no tiré. Ni siquiera se me pasó por la cabeza otra opción, como tirarle a las ruedas", cuenta.[47] A todo esto, ya se habían rociado unos mil litros de nafta y sólo faltaba encender y tirar el fósforo que hubiese iniciado fuego. Pero, ante la posibilidad de que el conscripto fugado diera aviso a la guardia del Regimiento, ubicada a pocas cuadras, D'Arruda ordenó la retirada. Efectivamente, a los pocos minutos escucharon tiros desde el RI7, y después confirmaron que eran para despertar a todo el mundo. "Al final, no fue un éxito pero tampoco un fracaso: nos llevamos algunas armas y no tuvimos bajas", concluye Malter.

Al día siguiente, en la reunión de evaluación, hubo algunas críticas a las dos decisiones: no tirarle al soldado y no prender el fuego. Malter Terrada defendió airadamente lo actuado, argumentando que se estaban enfrentando dos concepciones distintas: una lógica de enfrentamiento militar abierto, como la que esgrimían sus críticos, contra una lógica de la propaganda armada, como era el caso de esa acción. La propaganda armada, según la entendían él y los militantes de su vieja Organización, consistía más en una "puesta en escena de acción militar que en un hecho de guerra en sí mismo, una suerte de

teatralización de la violencia, pero sin ejercerla realmente".[48] Por su parte, Caíto —que a partir de esa operación pasó a ser responsable militar de La Plata— coincide con Malter: "Matar era algo que podía llegar a admitirse sólo si estábamos en una situación desesperada". Aunque acepta que fue "una pelotudez haber dejado salir esa moto". Y se pregunta también qué hubiera pasado en caso de encender el fuego: "Tal vez hubiésemos incendiado toda la ciudad…". En suma, el año culminaba con un saldo negativo de dos operativos fracasados (Campo de Mayo y el RI7) en lo que hacía a sus objetivos propuestos. Pero la organización había crecido y el clima político auguraba una intensificación creciente de las luchas populares.

En esa misma época, entre fines de 1969 y principios de 1970, se llegó a un final moderadamente feliz en las negociaciones con la Brigada Masetti y el grupo Torres Molina-Flaskamp (que eran una unidad), en gran medida gracias a la hábil intervención de Tato, que logró zanjar las diferencias. "Nos propuso discutir teoría hacia dentro y lanzar mensajes amplios hacia fuera", cuenta Flaskamp, y agrega que dieron en llamar a eso una *línea política no explícita*, que los habilitaba para actuar en forma conjunta mientras avanzaban en la discusión política interna.[49] Sin embargo, ellos mantuvieron su independencia operativa, así como su propia organización celular, logística, de finanzas, además del armamento. En cierto modo, era como si, en lugar de formar parte de una organización unificada, participaran de una suerte de coordinadora de organizaciones diferentes que operaban por separado pero se adjudicaban las acciones en conjunto. Esta forma de integrarse a la organización sin fundirse en ella dio lugar a que se hablara de los "afluentes", que confluían en un marco de referencia más amplio sin perder su identidad, y que a partir de su incorporación pasaban a funcionar como columnas con autonomía operativa.

El mismo modelo de integración se siguió con otro grupo, denominado Parral, porque se reunían en un departamento sobre la avenida de ese nombre (actual Honorio Pueyrredón), que se sumó a la Organización más tarde, a mediados de 1970, a través de la relación de colaboración mutua que mantenían desde hacía varios años con la Brigada Masetti. Sus líderes eran Ernesto Poper, Carlos Ezcurra y Sergio Bufano, que habían militado anteriormente en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN o Malena) dirigido por Ismael Viñas. Hasta entonces, actuaban en frentes de masas, como universidades o el Sindicato de Prensa, y dedicaban mucho tiempo a estudiar en grupos las obras de Marx, Lenin y León Trotski, pero no tenían casi ninguna experiencia ni infraestructura militar. Por eso, este núcleo era consciente de que se integraba en inferioridad de condiciones y no reclamó de entrada participar de organismos de dirección: sus dirigentes asumieron con humildad que primero debían pagar cierto

derecho de piso.

A esa altura, sólo faltaba definir cómo se iba a denominar la nueva organización, para la cual ya se había propuesto apenas una sigla: FAL. Sobre estos debates, todas las versiones pertenecen enteramente al registro de la historia oral, ya que no hay documentos escritos que puedan consultarse. En principio, la convocatoria de la Organización llamaba a formar un frente, pero sus flamantes socios parecían inclinarse más por "fuerzas" para recalcar que se trataba ante todo de una organización armada. En este punto, varios testimonios coinciden en que el grupo de los Zárate propuso Fuerzas Armadas, pero los representantes de la Brigada Masetti y el grupo Torres Molina-Flaskamp plantearon que debía ser Fuerzas Argentinas. "Para acotar el componente militarista, porque no sólo luchábamos sino que también hacíamos política, y porque entre nuestros compañeros de la Brigada y de La Plata había muchos que provenían del peronismo y del cristianismo de izquierda", explica Szpunberg. Esta moción fue aceptada, aunque llevó su buena discusión; pero en lo que hace a la letra "F" de la sigla, no se terminó de resolver en forma definitiva por lo menos hasta mediados de 1970. (En lo que sí hubo un acuerdo tácito fue en llamar familiarmente a la organización con el simpático nombre de "Pirulo".)

Cabe aclarar que estas discusiones no eran superficiales ni se referían a nimiedades: era mucho lo que se jugaba en la denominación. De hecho, en medio del debate quedaron golpeados los militantes platenses, con Flaskamp a la cabeza, que eran los que tenían una filiación más definidamente peronista, y decidieron retirarse de la organización al precio de desvincularse también de la Brigada Masetti, sus compañeros en los últimos dos años. "Nos fuimos los que habíamos estado cerca de las FAP y se quedaron los que venían de la experiencia del EGP", reflexiona Flaskamp. Los escindidos decidieron formar una nueva agrupación con base en La Plata: la Guerrilla del Ejército Libertador (GEL). Roque lamentó esta ruptura en términos tanto sentimentales como políticos: "Se fueron compañeros con los que teníamos una gran comunión y confianza, y nos quedamos con otros a los que no conocíamos demasiado. Primaron las ganas de crecer en número por sobre las coincidencias políticas; pero, lamentablemente, después empezaron a surgir exigencias de definición política, de pureza ideológica, que entraban en contradicción con la razón de ser de la Brigada Masetti. Eso afectaba nuestra unidad interna, porque cuando surgían críticas despiadadas y nos acusaban de populistas, los compañeros que venían del peronismo o del cristianismo nos preguntaban con quién nos habíamos juntado", explica.

Sin embargo, casi todos celebraron el hecho de dejar de ser una simple brigada para convertirse en una gran fuerza revolucionaria. La primera de todas, además, y que muy pronto se daría a conocer en forma espectacular.



PARTE II

El cónsul paraguayo
(1970)

Inauguraron prácticamente la técnica del secuestro con la finalidad de negociar con el Gobierno Nacional la libertad de extremistas detenidos.

Central Nacional de Inteligencia,
Organizaciones armadas clandestinas,
Documento base, 7 de octubre de 1974.

Primeras bajas

Como para estrenar el flamante año 1970 y redimirse del balance agridulce del operativo en el RI7 de La Plata, la nueva Organización ampliada encaró un operativo ambicioso de *recuperación* de dinero, en la que participarían militantes del grupo fundador, del Zaratismo y de La Plata. El "Operativo Carola", como lo bautizaron, consistía en apropiarse de los fondos del tren pagador del Ferrocarril San Martín, que todos los meses partía desde Retiro con un furgón blindado en el que viajaban unos ciento cincuenta millones de pesos para pagar los sueldos del personal. El dato provenía de un militante conocido como el Chino, empleado en la empresa transportadora de caudales Teubal que, debido a su trabajo, solía estar al tanto de grandes movimientos de dinero. El plan consistía en interceptar la formación a la salida de la estación Dr. Cabré, más conocida como Open Door, a unos cien kilómetros de Buenos Aires. El factor sorpresa era clave para reducir a la fuerte custodia del vagón; pensaban abordar la formación haciéndose pasar por personal de la Fuerza Aérea —de modo que no hubiera resistencia inicial— y llevarse el dinero en dos camionetas pintadas con los colores y las insignias del arma. Algo similar, de algún modo, a lo que ya se había hecho en las unidades militares de Campo de Mayo y La Plata, aunque con la dificultad adicional de tener que detener desde afuera un tren en movimiento. Se barajaron distintas alternativas, incluso alguna tan insólita como cruzar una o varias vacas sobre las vías, pero muchos detalles quedaron olvidados porque la operación jamás se realizó.

Se había fijado la fecha para el día en que el tren llevara el pago de los sueldos de marzo, y una vez más le tocaba a Carlos Della Nave, bajo la supervisión de Alejandro Baldú, la tarea de pintar los dos vehículos en un galpón alquilado en las afueras de la ciudad de Luján. Carlitos se pasaba días enteros trabajando a solas en ese local sórdido de ladrillo sin revocar, con un calor

agobiante, y a veces se entretenía mezclándose en las conversaciones de los radioaficionados con el potente transmisor-receptor de radio que habían instalado, provisto con una gran antena que llamaba un poco la atención en ese entorno de casas bajas y calles de tierra. Pero era necesario tenerlo allí para chequear por radio el paso del tren desde distintas postas antes de que el operativo se pusiera en marcha. La primera posta estaba en un hotel en la calle Godoy Cruz de Palermo, cerca de la estación Pacífico; una segunda en Villa del Parque, frente al paso a nivel de la Avenida Nazca, y por último el galpón en Luján.

Caíto, flamante responsable militar de La Plata, se ocupaba de preparar el punto de observación en Villa del Parque, y su tarea estaba casi terminada cuando faltaba algo menos de dos semanas para el día de la acción. Un día, que debió de ser entre el 16 y el 18 de marzo, Baldú lo llevó en su Fiat 600 hasta ese lugar para después seguir viaje hasta el galpón de Luján. En el asiento del acompañante iba Della Nave: era la primera vez que Caíto veía a ambos y ni siquiera sabía sus nombres. Notó que Baldú le daba indicaciones en un tono muy severo a Carlitos —que se veía muy nervioso— y que lo aleccionaba sobre cuestiones como la conducta del militante y la moral revolucionaria. Según el relato de Caíto, quedaron en que iban a pasar a buscarlo ese mismo día más tarde, a las nueve o diez de la noche, para volver juntos hacia el sur. Pero jamás llegaron. Caíto los esperó toda la noche hasta que se durmió, y recién a la mañana siguiente se volvió por su cuenta a La Plata. Allí se puso en contacto con la Organización y supo que nadie sabía de ellos: hacía muchas horas que no había señales de Baldú y Della Nave. “Inmediatamente, sospechamos que los podían haber detenido”, cuenta Caíto, razón por la que contactaron a distintos abogados para que iniciaran una búsqueda por las comisarías, y avisaron a los padres de ambos para que también comenzaran las averiguaciones del caso. Sin embargo, ni las gestiones ni los *habeas corpus* presentados dieron resultado alguno.

La versión policial, tal como puede leerse en la causa penal iniciada unos días más tarde, dice que Della Nave fue detenido recién el 21 de marzo a las 5.30 de la madrugada[50] por policías de Robos y Hurtos, que buscaban a una banda de asaltantes, para lo cual se apostaron en las inmediaciones del galpón, adonde habían llegado alertados por los propios vecinos que recelaban de los movimientos sospechosos en ese lugar. Sin embargo, en todas las indagatorias Carlitos declaró que había sido cinco días antes, el 16 y no el 21, y no en la madrugada sino a las cuatro de la tarde, lo cual concuerda con el relato de Caíto, el último que los vio antes de su detención. Respecto de la fecha, sus compañeros —que llevaban un rígido seguimiento de las citas de control— siempre sostuvieron que fue el miércoles 18 de marzo cuando perdieron el contacto con Baldú y Della Nave. Lo cierto es que los policías encontraron en el

galpón una camioneta Dodge 200 y una Gladiator, ambas pintadas con el color azul de la Fuerza Aérea, y una placa de acero para imprimir insignias de ese arma en las puertas, patentes de auto robadas, uniformes similares a los de la Aeronáutica, una heladera repleta de medicamentos, instrumentos de cirugía y gasas. Ésta era la lista de elementos hallados[51] que firmó el jefe de la División Asuntos Políticos de Coordinación Federal, comisario inspector Luis Colombi, que quedó a cargo apenas se encontraron evidencias de actividades revolucionarias o insurgentes.

Días más tarde, en su declaración a los peritos médicos que lo examinaron, así como en los testimonios que brindó un año después a algunas revistas, Carlitos contó que, apenas lo apresaron, los agentes comenzaron a torturarlo en el galpón con descargas eléctricas ("en el escroto", según dictaminaron los forenses), utilizando el acumulador de doce voltios que extrajeron de una de las camionetas.[52] Luego lo trasladaron, tirado boca abajo en el piso de un auto, a otro lugar, donde le vendaron los ojos, lo acostaron en una camilla, lo ataron a ella por las manos y los tobillos y lo picanearon durante una hora, mientras alguien le repetía que mejor hablara, "porque al final todos hablan",[53] hasta que lo llevaron a un calabozo en el mismo lugar, donde empezó a sentir el brazo izquierdo paralizado debido a las convulsiones. Le dijo esto último a sus torturadores cuando fueron a buscarlo para la segunda tanda y, milagro de milagros, le volvieron a dar picana pero esta vez con menor potencia.

De allí se trasladaron a un nuevo sitio, donde volvieron a picanearlo durante una larga sesión con un aparato que, según el relato de Della Nave, era mucho más potente que los anteriores y "producía un ruido semejante a una sierra de carpintería", alternado con golpes de puño. Después de varios traslados y suplicios similares, lo llevaron a otro lugar alejado, una especie de baldío con un promontorio y un rancho de madera, donde volvieron a picanearlo, pero estaqueado y al aire libre, siempre con los ojos vendados. "Esta vez lo hicieron de un modo más científico, porque yo sentía que cada tanto un individuo me aplicaba un estetoscopio en la tetilla izquierda y ordenaba parar o seguir", contó. Durante otra sesión, se desvaneció y despertó con una máscara de oxígeno en la cara. También relató que una vez tuvo la mala idea de pedir un vaso de agua y le dieron una mezcla de mate cocido con pis; que otra vez lo colgaron por las muñecas de un tirante, y que también lo ataron a un árbol para un simulacro de fusilamiento. Finalmente, lo dejaron tirado en la vereda junto a la entrada de la delegación San Martín de la Policía Federal.

Es casi seguro que esto último debió de ocurrir el sábado 21 de marzo, porque fue la fecha en que esa repartición blanqueó su arresto y lo informó al Juzgado Federal en lo Penal y Correccional Nº 3 de San Martín, el mismo donde

ya estaba procesado Cibelli. También es probable que este blanqueo haya sido en respuesta al pedido de *habeas corpus* que presentó su padre, Raúl Della Nave. Lo indudable es que las actuaciones judiciales contra Carlos Della Nave, a quien le faltaba un mes para cumplir los 21 años y alcanzar la mayoría de edad, se iniciaron después de tenerlo detenido tres días —por lo menos— en forma clandestina y de interrogarlo con los métodos descritos, con el fin de arrancarle lo que en la jerga judicial de esos años se llamaba sus "declaraciones espontáneas". Ese mismo 21 de marzo, o pocos días después, fue trasladado desde San Martín a un calabozo en el Departamento Central de Policía, donde funcionaba Coordinación Federal, y allí quedó incomunicado a disposición del juez Jorge Luque. De modo que, ya desde el primer momento, su situación generaba un embrollo judicial en el que se mezclaban la competencia del Juzgado Federal de San Martín, al que le correspondía la causa geográficamente, y "Coordina", por tratarse de un hecho que incumbía a su División Asuntos Políticos.

Allí, en el Departamento de Policía, pudieron verlo el influyente médico y dirigente peronista Raúl Matera y el abogado Roberto Cabiche, vinculado con la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH). Los dos exigieron que les permitieran ver a Carlitos y corroborar su estado de salud: consiguieron sólo lo primero, tras muchas vueltas burocráticas, gracias a la insistencia y la buena argumentación política del neurocirujano. "Lo trajeron agarrado del brazo, pero más para ayudarlo a caminar que otra cosa, porque se veía que le costaba dar cada paso, y también se notaba que lo habían amenazado para que no dijera ni una palabra de más. Estaba recién lavado y afeitado y tenía los ojos muy rojos. Lo sentaron en una silla y, como andaba sin medias, vi que tenía los tobillos hinchados, llagados y con marcas de ligaduras, igual que las muñecas", cuenta Cabiche, quien pudo hacerle una sola pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, señor, ahora estoy bien —contestó Carlitos, que, en lugar de dirigirse a su interlocutor, miraba a un subcomisario que vigilaba la conversación.

Pero, a pesar del control estricto, había conseguido filtrar una ínfima denuncia sobre el trato que había recibido, al dar a entender que recién "ahora" estaba bien: ¿Se refería a que los tormentos habían cesado desde que su detención había sido legalizada? ¿O apenas durante ese intervalo breve en el que estaba hablando con ellos? A Matera no se le permitió examinarlo. Cabiche, en cambio, llegó a entrevistarse con el juez Luque, a quien intentó convencer —tal vez porque también él lo creía— de que Della Nave provenía de una familia peronista y que no tenía vínculo con la izquierda revolucionaria. Pero su gestión no tuvo consecuencias.

A todo esto, de Baldú, ni noticias. Era evidente que ya había muerto, y se

habían borrado prolijamente todas las huellas —si es que las hubo— de su paso por cualquier dependencia policial. Todo hace suponer que fue detenido en el mismo galpón después que Carlitos, cuando éste ya había sido llevado muy lejos de allí, y que no llegó a oponer resistencia porque la encerrona en el galpón había sido perfecta. Del relato de Caíto se deduce que, probablemente, fue a hacer otras diligencias con el auto antes de reunirse con Della Nave, y que cuando llegó lo estaban esperando. Es indudable, también, que apenas lo identificaron quedó al descubierto su conexión con el robo de armas en Campo de Mayo, un año antes. Ahí estaba, por fin, el hombre que había desvelado y puesto en ridículo a muchos investigadores policiales. Al parecer, en su caso el suplicio fue breve, ya fuera porque las torturas habían sido feroces o porque su corazón no las pudo resistir. “Debe haber sufrido muchísimo, pobrecito, porque últimamente se quejaba de unos dolores terribles de cadera”, comenta Malter Terrada. Después, muy probablemente su cuerpo fue llevado a los altos hornos de San Nicolás para hacerlo desaparecer y borrar toda evidencia de su detención: eso es lo poco que sus compañeros pudieron averiguar a través de algunas fuentes informales, como las conversaciones que mantenían los abogados con funcionarios policiales de su confianza.

También es sumamente revelador un pasaje del testimonio ya citado de Della Nave a la revista *América Latina*, en el que cuenta que en cierto momento le mostraron un registro de conductor de Baldú, falso, pero con su foto. Es el único indicio existente hasta hoy, y por cierto bastante débil, de que también el Loco Baldú fue detenido en el galpón de la calle San Vicente 116, Luján, provincia de Buenos Aires, casi con seguridad la tarde del 18 de marzo de 1970.

Lo concreto es que hasta el presente ninguna fuerza u organismo del Estado reconoció jamás haberlo detenido, de modo que se puede considerar a Alejandro Rodolfo Baldú como el primer detenido-desaparecido de la “guerrilla” o de la lucha armada, con el único y lejano antecedente del militante de la juventud peronista Felipe Vallese, desaparecido en 1962. Pero todavía se trataba, por decirlo así, de “accidentes” de la represión, y no de una metodología planificada de exterminio; de hechos que incluso les causaban molestias a los represores, porque debían borrar todas las huellas del crimen sin contar con la logística eficiente que se implementaría seis años más tarde. También hay que decir que Baldú y Della Nave no “cantaron” nada que los torturadores ya no supieran. Carlitos habría confesado que “integra organización para derrocar gobierno (sic)”,[54] y confirmó todo sobre el operativo en Campo de Mayo, pero no delató la existencia del local donde los esperaba Caíto —algo que éste todavía agradece emocionado—, o sobre los “afluentes” y los nuevos compañeros de la organización. No cantaron tampoco direcciones, ya que no consta en la causa que haya habido allanamientos como consecuencia de sus detenciones.

El martes 24 de marzo, casi una semana después, empezó a develarse una parte muy pequeña del misterio cuando se informó públicamente del hallazgo en Luján. La Policía convocó a los medios de prensa, como si el procedimiento se hubiera realizado ese mismo día, y, para otorgarle mayor verosimilitud, se simuló un espectacular operativo conjunto entre la División de Informaciones Policiales Antidemocráticas (DIPA), la División Asuntos Políticos, y Robos y Hurtos, que presenciaron todos los vecinos del barrio como si se estuviera filmando una película de acción, aunque no hubo detenciones ni resistencia alguna desde adentro del galpón. Después se organizó una conferencia en la que los tres jefes policiales confirmaron que no habían realizado arrestos *in situ*, pero aseguraron que el local pertenecía a "un grupo subversivo". Ahora, además de lo ya mencionado, el inventario policial incluía como novedad la presencia de veinticinco granadas y doce bombas caseras armadas en latas de conservas[55] que no figuraban en el informe refrendado tres días antes.

Casi a la misma hora, pero en la Capital, el jefe de prensa del Ministerio del Interior leyó a los periodistas acreditados en la Casa Rosada un comunicado —que reprodujeron todos los diarios al día siguiente— cuya misma redacción generaba más dudas que certezas: "Se tienen noticias, las que esperan completarse al cierre del día, que a raíz de la investigación que se viene realizando desde el asalto a Campo de Mayo, se ha detenido a un ciudadano que nos permiten (sic) suponer estar frente a una organización terrorista". Agregaba que el operativo de esa mañana tenía el propósito de capturar a más integrantes de dicha organización, de la cual algunos medios llegaron a informar que su nombre era M-5. Horas más tarde, en la sede de Coordinación Federal, se les dijo a los cronistas que el detenido en cuestión se llamaba Carlos Della Nave, y se dio a conocer una lista de miembros de la organización: Baldú, Bjellis, Malter Terrada, D'Arruda, Henríquez, Caravelos y Peralta. Con las fotos de todos ellos se confeccionó un afiche callejero recomendando su captura por conspiración para la rebelión, asociación ilícita, robo y tenencia de explosivos, que apareció pegado en las calles de todo el país tres días más tarde.

Los compañeros de Baldú y Della Nave, entre tanto, buscaron alguna forma de frenar el suplicio de los dos detenidos y de forzar que se legalizara su situación, ya que hasta entonces la vía legal no había dado resultado. "Empezamos a pensar en secuestrar a alguien como para poder plantear la aparición de los dos", cuenta Malter Terrada. En ese sentido, el mini manual de Marighella era clarísimo: "El secuestro es usado para cambiar o liberar camaradas revolucionarios encarcelados, o para forzar la suspensión de la tortura en las cárceles de una dictadura militar".[56] Primero lo intentaron con el

embajador de Alemania Federal en la Argentina. Empezaron a relevar su casa, en Olivos, con una pick-up con la caja cerrada, desde donde se vigilaban sus movimientos a través de unos orificios. Se necesitaban por lo menos tres días para poder descubrir una rutina, y cada minuto valía oro. Cuando los dos que estaban adentro de la caja advirtieron que los custodios sospechaban y anotaban el número de la patente, avisaron por *walkie talkie* al chofer para que volviera a llevársela: estaban en cero. Alguien sugirió entonces probar con el cónsul inglés de La Plata, al que también se empezó a vigilar.

Pero el tiempo corría. Según la versión de Pichón, fue entonces que Hugo Victoriano Hernández, "Chiche", un cuadro destacado del zaratismo oriundo de Bragado, sugirió otro objetivo posible: un cónsul paraguayo que se disponía a viajar a la Capital con el fin de vender allí su Mercedes Benz. En realidad, el auto pertenecía al cuerpo diplomático de ese país, pero era habitual que se les permitiera venderlo a título personal como una especie de "plus". Al parecer, Chiche ya había pensado utilizar esa información y por eso había averiguado todos los datos. Efectivamente, se había publicado un aviso clasificado sumamente discreto, como para "guardar las formas",[57] que confirmaba la información de Chiche: el vehículo en cuestión era un Mercedes Benz 280 CS, modelo 1968, patente CC 2074, color gris oscuro. El diplomático que lo vendía, según se enteraron después, se llamaba Waldemar Sánchez, tenía 56 años y había combatido contra los bolivianos en la Guerra del Chaco (1932-1935). En ese momento era cónsul en Ituzaingó, una pequeña ciudad ubicada sobre el río Paraná en el norte de la provincia de Corrientes, frente al Paraguay y la isla Apipé, y había venido a Buenos Aires a vender el auto. Se alojaba en el hotel León, en Callao 758, con su esposa Eloísa y su pequeña hija adoptiva Norma, de cuatro años.

El secuestro

En realidad, Sánchez era una víctima de muy baja categoría, sobre todo si se la comparaba con otros secuestrados por organizaciones armadas de izquierda poco tiempo antes, como el embajador de Estados Unidos en Brasil, Charles Elbrik; el poderoso empresario ítalouruguayo Gaetano Pellegrini Giampietro, o el obispo de Guatemala, Mario Casariego. Pero, por otro lado, su bajo rango lo volvía más accesible. Además, suponían que la visita anunciada del sempiterno dictador paraguayo, Alfredo Stroessner, para tratar algunas cuestiones de comercio bilateral con su par Onganía y luego irse a pasar el fin de semana largo de Semana Santa en los lagos del sur, iba a servir para levantarle el perfil al secuestro. "Ese trabajo lo hizo la columna de Tato; nosotros jamás hubiéramos podido hacerlo porque no teníamos esa capacidad de responder tan rápido", admite Malter.

En la mañana del martes 24 de marzo de 1970, el cónsul Waldemar Sánchez recibió un llamado telefónico de un ficticio ingeniero Patrick, quien le preguntó por el auto del aviso y, al enterarse de que aún no estaba vendido, le anticipó que a las dos de la tarde iba a pasar su hijo a verlo. A esa hora fueron Sergio Schneider y Pichón, los dos muy bien trajeados, y le pidieron al cónsul que les mostrara el auto y los acompañara a dar una vuelta para probarlo. Como era casi obvio, éste les dijo que para eso estaba el chofer, pero ellos insistieron en preguntarle algunos detalles técnicos y lograron convencerlo. Los cuatro se subieron al vehículo: Pichón al volante, con el cónsul como acompañante, y Tito atrás junto al chofer. Enfilaron hacia los bosques de Palermo, donde los supuestos compradores, haciendo exhibición de armas, les dijeron que se trataba de un secuestro y los hicieron acostarse amordazados en el piso. De ahí llevaron el auto a un baldío en el barrio de Saavedra, donde liberaron al chofer y dejaron abandonado el auto, que la Policía encontró a la mañana siguiente. Subieron al cónsul a otro coche, tabicado, y lo llevaron a una casa en Carapachay, alquilada poco antes por Malter Terrada para vivir con Yiya, su esposa, y allí dejaron al cónsul amordazado y atado de pies y manos, en una carpa de campamento, armada dentro de una habitación. Entonces le explicaron el motivo del secuestro, le aseguraron que el problema no era con él y, según asegura Pichón, lo trataron “con toda la delicadeza del mundo, e incluso se lo gratificó con las comidas” durante su cautiverio.

Mientras tanto, en un departamento en Palermo, se amontonaban Tato, Bjellis y otros, pendientes de las noticias y listos para escribir los comunicados. La idea original era pedir que los legalizaran; pero como ya se había reconocido la detención de Della Nave —aunque no la de Baldú —, el eje pasó a ser que se mostrara públicamente a los dos para corroborar su estado de salud. Otro dilema, nada menor, era cómo firmar los mensajes que iban a convertirse de hecho en la presentación en público de la organización, ya que todavía no tenían del todo definido un nombre que la identificara. Si bien la sigla FAL ya estaba aprobada, todavía no existía un consenso claro sobre su significado. Sin embargo, en ese momento, en el que aún no existía ninguna organización armada en actividad que firmara sus operativos con nombre propio, prevaleció la idea del Frente Argentino de Liberación, que expresaba la voluntad de convocar a todas las fuerzas revolucionarias.

Pasadas las ocho de la noche, la agencia de noticias Saporiti recibió un llamado indicando que había un sobre de color celeste en el baño de mujeres del bar El Ibérico, en Córdoba 1395, y más tarde avisaron al diario *Clarín* que había otro sobre en la caja de un camión perteneciente a la editorial. Al diario *La*

Prensa, en cambio, le informaron el secuestro mediante una muy breve llamada telefónica a las 20.45, mientras que el resto de los periódicos, como *La Nación*, no fueron avisados y se enteraron a través de fuentes indirectas. El documento estaba firmado por el Frente Argentino de Liberación-Grupo Operativo Táctico Emilio Jáuregui,[58] con fecha 24 de marzo de 1970, y fue el primer mensaje a la opinión pública de una organización guerrillera en la Argentina en la década del 70.

Decía así: "El Comando Nacional del Frente Argentino de Liberación denuncia: 1) que hace seis días, dos de sus militantes antiimperialistas fueron detenidos por las fuerzas represivas del régimen de Onganía y sometidos desde entonces a las más bárbaras torturas, que han puesto en riesgo sus vidas. Estos compañeros son Carlos Della Nave y Alejandro Rodolfo Baldú, el último de los cuales es negado con la evidente intención de ser impunemente asesinado. 2) Ante el fracaso de las acciones legales emprendidas para liberarlos de la tortura y preservar sus vidas, el comando nacional del FAL comunica que a las 14.30 de la fecha, el Grupo Operativo Táctico de sus fuerzas patrióticas de liberación ha tomado como rehén al cónsul paraguayo Waldemar Sánchez, reconocido agente de la CIA y representante de la sangrienta dictadura de Stroessner, fiel sirviente del imperialismo yanqui, que desde tantos años explota y humilla a nuestro pueblo hermano. 3) El Comando Nacional del FAL exige: a) La aparición de nuestros compañeros antes de las 22 del día de la fecha,[59] ante los periodistas de prensa y televisión, quienes deberán certificar su estado físico y darlo a conocer públicamente. b) La publicación textual del siguiente comunicado. 4) Asimismo, el FAL informa a los gendarmes de la dictadura que la seguridad de nuestro rehén depende exclusivamente de la paralización inmediata de todo intento de búsqueda y rescate y que el destino futuro de cualquier negociación de su libertad está determinado por el estricto cumplimiento del punto anterior. 5) El FAL aclara a su pueblo que ejerce la violencia revolucionaria contra la violencia de las fuerzas represivas, y que una medida de esta naturaleza es la única respuesta posible ante esta reiteración de brutalidad por parte de la dictadura. Este comando nacional aclara también que esta medida no está dirigida a lesionar la dignidad del estoico pueblo paraguayo, al que consideramos víctima de la misma opresión que la que soporta el pueblo argentino, como lo demostrará el próximo abrazo entre sus dos verdugos: Stroessner y Onganía."

Queda claro que no se planteaba ningún tipo de "canje" del cónsul por Baldú y Della Nave, como informaron erróneamente muchos medios en los días posteriores, sino apenas que se los exhibiera públicamente para certificar su estado físico y, en el caso del primero, también el reconocimiento de su detención. Casi a medianoche, el embajador del Paraguay, Manuel Ávila,

confirmó el secuestro, y la esposa del cónsul reveló que había denunciado la desaparición de su marido en la Comisaría 5º sin darlo a publicidad. El chofer Vera, en tanto, ayudó a componer un logrado identikit de Pichón que fue publicado al día siguiente en una edición especial del diario *Crónica*. Ya en la madrugada del miércoles 25, el jefe de Coordinación Federal anunció a los periodistas acreditados en el Departamento de Policía que la decisión de acceder o no a la petición del FAL no les correspondía a ellos sino al gobierno nacional; de modo que a partir de entonces toda la información oficial pasó a ser manejada directamente por la oficina de prensa del Ministerio del Interior.

La mañana del miércoles 25 de marzo una comisión policial fue a la casa de Della Nave, en la calle Miguel Cané 322 departamento 1º, Lanús Oeste. Quedó asentada en actas la siguiente descripción del hogar: "La finca consta de un dormitorio, un living comedor, cocina, baño, patio interno cubierto, un altillo pequeño y terraza. La habitación determinada como living-comedor es ocupada normalmente como dormitorio de Carlos Domingo, en el cual se hallan sus pertenencias, constando (sic) en un extremo del mismo un pequeño placard donde guarda sus efectos personales el nombrado".[60] Pero no se encontró ningún elemento de interés para la causa. Ese mismo día, *Crónica* recibió la noticia de que había un nuevo sobre escondido en el confesionario de la Iglesia de San Nicolás de Bari, en Santa Fe y Talcahuano, y adentro, dos cartas muy breves pero desesperadas escritas de puño y letra por el cónsul Sánchez, que el diario reprodujo en forma facsimilar en su edición vespertina. En la primera, dirigida a Stroessner, le rogaba "poner todo su prestigio e influencia ante el Gobierno Argentino para conseguir mi liberación […] mediante la aceptación de la exigencia del FAL". La segunda, destinada a su esposa, le pedía también a ella usar "su influencia (?) ante los gobiernos paraguayo y argentino para que accedieran a las exigencias del FAL", y aún más: que los persuadiera de que las fuerzas de seguridad no salieran en su búsqueda, como pedía el cuarto punto del comunicado. En realidad, nadie estaba desesperado por rescatarlo ni mucho menos.

Durante toda esa jornada las redacciones fueron atosigadas por cantidades ingentes de información y comunicados falsos. En su búnker de Palermo, Bjellis, Aguirre y los demás escuchaban pasmados estos mensajes equívocos y no llegaban a imaginar de dónde surgían. En rigor, su origen era de lo más variado. Algunos provenían de grupos que especulaban con obtener alguna ventaja sumando nuevas exigencias al supuesto canje por el cónsul, como uno que reclamaba la liberación en Paraguay del médico Agustín Goiburú, un opositor político recientemente encarcelado. Otros parecían provenir de los mismos servicios de inteligencia, y su fin evidente era entorpecer las negociaciones, como una llamada telefónica al párroco Victorino Bisi, de la

Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, en Barrio Norte, a quien se le pidió que informara de una supuesta nueva exigencia de los secuestradores: que Baldú y Della Nave fueran sacados del país y llevados a México. Por desgracia, el sacerdote aprovechó la ocasión para tener su cuarto de hora de fama y difundió el diálogo en forma exagerada, con lo cual la versión tuvo un eco mayor del que merecía, e incluso, como se verá, influyó en el desarrollo posterior de los sucesos, lo que, seguramente, estaría en la intención de quienes lo llamaron.

Ese miércoles 25 también llegó Stroessner a la Argentina, y almorzó con Onganía en la residencia presidencial de Olivos junto con un enjambre de funcionarios y diplomáticos. Después, los dos generales se reunieron a conversar a solas. El único miembro de la comitiva guaraní que aceptó referirse al asunto —y sólo porque los periodistas se lo preguntaron insistentemente— fue el canciller Raúl Sapena Pastor, quien se limitó a decir que su gobierno "dejaba el problema en manos argentinas", y que no había iniciado gestión alguna. En realidad, la suerte de Waldemar Sánchez no parecía ser un tema que les quitara el sueño a los gobiernos de ninguno de los dos países, y justamente en eso radicaba el gran error de cálculo de los secuestradores. Horas más tarde, el canciller argentino Juan Bautista Martín, tras despedir en Aeroparque a la comitiva visitante, que se marchaba a cumplir su plan vacacional, declaró que el gobierno paraguayo "no iba a interferir" en la decisión que tomara el argentino, lo cual significaba que no iba a interceder por su cónsul.[61] El dictador paraguayo se instaló en la residencia El Messidor, en Villa La Angostura, sin haber pronunciado una sola palabra en público sobre el tema.

Ese segundo y agitado día del secuestro tuvo dos condimentos adicionales. Por la mañana, la Policía Federal intentó difundir la supuesta noticia de que vecinos del galpón de Luján habían escuchado disparos unos días antes, y que se había encontrado un reguero de sangre y unas palas: así se buscaba instalar la idea truculenta de que Baldú podía haber sido muerto y enterrado por sus propios compañeros. Pero el ardid fracasó por el simple hecho de que, salvo *La Nación*, ningún otro diario lo tomó en serio ni le dedicó mayor espacio: ni siquiera los más sensacionalistas. Después, a media tarde, y en represalia por el secuestro del cónsul —así se le hizo saber a la prensa—, un autodenominado Comando de Represión hizo explotar una bomba en el palier de un departamento céntrico donde supuestamente vivía Jacobo "Yaco" Tieffenberg, presidente de la FUA y militante del PCR. Las únicas víctimas del atentado fueron dos mucamas, de las cuales una falleció y otra quedó gravemente herida; pero lo cierto es que Tieffenberg, además de no tener ni el más mínimo vínculo con FAL, ya no vivía allí desde hacía varios años, ni tampoco sus padres. En repudio, la FUA convocó a una marcha para el miércoles siguiente, en la que se

iba a pedir también por la libertad de varios presos políticos como Federico Méndez y Héctor Jouvé, del EGP, y el presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, Hugo Goldsman.

Desenlace amargo

El secuestro ya era la noticia principal de los diarios argentinos, que en muchos casos sacaban ediciones extra para actualizar la información. Todos estaban pendientes del plazo previsto en el primer comunicado, que corría sin que hubiera ninguna respuesta oficial. Inmovilizado adentro de la carpa, el cónsul ofrecía a sus captores, a cambio de su vida, los contactos con una red de tráfico de armas desde Paraguay, que efectivamente les entregó y fue bien aprovechado durante los dos años siguientes. A Pichón, que lo vigiló durante larguísimas horas, le asombraba su costumbre de arrojar el papel higiénico a un cesto y no al inodoro cada vez que lo llevaban tabicado al baño. Era una costumbre que por entonces sólo podía entenderse en poblaciones con cloacas deficientes o inexistentes: la América Latina profunda, que en verdad ellos conocían bastante poco.

Al atardecer, Onganía, su gabinete de ministros y varios funcionarios judiciales y policiales se reunieron para debatir el tema en Olivos. La resolución fue dada a conocer a las nueve de la noche desde la Casa Rosada, a través de un comunicado del Ministerio del Interior en el que se aseguraba que el gobierno no tenía "ninguna posibilidad de acceder a las exigencias del FAL", porque Baldú estaba prófugo de la justicia y Della Nave se encontraba "procesado por delitos comunes ante el Juzgado Federal de San Martín". Agregaba que "mal podría este gobierno, que se ha caracterizado por su permanente respeto a la justicia, disponer la libertad de Della Nave sin quebrantar esa norma". Poco más tarde, el vocero de Interior fue mucho más explícito: "Si hay decisión oficial de cualquier tipo, no se producirá esta noche".[62] De esta forma, se ignoraba olímpicamente al plazo otorgado por los secuestradores, sellando sin mayor culpa la suerte del rehén. Para los militares argentinos, el cálculo parecía sencillo: condenar a un oscuro diplomático que les importaba muy poco y demonizar a sus captores (y junto con ellos a la "subversión" en general). Todo por el mismo precio: gratis, porque el gasto lo habían hecho los otros. Además, ahora la pelota quedaba en el campo de los secuestradores del cónsul, que debían demostrar si estaban en condiciones de cumplir con su amenaza.

Pero en la madrugada del jueves del 26 de marzo, dos días después del secuestro, el juez Luque, titular del juzgado que llevaba adelante la causa por el allanamiento al galpón de Luján —aunque en la guerra de comunicados y declaraciones nadie parecía recordarlo—, se adelantó a todos

con un golpe de efecto que lo convirtió en el protagonista de este drama que se desenvolvía ante la opinión pública. A las dos y media de la mañana de ese Jueves Santo, que en rigor era la larga trasnoche del miércoles, constituyó su juzgado en las oficinas de Coordinación Federal para tomarle allí mismo declaración a Carlos Della Nave. Puede aceptarse que lo hizo porque en los hechos le resultaba imposible llevar al detenido a otro sitio; pero resulta increíble que, como consta en la causa judicial, haya sido el mismo Carlitos quien pidió declarar con "carácter urgente", supuestamente porque advirtió que se estaba por cumplir la hora del ultimátum, y que eso fue lo que llevó al Juez a actuar de esa forma casi improvisada.[63] Al finalizar el trámite, Luque convocó a una breve conferencia de prensa en la cual les leyó a los cronistas un acta con la siguiente declaración: "El joven Carlos Domingo Della Nave manifiesta que, respetuoso de las leyes del país, como asimismo de la justicia, desea seguir a disposición de ella y enfrentar las eventualidades del proceso, no deseando de ninguna manera ser sacado del territorio argentino, ni ser el responsable de lo que pueda ocasionársele al diplomático paraguayo secuestrado en su condición de rehén para obtener su libertad".

Gracias a este truco sacado de la galera, el juez Luque afirmaba, por un lado, su derecho de propiedad sobre el reo, ya que éste declaraba que prefería seguir procesado por su Juez natural antes que ser objeto de una negociación extrajudicial; y por otro, cancelaba la posibilidad de un acuerdo entre los secuestradores y el gobierno, ya que Della Nave elegía seguir procesado antes que convertirse en prenda de cambio. Para ello, el Juez había apelado al recurso (¿involuntario o premeditado?) de darle un valor decisivo al mensaje espurio que reclamaba la salida de Baldú y Della Nave hacia México, lo cual le permitió también al ministro del Interior, general Francisco Imaz, hacer la siguiente declaración: "No puede efectuarse el canje porque uno de los individuos cuya libertad piden los raptores no está detenido y el otro no acepta salir del país".[64] En definitiva, con este ardid se pretendía obtener el saldo de: a) un rehén muerto, b) un preso que elogiaba a la Justicia, c) un guerrillero prófugo. La ecuación cerraba y perfecto. Es probable, además, que nunca se sepa si se trató de una maniobra muy bien orquestada por todas las partes para obtener este resultado, o si fue promovida exclusivamente por el Juez, al verse menoscabado en su autoridad.

El acta que exhibió Luque estaba firmada también por el padre de Della Nave, quien ratificaba su contenido a través de un escrito adicional cuya redacción resultaba más bien confusa: "En razón de la minoridad de su hijo, es su expresa voluntad (del padre) que el mismo no sea extraído del país ya que se encuentra plenamente garantizado por la actuación del tribunal".[65] Cuando los periodistas presentes insistieron en preguntarle directamente a Carlitos si estaba de acuerdo con esa decisión y con los términos en que había sido expresada, el

Juez les respondió que eso era imposible porque estaba incomunicado; pero permitió que Raúl Della Nave hablara brevemente con la prensa. En ese escueto diálogo quedó clara la escasa credibilidad de la puesta en escena:

—¿Cómo está su hijo? —fue la primera pregunta.

—¿En qué sentido? —respondió cándidamente el padre.

—Usted denunció que lo habían torturado —insistieron.

—Bueno, tiene una luxación en el hombro —dijo titubeando.

—¿Comprobó los malos tratos? —volvieron a preguntar.

—Habrá que determinar bien las cosas —contestó.[66]

Ante el cariz que tomaba el diálogo, se decidió darlo por terminado. Pero más tarde, poco antes de las cuatro y media de la mañana, se les brindó a los pocos periodistas que quedaban de guardia, incluidos algunos camarógrafos de televisión, la posibilidad de ver y filmar a Carlitos caminando de una oficina a otra del Departamento de Policía, vestido con un jean, alpargatas y una camisa blanca. La escena, fugaz y casi fantasmal, fue repetida decenas de veces en los distintos noticieros y, por cierto, las sensaciones fueron muy variadas. “Según la impresión tan rápidamente obtenida, Della Nave es un muchacho de agradable figura, tez muy blanca y cabellos rubios. Aparentemente se hallaba en uso de sus facultades físicas y mentales. Se percibía que mantenía inmóvil el brazo derecho y que presentaba un trazo rojo que iba desde la parte superior del tobillo derecho hasta el pie”, describió *Crónica.* En tanto, *El Día*, de La Plata, agregaba que “su rostro aparecía demacrado, con evidentes signos de cansancio y tensión nerviosa”. Entre quienes lo vieron por televisión, Malter Terrada lo notó “completamente drogado, con ojeras y cara de zombi”, mientras que Pichón lo vio, lisa y llanamente, “hecho pelota”.

El plazo establecido en el único comunicado auténtico de FAL se había vencido, pero la realidad es que, dos días después del secuestro, la vida del cónsul ya no corría ningún peligro. Y no sólo porque un nuevo comunicado apócrifo, en el que muy pocos creyeron, extendió el plazo hasta el viernes 27 a las ocho de la mañana. Tal como explica Malter cuatro décadas más tarde, la idea de ultimar a Waldemar Sánchez no había figurado jamás en los planes porque se esperaba que el gobierno accediera a las exigencias, tal como había sucedido en otros casos. El problema era que este rehén, en particular, resultaba insignificante. “Como nosotros reclamábamos que aparecieran con vida los dos, la muerte de Baldú debería haber bastado y sobrado para ajusticiarlo —cuenta Pichón—. Pero igual se optó por liberarlo y devolverlo, porque todos teníamos la certeza de que, si lo matábamos, iba a morir un inocente. En cierto modo, hubiese sido una venganza justa porque ellos habían matado a Baldú, pero injusta porque este personaje no tenía ninguna

responsabilidad en el hecho: una represalia indiscriminada.”

Estas consideraciones pueden leerse entre líneas en el segundo comunicado de FAL, que se dio a conocer a las cinco de la tarde del 26 de marzo, Jueves Santo, y que también apareció en el retrete de un bar céntrico, con la diferencia de que esta vez se le avisó a *La Prensa*. Hay que decir que, en medio de la guerra de nervios y la desesperación, FAL instaló inteligentemente una competencia explícita entre los principales diarios por ser el receptor de las novedades, como así también hizo patente su desprecio por otros. Sobre el vencimiento del plazo para ultimar al cónsul, que tenía en vilo al país, los secuestradores admitían una postergación difusa de la ejecución mediante el recurso elíptico de anunciar su inminencia: “Una vez dictada sentencia, ésta será ejecutada y se comunicará a la prensa las razones que llevaron a tomarla”. Sin embargo, la importancia testimonial de este texto está dada porque se denunciaba el hecho ominoso de una desaparición: “Tenemos la absoluta certeza de que el compañero Baldú fue detenido el jueves 19 de marzo, aproximadamente a las 23 horas.[67] Pero la dictadura niega este hecho, y la explicación la encontramos en su imposibilidad para reconocer ante la opinión pública nacional e internacional que este compañero, o bien ha sido asesinado, o se encuentra tan ferozmente mutilado que no puede ser presentado ante la prensa”.

El mensaje iba acompañado por una breve y desesperada carta manuscrita del cónsul, en la que lamentaba que tanto las autoridades paraguayas como las argentinas lo hubieran abandonado: “He leído con asombro que el gobierno argentino ha decidido sacrificarme en vida. Quizás esta sea mi última carta. Me queda claro que no se acordó el pedido porque seguramente la Policía debe haber ultimado al señor Baldú y, por otro lado, por no ser yo un diplomático de alguna gran potencia”, afirmaba, transfiriendo a todo su país la escasa relevancia que poseía su persona. Y concluía con una plegaria demasiado ambiciosa como para ser escuchada: “Mi último pedido es al presidente Stroessner, el nuncio apostólico, el Santo Padre, la ONU y todo el cuerpo diplomático para que intercedan con extrema urgencia por mi vida”.

Durante ese día feriado y casi muerto en Buenos Aires, sin ningún tipo de actividad oficial, mientras un despreocupado Stroessner pescaba truchas en el Nahuel Huapi y hacía saber que no deseaba ser molestado, la sensación generalizada era de que en cualquier momento se conocería la noticia de la aparición del cadáver de Waldemar Sánchez. Sobre todo, porque un nuevo llamado anónimo —y falso— aseguraba que su cuerpo ya había sido arrojado al Riachuelo. Ello motivó que un nutrido contingente de efectivos policiales y hombres rana de la Prefectura se dedicaran a buscarlo durante el jueves y el viernes en sus márgenes y bajo el agua, sin ningún resultado, pero con un despliegue cinematográfico que sirvió para llenar páginas y pantallas chicas ávidas de información. Entre tanto, una dotación de bomberos se dedicaba a

cavar el terreno del galpón de Luján y sus alrededores con la débil esperanza, alentada por declaraciones del ministro Imaz, de encontrar allí enterrados los restos mortales de Baldú. Como para no quedarse de brazos cruzados, la Policía de la provincia de Buenos Aires se dedicó a realizar innumerables *razzias* y revisaciones de vehículos en Avellaneda, Lanús y Quilmes. Pero tampoco obtuvieron un resultado positivo.

Mientras tanto, Aguirre y Bjellis se dieron tiempo para redactar un tercer comunicado, que difundieron el viernes a las ocho de la noche. Su texto tenía el doble propósito de explicarle a la opinión pública que FAL privilegiaba en su accionar el respeto por la vida humana y, al mismo tiempo, dar a conocer la considerable cantidad de golpes exitosos (e incruentos) que ya habían realizado hasta el momento. En rigor, se lo puede considerar como la verdadera presentación en sociedad de la organización, ya que allí se planteaban por primera vez sus objetivos políticos y su programa de acción:

"El Comando Nacional del FAL, constituido en Tribunal Revolucionario, cree conveniente adelantar a su pueblo los considerandos de la sentencia a dictar en relación con nuestro rehén Waldemar Sánchez. Nuestra intención al capturar al cónsul paraguayo fue, como se puede leer en nuestros comunicados, solamente lograr que se presentaran a la prensa a los compañeros Della Nave y Baldú, como un intento de parar la tortura y el asesinato. Llegamos tarde, es evidente que a esta altura de los acontecimientos la dictadura asesina eliminó al compañero Baldú en la cámara de torturas, porque no pudo arrancarle dato alguno y porque se enfrentó con su extraordinario porte revolucionario. De allí la desesperación de la dictadura por tratar de que no se viera, descaradamente y sin tapujos, su cara asesina. Para ello empezó a trenzar una burda maniobra para engañar al pueblo afirmando que nosotros, sus propios compañeros, le habíamos dado muerte. Nuestro objetivo está puesto en el hombre, en la liberación del hombre, aunque en este duro camino queden vidas de hombres, pero siempre hemos tratado por todos los medios, aún a costa de nuestra seguridad, de evitar producir bajas innecesarias. Nunca hemos tenido que ultimar a hombre alguno. En la acción del Regimiento 7 de Infantería, optamos por evacuar prematuramente el terreno antes que abatir a un soldado conscripto que se dirigía a dar la alarma. En la acción de la toma de una comisaría en Tucumán, preferimos desarmar a golpes a varios policías antes que ultimarlos en el acto. En la acción durante la cual se copó un vivac en Campo de Mayo, permanecimos cincuenta minutos y nos retiramos sin provocar ningún daño físico a ninguno de los setenta soldados y suboficiales de la unidad.

"Pero ahora ha sido ultimado, no en el combate, no en la acción, sino fríamente, premeditadamente, uno de nuestros compañeros más queridos. Esto cambia nuestra posición y nos obliga a adecuarla a esta realidad. Combatimos en nombre de la vida, de la dignidad humana, del hombre. Combatimos en

nombre de la libertad y de la justicia. Para ello debimos enfrentar a una dictadura, a un régimen que, en nombre de la explotación, apaña a asesinos y condecora a ladrones. Quede claro ante nuestro pueblo que el terror, el crimen y la tortura no son responsabilidad de unos pocos matones, sino de todo un régimen que necesita de terroristas, de criminales y de torturadores para perpetrar su opresión. Estamos totalmente convencidos de que el enfrentamiento no es entre el gobierno y el Frente Argentino de Liberación Nacional (*sic*), que la represión no sólo es descargada sobre miembros del FAL, como lo atestiguan las masacres del gobierno hacia el pueblo cordobés para enfrentar la rebelión obrero-estudiantil. Los asesinatos de Bello, Cabral, (Santiago) Pampillón, Hilda Guerrero de Molina, Felipe Vallese, Emilio Jáuregui tampoco deben quedar impunes. Pero en realidad sólo se hará justicia cuando, definitivamente, el pueblo en armas, constituido en ejército revolucionario desde el campo y la ciudad, destruya golpe a golpe el aparato que sostiene el poder de la oligarquía y el imperialismo y comience a transitar por el camino de la liberación nacional y social. Que este día no está lejos nos lo dicen las luchas crecientes que desarrollan también los hermanos pueblos latinoamericanos y sus vanguardias. Nos lo dice también la dictadura que, atemorizada, amenaza al pueblo con reprimirlo en un desesperado intento de impedir el triunfo de los ideales revolucionarios. Comprendemos su desesperación; ellos saben que van a contramano de la historia. Frente Argentino de Liberación Nacional (FAL), 27 de marzo de 1970."

La parte final de este mensaje, por su tono y su contenido, anticipa no sólo los documentos futuros del propio FAL, sino también los de muchas otras organizaciones que se dieron a conocer poco más tarde. Era el nuevo lenguaje explosivo de la lucha armada en los años 70, que utilizaba la palabra como un arma más de combate: el ascetismo y la existencia secreta de la Organización original habían quedado definitivamente atrás.

Durante todo ese día viernes, el tercero desde el secuestro, Raúl Della Nave mantuvo reuniones febriles con varios abogados de la Liga, como Cabiche, Jesús Porto y Antonio Sofía, con el fin de desmontar la farsa de la madrugada en el Departamento de Policía. Poco antes de las diez de la noche, en el estudio Cabiche, y ante una nutrida presencia de periodistas de medios gráficos, radio y televisión, el padre de Carlitos se rectificó públicamente del acta y de las declaraciones que había formulado dos días antes y aclaró que tanto la negativa respecto de que su hijo fuera canjeado por el cónsul como la desmentida sobre las torturas habían sido inducidas por el Juez. También contó que Luque le había permitido conversar unos minutos con Carlitos, a pesar de que estaba incomunicado, y que así se había enterado de todos los tormentos que padeció. Ahora podía asegurar que la luxación de su hombro y las lastimaduras en los tobillos se debían a las contracciones que le produjeron las descargas eléctricas.

Estas explicaciones estaban en una carta dirigida a la LADH, que dio a conocer ante la prensa: "Por el contacto físico que tuve con mi hijo, y por lo que éste me dijo y pude comprobar, el mismo ha sido bárbaramente torturado con la picana en diferentes lugares del cuerpo, por cinco días consecutivos", decía. Más adelante explicaba los motivos de haber negado este hecho: "Las declaraciones que he efectuado me fueron sugeridas por el Juez, quien me manifestó que eran lo mejor para él, y que así estaría protegido". Es decir que, si denunciaba torturas, le iban a seguir dando: un chantaje liso y llano. Sin embargo, esta retractación motivó al día siguiente un chiste gráfico muy poco feliz del humorista Carlos Basurto, en *Clarín*, en el que se mostraba un diálogo entre dos parroquianos de un bar. Uno de ellos decía: "No entiendo, este Della Nave un día dice una cosa, otro día dice otra, parece que se olvida de lo que dijo"; y el otro contestaba: "Debe ser 'Della Nave del olvido'".[68]

Además, el documento leído por los abogados brindaba por primera vez un indicio, si bien un tanto vago, sobre la suerte de Alejandro Baldú: "Al preguntarle por el señor Baldú, mi hijo me hizo una seña expresiva de que habría sido muerto, pasándose una de sus manos, en posición horizontal, por su garganta, dando a entender que lo habían asesinado".[69] A su turno, los abogados anunciaron que asumían la defensa de Carlitos y que se disponían a presentar un *habeas corpus* para poder hablar con él; que pensaban denunciar los apremios ilegales a que había sido sometido, y también el posible asesinato de Baldú.[70] Cabiche explicó que, si bien entendía que Della Nave pertenecía a "una célula extremista que había cometido actos terroristas", era necesario "resguardar los derechos humanos y la defensa en juicio". Un argumento que se anticipaba a muchas polémicas futuras aunque, en rigor, la organización recién bautizada FAL se había limitado hasta entonces a realizar "recuperaciones" de armas y dinero, sin derramar ni una gota de sangre ni producir daños materiales.

De modo que todas las cartas ya estaban sobre la mesa: el gobierno argentino no parecía dispuesto a ceder (más bien lo contrario): el gobierno paraguayo seguía desentendido, y el FAL ya no podía otorgar más plazos, tenía que actuar. Efectivamente, en las primeras horas de la madrugada del 28 de marzo, sábado de Gloria, después de tres días y medio de cautiverio, el cónsul Waldemar Sánchez fue puesto en libertad por sus captores, que ya no podían aspirar a conseguir nada más manteniéndolo secuestrado, en una negociación definitivamente empantanada. De modo que optaron por devolverlo sano y salvo. Lo condujeron con los ojos vendados hasta la estación Florida del Ferrocarril Mitre con dinero suficiente como para que tomara el tren hasta la terminal de Retiro y desde allí un taxi hasta el hotel León, donde todavía estaban alojadas su mujer y su hija. "Estábamos convencidos de que la misma Policía podía asesinarlo para inculparnos a nosotros, por eso le advertimos que llegara hasta el hotel en la forma más disimulada posible, sin llamar la atención y evitando a los periodistas que estaban siempre de guardia", cuenta Malter Terrada.

El cónsul siguió las instrucciones al pie de la letra, llegó al hotel sin ser reconocido en un colectivo de la desaparecida línea 250, se reencontró con su familia y recién a las ocho de la mañana se dirigió a la Embajada paraguaya. Allí, una hora más tarde, ofreció una conferencia de prensa en la que aseguró repetidamente que no había sufrido malos tratos durante su cautiverio: “Es más, el tratamiento fue considerado”, agregó.[71] Los presidentes Stroessner y Onganía fueron avisados de inmediato a Villa La Angostura y Olivos, respectivamente, aunque no se dignaron a llamarlo por teléfono. Pocas horas más tarde se dio a conocer el cuarto, último y más breve de los comunicados del FAL, que decía lo siguiente: “El Comando Nacional del FAL, constituido en Tribunal Revolucionario, resuelve: 1) Dejar en libertad al cónsul paraguayo Waldemar Sánchez, quien fuera condenado a muerte por los verdugos Onganía y Stroessner. 2) Ejecutar en represalia a un número indeterminado de agentes represivos, culpables de los delitos de vejámenes, crímenes y torturas a nuestro pueblo”.

Pero a esa jornada todavía le faltaba una vuelta de tuerca, y la volvió a dar el juez Luque, al convocar nuevamente a una conferencia de prensa a las ocho y media de la noche, esta vez en las dependencias de Coordinación Federal, después de haber pasado casi toda la tarde tomándole declaración a Carlos Della Nave. Lo esperaba una multitud de periodistas ansiosos por conocer más detalles sobre los hechos de ese día, pero el Juez ni siquiera se asomó. Quienes concurrieron a hablar con la prensa fueron los abogados peronistas Isidoro Ventura Mayoral, Rodolfo Tecera del Franco y Edgar Sá, quienes se presentaron como miembros de la Comisión de Familias de Detenidos Políticos (COFADE), una entidad surgida en los años 50 para asistir a los presos de la resistencia peronista. Sorpresivamente, los tres anunciaron que a partir de ese momento se hacían cargo de la defensa de Carlitos, y que, de hecho, ya habían tenido el privilegio de ser los primeros en poder hablar con él porque Luque acababa de levantarle la incomunicación. Demasiada suerte, sin duda.

El que llevó la voz cantante fue Ventura Mayoral, nada menos que el abogado de Juan Perón para sus numerosas causas judiciales abiertas en la Argentina. “Carlos Della Nave nos ha manifestado que no fue coaccionado ni apremiado por la Policía ni por el Juez para que firmara el documento en el que se niega a ser canjeado por el cónsul paraguayo, sino que se negó a ello por su propia voluntad, e incluso aclaró que el doctor Luque le ha dispensado un trato especial”, fue lo primero que dijo. Como la frase sonaba ambigua, ya que no precisaba si este supuesto buen trato recibido se refería sólo al acta del jueves 26 o a todo el tiempo transcurrido desde su detención, los periodistas se lo preguntaron específicamente, y recibieron la siguiente respuesta: “Me refiero lógicamente al documento que ustedes observaron el jueves a la madrugada. Della Nave confía en la justicia argentina, y el juez Luque le ha garantizado la defensa de sus derechos”.

Ventura Mayoral admitió que su ahora defendido había sido torturado, "pero no en este edificio", aclaró en alusión al Departamento Central de Policía, aunque no pudo precisar dónde. Y agregó que la confesión sobre su supuesta participación en los hechos de Campo de Mayo había sido arrancada bajo tortura, aunque que no le constaba que los torturadores hubieran sido policías: "¿Por qué sería personal policial? Bien pueden ser ajenos a la fuerza", argumentó casi al borde del ridículo.[72] En rigor, el abogado de Perón ya empezaba a exhibir lo que iba a constituir su línea de defensa: que Carlitos era ajeno a las actividades del FAL, y que su único vínculo con la organización era el haber sido contratado por Baldú para trabajos puntuales de chapa y pintura. A la pregunta de por qué ellos habían desplazado a los abogados que habían brindado la conferencia de prensa la noche anterior junto al padre de Della Nave, contestó que sus servicios profesionales habían sido "solicitados por una voz de mujer a través de una llamada telefónica",[73] y que Carlitos los había aceptado como defensores.

La verdad es que los letrados de la Liga habían sido desplazados sin mayores explicaciones, y la complicidad evidente de los nuevos abogados con el juez Luque alentaba las peores sospechas. Malter Terrada sostiene hasta el día de hoy que el magistrado los convocó especialmente para "limpiar la imagen del gobierno" y asegurarse de que la defensa evitara cuestionar en sus escritos la versión oficial sobre la desaparición de Baldú (de hecho, así sucedió). Más flexible, Cibelli opina que Ventura Mayoral negoció desmentir que Carlitos hubiese sido torturado al menos cuando ya se encontraba bajo la responsabilidad del Juez, a cambio de frenar los tormentos o de obtener una condena leve; y que los Della Nave optaron por confiar en profesionales con un discurso menos politizado pero lo suficientemente hábiles como para garantizar una buena defensa: en definitiva, confiaron en los que se suelen llamar "saca presos". Es probable que la realidad sea una combinación de ambas versiones. Y, por si faltaba algún detalle para generar sospechas sobre los nuevos defensores, esa noche los periodistas tampoco pudieron hablar con Carlitos, a pesar de haberse levantado su incomunicación, porque ya se lo habían llevado del edificio.

El cónsul de Graham Greene

La novela de suspenso había concluido, y entre la infinidad de reflexiones que aparecieron en la prensa, dos de ellas resultaban especialmente significativas. Una pertenece a la revista *Análisis*, que, en una nota sin firma dictaminaba una suerte de empate técnico entre la dictadura de Onganía y los secuestradores: "El FAL consiguió algunos puntos victoriosos: una espectacular movilización policial había resultado infructuosa [para detenerlos o rescatar al cónsul], la organización guerrillera había ganado notoriedad internacional, y la aureola de humanitarismo les pertenecía". Sin embargo, también evaluaba que

el gobierno argentino había “mantenido la imagen de autoridad al no aceptar el chantaje político”.[74] En cambio, un muy duro editorial de *La Nación* consideró que toda la ganancia era para los militares: “Debemos felicitarnos de que en la Argentina se haya sentado el precedente según el cual un gobierno no debe tratar en pie de igualdad con los componentes de la mafia política que practica un ejercicio intelectualizado del delito”. Más adelante, acusaba a los secuestradores de “invocar el *vale todo* en su tarea de destrucción, algo así como si un asesino, al ver que su víctima se resiste a la agresión, pretendiera evitar el contraataque invocando el mandamiento bíblico de amar al prójimo”.[75] También aquí se anticipaban, desde una trinchera bien definida, los debates políticos y jurídicos de un futuro muy próximo.

Dentro del FAL, salvo —nada menos— por la pérdida humana que significaba la desaparición de Baldú, el balance sobre lo actuado fue positivo: “Generamos un hecho mediático totalmente desconocido que nos fascinó. Nos pareció que había tenido una fuerza mucho mayor que ninguna otra acción, y que ése era el atajo correcto para seguir la lucha, una forma de operar sobre la realidad más rápida y efectiva que cualquier trabajo político de masas, que siempre es mucho más lento”, explicaba uno de los militantes que estuvo todos esos días en el búnker de Palermo, con plena conciencia de que en su propia argumentación se vislumbraba la trampa mortal en la que cayeron más tarde casi todas las organizaciones armadas de la época. Pero era cierto que el secuestro y el tira y afloja con el gobierno habían acaparado la atención pública y las tapas de los diarios durante casi una semana entera.

Sin embargo, sus repercusiones duraron paradójicamente muy poco tiempo, casi un suspiro, ya que, cuando apenas habían transcurrido dos meses y un día de la liberación del cónsul, el 29 de mayo de 1970, sobrevino el secuestro y posterior ejecución de Pedro Eugenio Aramburu, una personalidad infinitamente más importante que el nulo Waldemar Sánchez y por quien sus secuestradores jamás tuvieron la menor intención de pedir nada a cambio de su libertad: estaba condenado de antemano por el derrocamiento de Perón, el robo del féretro con el cadáver de Evita y, en general, la proscripción y represión al movimiento peronista. Con esta espectacular presentación en sociedad, Montoneros sumió a todo el país en un estado general de conmoción que anticipaba los tiempos violentos que se venían, y el hecho eclipsó rápidamente la incruenta novela del diplomático guaraní. Nadie volvió a acordarse en las siguientes cuatro décadas de su secuestro, ni tampoco —hay que decirlo — de Baldú y Della Nave.

Pero hubo alguien a quien esta historia impactó profundamente. Entre marzo y abril de 1970, el novelista británico Graham Greene pasó dos semanas en la Argentina,

invitado por su amiga, la editora y mecenas Victoria Ocampo. Era su segunda visita al país y coincidió con el secuestro del cónsul paraguayo. En realidad, el motivo principal de su viaje era conocer la provincia de Corrientes, donde existía una importante actividad del Movimiento de Curas para el Tercer Mundo, en conflicto permanente con el arzobispado local y con el devoto gobernador, brigadier Hugo Garay Sánchez. Greene era católico y simpatizaba abiertamente con los curas tercermundistas, por lo cual aprovechó su periplo correntino para interiorizarse de sus actividades. Esa estadía inspiró su siguiente novela, *El cónsul honorario*,[76] ambientada en una ciudad ficticia del noreste argentino, en la que combinó largas reflexiones sobre la religiosidad militante de los curas obreros con una versión algo modificada del episodio del secuestro.

La novela toma de la historia real el hecho de que una fuerza insurgente —que en la ficción no es argentina sino paraguaya— secuestra y mantiene como rehén a un diplomático de poca monta para exigir a cambio la liberación de una decena de presos políticos del régimen de Stroessner. Pero, a diferencia del FAL, lo hacen por error, ya que en realidad su intención era raptar al Embajador de los Estados Unidos en la Argentina durante su visita a las ruinas jesuíticas; el problema es que en la oscuridad de la noche se equivocan de vehículo y se llevan a un cónsul honorario de Gran Bretaña, Charley Fortnum. El bajo rango de la víctima está enfatizado por el hecho de que no es un diplomático de carrera sino honorario, es decir que, si bien cumple con la misma función de asistir a los ciudadanos británicos en la tramitación de documentos y otras cuestiones, lo hace sufragando él mismo los gastos de la oficina consular. Una diferencia que sus secuestradores no parecen comprender del todo. Sin embargo, Fortnum hace uso de algunos privilegios que no corresponden a su condición, como importar cada dos años un Cadillac para luego venderlo en Buenos Aires, la operación que se disponía a hacer en el momento del secuestro. En la novela, también el dictador Stroessner se encuentra disfrutando de unas vacaciones en los lagos del sur argentino, ajeno a la suerte del rehén, y prohíbe expresamente que lo interrumpan por ese tema. “Sólo vine a pescar”, le hace decir el novelista, sin inventar prácticamente nada.

Pero la gran diferencia con el hecho real es que en la ficción de Greene existe un mediador entre el mundo de los guerrilleros y las autoridades: es el joven médico Eduardo Plarr, de ascendencia británica, que frecuenta los círculos del poder local y conoce perfectamente al cónsul. Pero también conoce a algunos de los guerrilleros, por haber nacido y vivido hasta su adolescencia en el Paraguay, de modo que éstos lo convocan para que asista al prisionero durante su cautiverio. Por añadidura, Plarr es el amante de la esposa del cónsul, una jovencita a quien ambos conocieron cuando trabajaba en el prostíbulo más “decente” de la ciudad, y no sólo eso, sino que, además, ella espera un hijo cuyo padre en realidad es él. De modo que este médico anglo-argentino-paraguayo resulta ser el personaje central y aparece vinculado con todos los

actores de la trama.

Puede decirse que Greene presenta en la novela una situación clásica para el género de aventuras, y que podría definirse como las peripecias que suelen padecer los personajes blancos y europeos al aventurarse por países lejanos, exóticos y salvajes; de allí que haya convertido al cónsul paraguayo de la realidad en el cónsul inglés de la ficción (aunque degradado a “honorario” para conservar su insignificancia). Sin embargo, este eurocentrismo y cierta fidelidad a los códigos del género no le impiden a Greene compenetrarse con bastante profundidad en el asunto que le interesa, más allá de la excusa argumental, que es la relación entre el compromiso social de la Iglesia tercermundista, cuya causa apoya explícitamente, y la opción por la lucha armada, que no parece convencerlo en igual medida. En la ficción, el líder del comando guerrillero que lleva a cabo el secuestro es un joven ex cura asunceño proveniente de una familia aristocrática, el padre León Rivas, que habla como sin duda Greene escuchó hablar a curas reales durante su estadía en Corrientes: “Los Evangelios son absurdos, al menos aquí. Dicen ‘vende todo lo que tienes y dalo a los pobres’. Tenía que leerles eso a los pobres mientras el viejo arzobispo que teníamos entonces comía un fino pescado del Iguazú y tomaba vino francés con el general. Las palabras se me atragantaban: ‘Dejad que los niños vengan hacia mí…’ Y allí estaban los niños, sentados en las primeras filas, con los vientres enormes y los ombligos como manijas de puertas’”.

En la novela se aborda también, con mucho realismo, el problema central al que se habían visto enfrentados los secuestradores de Waldemar Sánchez, es decir, tener cautivo a un rehén tan poco valioso a quien nadie le preocupaba salvar. Con el agregado de que, como la acción sucede en el noreste argentino, ni siquiera les interesa demasiado a los diarios de Buenos Aires, y ni por asomo merece que los presidentes argentino y paraguayo lo discutan. Lo que sí se mantiene en ambos casos, el real y el novelado, es que este episodio es el que, paradójicamente, enfrenta a los guerrilleros con la eventualidad de tener que cumplir su amenaza. Lo cual queda muy bien explicado en una frase del médico Plarr: “Si fuera el embajador yanqui, su vida no correría peligro”. Es decir que el error cometido es el que introduce el dilema ético que supone matar a una persona —aunque la intención original fuera no hacerlo— en función de un objetivo político considerado superior.

En este punto, Greene lleva el razonamiento hasta las últimas consecuencias y, aludiendo al caso real de Waldemar Sánchez —aunque sin mencionarlo por su nombre—, pone en boca del padre Rivas la siguiente reflexión: “No podemos permitirnos un fracaso. Una vez los nuestros liberaron a un hombre en lugar de matarlo. Era un cónsul paraguayo, y al general [Stroessner] le importó tan poco como ahora. Si

volvemos a mostrarnos débiles, ya no habrá amenaza de muerte que valga en este continente, hasta que hombres con más coraje que nosotros empiecen a matar a muchos más”.



PARTE III

1. Las FAL
(1970)

La guerra no es un deporte más o menos violento o un sudor ácido en las axilas. Entrar en una guerra es entrar en la Historia.

Leopoldo Marechal,
Megafón o la guerra

Entre la doctrina y la acción

Es imposible que el relato de los hechos históricos no se mezcle a veces con el proceso mismo de su reconstrucción. Por caso, para documentar un episodio ocurrido en Mar del Plata, en 1970, ampliamente difundido en su momento por los medios de esa ciudad, la única pista con que se contaba era que ocurrió en una época del año en que “hacía mucho frío porque era pleno invierno”. Ello obligó a revisar las colecciones de los diarios marplatenses número por número desde mediados de junio hasta llegar a la fecha buscada. El resultado fue sorprendente: todas las portadas de la época, a pesar de ser medios locales, incluían como primera o segunda noticia algún hecho relacionado con la lucha armada. Al parecer, ninguna otra información política podía competir en importancia con el fenómeno inédito de la insurgencia revolucionaria: las derivaciones de la ejecución de Aramburu; el nuevo golpe de los Montoneros en La Calera —con los percances que permitieron identificar a todos sus miembros fundadores—; el hallazgo del cadáver de Aramburu y sus exequias imperiales, y por último la toma de la localidad de Garín por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Hasta que finalmente los diarios de Mar del Plata pudieron anunciar en un tono casi “triunfal” que el fenómeno del extremismo había llegado a su ciudad.

Sin embargo, estas acciones rimbombantes no eran sino la cara más visible, la punta del *iceberg* de muchas otras de menor calibre: la revista *Cristianismo y Revolución* contabilizó más de doscientas a lo largo de todo ese año.[77] Incluso las mismas organizaciones que conmovían al país con hechos espectaculares podían volver al día siguiente a los simples *desarmes de canas* o a los *caños*. Después de la liberación del cónsul, el domingo de Pascua del 29 de marzo de 1970, la Brigada Masetti realizó un operativo para *recuperar* la ametralladora Halcón del policía que estaba de custodia en la Embajada de Siria, sobre la Avenida Callao. En la madrugada, todavía en plena oscuridad, dos militantes,

una mujer y un hombre, se acercaron adonde estaba apostado el vigilante y le hicieron una pregunta trivial; cuando aflojó su postura para contestar, ella le apuntó con una 45 y él le quitó el arma y se la llevó. En la esquina los esperaba un auto, donde la mujer, una licenciada en Física que entre 1967 y 1968 había sido profesora invitada de la Universidad de La Habana y que hasta esa noche jamás había operado, se sacó la peluca y se cambió de ropa. A él lo dejaron en la parada de un colectivo y se llevó el arma guardada en un bolso.

Aunque había sido planificado desde mucho antes, y con gran detallismo, el comunicado con que se lo reivindicó hizo alusión a los sucesos recientes, con la intención de "expresar nuestra solidaridad combativa con los patriotas del FAL, quienes en este momento tienen el alto honor de centrar sobre sí las maniobras publicitarias y represivas de la dictadura". Estaba firmado simplemente como Comando Felipe Varela, sin precisar a qué organización pertenecía, como si se tratara de un acto de solidaridad entre revolucionarios de distintas organizaciones. Además, se explicaba el contenido de la acción en sí: "Arrancarle las armas a la dictadura para que las empuñemos los patriotas argentinos y podamos instaurar contra los enemigos de afuera y de adentro la Justicia del Pueblo". En rigor, fue la primera ametralladora que tuvo la Brigada, ya que cada afluente del FAL operaba por separado y manejaba su propio armamento y su estructura.

Dentro de la organización todas las acciones —no sólo las militares, sino también los trabajos en los frentes de masas— se consensuaban o discutían, a veces muy trabajosamente, en la Dirección Nacional colegiada, la DN, que debía ser a futuro el germen del Partido revolucionario encargado de conducir políticamente al Ejército Popular y liderar un amplio Frente de Liberación Nacional y Social. En suma, Partido, Ejército y Frente eran las tres patas de la organización, tal como era entendida por todas las partes involucradas, aunque en rigor no se conoce un documento fundacional donde se explicite con claridad.[78] Pero, aunque en un primer momento bastaba con esos acuerdos mínimos, desde el inicio coexistieron versiones e interpretaciones de lo más variadas sobre cómo adecuar las coincidencias a la práctica. Por caso, fue muy difícil consensuar si debían respetarse las inclinaciones o habilidades personales que hacían que algunos militantes se volcaran más al trabajo de masas que a la actividad armada, o viceversa. Ello motivó, a su vez, que se empezara a discutir si era lícito "especializar" a los militantes, o si lo más apropiado era formar revolucionarios integrales capaces de abarcar todas las tareas, una cuestión que jamás se terminó de zanjar.

Incluso dentro de un mismo afluente o columna podían convivir situaciones opuestas. En el caso de los Zárate, Tato le ofreció a Pichón profesionalizarse y pasar a ser un militante de tiempo completo dedicado a tareas estrictamente militares. "No me gustaba el trabajo político, ni me movía bien en el contacto con

las masas estudiantiles ni obreras. No me interesaban las negociaciones, el hilar de la política, tener que ceder o negociar, sino el ideario, los valores ideológicos. Además, después de la conmoción que había generado el secuestro del cónsul, estaba convencido de que el accionar era lo más efectivo, lo que nos iba a permitir acumular fuerzas", explica Pichón. En cambio, a otra militante, Judith Said, que entonces tenía 20 años y trabajaba como empleada administrativa en la automotriz Chrysler, en San Justo, Tato le encargó que además retomara los estudios secundarios para organizar un frente estudiantil en el turno noche del Liceo Nº 4. Es decir que Judith no sólo trabajaba en los frentes de masas veinte horas por día sino que, además, concurría al grupo de estudio con Mote Malamud, quien, comprensivo, la dejaba dormir un rato cuando la veía bostezar. Pero no participaba en acciones armadas.

En lo que sí había acuerdo absoluto entre los afluentes era en caracterizar a la etapa actual como prerrevolucionaria, lo que significaba que sólo correspondía realizar acciones de acumulación y desgaste indirecto del enemigo: *recuperaciones* y propaganda armada. "Nosotros, en La Plata, no creíamos que estuviésemos en una etapa de guerra sino de acumulación de fuerzas —asegura Caíto—. Después aparecieron otras organizaciones con una concepción estratégica de guerra y enfrentamiento frontal con el enemigo, pero ésa no era nuestra idea", agrega. Por su parte, Malter Terrada comenta que la lectura que se hacía de la correlación de fuerzas y el propio poder de fuego determinaban el carácter de los operativos: "Tratábamos de regular la violencia; las acciones tenían que ser impecables, sin derramamiento de sangre. En rigor, lo que hacíamos era más bien una puesta en escena o teatralización de la violencia sin ejercerla realmente. El problema radicaba en que esta 'comedia' no era interpretada como tal por los militares, porque las Fuerzas Armadas no saben modular, sino que están hechas para matar. Por eso, en caso de enfrentamiento real nos hubieran masacrado", escribe.[79] En la misma sintonía Bufano, del grupo Parral, que en ese momento era una suerte de socio minoritario de la organización pero iba a cobrar una gran importancia varios años más tarde, asegura que su concepción de la propaganda armada incluía expresamente la condición de que las operaciones fueran "chicas y puntuales, para mostrar lo fáciles que eran, y enseñarles a los trabajadores que ellos podían hacer lo mismo".

Es interesante destacar que este tipo de consideraciones no solía ser advertida en absoluto por la "opinión pública" o la "gente", que sólo debía notar el advenimiento fulminante de la violencia insurgente sin enterarse de estos cuidados por ajustar y regular su intensidad. Sin embargo, la observación se aplica prácticamente a casi todas las acciones realizadas ese año por las distintas organizaciones. Incluso la ejecución de Aramburu fue en realidad una operación de propaganda armada y no de guerra, ya que la víctima no había sido elegida por ser

un enemigo actual (su actividad política en 1970 no bastaba por sí misma para señalarlo como objetivo) sino por lo que su nombre significaba para la historia del peronismo; y la forma en que se realizó, más allá de consideraciones morales o jurídicas, fue también extremadamente selectiva y limpia (80). Pero algo sí estaba claro: ésta era la respuesta de los jóvenes apaleados y baleados el año anterior en Corrientes, Rosario, Córdoba, y otras ciudades que, además, ya llevaban cuatro años de ver coartada toda posibilidad de participación o militancia política legal. Una respuesta que resultó efectiva: a principios de junio Onganía, que se había imaginado gobernando por varias décadas como Franco o Stroessner, fue destituido de la presidencia por los altos mandos militares porque se lo consideró incapaz de hacer frente a la insurgencia.

Pocas semanas después del secuestro del cónsul, la DN decidió nacionalizar o federalizar la organización para darle un alcance nacional, con direcciones regionales distribuidas en los principales centros urbanos del país, en las que se repartieron los dirigentes más capaces. En cada destino los esperaba, por lo general, algún grupo de militantes emigrados del PCR. Según sostiene la historiadora Stella Grenat —ya aludida como pionera en el estudio de las FAL—, fue aquel partido, el mismo del que surgieron los Zárate, el que proveyó a la nueva organización de una militancia territorial, cierta infraestructura mínima y numerosos trabajos "heredados" en frentes de masas en todo el país. La excepción era, tal vez, Tucumán, donde el núcleo de Tafí Viejo se manejaba como un feudo aparte, si bien Andrés jamás dejó de concurrir asiduamente a Buenos Aires para participar de todas las reuniones y decisiones.

Así fue que Hugo "Chiche" Hernández, de origen PCR-Zárate, y el Pelado Manuel, que había puesto el ladrillo fundamental de la organización en La Plata, marcharon a Córdoba a fundar la regional de esa provincia. También iban con ellos Jorge Caravelos y su esposa Lucía, y otros militantes de Buenos Aires. El responsable máximo de la regional, Chiche, era un hombre que, según coinciden los testimonios, no llamaba la atención en persona ni impresionaba como orador o líder natural, pero era reconocido unánimemente por su buen nivel intelectual y capacidad organizativa. Allí conoció a su compañera, Nilda Jelenic, "la Gringa", que llegó a ser la única mujer en la dirección nacional de FAL, y a quien todos describen como una persona muy culta, siempre seria, que jamás se reía ni participaba de ninguna broma, compenetrada cien por ciento con la militancia y absolutamente convencida de que debían encarar lo antes posible la creación del partido revolucionario para dar la pelea también en el terreno estrictamente político. (Un detalle: Chiche y la Gringa, ya en pareja, paaron más de un año sin conocer cada uno la verdadera identidad del otro.)

Por lo pronto, todos ellos se dedicaron intensamente a la tarea de insertarse en el combativo movimiento obrero cordobès. Sin embargo, a diferencia de

otras organizaciones que también trabajaban allí, o que lo harían más tarde, ellos se cuidaron desde el primer momento de no utilizar el trabajo gremial como una mera cantera de reclutamiento de combatientes, sino que se dedicaron a fortalecer su presencia en los lugares de trabajo, desde la base hasta las coordinadoras intersindicales que surgirían más tarde. La pata estudiantil de la regional, en tanto, estaba comandada por otros dos ex PCR porteños: Guillermo “Willy” Tamburini, oriundo de Bánfield[81] y que estudiaba Medicina en la Universidad Nacional de Córdoba; un rubio corpulento que más de una vez demostró su fuerza y su gusto por el combate cuerpo a cuerpo en peleas con los “fachos” dentro de la ciudad universitaria o en la calle; y el “Coco”, también de Medicina, fogoso, gran orador e hiperactivo, siempre ansioso por movilizar y generar actos propagandísticos.

La actividad armada

A principios de agosto, la regional Córdoba realizó un primer operativo que alcanzó repercusión provincial, e incluso nacional: la *recuperación* de cuatrocientos kilos de pollo de un camión del frigorífico Corpac para llevarlos a un fondo de huelga de trabajadores del Smata, que paraban en protesta por unos despidos. Hicieron el pedido por teléfono; cuando el camión llegó a una dirección que les habían dado en el Barrio Alberdi, Chiche y Caravelos redujeron al chofer y al acompañante, y después Manuel llevó el camión con el cargamento hasta la sede del sindicato. La acción fue reivindicada por el Grupo Operativo Técnico “Máximo Mena” de las Fuerzas Argentinas de Liberación,[82] y al parecer fue la primera vez en que se dio a conocer a la organización con ese nombre, que se convertiría en el definitivo, aunque el motivo del cambio no está explicitado en ningún documento interno. Resulta evidente que la idea de convocar a todas las fuerzas revolucionarias en un “frente” ya no era viable, debido a la proliferación de organizaciones armadas.

La nueva denominación traía consigo un cambio en el artículo que precedía a la sigla: ahora eran “las” FAL, en lugar de “el” FAL. Por otra parte, igual que en el secuestro del cónsul, y como sería la norma a partir de entonces, el comando fue bautizado con el nombre de un militante muerto a manos de la represión aunque, como en este caso, no fuera de las FAL: Mena era un obrero muerto durante el Cordobazo.

Pero en la ciudad, que había sido seis o siete años antes la principal base urbana del viejo EGP, existía también un núcleo ligado a esa experiencia, que en 1969 se había integrado a la Brigada Masetti, y del que participaban incluso algunos sobrevivientes de la guerrilla de Masetti, como Henry Lerner. Este grupo, de unos veinte militantes, jamás llegó a fusionarse con el de Chiche y Manuel. “La verdad es que no era

fácil nuestra relación con ellos —cuenta Norberto Negro, uno de sus dirigentes y por entonces estudiante de Derecho—, porque no tuvieron nunca una actitud de humildad, de escuchar al otro, de que la verdad es algo que se construye en forma colectiva. Así, cada uno siguió operando por su cuenta, con pequeños acuerdos que se hacían en función de lo práctico, nada más.” Era una situación parecida a la que experimentaba la Brigada en Buenos Aires respecto del núcleo dirigente encabezado por Tato y Bjellis. Pero Negro rescata, en cambio, a Caravelos, a quien define como “un hombre con la cabeza abierta, con quien se podía conversar e intercambiar ideas”.

A su vez, Malter Terrada, secundado por D’Arruda, marchó a Rosario a fundar una regional que abarcaba la provincia de Santa Fe entera —incluido el cordón industrial de Villa Constitución—, Entre Ríos y Corrientes. Su núcleo más cercano de colaboradores estaba integrado por cuatro estudiantes (dos de ellos son en la actualidad médicos eminentes), ex fundadores del PCR en esa ciudad, que se denominaban a sí mismos Mateo, Juan, Pedro y Pablo, como los apóstoles, y que desde hacía un tiempo venían conversando con Tato sobre la posibilidad de romper con ese partido, aunque no pertenecieran propiamente al zaratismo. “El inicio de FAL en Rosario fue una reunión que tuvimos con Malter”, asegura uno de ellos, Mateo. Después de participar activamente en el Rosariazo del año anterior —menos recordado que el Cordobazo pero igual de virulento—, los cuatro apóstoles sostenían la necesidad de organizar el aparato armado “que debía ponerse al frente o al servicio de la insurrección popular que se veía inminente”, mientras trabajaban en paralelo para acelerar la insurrección en los frentes de masas en los que ya tenían alguna inserción, también heredada del PCR: Correos, el frigorífico Swift de Villa Constitución y agrupaciones estudiantiles en casi todas las facultades.

“Otra gente del partido, en cambio, optaba por una militancia menos clandestina o directamente pública de lucha por la democracia —explica Mateo—. Claro que nadie podía negar la importancia de la democracia, pero el problema era dónde poner el eje en ese momento, porque estábamos bajo el gobierno de Onganía, y para poder romper un gobierno como ése y lograr una democracia mínima, que permitiera crecer a las fuerzas revolucionarias, había que dar una lucha en el terreno que ellos planteaban, que era el de la violencia. Sosteníamos que para construir había que dar una imagen de fuerza y que sólo con la lucha política no alcanzaba. No le podíamos decir a la clase obrera que íbamos a tomar el poder con panfletos y mitines. Con eso se logra un aumento de sueldo alguna vez, pero no tomar el poder. Para eso creíamos que se necesitaba un ejército proletario, revolucionario, un instrumento que demostrara las posibilidades de derrotarlos, que nos permitiera ir diciendo que crecíamos en la superficie pero con capacidad de respuesta en lo armado.”[83]

En relativamente pocos meses, la regional llegó a contar con veinte o treinta militantes, principalmente estudiantes y sindicalistas de Correos. Además de los

apóstoles se destacaba el Negro Jero, un ex delegado metalúrgico que ya no podía conseguir trabajo en ninguna fábrica, y que se convirtió en la mano derecha de Malter en lo referente a los frentes gremiales. Sin embargo, en este rubro, la regional cosechó más decepciones que logros. “Más allá del prestigio que habíamos ganado con el asunto del cónsul, no teníamos mucha línea política para proponerles a los cuadros obreros; de manera que, en la práctica, el trabajo de masas se reducía a hacer contacto con ellos y ofrecerles alguna infraestructura”, admite Malter Terrada. Como anécdota significativa, recuerda que una vez viajó a Córdoba a participar de una reunión con Carlos Masera, máximo dirigente del Sitrac, el combativo sindicato de planta de la FIAT Concord, en una casa en las afueras de la ciudad adonde los llevaron tabicados. Cuando ya les iba quedando claro que no tenían demasiado para ofrecerles, escucharon la sirena de varios patrulleros, y entonces él, Chiche y D'Arruda tuvieron que escaparse por los fondos. “Si lo llegaban a enganchar al Viejo Masera reunido con nosotros, buscados, clandestinos y encima calzados, hubiesen tenido la excusa perfecta para descabezar al sindicato”, reflexiona.

Por otra parte, en lo que hace específicamente a la acción armada, que de algún modo era la razón de ser de la organización, casi desde el primer momento Malter advirtió que, a pesar del auge y el entusiasmo, se encontraban en un callejón sin salida. “Nuestras posibilidades de desarrollo se limitaban a la necesidad de financiarnos para mantener la estructura. Ni siquiera era propaganda armada, era un sinsentido que no tenía ningún tipo de resonancia social”, reflexiona, autocrítico. A ello se sumaba que estaban operando militarmente en una ciudad mediana, donde era común cruzarse por la calle con choferes de taxi o empleados de banco a los que alguna vez se había encañonado. En una ocasión, mientras hacía de campana durante el asalto a una pequeña cooperativa de ahorro y crédito controlada por el PC, muy cerca de la Facultad de Filosofía y Letras, pasaron caminando junto a él unos activistas universitarios de otra fuerza. Adentro del local, Jero ya había enfilado hacia las ventanillas y le había dicho en voz baja al cajero que le diera la plata, y el resto de los empleados y clientes, a medida que se daban cuenta, bajaban la vista y se quedaban quietos y en silencio. “Una señora encaró discretamente hacia la vereda, y yo me limité a abrirme el saco para mostrarle un 38 que llevaba en el cinto; hizo como que no lo había visto y volvió a ponerse en la cola”, escribe Malter Terrada.[84] Los estudiantes que lo habían saludado siguieron de largo, comentando seguramente lo que habían visto.

También en Buenos Aires las urgencias financieras determinaban el accionar. Por eso, Pichón llevó a la dirección regional que conducía Tato la idea de asaltar una camioneta blindada de la transportadora de caudales Teubal —donde trabajaba el Chino—, que iba a llevar desde la Capital hasta Mar del Plata casi cincuenta millones de pesos para pagar los sueldos de Entel. Según el informe del Chino, los cinco choferes y

custodios del vehículo dormían una noche en el Hotel Náutico, en el centro de la ciudad, y el furgón también quedaba guardado esa noche en su estacionamiento para entregar el dinero a la empresa a la mañana siguiente. La acción fue aceptada, y Pichón quedó a cargo del grupo de siete militantes que se alojaron por separado en el mismo hotel. Entre ellos había una compañera que se hizo pasar por su esposa. La noche indicada redujeron al sereno y después a los pagadores, que llegaron pasadas las dos de la mañana desde el Casino. Entonces se enteraron de que a la camioneta la habían dejado en el garaje de unas oficinas de Entel, lejos del centro: era una medida de seguridad que estrenaban ese mes "teniendo en cuenta los recientes episodios"; igual que haber viajado a la ciudad por la ruta 3 en lugar de hacerlo por la 2, como lo hacían habitualmente.[85]

Ante esta novedad, ataron y encerraron a todos en una habitación, salvo al chofer del blindado, a quien llevaron en un auto conducido por otro militante, Agustín, hasta el sitio donde estaba el vehículo. Pichón bajó con él, con una 45 disimulada, y le dijeron al sereno del garaje —que tomaba mate junto con un cabo de policía armado con una ametralladora Uzi— que venían a buscar un bolso con ropa que se habían olvidado. Aunque la presencia del policía era otro motivo adicional para desistir de la operación, mandó al chofer a buscar la bolsa con el dinero y se quedó junto al agente y el sereno. Su idea era reducir a ambos, aprovechando el factor sorpresa, pero el chofer del furgón no le dio tiempo: sacó de la camioneta una ametralladora Halcón y empezó a tirar (después declaró que la empresa los hacía practicar tiro). Pichón se parapetó detrás de una columna, y Agustín, que esperaba en el auto, respondió el fuego, hasta que evaluó que la situación era tan desfavorable que prefirió retirarse y avisar a los que quedaban en el hotel que se fueran lo antes posible. Después, su decisión fue evaluada por la DN como correcta, pero él quedó dolido para siempre: Pichón era su amigo desde que militaban juntos en la FJC de Exactas, y lo había tenido que abandonar.

Por supuesto, Pichón no pudo resistir solo contra el policía y el chofer. Lo detuvieron y lo llevaron a una comisaría, donde lo golpearon mucho pero no hubo torturas. Tenía una declaración bien estudiada, en la que no mencionaba en ningún momento a qué *orga* pertenecía, aunque sí reivindicaba la motivación política de la acción. Lo que no sabía era que, justo un día antes, las FAR se habían dado a conocer con la toma de la localidad de Garín, en la que había muerto un policía. "Yo les decía que las Fuerzas Armadas argentinas están al servicio de los Estados Unidos para preservar el capitalismo avasallando los derechos de los trabajadores, y ellos me contestaban que yo era forro de los cubanos, los rusos y los vietnamitas. Hubo mucha discusión política y muchos capos de la policía querían verme, fue una detención interesante", cuenta Pichón, entonces de 22 años e hijo de "un industrial maderero de desahogada posición económica",[86] según hicieron notar los diarios locales. Como no tenía

antecedentes, lo condenaron a tres años con la posibilidad de salir en libertad condicional a los ocho meses, lo que sucedió después de pasar por las cárceles de Dolores, La Plata y Azul.

En esos meses Pichón tuvo tiempo de meditar bastante, y asegura que se los pasó dibujando la casa que quería tener cuando saliera libre. Pero también se acordó mucho de la compañera que había simulado ser su esposa en el hotel. Ella era dos años mayor que él y se llamaba Ana María Papiol, aunque la conocían como Talita; había crecido en Adrogué y hacía poco había terminado la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Estaba casada con un sociólogo y dirigente del PCR que, sin embargo, ignoraba su militancia: era un caso extremo de compartimentación que llegaba hasta el matrimonio. "Aunque él sospechaba en qué andaba yo, no lo sabía a ciencia cierta —explica Talita—. Yo discutía de política con él, pero había muchas cosas que no nos decíamos simplemente porque no se decían. Algunas noches él tenía reuniones del PCR y yo salía a levantar Chevrolets. En realidad, tener un compañero de otra organización, y para colmo no armada, no era lo más recomendable. Pero en ese punto yo no me dejé presionar", agrega.

En ese mismo invierno de 1970, pero en La Plata, desembarcaron en la organización las decenas de militantes provenientes del PCR conducidos por Ramón, que fueron repartidos en células distintas y completamente tabicados entre sí, de modo que casi ninguno de ellos sospechaba que en realidad seguía militando con sus ex compañeros. Ramón tomó a su cargo la tarea de fundar los Grupos Revolucionarios de Base (GRB), una red de células sumamente compartimentadas que actuaban en el ámbito estudiantil, ligadas políticamente a la organización aunque no participaran de acciones armadas, y que veían en él a su jefe natural. Estas células realizaban volanteadas o pintadas en las facultades, firmadas simplemente como "GRB", y organizaban actividades formativas en grupos de estudio. Los dirigentes que estaban por encima de Ramón, como el Pelado Manuel, Malter y D'Arruda, se quedaron impresionados por su fuerte personalidad y lo dejaron hacer. "Tenía una gran capacidad para ganar adeptos en las asambleas y para atraer compañeros a la organización. Eso no se debía sólo a su carisma, que sin duda lo tenia, sino también a su sensibilidad y a su inteligencia política para analizar las coyunturas y elaborar propuestas de acción", cuenta otra militante que lo conoció en esa época.

Así fue como, en el transcurso de ese año, siempre desde su especialidad en el trabajo en los frentes de masas, Ramón, un desconocido total para la DN, pasó a compartir el mando en La Plata con Caíto, el responsable militar. Los atendía Julián, un muchacho de 20 años del grupo de los Zárate, maestro mayor de obras y ex militante de la FJC de Avellaneda, que, en opinión de ambos, al menos en esa época no tenía la capacidad ni la experiencia suficientes como para estar por encima de ellos, aunque no dejaban de reconocerle otros valores.

Mientras tanto, en el Departamento Central de Policía, Carlos Della Nave circulaba casi libremente por las dependencias de Coordinación Federal, hasta que a la noche lo llevaban a dormir al calabozo. Completamente dopado, era una suerte de esclavo doméstico que se ocupaba de barrer, servir café y otras tareas parecidas. Hasta que su organismo se fue acostumbrando a las drogas, pero él tuvo la presencia de ánimo de simular que seguía idiotizado. Fue así que, aprovechando que lo creían inofensivo, logró nada menos que acceder a la lista de domicilios privados (y secretos) de los jefes de “Coordina”. Primero memorizó algunas de ellas, y luego las anotó en un papel de cigarrillo, con letra chiquita, que se llevó oculto en una capsulita cuando finalmente lo enviaron a la cárcel de Villa Devoto, todavía como procesado sin condena. Allí le dio la lista al abogado Ventura Mayoral, durante una de las visitas, quien a su vez se la entregó a Bjellis. Fue casi lo último que hizo Carlitos para su vieja organización y sus ex compañeros. Después, como si la máscara zombi se hubiera adueñado de su personalidad, se aisló completamente y se concentró en sus delicados trabajos manuales, varios de los cuales fueron realizados especialmente para su pequeño sobrino Jorge: un barco de madera, animales y personajes de Walt Disney tallados y pintados, un avión como el de los hermanos Wright en madera balsa y papel barrilete. Su personalidad verdadera, la que le habían conocido antes, se había reducido a esas habilidades.

2. El marxismo en la cartuchera (1970)

Primeras operaciones exitosas

La segunda mitad de 1970 presentaba el panorama atípico de una dictadura militar que ya había resignado su proyecto original de tipo cuasi monárquico y que continuaba comandada por el general Roberto Marcelo Levingston. Como contrapartida, se había instalado una insurgencia armada en franco ascenso, aunque dispersa en numerosas organizaciones sin mayores perspectivas de llegar a unirse. Después de varios años de crecer lentamente y a la sombra, esas organizaciones se encontraban con que, gracias a la simpatía que despertaban sus acciones en amplios sectores de la población —sobre todo entre la juventud—, empezaban a crecer en una forma impensable hasta apenas un año antes. Es comprensible que, en esas circunstancias, a varias de ellas les haya sido muy difícil mantener la mesura y el grado supremo de planificación en el accionar que indicaba la caracterización de la etapa. Fue, sin duda, el caso de las FAL, que, aunque lejos de considerar que estaban en una guerra revolucionaria abierta, ya habían superado al menos la fase primigenia de preparación clandestina.

El auge de la guerrilla "urbana" confluían diversos factores. Malter Terrada hace hincapié en dos de ellos: por un lado, el crecimiento mismo de las organizaciones, que generaba su propia necesidad "interna" de infraestructura y, por ende, de operativos económicos para financiarla ("el ochenta o noventa por ciento de las operaciones era de autoabastecimiento", calcula); pero también el fenómeno inédito e inevitable de la competencia entre ellas, que redundó en la necesidad "externa", por llamarla así, de una mayor cantidad de acciones de propaganda armada para no quedar rezagados en la consideración pública. Por último, la incorporación incesante de nuevos militantes hacía necesario foguearlos en pequeñas acciones. Como es obvio, ello se contradecía potencialmente con la planificación obsesiva que debía

requerir cada operación y, efectivamente, antes del final de ese año se terminó por romper el equilibrio deseado entre razón y acción, con graves consecuencias. Pero antes de llegar a ese punto de saturación, y en especial durante la primavera de 1970, la estrategia de “desgaste indirecto” del enemigo, a través de acciones de acumulación y de propaganda, funcionó a pleno y se complementó perfectamente con las necesidades tanto “internas” como “externas” de la organización.

En septiembre, la Brigada Masetti, que no había realizado ninguna acción importante desde la fusión, decidió realizar su primer operativo con la firma FAL: el asalto y la *expropiación* del dinero del vagón postal del tren El Rosarino, del Ferrocarril Mitre, que unía la ciudad de Rosario con la estación Retiro. Pero la operación no se hizo para cubrir necesidades materiales, sino para fortalecer la propaganda armada y también la *moral revolucionaria* de los militantes. “En esa época ya había acciones firmadas por otras organizaciones, y nuestros compañeros encuadrados esperaban algo que les permitiera identificarse mejor con la Brigada, que les diera una idea de lo que estábamos en condiciones de hacer”, aseguró Taco tres décadas después.[87]

Luego de recorrer varias veces el trayecto del tren para tomar nota de los movimientos y planificar el operativo hasta sus últimos detalles (se autoimpusieron que debería ser “perfecto en su ejecución”),[88] en la mañana del 25 de septiembre los participantes se subieron en Rosario. Poco antes del mediodía, cuando el tren dejó atrás la estación Campana, Alberto Szpunberg, de 30 años, que viajaba en el primer vagón, se puso de pie y con una Browning 9 milímetros en la cintura, pero sin adoptar en ningún momento una postura amenazante, empezó a hablarles a los pasajeros mientras otros compañeros cubrían la salida hacia el segundo vagón y vigilaban discretamente el resto de los vagones. “No encañonamos a la gente en ningún momento, aunque sí dejamos ver que teníamos armas. Les dije que se quedaron tranquilos y empecé a hablar de la justicia social, la independencia, San Martín, la educación, la salud pública, de lo que creíamos que eran las necesidades más acuciantes de la gente. En uno de los asientos había sentado un pibe morochito que no entendía nada. Le pregunté qué quería ser cuando fuera grande. Me dijo que astronauta, entonces hablé también sobre eso: de las pocas posibilidades que tenía el hijo de un obrero de ser astronauta o de seguir la carrera que quisiera, y dije que ese chico sí lo iba a poder hacer porque, cuando fuera grande, la patria ya iba a estar liberada”, cuenta.

Mientras Alberto hablaba, otros dos compañeros fueron hasta el furgón y abrieron a mazazos la caja fuerte porque no tenían la llave especial con que se abren los blindados, tal vez el único detalle no previsto. Al mismo tiempo, otros dos abordaron la locomotora por el balconcito exterior con baranda que tienen las Diesel, redujeron al conductor y al

acompañante y los llevaron al primer vagón de pasajeros, donde quedaron bajo la custodia de la Negra. Un ex obrero ferroviario santafecino, que sólo colaboró con la Brigada en esta acción, fue el encargado de manejar el tren cincuenta kilómetros hasta el cruce con la ruta 9, a la altura de Bancalari, donde los esperaba una camioneta, para dispersarse, manejada por el Petiso Bellomo, ex miembro del EGP. El operativo duró una media hora. Antes de subirse al vehículo, pintaron en el vagón postal y en la locomotora "Fuerzas Argentinas de Liberación Comando Juana Azurduy", y en un vagón, la leyenda "Esto es por el pueblo y para el pueblo". Según explica Szpunberg, lo de Juana Azurduy, la mítica oficial de los ejércitos sanmartinianos, era también "en homenaje a las compañeras", tanto a las que participaron en el operativo como a todas las demás que militaban en la Brigada. "Ellas hacían las mismas cosas que los hombres, con las mismas responsabilidades y el mismo coraje", asegura.

Bellomo condujo la camioneta hacia un sitio donde los esperaban otros autos, aunque algunos militantes se bajaron en el camino y se dispersaron por su cuenta, ya que suponían —con razón— que las fuerzas de seguridad debían de estar detrás de ellos con la descripción de la camioneta. Así burlaron los esfuerzos de la Policía de Tigre, que lanzó un gigantesco operativo rastrillo, con la ayuda de un helicóptero, para tratar vanamente de localizarlos. Una hora más tarde, la formación llegó a Retiro, donde la esperaban agolpados en el andén los periodistas gráficos, de radio y televisión, que se encargaron de darle gran repercusión al hecho. Fue un remate cinematográfico para coronar un operativo perfecto, a pesar de que, según especularon algunos medios, la exigua suma *expropiada*, algo menos de cinco millones de pesos, no se correspondía en importancia con la magnitud del hecho. Esa misma tarde, la empresa Ferrocarriles Argentinos emitió un comunicado en el que se aclaraba que los pasajeros del tren no habían sido molestados ni se les había sustraído sus pertenencias: "Sólo robaron la recaudación ferroviaria".[89] La repercusión fue enorme, tanto hacia dentro de las FAL como hacia fuera, e incluso llegó a ocupar su buen espacio en los noticieros de Radio Habana, en Cuba.

Cinco días más tarde, aprovechando que el 30 de setiembre se realizaba un censo de población en el país, un pequeño grupo comando de la regional Buenos Aires, integrado por militantes de la vieja Organización, realizó una operación incruenta de propaganda armada, que ejemplifica a la perfección el concepto de golpear "en la retaguardia" del enemigo. Dos hombres y una mujer coparon fácilmente una escuela pública de la Avenida Las Heras, en el barrio de Recoleta, y se llevaron unas ocho mil planillas censales con los datos de filiación y domicilios de muchas de las familias más poderosas de la Argentina; de numerosos militares, como Eleodoro Sánchez Lahoz (ex comandante del III Cuerpo del Ejército, que había actuado en la represión del Cordobazo), y varios parientes cercanos del presidente Levingston, entre otros. Eso les permitió anunciar que, así como los aparatos represivos espiaban a los militantes populares, ahora ellos también los

tenían “fichados” a ellos, con direcciones y datos sobre sus familias. Sin embargo, la verdad es que jamás aprovecharon esa información para realizar otras operaciones.

En tanto, en la regional La Plata, sus responsables se esforzaban por impulsar pequeñas acciones para foguear a la gran cantidad de militantes universitarios recién llegados del PCR. De ellas, la que tuvo mayor trascendencia, gracias a una buena concepción de propaganda armada, fue la *expropiación* de material quirúrgico de la Clínica Mayo, para destinarlo a las postas sanitarias: en la madrugada del 6 de octubre, tres militantes redujeron a la guardia médica y se llevaron una decena de cajas metálicas con instrumental de la sala de operaciones. Después de hacerlo, difundieron un comunicado del Comando Médicos Revolucionarios Comandante Che Guevara, de las FAL, en el que se aludía a la condición de médico del Che: “Esta incautación afectó los intereses de los profesionales que ejercen la medicina no como un servicio social sino como un comercio inhumano. […] No atenta en cambio contra la atención médica de los sectores populares, ya que sus escasos recursos les impiden el acceso a clínicas privadas. […] Como médicos revolucionarios hemos asumido el ejemplo del Comandante Guevara, sirviendo como profesionales pero fundamentalmente como combatientes”.[90]

Homenajes al Che

El tercer aniversario de la muerte del Che, el 8 de octubre, fue la excusa ideal para poner en práctica la dinámica, novedosa para ellos, de operar con “acciones coyunturales —según escribe Malter—, para tener protagonismo a corto plazo en el marco de la competencia con las otras organizaciones”. Por lo pronto, las FAL decidieron conmemorarlo a lo grande, aunque con algún desfase de pocos días respecto a la fecha exacta. En Córdoba, en pleno centro de la ciudad, Chiche, Tamburini, Caravelos y Lucía, bajo el nombre de Grupo Operativo Táctico Ricardo Masetti de las FAL,[91] coparon, en la noche del 13 de octubre, la emisora de música funcional Music House, que se escuchaba en comercios y bares, y durante media hora transmitieron una cinta con una proclama leída alternadamente por un hombre y una mujer: “Hoy, a tres años de la muerte del Che, el mejor homenaje es reafirmar en la lucha sus principios e ideales revolucionarios. Ante la dictadura no hay que dejarse llevar por posturas electoralistas o participacionistas, aperturas o antiimperialismo de palabra; hay gente que no quiere en el fondo otra cosa que utilizar al pueblo para seguir conservando el capitalismo y la dominación extranjera, y no tiene problemas en utilizar hasta al Che, claro está, para sus fines”, advertían ante las tentativas de los partidos políticos tradicionales de abrir una línea de diálogo con los militares. Incluido el PC, a quien parece dirigida la alusión.

Más adelante decían: “Aquí la cuestión no es peronismo o antiperonismo, o comunismo versus socialismo; es seguir realmente la línea del Che: la lucha armada sin cuartel, con las masas independientes de las opciones burguesas, organizándonos desde abajo en forma clandestina, en las fábricas, en la universidad, en las escuelas secundarias, en el campo, aprendiendo a utilizar la violencia que vaya cimentando el camino hacia el socialismo, hacia la organización única revolucionaria y un gran ejército popular. Continuar elevando la ofensiva armada y consolidar la organización de masas contra el régimen. Buscar lo que ata y nos une y no tomar lo que nos divide”. Unos seis meses más tarde, en una carta dirigida a la DN, Chiche, sin duda el autor del comunicado, aseguró que su propósito fundamental era “poner sobre el tapete que la disyuntiva no es peronismo-antiperonismo”,[92] una conclusión que no parece deducirse en forma tan obvia del texto pero que, sin embargo, es coherente con la circunstancia de que la primera quincena de ese mes —basta hojear los diarios para comprobarlo— estuvo signada por la prohibición expresa del gobierno de conmemorar el 17 de octubre y la decisión de los cuerpos orgánicos del justicialismo de hacerlo de todas formas, como efectivamente sucedió. Se trataba, por lo tanto, de una intervención directa sobre el día a día de la agenda política.

En la madrugada de ese mismo día, la regional de Tafí Viejo también se ganó un lugar en los diarios y noticieros de todo el país y, aunque sin aludir expresamente al aniversario del Che, su acción formó parte de la misma seguidilla. Un comando fue en tres autos hasta la comisaría de la localidad de El Timbó, a treinta kilómetros de San Miguel de Tucumán, y con la excusa de hacer una denuncia redujeron primero al agente de la garita y luego al personal. Después *recuperaron* de la comisaría dos revólveres y dos uniformes completos, más dos máquinas de escribir y hasta dos linternas. Antes de retirarse, pintaron en la fachada unas siglas y consignas que jamás se supo cuáles eran, porque los policías se ocuparon de taparlas con cal antes de informar el hecho. Pero más tarde, en un bar del centro de San Miguel, apareció un comunicado de las Fuerzas Argentinas de Liberación Comando Rural “Manuel de Reyes Olea”, en homenaje a un trabajador azucarero muerto en 1959 durante la represión policial a una protesta gremial. Allí se explicaba que no se habían llevado las botas de los agentes por pedido de éstos, “lo cual evidencia la pobreza del personal de tropa”.[93]

A Malter Terrada, de 25 años, le cabía la responsabilidad de hacer algo de peso en Rosario, nada menos que la ciudad donde había nacido Guevara cuarenta y dos años antes, y se le ocurrió alquilar un taxi aéreo, secuestrarlo en pleno vuelo y lanzar sobre la ciudad unos volantes conmemorativos. Primero, para estudiar la factibilidad de la acción, él mismo y otro compañero se hicieron pasar por empresarios ganaderos y alquilaron una avioneta con piloto para concurrir a la feria agropecuaria de Victoria, en Entre Ríos. Entre otros detalles,

necesitaban saber si se podía subir con un equipaje más o menos voluminoso, y si había ventanillas que se pudieran abrir. Advirtieron que no podían arrojar los volantes en vuelo rasante para no alertar a la Policía (y que los fueran a esperar al aeródromo de Granadero Baigorria), que debían hacerlo desde una gran altura para tener tiempo de aterrizar y dispersarse antes de que los volantes tocaran el suelo y se diera la alarma. Entonces, para calcular lo que tardaban en caer, probaron tirar unos papeles desde lo alto del Monumento a la Bandera, y así calcularon la altura ideal de vuelo para soltarlos: ochocientos metros. Sin duda, Malter seguía siendo deudor, en la forma de planificar los operativos, de la escuela científica y preciosista de la vieja Organización, aunque eso significara poder hacerlo siete días después de la fecha del aniversario.

Cuando finalmente se llevó a cabo el operativo, el 15 de octubre, apenas el piloto de la avioneta Pipper Comanche se enteró de cuáles eran los propósitos de sus pasajeros, se entusiasmó con la idea y se esforzó en dar lo mejor de sí para que todo saliera bien. Incluso evitó mirarles las caras para no poder describirlos, y les pidió que tuvieran cuidado de no dejar huellas digitales. Como soplaba viento desde el sur, le pidieron que condujera en esa dirección para arrojar los volantes desde allí y que el viento los trajera hacia el centro de la ciudad. “El piloto nos dijo que éramos unos locos, pero que por lo menos teníamos métodos científicos”, recuerda Malter Terrada. Siguiendo las indicaciones del piloto, arrojaron los papeles en montones chicos para que no fueran a romper la cola al chocar contra ella, y al aterrizar, pintaron la sigla FAL en las compuertas y también dejaron atado al piloto, para simular que lo habían forzado. “Nos fuimos tranquilamente en un auto y rumbeamos hacia el centro de la ciudad —cuenta Malter—. Llegábamos allí cuando empezaban a aterrizar los primeros volantes. Ahí paré y corrí como loco tras los volantes, exactamente como lo hacían los pibes del lugar. Atrapé al vuelo uno y, contrariamente a todas las normas de seguridad, lo guardé durante meses como recuerdo, no sé si de mi infancia, de la acción armada, o de ambas cosas.”[94] En rigor, la mayor parte de los volantes cayeron en el suburbio rosarino de Villa Diego, al sur de la ciudad, pero al día siguiente ningún medio periodístico consideró que hubiera sido un error, ya que era un barrio humilde y se justificaba perfectamente arrojarlos allí.

La tercera de las acciones reivindicatorias del Comandante Che Guevara estuvo a cargo de Sergio Bjellis. Desde siempre, éste cargaba con la fama de ser el marxista más riguroso y sectario de la organización —sólo superado por Andrés de Tafí Viejo—, enemigo hasta la paranoia de cualquier manifestación de “populismo” o “nacionalismo”. Incluso, poco antes, los representantes de la Brigada Masetti en la DN le habían pedido que fuera a una reunión ya acordada con Arturo Lewinger, uno de los principales dirigentes de las FAR, para que comprobara personalmente que era posible conversar con los peronistas. Bjellis lo hizo y, según cuentan, volvió encantado. Lo cierto es que, tal vez para revertir esa imagen, fue él quien propuso

recuperar, tanto literal como metafóricamente, la histórica Bandera del Ejército de los Andes que había llevado José de San Martín en sus campañas a Chile y Perú, y que estaba guardada en una vitrina en el Museo de la Casa de Gobierno de Mendoza. Así, en una operación simbólica de vasto alcance, se buscaba ligar la gesta sanmartiniana con los ideales revolucionarios del Che, y de paso también a los propios.[95] Como en esa zona no existía ninguna estructura de las FAL, se trasladó hasta la capital provincial un contingente de casi dos decenas de militantes de la regional Buenos Aires, compuesto en partes iguales por miembros de la Organización original y del zaratismo, al mando de Bjellis, de 28 años, y Susana Giacché de Schneider, la Petisa, de 23. Entre los integrantes del comando se encontraban cuatro o cinco suboficiales de la Armada, que desde hacía un lustro integraban una célula infiltrada en esa fuerza.

Viajaron con el tiempo suficiente como para relevar el objetivo y planificar la acción, ya que no contaban con ayuda local, aunque sí con algunos simpatizantes sueltos que les dieron apoyo logístico. El plan, según cuenta uno de los involucrados, consistía en quedarse ocultos en el museo después de la hora de cierre, apoderarse de la bandera y huir por las ventanas: el lugar tenía poca guardia y, si todo salía de acuerdo con lo planeado, ni siquiera iba a hacer falta reducir a ningún policía. Pero la operación fue abortada antes de concretarse por la Policía mendocina, que tenía la costumbre de revisar periódicamente los registros de los hoteles. En uno de ellos les llamó la atención ver que los datos de un huésped tenía correcciones en el apellido y el número de documento de identidad, no muy bien aprendido. Además, no habían hecho constar sus domicilios. Los sorprendieron durmiendo y les incautaron una pistola 45 y pelucas. Al mismo tiempo, el dueño de otro hotel avisó a la Policía que advertía movimientos sospechosos en la pieza donde se alojaban la Petisa y un compañero, que se habían hecho pasar por una pareja de recién casados.

De ahí en más, en varios procedimientos apresaron en total a doce personas,[96] incluidas tres mujeres y un solo mendocino: un actor y escenógrafo conocido por su participación en experiencias de teatro social o de denuncia, que aparentemente sólo había prestado su casa para alojar a algunos porteños. Había otro personaje interesante de la cultura entre los detenidos: un técnico en electroacústica que operaba en el Laboratorio de Fonología Musical, uno de los primeros centros experimentales del país en música concreta. Pero Bjellis se salvó de ser detenido y, junto con otro compañero, pudo huir en un taxi hasta San Juan. Solía contar que la Policía mendocina paró al vehículo antes de llegar al límite interprovincial, pero el taxista conocía a los agentes y los pudo hacer zafar del control. Al día siguiente arribó a Mendoza una dotación de investigadores de Coordinación Federal que se ocupó de interrogar a los detenidos. Entre la escasa información brindada a la prensa, trascendió que en su mayoría no se conocían entre sí, ya que iban a verse por primera vez durante la operación, y que una mujer (sin duda la Petisa)

los había sorprendido por la “absoluta fluidez y serenidad” con que respondió a las indagatorias. De las respuestas arrancadas mediante tortura a algunos de ellos, se consiguió información valiosa que permitió realizar otras detenciones y allanamientos en Buenos Aires.[97]

El 19 de octubre, los detenidos fueron embarcados en un avión Fokker de la Armada rumbo a la Capital, y unos diez días después se dieron a conocer sus nombres. También se reveló, a partir de la documentación confiscada, que planeaban varios atentados contra dependencias policiales porteñas, en general con el objetivo de destruir su parque automotor, lo cual no es inverosímil.[98] Cuando fueron llevados a juicio en el Juzgado Federal de San Martín, a cargo del juez Manuel Weschler, los procesaron por asociación ilícita y tenencia de armas de guerra, ya que no pudieron probarles otro cargo (no llegaron a acercarse a la bandera de Los Andes), y casi todos fueron condenados a penas leves que les permitieron salir en libertad en menos de un año; con la excepción de los cuatro marinos, que quedaron detenidos sin condena a disposición del Poder Ejecutivo.

Mendoza fue el primer traspié importante en esta primavera de 1970, aunque estaba lejos de ser el peor en lo que restaba del año. La combinación de acciones simultáneas a propósito del recordatorio del Che parecían dejar, en conjunto, un saldo más bien mezquino, ya que la proclama en Córdoba fue escuchada por los relativamente escasos parroquianos de los bares que demoraban el regreso a casa, y los volantes en Rosario no habían caído mayormente en el centro. Pero no importó demasiado, porque ambas acciones, como así también el fracaso mendocino, tuvieron una repercusión considerable en los medios de casi todo el país: un efecto indirecto. Es casi imposible imaginar el alboroto y la repercusión que habría causado la *recuperación* de la insignia sanmartiniana. Pero, sin duda, era llamativo que Bjellis —a quien Tato acusaba de *procesista*— hubiera viajado a Mendoza para realizar un operativo tan incierto debido al apuro por el aniversario del Che, lo cual demuestra hasta qué punto su grupo también se había contagiado del *coyunturalismo* imperante en la organización. Otra curiosidad es que ese episodio quedó grabado en el imaginario de las FAL como el “robo de la Bandera de Los Andes”, como si la operación, que tenía más significado simbólico que real, efectivamente se hubiera realizado: bastaba que los diarios hubieran informado que ésa era la intención.

Derrotas y venganzas

En tanto, el grupo Parral, siempre atento a la visión “latinoamericanista” del proceso revolucionario, realizó su acción más importante de ese año gracias al

dato de que había arribado a la Argentina un representante de la alta burguesía chilena, el empresario José Yarur Rey, que, aparentemente, había decidido emigrar antes que vivir bajo el régimen de Salvador Allende, y se alojaba con su familia en una quinta alquilada en Moreno. En la mañana del 21 de octubre, cinco militantes vestidos con uniformes policiales llegaron hasta el lugar manejando un camión de fletes —que habían solicitado haciéndose pasar por supuestos clientes—, maniataron a la familia y se llevaron documentación y un revólver. Pintaron la sigla FAL en el frente de la casa y dieron a conocer el siguiente comunicado: “Yarur: este apellido, tristemente célebre en Chile, representa una de las más grandes fortunas trasandinas, amasada por la opresión y la explotación del pueblo trabajador hermano. Ante el temor de que pusieran límites a la ‘piedra libre’ de que gozan en su país, han cruzado la cordillera para seguir llenando sus bolsillos, robando entre nosotros”.[99] El operativo tuvo todas las características de simplicidad y escala reducida que este grupo proponía para sus primeros pasos en la lucha armada, y resultó de acuerdo con lo planeado. Para firmar la acción, como sabían que iba a tener repercusión en Chile, eligieron hacerlo de una forma que aludiera a la unidad latinoamericana: Comando América en Armas de las FAL, nombre que iba a adoptar el grupo unos meses más tarde.

En cambio, once días después, la mañana del lunes 2 de noviembre, fracasó una acción de acumulación financiera y propaganda armada que se realizó en forma conjunta entre militantes platenses y porteños. Una de las decisiones más cuestionadas fue utilizar como choferes operativos a los dos mejores cuadros del frente universitario: Ramón y el Tano Durante, que así descubrieron que ambos militaban en “Pirulo”. La operación consistía en detener el jeep que transportaba el dinero para los sueldos del Batallón de Infantería de Marina (BIM) Nº 3 de La Plata, después de recogerlo en un banco de Ensenada. Planeaban interceptarlo en la calle principal de esa localidad con un auto de frente, mientras otros dos lo encerraban por detrás. Para ello, se apostaron dos autos en dos puntos distintos de su recorrido, uno con Talita y el químico Natalio Melul, los dos de Buenos Aires, y otro conducido por Durante, con quien viajaba otro compañero. En tanto, Ramón, Julián y Caíto iban en el “auto comando”, que debía seguir al jeep desde un punto cercano a Ensenada, adelantársele y encerrarlo. “Creíamos que al verse rodeado por tres autos ni siquiera iban a resistirse”, cuenta Caíto.

Sin embargo, se cometieron dos errores graves. El primero, que el pagador jamás pasó, tal vez porque el 2 de noviembre se celebraba en todas las unidades militares el Día de los Muertos por la Patria. El segundo, que el “auto comando” era un modelo importado que sus ocupantes no conocían a fondo y cuando quisieron ponerlo en marcha, ninguno de los tres supo cómo desactivar su seguro contra robos que impedía hacerlo arrancar; por lo que tardaron una

enormidad en ponerlo en marcha, mientras a sus compañeros apostados se los comían los nervios. “Estábamos ahí, ridículamente expuestos: cuatro personas desconocidas en un pueblito”, recuerda Talita. La Policía de Ensenada fue rápidamente alertada y los rodeó con unos cuarenta efectivos propios y del mismo BIM 3, bloqueando todas las posibles vías de salida,[100] hasta que, pasado el mediodía llegó a detenerlos un auto particular con dos agentes de civil a bordo. En el auto que manejaba el Tano, uno de sus ocupantes había salido a caminar para desentumecer las piernas y el otro estaba orinando en un árbol, de ahí que los apresaran completamente indefensos, sin poder siquiera reaccionar. Después siguieron con el “Turco” Melul y Talita, que tampoco ofrecieron resistencia. Los cuatro fueron conducidos a la comisaría de Ensenada, donde los interrogadores de la Policía bonaerense parecían convencidos de que su plan era tomar la ciudad, es decir, copar la comisaría, la intendencia y la estación de radio para difundir una proclama, tal como lo habían hecho unos meses antes las FAR en Garín y Montoneros en La Calera.[101] “Tal vez, eso hubiese sido mucho más fácil de hacer”, reflexiona Durante.

Una vez arrestados, el Tano dejó que le pegaran más o menos hasta las cuatro de la tarde, antes de “confesar” que en la casa de sus padres había un arsenal guardado. Lo condujeron hasta allí con cuatro patrulleros que alborotaron con las sirenas a los vecinos, tal como él quería, y cuando entraron, su madre se arrojó al piso gritando. Entonces, él les dijo a los policías que ella sufría del corazón y que iba a llamar al médico, pero discó el número del abogado y le dijo a la secretaria: “Habla Durante, dígale al doctor que venga a atender a mi mamá, que le dio un ataque porque me agarró la Policía”. El agente que estaba a su lado se dio cuenta del truco, le sacó el tubo de la mano y le dio un puñetazo en la cara que lo sentó en el suelo, pero ya era tarde: había conseguido avisar. Lo llevaron de vuelta a la comisaría, y tres horas más tarde llegó una columna de diez patrulleros para llevarse a los cuatro a Coordinación Federal, ya legalizados. Allí, el Tano fue interrogado por Osvaldo Sandoval, subjefe de la División Asuntos Políticos de Coordinación Federal, quien lo trató con bastante delicadeza, quizá porque lo ayudaron su condición de arquitecto, su *minuto conspirativo* de que estaba viendo unos terrenos para comprar, y el aplomo con que afirmó que la Policía bonaerense (no la Federal) le había “puesto” las armas en el auto. En cambio, del auto de Talita y Melul se secuestró una pistola 45 que un comando de las FAL le había quitado pocos días antes a un vigilante de la Embajada de Estados Unidos.[102] Seguramente, eso influyó para que Talita y Melul fueran condenados, mientras que a los del otro auto los sobreseyeron a los pocos meses.

Lo que no podía pasarse por alto en el seno de la organización era la polémica decisión de extirpar de su medio natural a Ramón —que se salvó por poco de caer— y a Durante, los dos militantes de base que habían

revolucionado a los estudiantes de Arquitectura un año antes, para destinarlos a una función auxiliar en un hecho armado. "Fue un error gravísimo, porque después el Tano jamás pudo volver a militar en la Universidad", asegura un ex miembro de la regional La Plata y estudiante de Bellas Artes. Muy pronto, esta cuestión iba a generar posturas irreconciliables en el seno de las FAL.

Talita la pasó mucho peor que los detenidos varones entre los policías, sobre todo a partir del traslado a Coordina, ya que en su caso pesaba el agravante de ser mujer, "joven y bonita", según consignó un diario local.[103] De día la interrogaban comisarios de uniforme a cara descubierta, y de noche la iban a buscar al calabozo y la llevaban a la sala de torturas, donde la desnudaban y le aplicaban la picana preferentemente en la vagina, con los ojos vendados. "Eran doce o catorce tipos excitados, que simulaban una violación mientras me preguntaban nombres, lugares. Pero yo había leído poco antes el *Reportaje al pie del patíbulo*, de [Julius] Fucik, que era una suerte de manual de moral revolucionaria. Eso, sumado al desprecio y el asco por lo que eran esos tipos, me permitieron perfectamente aguantar las dos sesiones con el mismo verso que me organicé desde el primer momento", cuenta. Al tercer día llegó su *habeas corpus* y la llevaron también al Juzgado Federal de San Martín, donde el Juez, al escuchar el relato de las torturas que había padecido, le pidió que se las mostrara. Tuvo que bajarse la bombacha para hacerlo, y el magistrado le contestó que bien podían ser… ¡picaduras de mosquito! Después de varios traslados del Juzgado a Coordina y de allí a Tribunales, finalmente la alojaron en la U3, la cárcel de mujeres vecina a la Plaza Dorrego, en San Telmo, mientras esperaba el juicio. Allí se encontró con Susana Giacché de Schneider, detenida en Mendoza, y la Negra, Amanda Peralta, única mujer integrante del foco de las FAP en Taco Ralo.

Mientras tanto, en la otra punta de Buenos Aires, más exactamente en el barrio de Villa Urquiza, varios militantes se dedicaban a seguir los pasos del subcomisario Sandoval gracias a los datos que había copiado Della Nave durante su estadía en esa repartición. Las FAL lo responsabilizaban por lo menos de las torturas a Cibelli e Irma, y probablemente de la muerte de Baldú, aunque lo último era más incierto. Durante dos meses relevaron sus movimientos, y así averiguaron que todas las noches Sandoval dejaba su Chevrolet Super 3 en el playón de una estación de servicio en Triunvirato y Olazábal, la esquina más concurrida del barrio, y desde allí caminaba unas pocas cuadras hasta su casa. También se estableció su rutina de horarios para cada día de la semana. Es interesante aclarar que en las FAL, como sin duda en las demás organizaciones, había muchos integrantes de células, aspirantes, periféricos e incluso simples colaboradores que solían realizar este tipo de tareas y jamás supieron manejar un arma. Es precisamente este caso, en el que una de las militantes que hizo ese trabajo de inteligencia fue años más tarde una

brillante investigadora del CONICET.

El sábado 14 de noviembre, Sandoval acababa de dejar el auto en el lugar de siempre y abrió el capot para controlar los líquidos. Fue entonces que un auto entró lentamente en la estación por Triunvirato, y unos instantes después salió a toda velocidad por Olazábal, rebanando —por decirlo así— la esquina con su recorrido. En el medio, tras desairar al encargado de un surtidor que creyó que iba a acercarse a cargar nafta, el auto se detuvo los segundos necesarios como para que uno de sus ocupantes, armado con una ametralladora Halcón, le descargara una ráfaga de catorce disparos por la espalda al policía, que cayó gravemente herido y murió antes de que llegara la ambulancia. Sin ninguna duda, Sergio Bjellis era uno de los que iban en el auto, y casi con seguridad fue quien disparó. Después, contó que hubiese preferido tirarle de frente y mirarlo a los ojos, pero no hubo forma. Básicamente, era una cuestión personal: vengar a un amigo por sobre cualquier consideración política. A diez cuadras, abandonaron el auto con un mensaje en su interior, firmado por el Comando Alejandro Baldú de las FAL: “En nuestro último comunicado [durante el secuestro del cónsul paraguayo] decíamos que la dirección nacional pasaba a constituirse en tribunal revolucionario para juzgar y condenar a los torturadores del régimen, lo que fue cumplido con el ajusticiamiento del subcomisario Osvaldo Sandoval, principal responsable del asesinato del camarada Alejandro Baldú, como de tantos otros militantes del pueblo”.[104]

El diario *Clarín* destacó días más tarde que Sandoval participaba de la investigación de los hechos vinculados con las FAL y también en la del caso Aramburu. “Era, por cierto, una presa codiciada por el extremismo”, concluía.[105] Desde el punto de vista de las FAL, era un enemigo liso y llano; pero igualmente el hecho levantó una tormenta dentro de la misma organización, mayor incluso que su repercusión pública. Por primera vez, el objetivo premeditado de una acción era ultimar a una persona sin que mediara la circunstancia de la defensa propia o una situación desesperada durante un operativo. Por primera vez, además, el objetivo se parecía más al de una etapa de guerra abierta que a la de desgaste indirecto del enemigo, en contraste abierto con lo actuado a lo largo de ese año. Si se repasan las operaciones realizadas, algunas de ellas —como la volanteada aérea en Rosario— estaban muy lejos de cualquier lógica de enfrentamiento armado. Sin embargo, la ejecución del subcomisario fue defendida sin fisuras por el núcleo de la Organización original y el zaratismo, es decir, los que habían conocido a Baldú y militado junto con él.

En cambio, desde el resto de los afluentes se hicieron oír objeciones de tipo político y metodológico. “Si bien estuvimos de acuerdo con el hecho en sí, nos preguntábamos si era el momento de empezar a ejecutar enemigos, aunque estaba claro que en algún momento lo íbamos a tener que hacer si realmente estábamos en un proceso revolucionario. Pero entendíamos que no

correspondía porque todavía no estábamos en guerra civil. Era como tocarle el culo al león", explica Bufano, el máximo dirigente vivo de Parral. La Brigada Masetti también hizo saber sus objeciones: "Una cosa es el desarrollo de una lucha en la que participa el pueblo, y otra, un aparato que decide liquidar a un tipo porque está dolido. Eso es administrar justicia en nombre de no se sabe qué poder. Además, nos parecía que era un hecho de otra escala. Nosotros existíamos hacía poco tiempo, veníamos de no tener ni siquiera nombre hasta un año antes para no alertar a la represión, y en tan poco tiempo hacíamos algo así…", razona Roque. Además, critica la forma inconsulta en que se había resuelto la acción: "Se pudo haber discutido en la dirección, pero como estábamos tan compartimentados, muchas veces eso servía para que no se sometieran a discusión las decisiones más importantes". Tal vez, era un síntoma de las crecientes diferencias políticas (las de siempre, en rigor) que había entre el núcleo duro de la DN y la Brigada Masetti.

Curiosamente, la muerte de Sandoval fue una noticia positiva para los detenidos en Ensenada. Justo la noche anterior, el Tano Durante había sido interrogado por él, por primera vez, en Coordinación Federal. No lo hizo torturar, pero sí dejó que lo ablandaran a trompadas. Al día siguiente lo condujeron ante el Juzgado Federal de San Martín, donde le habló un Juez que nunca supo quién era, aunque sospecha que haya sido Jorge Luque.

—¿Arquitecto Durante? —le dijo.

—Sí.

—Vengo a proponerle cambiar mi vida por la suya —le dijo el Juez.

—¿Qué me quiere decir?

—Sus amigos mataron a Sandoval, y usted les dio la orden.

—Si yo estoy acá incomunicado…

—Entonces habrá sido el otro, ustedes tienen muchos amigos acá…

Más tarde, el Tano pudo hablar con su compañero, quien le contó que a él también lo habían dejado de torturar desde que se había conocido la noticia de la muerte de Sandoval. A pesar de ser tan proclive a las teorías reflexológicas y los condicionamientos externos de la personalidad, Bjellis no había previsto este efecto.

Dos semanas más tarde, el 30 de noviembre, fueron detenidos adentro de un auto en Palermo, frente a la bodega Giol, Marina Malamud y sus tres compañeros de célula, mientras esperaban el paso de un camión con mercadería para *expropiar* y reducir. El Chevrolet había sido *levantado* y *puenteado* días antes, pero por algún motivo incierto ahora se negaba a arrancar. Uno de los que estaban en el augo era Agustín, el mismo que había acompañado a Pichón en el momento de su caída en Mar del Plata, y que todavía no se había recuperado de ese mal trago. "Lo que íbamos a hacer era un asalto vulgar, pero lo revestíamos de toda una mística y decíamos que era para financiar la revolución", cuenta con el escepticismo que lo acompaña desde

entonces, y que tiene la virtud de alumbrar los hechos crudos desde una perspectiva menos idealizada: profesionales y universitarios, cultos y sensibles, asaltando un camión. En realidad, en eso consistía la mayor renuncia "simbólica" que ellos habían hecho en sus vidas: si llegaban a arrestarlos, iban a aparecer al día siguiente en las páginas policiales de los diarios calificados como "malhechores" o "malvivientes". Los condujeron a la comisaría 23º de Santa Fe y Gurruchaga, y se sentían más o menos tranquilos porque no había nada contra ellos, salvo el auto robado; pero uno cantó más de lo necesario —según el severo juicio posterior de sus compañeros— y brindó elementos como para incriminarlos, de modo que fueron procesados, condenados y recluidos en Villa Devoto. Con la excepción de Marina, que se sumó a la Petisa y Talita en la U3 de San Telmo. A esa altura, ya se podía decir que había una población importante de las FAL en distintas cárceles.

Ese mismo mes se publicó en el diario oficial cubano *Granma* una serie de entrevistas a las organizaciones armadas de la Argentina.[106] En el caso de las FAL, la nota fue escrita íntegramente por Malter Terrada —aunque se publicó en forma de reportaje—, y llevaba como título *El marxismo en la cartuchera*. "Nuestro crecimiento y el de otras organizaciones no es casual y hoy en día se está dando en forma vertiginosa. Cuando la masa ve una opción clara de violencia revolucionaria organizada, no pregunta mucho sobre el origen, la estrategia, etc. Pregunta si se está o no en la lucha y se suma", asegura en una reivindicación explícita de la acción directa por sobre la teorización. "Creemos que éste es un momento excepcional para la actividad de las organizaciones revolucionarias, por eso les decimos a nuestros militantes, un poco en serio y un poco en broma, que este año no se puede dormir más de tres horas por día", agrega más adelante, tal vez inspirándose en su propia experiencia del año anterior. También critica a Montoneros, sin nombrarlos, por querer instaurar una suerte de neo-ortodoxia peronista: "Plantear ante las masas una vuelta al pasado del peronismo y todos sus símbolos no da una idea cabal del proceso que debemos encarar hoy".

Cerca de fin de año, la DN elaboró un documento sin título que, por su redacción, parece destinado a un volante que jamás se llegó a imprimir ni a difundir, y que tal vez había sido incautado en alguno de los procedimientos recientes, ya que años más tarde apareció en los archivos de la inteligencia policial de la provincia de Buenos Aires. En él, con la excusa de los cinco meses de Levingston en la presidencia, se anticipaba la postura de las FAL ante la nueva agenda política que se avecinaba. Apuntaban sus dardos no sólo hacia la dictadura, sino también a los partidos políticos nucleados en el Encuentro Nacional de los Argentinos, que habían suscrito recientemente el documento llamado *La Hora del Pueblo*, en el que exigían la normalización institucional del país.

“El rostro mesurado y medido del nuevo virrey de turno reemplaza a la adustez asesina de Onganía e Imaz —decían las FAL—. Pero sabemos que algo cambió para que todo siga igual. […] Sin embargo, hay algo nuevo en la Patria. No se trata del ‘tiempo político’, ni del posible llamado a elecciones. Se trata, sí, de que hoy en la Argentina la lucha revolucionaria es una realidad palpable, cotidiana e irreversible”. A continuación, enumeraban las acciones más importantes, tanto propias como de las otras organizaciones, que parecían demostrar la veracidad de esta afirmación. “La lucha ha de continuar en todos los frentes. Los golpes que hemos recibido de la represión son parte de esta lucha y somos conscientes de que la sangre es, a veces, el precio de la victoria”, agregaban. Y concluían con las consignas que se convertirían en clásicas durante los años siguientes: “Hagamos de cada explotado un combatiente, y de cada puño, un fusil. Ni golpe ni elección: revolución para la liberación y el socialismo”.[107]

De la lectura de este comunicado se puede deducir que la organización rebosaba optimismo. A pesar de la seguidilla de caídas, en las últimas semanas se habían realizado también otros operativos sencillos y exitosos, como la *recuperación* de varias armas del domicilio particular del teniente coronel del Ejército Bernardo Mones Ruiz, en La Plata; el asalto del grupo Parral al furgón pagador del Hospital Francés, o el copamiento del Consulado español en Rosario, donde además de llevarse dinero y documentación, los comandos pintaron consignas de apoyo a la organización separatista vasca ETA, que por entonces recién iniciaba su lucha contra la dictadura franquista con un considerable apoyo popular, y afrontaba el primer juicio a varios de sus militantes en los llamados Procesos de Burgos. Sin embargo, ese año absolutamente distinto en la historia argentina, que para ellos había empezado mal con la detención de Baldú y Della Nave —y la desaparición del primero—, habría de terminar de la peor forma imaginable.

3. Crisis y dispersión
(1970-1971)

Operativo "Elsita"

Los días previos a la Navidad de 1970, la atención de los argentinos y de los medios de comunicación estaba dispersa en varios frentes. La mitad más uno palpitaba el partido definitorio del Campeonato Nacional, que Boca le ganaría a Rosario Central en el estadio de River. Otras preocupaciones bastante más graves afligían a las combativas Asociación de Abogados de Buenos Aires y a la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, que realizaron un acto en el hall de Tribunales para reclamar por el secuestro y desaparición de su colega Néstor Martins, quien el 15 de diciembre había sido "levantado" en plena calle junto con su cliente Nildo Zenteno sin que se supiera nada más de ellos. El 21, un comando del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la última organización de importancia en sumarse a la insurgencia, había desarmado a los vigilantes privados de la Fiat Concord en Ferreyra, Córdoba, el epicentro del sindicalismo clasista. En Bolivia, en tanto, el gobierno militar dejaba en libertad a Régis Debray y Ciro Bustos y los embarcaba en un avión rumbo a Santiago de Chile, después de que pasaran tres años presos en la guarnición militar de Camiri.

Ese 22 de diciembre a las cinco y media de la tarde, en la estación Francisco Beiró del Ferrocarril Urquiza, en Villa Devoto, un comando de la Brigada Masetti, que tanta relación había tenido en sus inicios con Ciro Bustos, esperaba el arribo del tren recaudador. Era un convoy especial de cuatro vagones sin pasajeros, que venía desde Campo de Mayo levantando el dinero de la venta diaria de boletos en todas las estaciones: diecisiete en total hasta Beiró y tres más hasta Chacarita. El operativo Elsita, como lo habían bautizado, se había originado en un dato proporcionado una vez más por el Chino, el empleado de la transportadora de caudales. Su idea era ingresar en el vagón apenas se abrieran sus puertas, reducir a los dos guardias ferroviarios que custodiaban las bolsas de la recaudación y llevarse el dinero más las armas que pudiera haber. La acción debía ser rápida e incruenta, y llevaron sólo armas cortas porque, según entendían, lo importante no

era el poder de fuego sino la forma de encarar y sorprender a los guardianes. Abajo, en la calle Terrada casi esquina Gutemberg los esperaba una camioneta Dodge lista para la huida.

Poco antes de las seis, el tren llegó y se detuvo en el andén norte, el único con boletería. De los cuatro militantes de la Brigada que esperaban en el andén, uno fue hasta la ventanilla del conductor, le mostró su arma y le advirtió que no volviera a arrancar, mientras los otros tres se dirigieron hacia la puerta abierta del vagón postal. Allí les apuntaron a los guardias ferroviarios y los conminaron a entregar la recaudación y las armas sin ofrecer resistencia. Pero uno de ellos hizo fuego, y entonces comenzó un tiroteo desde corta distancia, en el cual, según cuenta uno de los militantes que participaron, ellos sólo respondieron al fuego para defenderse, y prefirieron retirarse lo más rápido posible en lugar de prolongar la balacera. Incluso dos de ellos, más preocupados por el objetivo que por el enfrentamiento en sí, consiguieron entrar en el tren y tomar una ametralladora PAM, una pistola 45 y un revólver 38, pero no las bolsas de dinero. Cuando el tiroteo finalmente terminó, se replegaron cargando a sus heridos, mientras otros compañeros los cubrían desde abajo del andén. Hasta tal punto no habían previsto el enfrentamiento, que ni siquiera habían llevado un arma larga para cubrir la retirada.

Durante el repliegue sintieron que les tiraban desde atrás, pero no pudieron ubicar el origen de los disparos, por eso respondieron al fuego un poco a ciegas, mientras corrían hacia la camioneta. El tirador era un cabo primero de la Policía Federal que cumplía funciones en la comisaría de la Casa Rosada, que estaba de franco y vestido de civil, pero con su arma reglamentaria encima. Este agente no había intervenido antes, durante el tiroteo, sino que hizo fuego cuando ellos ya se iban, e hirió a uno o dos más, de modo que se replegaron cargando a cinco compañeros heridos de bala.[108] Para colmo, más tarde se enteraron de que en el vagón había apenas 800 mil pesos moneda nacional: la sexta parte de lo que habían obtenido en El Rosarino. Según explicaron fuentes del ferrocarril, las mayores recaudaciones solían transportarse a principios de cada mes, cuando los pasajeros compraban los abonos.[109] Parecía evidente que en el transcurso del último año se había empezado a perder el detallismo a la hora de planificar; probablemente a causa del vértigo. El tiempo histórico parecía haberse acelerado. En este sentido, es importante aclarar que el fracaso del Elsita no había sido peor que el de las acciones del pagador de ENTEL en Mar del Plata, el pagador del BIM 3 en Ensenada, el episodio de Mendoza o el más reciente en el que había caído la célula de Marina, por citar sólo algunos ejemplos.

Pero el operativo todavía no había terminado, por desgracia, porque la

dispersión también formaba parte de él. La camioneta Dodge se retiró apenas comenzó el tiroteo, tal como estaba previsto que lo hiciera en caso de que el operativo se complicara. El Petiso Bellomo, con celeridad y decisión, *levantó* un taxi Torino que justo pasaba por ahí, ayudó a entrar en él a los heridos y lo manejó hasta un bar de Villa Urquiza, donde estaba la posta sanitaria, a cargo de la columna de Tato y Bjellis. Al llegar, lo encontraron a Bjellis sentado a una mesa, quien les dio a entender que, insólitamente, no había posta sanitaria. Así de simple: no tenían. Como no podían hacer un escándalo ni tampoco un planteo político en ese lugar público, optaron por refugiarse en una casa operativa en la zona norte del Gran Buenos Aires, para lo cual se dirigieron hacia la avenida General Paz, rumbo al acceso norte. En el camino, vieron de lejos una *pinza* policial, y Bellomo volvió a demostrar sus condiciones de chofer operativo: pegó un volantazo, pasó por encima del cantero que separaba las dos manos y enfiló a contramano, esquivando los autos que venían en dirección opuesta, hasta que llegaron a la casa segura, donde pudieron recibir finalmente ayuda médica. Allí redactaron el comunicado en el que la Brigada Masetti se adjudicaba el hecho, que no fue reproducido en los medios gráficos aunque probablemente haya aparecido por radio y televisión, porque su autoría quedó registrada por los servicios de inteligencia.[110]

La ausencia de la posta sanitaria empezó a carcomer desde ese mismo día el frágil armazón que había mantenido unidas a las FAL durante su primer año de vida. Como consecuencia directa de este episodio, la organización quedó inmersa en una virulenta disputa interna, plagada de acusaciones cruzadas. Se declaró una suerte de estado deliberativo y se interrumpieron las actividades armadas. En rigor, la única tarea que se llevó a cabo durante el verano de 1971, más allá de los trabajos de superficie, consistió en debatir el futuro de la organización: se trataba, evidentemente, de una crisis profunda, terminal, de la cual el operativo Elsita no había sido más que el hecho desencadenante. La dirección nacional decidió intervenir la regional porteña (al grupo de Tato y Bjellis) y separar provisoriamente de su cargo a Tato, su máximo responsable. De este modo, la columna porteña quedó momentáneamente a cargo de tres dirigentes “del interior”: Malter Terrada (Rosario), Chiche (Córdoba) y Jacinto, un cuadro nacido en Santiago del Estero, que conducía una pequeña columna propia en la provincia de Buenos Aires. En realidad, se hizo también para proteger a Aguirre y Schneider del vendaval de críticas, ya que, tal como denunciaron Chiche y Jacinto: “Se formó un bloque dentro de la DN que intentaba prácticamente liquidar al compañero Tato, al que se hacía aparecer como responsable de Sanidad (por el operativo Elsita) y la causa de todos los males habidos y por haber en la dirección regional Buenos Aires”.[111]

El ensañamiento contra la persona de Tato era por lo menos curioso, ya que Bjellis era tan responsable como él por la ausencia de la posta sanitaria, aunque es probable que Tato fuera visto como el principal referente de esa regional, lo cual, sumado a su condición de médico, lo convertía en el responsable de ese

rubro, y más aún cuando estaba presa Marina, que solía ocuparse de organizar las postas. Pero también resultaba evidente que las acusaciones, verdaderas o no, se habían originado en cuestionamientos de larga data, y se correspondían con su estilo particular de conducción, estigmatizado en la célebre fórmula —“acelerador y metra”—, aunque nadie se la hubiera escuchado pronunciar. Los principales críticos de Tato parecían ser, en un primer momento, los representantes de la Brigada Masetti, Bjellis y Malter Terrada. Los primeros habían sido afectados directos por la ausencia de la posta sanitaria, mientras que los dos últimos desde hacía rato recelaban de su desprolijidad operativa. Pero también Chiche y Jacinto, a pesar de defenderlo, admitían que se le hacían “críticas muy justas a su metodología de trabajo y al trato que le daba a los compañeros”.[112]

El desbande

Este mar de controversias culminó con la destitución de Tato como miembro de la dirección nacional a fines de febrero de 1971, aunque él se anticipó a la medida y renunció antes. Pero esta exclusión no alcanzaba para calmar los ánimos, ni mucho menos para volver a la normalidad; se les encargó a Malter y a Jacinto constituirse como comisión investigadora, no sólo de lo ocurrido en el operativo sino de todos los síntomas de malestar existentes en la organización. Para ello, los dos les pidieron a cada columna y a cada regional informes escritos y balances de lo actuado durante ese año, y viajaron varias semanas por el país entrevistando a cuadros intermedios de las distintas columnas y regionales. Casi siempre lo hacían encapuchados. Así fue como Malter Terrada se enteró de la enorme cantidad de irregularidades que se cometían sin que hubiera trascendido mayormente; entonces modificó en parte su opinión negativa sobre Tato, o al menos la pudo diluir en un problema generalizado. Incluso el grupo Parral, el que más conservaba a esa altura la obsesión original por la planificación de las acciones, admitió que había operado alguna que otra vez sin posta sanitaria, posiblemente por falta de recursos.

Empezaba a quedar claro que el problema mayor no eran las metodologías operativas o los estilos personales de mando, sino la falta de una precisa definición político-ideológica de la organización. Era una de las tantas cuestiones que había quedado postergada para no entorpecer la fusión y el comienzo de las acciones. Por eso, Bjellis, Chiche, Jacinto y Julián acordaron formar un bloque entre las corrientes con mayor afinidad y proponer la celebración de un congreso cuasi fundacional en el que se votara una línea política y una nueva dirección. Su portavoz más elocuente fue Chiche, quien para entonces estaba enteramente a cargo de la regional Córdoba a causa de la detención del Pelado Manuel, en

noviembre de 1970. En un documento extenso, exhaustivo y sumamente didáctico, propio de quien se postula a sí mismo como líder, proponía revisar a fondo "qué somos y qué queremos ser".[113] En su opinión, los distintos afluentes de las FAL se habían unificado bajo ciertos ejes generales, como el socialismo, la lucha armada y el trabajo en las masas, pero sin explicitar "cómo cohesionar y materializar esa unidad", y postulaba que la salida era la creación de un auténtico Partido Marxista Leninista sin fisuras ni desviaciones de ningún tipo para que asumiera la dirección del proceso revolucionario.

Chiche opinaba que esta propuesta no tenía aceptación aun dentro de la propia organización, donde se oponían las tendencias a las que calificaba como *empiristas*: "Existe la idea de que para hacer la revolución en el país hacen falta un grupo de hombres entregados y unidos a través de la lucha armada; que en la lucha contra el gobierno y el imperialismo hay que levantar sólo lo que une y no lo que separa; que lo fundamental es el accionar; lo demás —trabajo de masas, lucha político-ideológica, etc.— vendrá". En cambio, él sostenía que todas estas vacilaciones mantenían a la organización en un estado casi larvario de "embrión del ejército popular y del frente de liberación nacional y social, más que embrión de partido político militar del proletariado", una etapa que, en su opinión, ya había sido superada por la propia clase obrera. "Para los marxistas revolucionarios, en la Argentina de 1971, el desarrollo de la lucha de clases y el peso de nuestro proletariado imponen la existencia del nivel de partido", aseguraba. Ciertamente, Chiche tenía su campo de acción en Córdoba, donde se vivía por entonces la epopeya del sindicalismo "clasista", representado por los noveles Sitrac-Sitram, y donde existía una profunda inserción en las bases fabriles de partidos como el PCR y Vanguardia Comunista (VC). Sabía, por experiencia propia, que con ellos no podían debatir de igual a igual sin contar con una elaboración político-ideológica sólida, además de una importante infraestructura militar que, a su juicio, tampoco tenían.

La respuesta de la Brigada —destinataria evidente de gran parte de las críticas de Chiche— quedó plasmada en una carta fechada el 15 de febrero de 1971: "No se trata de que en la organización haya militaristas, oportunistas, trotskistas, teoricistas, procesistas, comunistas, peronistas y/o esclarecidos. *Nadie es dueño de la verdad ni tiene la precisa*.[114] La verdad, como el marxismo y la práctica política, se gesta y se desarrolla en el proceso de lucha que implica también una lucha constante contra lo equivocado, lo falso y los malos métodos. […] Es éste el momento en que tiene que salir a relucir la famosa democracia interna, centralizada y libre". En suma, apelaban al pluralismo de ideas para construir una suerte de verdad colectiva que no se apoyara en los manuales; pero, además, dejaban en claro que no iban a permitir que les dieran lecciones de ortodoxia o desataran una caza de brujas contra sus militantes, que se caracterizaban justamente por su origen heterogéneo, cuando esa diversidad era lo que constituía para ellos su mayor riqueza.

Pero también afloraron diferencias metodológicas y disputas de liderazgo

entre el zaratismo y el grupo original de Bjellis, a pesar del acuerdo de fondo entre ellos. Desde el primer momento Malter Terrada, Chiche y Jacinto se mostraron partidarios de refundar la organización y desconocer lo que quedaba de sus estructuras para volver a construirla literalmente desde cero. Para ello, el 4 de marzo los tres renunciaron a sus cargos en la DN esperando que el resto de sus integrantes hicieran lo mismo. Pero un pequeño bloque que integraban Bjellis, D'Arruda y Andrés (de Tafí Viejo) se negó a hacerlo, con el argumento de que "rescataban la legalidad de Pirulo"; es decir que, si bien acordaban con la realización de un congreso en el que se fijaran la línea y las nuevas direcciones, querían que fuera en el marco de la organización existente, y no como una refundación. Así lo hicieron saber el 15 de marzo, a través de un documento en el que plantearon "reconocer y aceptar con carácter provisorio a la actual DN en la medida en que asegure y promueva el debate por organismos y frentes, *determinando previamente los ejes de discusión*".[115] Con esta postura, el Petiso Bjellis se aferraba a su cuota de poder, amenazada por lo que podía terminar en una revuelta de las bases similar a la que él mismo había protagonizado apenas dos años y medio antes contra la conducción de Ricardo y Cibelli. Pero también es comprensible que quisiera defender la permanencia de una estructura de la cual él era el dirigente más antiguo y a la que le había dedicado toda su vida desde los veinte años. Eso lo llevó a luchar por mantener bajo su control lo que quedara de su vieja organización, incluso al precio de romper la fusión con el zaratismo, como finalmente sucedió.

La Brigada Masetti y el grupo Parral, en tanto, se abstuvieron de tomar partido por alguno de los bloques o de formar un tercero y se limitaron a promover el "debate amplio dentro de los marcos orgánicos", lo cual parecía ser una suerte de justo medio entre ambas posturas. Pero, al mismo tiempo, acordaron crear, a principios de abril, una Coordinadora provisoria junto con las regionales Noreste (Rosario) y La Plata, más otros núcleos poco significativos en número, como el Frente Estudiantil Secundario, el Frente Obrero y el Frente de Villas, e invitaron a las restantes columnas a sumarse a ella. Más tarde, el 1º de Mayo, anunciaron que dicha Coordinadora había dejado de ser provisoria para constituirse en la única representante válida de las FAL en la regional Buenos Aires. Lo cual se parecía mucho a una expresión de deseos, ya que Parral y Masetti no eran los afluentes más poderosos de la regional, e incluso a veces las reuniones de la DN se celebraban sin su presencia. Los de Parral, especialmente, en el Balance de Columna que entregaron a la comisión investigadora, hicieron saber su descontento por haber sido ignorados sistemáticamente y librados a su suerte. Ellos habían esperado que les brindaran apoyo, instrucción y posibilidad de participar en operativos conjuntos, para encontrarse en los hechos con una "anarquía generalizada" en la que nadie se había percatado de sus necesidades, y casi tampoco de su presencia.[116]

Entonces, ya había un grupo que, aunque integraba esta Coordinadora, desde febrero había decidido diferenciarse claramente del resto de la organización: la columna de La Plata. En rigor, al estallar la crisis —de cuyos detalles nadie se preocupaba por mantenerlos muy al tanto—, ya tenían algunos operativos de *acumulación financiera* bien planificados en su propia ciudad, y decidieron realizarlos independientemente de lo que ocurriera a nivel de la dirección nacional. El único documento con que contribuyeron a los debates lo dejaba bien en claro: "Esta regional seguirá operando por su cuenta o llegará a acuerdos con las direcciones regionales, o en su carencia con los bloques políticos, en función de mantener la continuidad pública de la sigla".[117] De este modo, mientras la organización en su conjunto vegetaba entre la anarquía y la dispersión, la conducción regional conformada por De la Fuente, Quiroga, Caíto y Ramón decidió declarar su autonomía.

El primero de estos operativos fue en la escribanía Ringuelet, el 10 de febrero de 1971, en el que participaron tres hombres y tres mujeres, con un saldo económico escaso. Parecía más bien una operación para foguear a militantes con poca experiencia, sumado al componente de propaganda armada; en las paredes de las oficinas pintaron la consigna: "Cada brazo un combatiente, cada puño un fusil", firmada simplemente por FAL.[118] Dos semanas y dos días más tarde, el 26 de febrero, otro comando, pero esta vez integrado por militantes más experimentados, asaltó la Casa Central de Correos y Telecomunicaciones de La Plata, en el pasaje Dardo Rocha, con un buen trabajo de inteligencia interna ya que allí trabajaba uno de los miembros de la columna. En realidad, esta acción se había levantado sobre la marcha un mes antes a causa del error de llevar a una cantidad excesiva de militantes, en general estudiantes de Bellas Artes o de Arquitectura, a quienes reconocieron y saludaron varias personas conocidas que pasaban por ese sitio concurrido de la ciudad. Así fue que para el segundo intento utilizaron menos militantes mejor camuflados. Resultó muy simple y rápido: apostaron una camioneta junto a la entrada, se dirigieron hacia la oficina donde estaba el dinero, mientras otros reducían al único policía, y se retiraron con veintisiete millones de pesos. A las diez cuadras cambiaron de vehículo y se dispersaron caminando.[119]

Dos semanas más tarde, el jueves 4 de marzo, día de carreras en el Hipódromo de La Plata, realizaron una acción mediática al *recuperar* casi veintidós millones destinados al pago de las apuestas. En esta ocasión, ingresaron con carnets de periodistas e irrumpieron en la oficina donde los empleados del sector *paddock* contaban el dinero. A la tarde, estallaron cuatro bombas de estruendo y desparramaron cientos de panfletos reivindicando el hecho firmado por FAL Comando Benjo Cruz. El nombre correspondía a un ex militante de la columna platense, estudiante, folclorista y muy amigo del grupo de De la Fuente y Quiroga, que se había unido a la guerrilla de los hermanos Chato e Inti Peredo en Bolivia, y acababa de morir recientemente en combate.

Lo cierto es que, gracias a esta serie de operativos exitosos, a su buena repercusión en los medios, al dinero obtenido en ellos y, sobre todo, a la constatación de su buen funcionamiento autónomo, la regional de La Plata, que hasta entonces no había tenido una influencia relevante en la vida interna de la organización (al punto que ni siquiera había intervenido en los debates de la crisis más que a través de su representante Julián), se convirtió de pronto en su polo más fuerte y pujante. Tal vez, el único que se encontraba en pleno ascenso y en condiciones de mantener una continuidad operativa, aunque sus militantes estuvieran a años luz del adiestramiento y la formación militar de los zaratistas, por establecer una comparación.

Las restantes columnas, mientras tanto, se resignaron poco a poco a volver a su estado de dispersión original: el experimento de la unión entre afluentes relativamente autónomos bajo una dirección colegiada había durado poco menos de un año. Ni siquiera habían tenido tiempo de darse a sí mismos un símbolo visual, un reglamento interno o un himno; y así como no hubo una partida de nacimiento formal, tampoco hubo un acta de defunción, ni se declaró disuelta la dirección nacional. Más bien, la aceptación de la ruptura fue una cuestión de hecho. A pesar de que se siguieron firmando los operativos y comunicados como "comandos" de las FAL, lo cierto es que cada fracción o regional pasó a ser la única responsable de sus acciones. Como en las regionales de La Plata y Rosario era muy fuerte la presencia de militantes provenientes del PCR, ambas quedaron más ligadas a los Zárate que al núcleo de la vieja Organización, que se redujo a sus células de Buenos Aires y Tafí Viejo. En tanto, la Brigada Masetti y el grupo Parral (rebautizado América en Armas) se desvincularon definitivamente del resto, aunque también conservaron la sigla FAL.

Por supuesto que eran pocos los que estaban al tanto de estas distinciones. Cuando cada uno de estos grupos comenzó a operar por su cuenta, el público sólo se enteró a través de los medios de la existencia de acciones firmadas por las Fuerzas Argentinas de Liberación, sin detenerse a leer la firma completa, ni menos aún sospechar que se trataba de grupos o células sin vínculos entre sí. Hasta los servicios de inteligencia se despistaron por la proliferación de operativos firmados por FAL Comando Benjo Cruz, FAL Brigada Masetti o FAL Columna América en Armas. Uno o dos años más tarde, algunos informes reservados de la contrainsurgencia pudieron armar el rompecabezas: "Al producirse el desmembramiento de la organización, ésta se divide en grupos completamente independientes que no obedecen a una dirección central y son totalmente autónomos, tratando de reivindicar cada cual la sigla", indicaba uno de ellos, basado en el testimonio de un informante anónimo.[120]

En cierto modo, había empezado también una competencia por heredar el nombre FAL, que nadie quería resignar porque ya tenía cierto prestigio y

predicamento. Una ex militante del Benjo Cruz, Andrea, aclara que, de no haber sido por esta razón, unos simples operativos económicos como los de la escribanía, el Correo y el Hipódromo jamás se habrían firmado. Sin embargo, junto con la ruptura parecía alejarse la posibilidad de que esa sigla se convirtiera en la más convocante de la lucha armada. A pesar de haber arrojado la primera piedra de la década con el secuestro del cónsul, nueve o diez meses antes, y de haber sido de los más activos del año, la dispersión en columnas les hacía perder terreno ante otras *orgas* que también habían experimentado un gran crecimiento, en especial Montoneros y el ERP.

4. El desafío de la política (1971)

Objetivamente estábamos trabajando para Perón. Nos guste o no, trabajamos para el objetivo de Perón, que era su regreso.

Juan Carlos Cibelli,
Revista *Los 70*

Córdoba y el "clasismo"

Mientras las Fuerzas Argentinas de Liberación debatían su razón de ser y su futuro, el 15 de marzo de 1971 estalló en Córdoba el "Viborazo", una suerte de reiteración del Cordobazo de dos años antes, aunque de menor repercusión y con una fuerte presencia de las organizaciones revolucionarias junto con el sindicalismo clasista, y con la ausencia de la irrepetible cantidad de "gente común" que había participado en la revuelta de 1969. Ninguna de las distintas fracciones cordobesas de FAL tuvo protagonismo en esta oportunidad, ya que la crisis interna consumía todas sus fuerzas. Pocos días más tarde, el presidente de facto Levingston fue relevado de su cargo por el Comandante en Jefe del Ejército, Alejandro Agustín Lanusse, representante de la fracción más oligárquica y furiosamente antiperonista de las Fuerzas Armadas, quien el 26 de marzo asumió personalmente la Presidencia. No es menor el detalle de que el poder político en la Argentina siguiera siendo algo que se conquistaba por la fuerza, mientras el pueblo —entendido en el sentido clásico, como aquel que ejerce la soberanía a través de sus representantes— asistía pasivamente al espectáculo de golpes y contragolpes militares.

Sin embargo, casi de inmediato el nuevo dictador empezó a hablar del posible retorno a la legalidad institucional, según las condiciones impuestas por las Fuerzas Armadas, a través de la convocatoria de lo que unos meses más tarde se dio en llamar el Gran Acuerdo Nacional (GAN), que pretendía responder a La Hora del Pueblo de Perón y Balbín. Era evidente que el objetivo del GAN era buscar una salida decorosa del poder para las Fuerzas Armadas y tirarle la "papa caliente" de la insurgencia a un gobierno civil. Incluso se arriesgó una posible convocatoria a elecciones generales dos años más tarde, en marzo de

1973, con la posible participación del peronismo, aunque desde el principio quedó en claro que no se iba a permitir que Perón mismo fuera su candidato. A partir de ese momento, Lanusse se enfrascó en su “guerra de posiciones” contra el líder exiliado, y ese duelo entre dos titanes acaparó, por el propio peso de sus dos contendientes, la totalidad de la nueva agenda política nacional.

En tanto, para todo el amplio espectro de la “guerrilla” (término más que problemático, pero devenido habitual en esa época), la situación era paradójica. Tenían derecho a considerarse protagonistas y artífices de esta “vuelta de tuerca” en la historia institucional del país, porque en gran medida había sido su accionar el que había frustrado los planes de Onganía de reinar por varias décadas como sus admirados Franco o Stroessner; pero la opción de una posible apertura democrática los dejaba descolocados e inermes. Toda su fuerza radicaba en la capacidad de disputarles —o al menos cuestionarles— a los militares la hegemonía de la violencia, mientras los partidos políticos tradicionales vegetaban entre la complacencia y la complicidad. Pero ahora eran estos viejos partidos, con sus dirigentes gastados y decadentes, los que quedaban mejor posicionados ante la posibilidad de una gradual apertura democrática: debe de haber sido muy difícil no vivir la nueva situación como una injusticia, y con la sensación amarga de haber hecho el “trabajo sucio” para que los políticos de siempre se llevaran los réditos. Por eso, su postura unánime fue de rechazo visceral a esta posibilidad que planteaba el GAN, al que denunciaron como una nueva trampa o engaño a la voluntad popular.

Por otra parte, era evidente que, con su accionar armado, las organizaciones habían abierto una brecha en la coraza de la dictadura y ganado un lugar en la escena pública. Su actitud a partir de ese momento puede entenderse también mediante la lógica de que, en política, nadie resigna jamás el espacio que ha conseguido por sus propios medios; ni tampoco los medios, cuando éstos ya demostraron ser efectivos.

Muchos años más tarde, Malter Terrada consiguió racionalizar lo que les ocurrió entonces: “Las armas se justificaban mientras hubiera una dictadura que se presentaba como un régimen permanente al estilo franquista. Por eso, buscamos por todos los medios sabotear la perspectiva de la apertura democrática, porque necesitábamos demostrar que nos encontrábamos en una coyuntura eminentemente violenta, y que la negociación con vistas a las elecciones no era más que una mascarada. En otras palabras, nuestra propia violencia debía servir para desenmascarar la verdadera naturaleza fascista del régimen”.[121] Transcurridas tres décadas, Caíto coincide con él y agrega que el rechazo a la propuesta de Lanusse fue unánime en el universo de la lucha armada: “Todos coincidimos en que el único objetivo del GAN era frenar las luchas populares”. Un detalle no menor es que, si la primera acción de gobierno

de Lanusse fue lanzar este acuerdo, la segunda fue encarcelar a Agustín Tosco y Raimundo Ongaro, dos de los principales líderes del sindicalismo combativo.

A las FAL, además, esta nueva realidad las sorprendía en pleno proceso de atomización y disputa por la posesión de la sigla. Sin embargo, en el rechazo al GAN existió un acuerdo total entre las distintas columnas. Una de las primeras respuestas concretas a la propuesta de Lanusse fue una acción de propaganda armada realizada en Córdoba, cuyo contenido buscaba deliberadamente dejar asentada una postura firme ante la posibilidad de esta apertura democrática digitada por los militares. El 22 de mayo, un comando ingresó al Juzgado Electoral de Córdoba, institución que no parecía tener gran utilidad en aquellos años, e intentó incendiar todos los archivos. Aunque la combustión no funcionó y sólo se produjo una débil humareda, el significado de la acción era inequívoco, y las consignas pintadas tampoco dejaron dudas: “Ni golpe ni elección. Revolución social. Comando Máximo Mena. FAL”.

Sus autores pertenecían a uno de los dos grupos existentes en esa provincia —que jamás habían llegado a operar juntos—, que tras la ruptura de las FAL formalizaron su separación de hecho. Concretamente, era el grupo de Chiche, el mismo que había aspirado a ser uno de los líderes de la organización a nivel nacional y tener su Partido para discutir en un plano de igualdad con el sindicalismo clasista cordobés. Después de participar activamente en la discusión en Buenos Aires, él y su compañera, la Gringa, retomaron la actividad política y militar en esa provincia dispuestos a empezar otra vez, y bautizaron a su fuerza —que a nivel nacional respondía a Tato y Tito— con el nombre de FAL Comando Máximo Mena. Seguían contando con una militancia de base numerosa heredada del zaratismo y del PCR locales, con una buena inserción en el sindicalismo clasista y en las principales empresas automotrices. Pero en el camino perdieron a algunos de sus mejores militantes: además del Pelado Manuel, que estaba preso desde fines de 1970, Willy Tamburini partió hacia Chile para vivir de cerca la experiencia del gobierno de la Unidad Popular, y el “Coco” se unió al otro núcleo, ligado originalmente a la Brigada Masetti.

Pocos días después del operativo en el juzgado electoral, el 4 de junio, el Comando Máximo Mena realizó una *expropiación* en la Caja Popular de Ahorro, a la que ingresaron fuera del horario de atención al público. Con gran prolijidad y sin hacer ningún daño, tardaron un cuarto de hora en llevarse veintidós millones y medio de pesos. Hubo, sin embargo, algo que ensució el efecto buscado: ese mismo día un grupo de delincuentes comunes asaltó y robó treinta y siete millones de pesos de la planta de IKA-Renault en Perdriel, haciéndose pasar por “montoneros”. Aunque el engaño no funcionó porque un policía reconoció a uno de los asaltantes[123], era indudable que, para la opinión pública, la existencia de motivaciones tan distintas en hechos tan similares le hacía un flaco favor a la

causa revolucionaria y enturbiaba la visibilidad general del proceso. Era otro problema con el que tendrían que lidiar a partir de entonces.

Entre tanto, el grupo "Masetti" cordobés, además de cortar el vínculo casi nulo que lo unía con el Comando Máximo Mena, perdió también el contacto con la Brigada porteña, sumergida en una crisis profunda de la que jamás se recuperó. También ellos sufrieron la partida de algunos "históricos", como Henry Lerner y la casi totalidad de los viejos militantes de la época anterior a las FAL, aquellos que se identificaban con la herencia del EGP. En el otoño de 1971, el único ex miembro que quedaba en Córdoba de la vieja Brigada Masetti era Norberto Negro, rodeado de una nueva y numerosa camada de militantes juveniles. Pero no había de qué lamentarse, porque era la sangre nueva. La lucha armada surgida a partir de la incorporación de los nacidos a principios de la década de 1950 —los que habían participado de la epopeya del Cordobazo con la consigna "obreros y estudiantes, unidos adelante"— adoptó características propias. La movida tenía su epicentro en el Barrio Clínicas de la capital provincial, donde vivía la inmensa mayoría de los universitarios, muchos de ellos provenientes de otras provincias o del propio interior cordobés, con su mezcla de tonadas regionales. Todo el clima de euforia, efervescencia y empuje juvenil estaba sintetizado por una gran pintada en la calle: "Barrio Clínicas, zona liberada de América Latina".

"Éramos todos amigos, y todos sabíamos en qué andaba cada uno", cuenta el "Chueco", estudiante de Medicina en la Universidad Nacional de Córdoba. "No nos alcanzaba el día. Militábamos en la Facultad, trabajábamos como practicantes de medicina en servicios o guardias de hospitales, organizábamos marchas y actos todos los días, y se nos sumaba constantemente mucha gente nueva. Todos hacíamos sanidad para todas las *orgas*, porque cuando estábamos de guardia nos podían llamar a cualquier hora para curar a alguien y salíamos sin preguntar quién era o dónde militaba. Las guardias de los hospitales, a la noche, funcionaban como una vía de comunicación alternativa donde nos contábamos todo. Pero además hacíamos peñas y guitarreadas a la noche, nos divertíamos, nos enamorábamos… Había mucho romanticismo y nos sentíamos buenas personas", agrega el Chueco que, a pesar de su corta edad, ya estaba casado con una compañera de estudios y de militancia, conocida como "la Flaquita".

Hijo de un militante sindical del gremio marítimo ortodoxamente peronista, el Chueco había fundado una célula junto con tres compañeros en 1970, después de haber tenido su bautismo de lucha de calles durante el Cordobazo. Los otros eran la Flaquita, un ex estudiante de Ciencias Económicas que se había proletarizado y ahora era delegado de Luz y Fuerza alineado con Tosco, y un delegado de Fiat formado políticamente en el Movimiento Revolucionario Argentino (MRA) de Pancho Aricó. Casi una muestra en miniatura de las principales tendencias revolucionarias de la provincia, o al menos de las no

peronistas. Después de rechazar la oferta de otro estudiante de Medicina cordobés, Alejandro Ferreira Beltrán, de integrarse al recién nacido ERP, Norberto Negro los contactó y los sumó a la Brigada justo cuando estaba a punto de estallar la crisis interna de las FAL, de modo que casi no llegaron a militar en la organización unificada. Tras la ruptura, siguieron adelante con el nombre de FAL Comando Polti-Lezcano-Taborda, en homenaje a tres militantes cordobeses del ERP ultimados por la Policía, y se fijaron como estrategia trabajar intensamente en la superficie, tanto en el movimiento obrero como el estudiantil, y realizar sólo acciones propagandísticas.

En principio, adoptaron el criterio de operar en función de las necesidades de los frentes de masas, ya fuera en apoyo a conflictos o en represalia por situaciones puntuales, como una forma de ligar su nombre a todas las luchas. Por ejemplo, cuando en el otoño de 1971 se produjo un desprendimiento en las obras de ampliación de la Facultad de Ciencias Agronómicas, que provocó la muerte de dos chicas estudiantes, realizaron un operativo de represalia (copamiento de oficinas y destrucción de existencias) contra la empresa constructora que, según revelaron más tarde las pericias, había incurrido en serias negligencias. Más tarde, en junio, la Fiat Concord pidió públicamente "garantías de seguridad" para afrontar las negociaciones paritarias, y a los pocos días, como accediendo a su pedido, fue encarcelado el secretario adjunto del gremio SITRAC, Domingo Bizzi. En respuesta, el Comando Polti-Lezcano-Taborda incendió la oficina de relaciones públicas de la empresa, ubicada en una galería del centro, después de sacar afuera y dejar a salvo a las dos únicas empleadas. Esta acción también tuvo una buena repercusión mediática: "Los hechos delictivos de menor cuantía que vienen reproduciendo prácticamente a diario los partes de Policía, *cuyos autores dicen pertenecer a alguna célula subversiva*, se han visto superados en estos últimos días por golpes de mano más espectaculares", evaluó la prensa local.[124] Era también una forma de reafirmar la diferencia entre unos y otros.

Esta modalidad de intervención en las luchas obreras, según admite Negro, no se basaban en esa relación ideal de maestro a discípulo prescrita por Lenin en *¿Qué hacer?*, a propósito del partido revolucionario y la masa trabajadora. Ellos no tenían la pretensión de bajarles línea a los combativos sindicatos del cordón industrial de la Docta, sino que la dinámica los fue llevando a relacionarse con sus integrantes de una forma más acorde con sus posibilidades. Por ejemplo, ofrecerles ser su aparato armado de seguridad. Así fue que se hicieron cargo de la seguridad de los dos Plenarios Nacionales de Sindicatos Combativos, que se celebraron en Córdoba en mayo y en agosto de 1971. "Muchas de las agrupaciones existentes discuten largamente sobre problemas vinculados con el tipo de partido, la naturaleza de nuestra revolución, la caracterización del peronismo, etc., etc., como si fueran grupos de estudio. Las agrupaciones deben conformar paralelamente comandos obreros político-

militares debido a la necesidad imperiosa de que los obreros más avanzados comiencen a manejar los niveles de violencia que requiere la lucha desde el mismo seno de su clase", argumentaban.[125] En esa época, también empezaron a publicar la revista *América Latina*, dirigida por el periodista Edgardo Greco, recientemente radicado en Córdoba. La publicación tenía un nivel de calidad gráfica e impresión que superaba el estilo artesanal de cualquier órgano partidario, y se convirtió en una suerte de vocero de todas las organizaciones armadas y de las corrientes sindicales clasistas.

La fuga

En La Plata, en cambio, el crecimiento en los frentes de masas estaba más ligado a la Universidad, donde Ramón dirigía los Grupos Revolucionarios de Base, de los que surgían constantemente nuevos militantes para el Benjo Cruz. Pero Caíto asegura que jamás se los reclutaba para acciones armadas, a diferencia de otras organizaciones que utilizaban esos frentes casi como canteras de reclutamiento. La presencia en los frentes sindicales, en cambio, era mucho menor, y se empezó a trabajar intensamente para corregir ese déficit; en principio, a través del método de apoyar mediante pequeñas acciones los conflictos puntuales en los lugares de trabajo. En un comienzo les resultó más fácil insertarse en gremios no específicamente proletarios, como el de la Salud; tenían un delegado en el neuropsiquiátrico Melchor Romero, que en ese momento estaba en conflicto por los sueldos.

En la mañana del 18 de mayo, dos hombres y dos mujeres vestidos con uniformes de médicos fueron a primera hora al domicilio del administrador del Hospital, Federico Paz, le expropiaron unas diez armas que tenía en su casa y pintaron en la pared exterior las frases "Viva la lucha de salud pública" y "Enemigo del pueblo". Después se lo llevaron y lo abandonaron atado y amordazado en la caja de una camioneta. "Este personaje se ha caracterizado por la delación policial contra los empleados de salud pública en conflicto a causa de los salarios de hambre que reciben del Estado antipopular", explicaron más tarde en un comunicado. Agregaban que la acción era en "solidaridad con los trabajadores de la salud pública en lucha, que es parte de la lucha general de los obreros, estudiantes y resto del pueblo contra los grandes capitalistas y el imperialismo".[126]

Algo parecido ocurrió en la textil Petroquímica Sudamericana —actual Mafissa—, en la que se producían fibras sintéticas en base a químicos derivados del petróleo. En mayo de 1971, una serie de medidas de fuerza en reclamo de aumentos había ocasionado como represalia un despido masivo de operarios que derivó en un conflicto de 67 días, y el Benjo Cruz realizó, el

19 de junio, un escrache en el domicilio del jefe de personal, Alberto Gómez. "Esta acción se suma a las luchas que la clase obrera y el pueblo han comenzado contra sus patrones explotadores, contra la dictadura y el imperialismo, y contra toda falsa opción, golpista o electoralista, en el camino de ir derrotando sus expresiones concretas como La Hora del Pueblo o el Encuentro Nacional de los Argentinos", decía el comunicado correspondiente, que aprovechaba la oportunidad para hablar de todo. Uno de los delegados despedidos de esa fábrica, conocido como Martín, se incorporó inmediatamente a la organización y llegó a ser más tarde uno de sus máximos dirigentes. "En esa época, las FAL aparecían todas las semanas en los diarios de La Plata y en la radio. Tenían un impacto impresionante en la ciudad, y yo estaba de acuerdo con esa tónica", cuenta.

En tanto, Caíto se había profesionalizado, para lo cual tuvo que abandonar dos buenos trabajos y pasar a ganar menos de la mitad de lo que obtenía con ambos. "Eran criterios de vida", explica.

Y la ex regional Buenos Aires parecía haber desaparecido del mapa, al menos en cuanto a la figuración pública. Allí donde los dos afluentes de mayor peso —el núcleo fundador y los Zárate— se habían fusionado por completo, la ruptura fue quirúrgica y supuso el divorcio efectivo entre ambos. En las nuevas circunstancias, el grupo liderado por Bjellis volvió al viejo *procesismo* y a su condición de Organización secreta e innombrable; pero ya no quedaban entre ellos visitadores médicos que ganaran buenos sueldos y aportaran una parte para los gastos comunes; así empezaron a realizar operativos económicos de subsistencia para echar a andar otra vez su maquinaria. Asaltaron escribanías, compañías aseguradoras y se llevaron cuadros valiosísimos de colecciones particulares, siempre con la convicción de que estaban *expropiando* a la gran burguesía; pero sin firmar jamás sus acciones. Lo que tal vez no preveían era que, hacia fines de ese mismo año, la necesidad inagotable de recursos económicos iba a terminar por borrar casi todas las diferencias de método que decían tener con sus ex socios, a quienes solían acusar de improvisados y desprolijos.

El grupo de Tato y Tito, por su parte, se encontraba preparando una acción sumamente ambiciosa —la primera en bastante tiempo— que, de algún modo, iba a dar la razón a todo lo que se decía sobre ellos, para bien o para mal. Se trataba nada menos que de rescatar de la cárcel a Marina y Talita, porque Susana Giacché ya había sido sobreseída. En realidad, el operativo había sido concebido y planificado por las FAP con el fin de liberar a Amanda Peralta y a otra militante, la médica Ana María Solari, de modo que eran cuatro presas a liberar entre la "L" y la "P" (era habitual identificar a las organizaciones por la letra que las diferenciaba en su sigla). Se fijó la fecha para el sábado 26 de junio de 1971, aprovechando que los sábados eran los días de visita; sería el primer operativo conjunto entre las FAP, Montoneros y FAR (la "R"), en vistas a su posible unificación como Organizaciones

Armadas Peronistas. Dos semanas antes, el 11 de junio, el ERP había liberado de la cárcel del Buen Pastor, en Córdoba, a cinco presas —entre ellas Ana María Villarreal, la esposa de Mario Roberto Santucho—, en un operativo impecable que de algún modo los condicionaba; lo mismo que el enclave de la cárcel porteña, en plena ciudad, que obligaba a extremar las precauciones.

Pero en aquel momento de desbande, los ex Zárate, a pesar de ser la columna mejor preparada militarmente, no tenían la gente ni la estructura necesaria como para realizar un operativo de esa magnitud, por lo que debieron pedir prestados algunos refuerzos para las tareas de dispersión después del rescate, y una posta sanitaria. Acudieron a la gente de La Plata, y así fue que el Tano Durante, que dos o tres semanas antes había salido en libertad por el episodio de Ensenada, otra vez fue convocado para hacer de chofer operativo. Su función era esperar en un auto de recambio en un lugar convenido a diez cuadras de la cárcel y llevar a alguna de las liberadas a una casa segura. “Yo recién me animaba a salir a la calle y me vinieron a buscar doce horas antes para dar apoyo a una acción preparada por ellos, que yo hasta ese momento ni sabía que existía. Así ponían en juego otra logística, la de La Plata. Estaba claro que lo que primaba era la pasión, la emoción y no la racionalidad. Pero la verdad es que me convencieron con el argumento de que iba a ser un hecho político espectacular”, cuenta el Tano. Para manejar otro auto reclutaron a Pichón, que también acababa de salir de Olmos después de pasar diez meses preso a raíz de su caída en Mar del Plata. Le habían dado por cumplida parcialmente su condena de tres años, debido a su buena conducta y por ser primerizo penal, pero cada semana debía presentarse en el Patronato de Liberados.

Los sábados, después del almuerzo y antes de que comenzara el horario de visitas familiares, a las cuatro de la tarde, había un lapso que las presas de la U3 destinaban para recibir a sus abogados.[127] El día indicado ingresaron por el grueso portón de dos hojas de madera que daba a la calle Humberto Primo el abogado Norberto Liffschitz, defensor de la Negra Amanda, y Bruno Cambareri, que no era abogado pero se hizo pasar por tal. Los dos eran militantes de las FAP. En la recepción estaba el puesto de guardia, y a continuación, separado por una puerta metálica, se extendía un vestíbulo rodeado por los cuartos para las entrevistas. Liffschitz se reunió con Amanda en uno de ellos y le entregó dos revólveres, mientras Cambareri lo esperaba en la recepción conversando con los guardias. Amanda volvió al pabellón con las armas escondidas bajo la ropa, y con ellas redujeron fácilmente a la única guardiana del pabellón, que no opuso resistencia. Atravesaron un largo pasillo hasta salir al vestíbulo. Allí, una gruesa puerta las separaba de la recepción, donde los dos hombres ya debían haber reducido con sus armas cortas a toda la guardia: eran ocho guardias penitenciarios

armados hasta los dientes, pero se suponía que debían mantenerlos a raya apenas unos pocos segundos hasta que las cuatro mujeres salieran.

Para abrir la puerta que separaba ambos ambientes y que los dos grupos pudieran reunirse, las presas le pidieron la llave a una de las monjas, la hermana Ignacia, con quien tenían una excelente relación. Pero ésta les rogó llorando a los gritos que no lo hicieran, que las iban a matar si salían, y arrojó la llave lo más lejos que pudo: fue a parar debajo de un mueble estilo colonial pesado y enorme, fuera del alcance de cualquier brazo. Así fue que le dispararon a la cerradura, que tardó más de lo esperado en ceder —mientras lidiaban con el llanto histérico de la hermana Ignacia—, y tardaron bastante antes de poder franquearla. En ese lapso comenzó un feroz tiroteo, primero en la misma recepción y luego en la calle. Desde los autos estacionados sobre Humberto Primo, Aguirre, Schneider, Amílcar Fidanza (FAP) y otros disparaban hacia las ventanas y la terraza de la cárcel para impedir que los guardias pudieran asomarse y hacer puntería. En la esquina, Mario Firmenich, por entonces el número dos en la jerarquía de Montoneros, esperaba como chofer de un auto. En la plaza Dorrego, con caballetes de pintores y grandes cuadernos de estudiantes de Arquitectura, un grupo de las FAR estaba listo para intervenir por si llegaban apoyos policiales desde las comisarías cercanas. Hasta que finalmente las cuatro presas se asomaron por el portón.

Talita recuerda que, después de destrozar la cerradura a balazos, pudieron acceder a la recepción, que encontraron llena de humo y olor a pólvora, pero ya no estaban los abogados. Entonces salieron corriendo hacia la calle en medio de la balacera, mirando fijo hacia delante y, una vez afuera, las hicieron subir a cada una a un auto distinto. A ella la dejaron en Constitución con un boleto de tren a La Plata.

Otro de los vehículos usados en la fuga era el Valiant del padre de Pichón, que manejaba Tito, y al que subieron Tato y Cambareri —este último herido en un brazo— también para alejarse del lugar. Recorrieron diez cuadras y llegaron a la esquina de Piedras y Patagones (actual Dr. Enrique Finochietto), donde los esperaba Pichón en un Peugeot 504. Por motivos difíciles de entender, pero que sin duda tienen que ver con el apuro del momento, Tito se llevó el Peugeot y Pichón pasó a manejar el Valiant de su padre. Tal vez fue porque resultaba más expeditivo que cambiara de auto una sola persona y no tres, sobre todo cuando había un herido. Pero aún más difícil de entender es cómo Cambareri convenció a Tato de que lo llevaran a la posta sanitaria de la P, a la que él tenía que guiarlos todo el trayecto, y no a la de la L, a la que Pichón sabía cómo llegar por el camino más rápido. Lo cierto es que salieron por la Avenida Caseros hasta llegar a Constitución, doblaron hacia el sur y luego tomaron Amancio Alcorta rumbo a Villa Lugano, sin saber que un vecino de la calle Piedras los había

denunciado al Comando radioeléctrico, con la descripción del auto y su número de patente. Un patrullero los reconoció y empezó a seguirlos discretamente y a distancia, mientras pedía refuerzos.[128]

Sin advertir que los seguían, Tato y Pichón creyeron ver una pinza policial al frente, sobre Amancio Alcorta, y doblaron a la derecha por una calle que moría en una vía del Ferrocarril Belgrano Sur sin paso a nivel. Allí abandonaron el auto, cruzaron la vía caminando y se dispersaron: Pichón siguió caminando solo en dirección al Parque de los Patricios, mientras que Tato y Cambareri —a quien ya no le sangraba la herida— se quedaron a esperar un colectivo en una parada en la esquina de Grito de Asencio y Atuel. Los policías, conocedores del barrio, tomaron por otra calle que sí tenía paso a nivel, cruzaron la vía y los sorprendieron. Dieron la voz de alto, y enseguida empezó un tiroteo, inverosímil para la siesta del sábado en ese sitio, en el que Cambareri cayó alcanzado por una ráfaga pero siguió tirando con sus últimas fuerzas. Es probable que haya muerto dentro del mismo patrullero, que lo recogió para llevarlo al hospital Churruca.[129] Tato, según contó después, no pudo hacer nada más por él porque los policías se le venían encima y lo forzaron a seguir corriendo, hasta que pidió que lo refugiaran en una casa de familia con una excusa imbatible: “Soy peronista y me están persiguiendo”.

La mitología de las FAL cuenta que Tato-Lucho Aguirre se sentó a la mesa como si fuera un pariente más (o el “más” de todos), exhibiendo la camiseta de frisa y con un escarbadientes en la boca, por lo que sus perseguidores no pudieron identificarlo cuando entraron. Pero es algo imposible de comprobar. Otra versión dice que le pidieron que les dejara su arma, y él accedió. Dos o tres horas más tarde llegó a La Plata, donde a Marina, su esposa, la estaban curando de una herida en la pierna derecha. Desde ese día, ella tuvo que usar botas altas para ocultar la cicatriz, aun en verano, y aprovechó para cambiar de aspecto: se tiñó de negro el pelo rubio y se operó la nariz. Existen varios testimonios de conocidos suyos e incluso familiares que no la reconocieron al verla. Quien la había llevado hasta ahí era el Tano Durante, a cargo de otro vehículo de recambio.

El Valiant en el que había huido Tato quedó abandonado a unas cuadras del Parque de los Patricios. Ni siquiera le habían cambiado la patente, y tenía en la guantera todos sus documentos a nombre del padre de Pichón, que fue detenido e interrogado —con tortura incluida— dos noches en Coordinación Federal. Por su parte Pichón, que había violado las disposiciones de su libertad condicional, tuvo que pasar a la clandestinidad. Al día siguiente la acción fue reivindicada por las FAL Comando Alejandro Baldú: “Los comandos de apoyo de las Fuerzas Argentinas de Liberación, que participaron en el operativo de rescate del

día de ayer, saludan y felicitan a los compañeros de las FAP por la brillante y aguerrida conducción del operativo, como así también al resto de las fuerzas intervinientes. [...] El compañero de las FAP caído en el combate era conducido por nuestra organización a una posta sanitaria para su atención, cuando se produjo el enfrentamiento con las fuerzas esbirras del régimen. Se batió junto a nuestro compañero, a pesar de estar herido, con garra sin igual. Su muerte debe ser ejemplo para la intensificación de la lucha y la búsqueda de la unidad revolucionaria".[130]

Apenas desembarcada en La Plata, Talita, de 25 años, se incorporó a esa regional y pasó a la clandestinidad. Ya había perdido todo contacto con su esposo legal, que se había exiliado en Chile porque desde el episodio de Ensenada era buscado por las autoridades argentinas como supuesto integrante de las FAL. Ella también se tiñó el pelo de negro, empezó a usar documentos falsos y cambió su nombre de militancia por Pelusa, aunque todos los que la conocían la seguían llamando como siempre. Pero enseguida se dio cuenta de que había llegado a La Plata en un mal momento: la Policía estaba en todas partes, hacía allanamientos y detenía constantemente a militantes estudiantiles. "Al ser una ciudad chica, donde todos se conocen, resultaba muy difícil mantener las normas de seguridad propias de una organización compartimentada", reflexiona Talita. Lo cual obligó al Comando Benjo Cruz a replegarse en forma desesperada: a ella la mudaron varias veces de casa, hasta más de una vez en un solo día.

Una noche de julio de 1971, la Policía de la provincia de Buenos Aires allanó una casa a raíz de la denuncia de un vecino, un militar, a quien le había llamado la atención la forma sospechosa en que solían llamar a la puerta en una de las viviendas, golpeando con el canto de una moneda. Encontraron folletos y volantes y convirtieron el lugar en una ratonera, a la espera de que cayeran los militantes. "No nos estaban buscando desde antes, no había de qué acusarnos. De los operativos de Correos, el Hipódromo o la Clínica Mayo no existía el menor indicio de que alguno de los intervinientes hubiera sido identificado", cuenta uno de los militantes que cayó en estos procedimientos. Después, gracias a algunos datos obtenidos bajo la tortura identificaron a otros, y así cayó íntegra la célula de Quiroga y De la Fuente, junto con varios de sus contactos: trece personas en total. Todos, sin excepción, eran profesionales o estudiantes de Bellas Artes, Arquitectura y Humanidades. "Cabe agregar que un lugar de reunión de este grupo es la Escuela de Bellas Artes, y dentro de ella, el Coro Universitario, donde convergen estudiantes de varias facultades y por ello sirve de cobertura a agitadores y activistas", concluía el informe que confeccionó la Dirección de Investigaciones de la Policía bonaerense después de las detenciones.[131]

Como consecuencia de esta caída masiva, el Comando Benjo Cruz no volvió a operar en La Plata, y los dirigentes que no habían sido detenidos tuvieron que pasar a la clandestinidad y mudarse a Buenos Aires para volver a empezar ellos

también prácticamente de cero en un nuevo ámbito geográfico. Fue el caso de Ramón, responsable del frente universitario en la UNLP que, gracias a su capacidad organizativa y su fuerte liderazgo, en poco tiempo se convirtió en uno de los principales referentes de la “L” a nivel nacional. Algunos recuerdan que ya un año antes, en medio de la crisis entre los afluentes, Tato había querido promoverlo a la dirección nacional cuando muy pocos lo conocían. Los dos tenían en común el empuje vital -esa tan mentada moral revolucionaria-, la capacidad de repentinización en los operativos y, también, cierta desprolijidad en lo cotidiano. Por caso, Malter Terrdada cuenta que en cierta oportunidad Ramón llegó consternado a una reunión y contó que se había olvidado una vez en un bar un grueso sobre lleno de billetes, producto del operativo que acababa de realizar. Otra vez salió de su departamento en avenida Las Heras y dejó la puerta abierta… con el Tano Durante durmiendo adentro. Lo cierto es que su ausencia en La Plata motivó que empezara a crecer la figura de otro estudiante de Arquitectura de la UNLP, Hugo Arnaldo Corsiglia, el "Bambi", a quien todos describen como un joven brillante y de gran ascendiente, que quedó a cargo de los GRB.

Por esa misma época Pichón, de 23 años, que estaba escondido y bien guardado por culpa del Valiant, pidió autorización a su responsable para ver a Talita, la compañera que se había hecho pasar por su esposa el año anterior, en Mar del Plata, y que desde la fuga estaba oculta en Buenos Aires, sin participar de ninguna actividad y casi sin salir a la calle. Se encontraron en un bar de Libertador y Republiquetas, en Núñez, se subieron a un tren e hicieron el trayecto completo de ida y vuelta hasta Tigre. , nos gustamos, pero después cada uno se tuvo que volver a la casa donde nos guardaban porque los dos estábamos clandestinos”, cuenta Talita. Pidieron una nueva cita y esta vez los llevaron a una casa. Dos meses más tarde, alquilaron una vivienda para ellos en Carapachay, como si fueran un matrimonio, con la diferencia de que ahora sí eran una pareja, aunque sin papeles. Al año siguiente nació su primer hijo y lo llamaron Bruno, por Bruno Cambareri.

La muerte en un instante
(1971)

Estaba atardeciendo en Córdoba. Era verano. Habíamos salido a "hacer" unas patentes, que era una de las primeras cosas con las que íbamos fogueando a los compañeros que recién se integraban, y el Petiso era uno de ellos. Para los demás era una rutina. Lo habíamos hecho decenas, por no decir cientos de veces. A tal punto que apenas si habíamos tomado algún recaudo de seguridad, como una posta de sanidad o algo por el estilo. Apenas lo decidimos, agarramos los fierros y uno de los tantos coches que habíamos levantado para infraestructura, y salimos. Dimos unas vueltas y, ni sé cómo, enfilamos hacia la Ciudad Universitaria, que en esa época del año estaba vacía. Cuando llegamos ya estaba oscureciendo. Dimos unas vueltas y no vimos ningún vehículo que sirviera para lo que queríamos. En eso, al girar por una de las calles laterales, si mal no recuerdo cerca del Pabellón Francia, vimos a dos de los guardias de seguridad de la Uni. Con sus típicos trajes grises y gorras características. Al acercarnos, nos dimos cuenta de que sólo uno de ellos iba desarmado. Uno de los compañeros dijo: "¿Y si los hacemos?", por decir que les expropiáramos el arma. Dudamos unos segundos, pero como ya estábamos sobre los canas, acordamos que dos "apretaríamos" al de la izquierda, y el otro compañero, al de la derecha. Los tipos se dieron cuenta de que algo raro pasaba porque se pusieron en alerta. Bajamos rápidamente y sacamos nuestras armas con la intención de sorprenderlos. Estaríamos a unos diez o quince metros cuando uno de ellos, el que estaba desarmado, me reconoció por haberme visto numerosas veces en el comedor universitario o en el patio, y alguna vez arrojando volantes o mariposas. Al darme cuenta de que me había reconocido, vi en su cara el temor que sintió, al mismo tiempo que sacaba un arma que tenía en la cintura, oculta por la chaqueta. Le di la voz de alto diciéndole: "No, no, no… no se resista, que sólo queremos las armas", pero, seguramente creyendo que íbamos a tomar alguna represalia o a matarlo, hizo caso omiso con toda la intención de disparar.

Lo que vino después fue una pesadilla. Al ver que iba a tirar, comenzamos a hacer fuego a la vez que gritábamos que se rindieran, pero ya el enfrentamiento no tenía retorno. No sé cuántas balas se dispararon, pero no fueron pocas, y el estampido de las detonaciones se mezcló con el olor a pólvora, impregnando el ambiente, a la vez que se escuchaban gritos de dolor y de desesperación. Cuando vimos que los guardias habían caído al suelo, salimos corriendo, no en el coche sino a pie, ignoro por qué. Cuando ya habíamos recorrido un trecho, sentí nuevamente unos disparos y comencé a correr en zigzag, rogando que no me acertaran, mientras veía alejarse a uno de los compañeros. Transcurrieron unos segundos cuando el Petiso, rezagado, me llama diciéndome: "Pará, ayudame… Me parece que me dieron…". Al darme vuelta, vi que caminaba con dificultad y con la mano izquierda se tomaba el abdomen. Cuando me iba acercando le pregunté: "¿Qué te pasa? Dale que te ayudo…", y vi que se iba desplomando. Llegué a

su lado, ya estaba tendido en el suelo y me di cuenta de que estaba herido y perdiendo sangre en forma abundante. No podía creer lo que veía. Volví a preguntarle: "Petiso, ¿qué pasó?". Y él, con desesperación y resignado, me tomó con una mano de la remera y me respondió: "Me muero, hermano, me muero…". "¡No Petiso!", reaccioné. "No, dale que te llevo… ¡No te mueras, carajo!". Pero vi cómo desfallecía entornando sus ojos y supe que no había nada más que hacer.

Totalmente conmocionado, no me di cuenta de que nos seguían disparando. Quise salir corriendo pero algo me retuvo: la mano del Petiso que tenía agarrada mi remera y que con mucho esfuerzo pude abrir. Fue entonces que seguí el recorrido previsto y unos metros adelante me encontré con el otro compañero. Juntos nos dirigimos a una parada de ómnibus con las armas escondidas en la cintura. Tomamos el bondi, agitados y transpirados, pero nadie se dio cuenta de nada. Llegamos a la casa donde nos esperaban, sin problemas. Sólo que la vida de todos había cambiado en un instante, para siempre.

El Chueco,
Córdoba, junio de 2010

5. La fatalidad
(1971-1972)

Renuncias, migraciones, “pases”

Después de una larga estadía en el penal de Olmos, donde abundaban los confinamientos en celdas de castigo y otras “dulzuras” de la vida carcelaria, Juan Carlos Cibelli, que estaba procesado sin condena, consiguió que lo trasladaran a Villa Devoto. En el pabellón 46 se encontró con Carlos Della Nave y los militantes del zaratismo que habían caído junto con Marina Malamud en Palermo. Más tarde se les sumó Jorge Caravelos, detenido en Córdoba junto a su esposa Lucía Swica. Con Della Nave jamás consiguió tener una conversación racional, ni siquiera para preguntarle qué había ocurrido con Baldú. Carlitos se había vuelto esquivo, casi no le dirigía la palabra y parecía haber roto todos los lazos con ese pasado; hasta que el Ciego no insistió más porque resultaba imposible extraer algo de él. Además, tenía otro proyecto en mente. Como lo único que le dejaban leer en Olmos eran los suplementos Económico y Rural de *Clarín,* a falta de otra diversión se había apasionado por esos temas, y en Devoto empezó a armar una biblioteca de libros sobre economía, y una hemeroteca con los suplementos mencionados y la colección completa de la revista *Mercado*. “Me empecé a dar cuenta de que no estábamos viviendo la última etapa capitalista, que el capitalismo no estaba para el empujón final, sino que después se iba a venir otra fase superior, imperialista total, que iba a ocupar el globo terráqueo porque los soviéticos ya habían bajado las banderas socialistas para hacerse socios del capitalismo”, cuenta. Hoy en día estas ideas, correctas o no, son de uso corriente, pero no lo eran entonces, cuando la lucha armada se alimentaba de certezas, como que el imperialismo era un “tigre de papel” —definición de Mao— que ya había sido derrotado en Cuba y Vietnam.

Dispuesto a que su encierro resultara productivo, Cibelli consiguió armar un equipo de ocho presos políticos de distintas organizaciones —en general pequeñas e ignotas— que pusieron manos a la obra. Todos los días, cuatro horas a la mañana y cuatro a la

tarde, se dedicaron a buscar la información "dura" que reafirmara —o refutara— estas hipótesis. Así plasmaron un manuscrito de 175 páginas, anónimo y sin título, que el Ciego primero se encargó de difundir en la cárcel entre los presos políticos, y después lo mandó a imprimir afuera. Para eso, Della Nave se dedicó durante dos meses a hacer un castillo con fósforos y papel maché, y ocultaron las hojas adentro. Carlitos seguía siendo insuperable para esas tareas. Se hicieron mil quinientas copias en offset, de las que sobrevivió una sola que Cibelli todavía conserva.

Con una abundante documentación de cifras y datos estadísticos, más la inspiración omnipresente de las viejas lecciones de Silvio Frondizi, el texto planteaba que el capital monopolista ya no competía con las llamadas burguesías nacionales, sino que ahora se asociaba a ellas en cada país, ocultando su carácter foráneo, lo cual le permitía conseguir varios objetivos al mismo tiempo. Por un lado, trasladar sus cadenas productivas, generadoras de desechos tóxicos y tensiones sociales, a los países periféricos —donde la mano de obra era más barata en dólares—, y en un futuro cercano también al bloque socialista.[132] Por otro lado, incorporar a las poblaciones de esos países a las grandes masas de consumidores de sus productos ("especialmente aquellos a los que ya no les interesa producir ni consumir en las metrópolis"),[133] hasta lograr la unificación mundial del mercado y de la economía. Por último, transformar a todo el planeta en una gran cadena de producción unificada, en la que cada país tendría asignado su pequeño rol en la industria "de acuerdo con los intereses de unos pocos monopolios" y sin posibilidad de intentar ningún tipo de desarrollo económico independiente.[134]

El trabajo no proponía una línea de acción concreta para operar sobre esta realidad, sino que apuntaba en principio a brindar un diagnóstico de las tendencias económicas; pero en las discusiones con otras *orgas*, Cibelli argumentaba que la burguesía no estaba en crisis, ni mucho menos. "Como, además, ya no se podía esperar el apoyo soviético para ningún proceso revolucionario, el ejemplo de Cuba era irrepetible y la guerrilla era absolutamente inviable", explica. Claro que cuando planteaba esto último, enseguida lo tildaban de "quebrado" o "agente de la CIA". Sin embargo, estaba convencido, probablemente con razón, de que el esfuerzo intelectual y la búsqueda de rigurosidad ubicaban a su trabajo a años luz de lo que solía ver en el resto de los presos: "La producción teórica de la guerrilla en la cárcel era lamentable: una consigna detrás de la otra", recuerda.

Pero el Ciego no era el único militante de la vieja Organización descontento con la evolución de la insurgencia armada, de la que ellos habían sido pioneros. También Carlos Malter Terrada, al frente de la regional Rosario, sumaba cada vez más dudas, a lo cual se le agregaba el desgaste de los dos años de clandestinidad —desde la operación en Campo de Mayo— que ya le empezaban

a pasar facturas en la salud, como una úlcera que lo tenía a maltraer. También notaba que el perfil de los militantes había cambiado: "Las motivaciones políticas se volvían menos elaboradas y más elementales, en beneficio del militarismo. Los nuevos no tenían paciencia, no querían perder tiempo con teorizaciones: querían volcarse directamente a los fierros",[135] escribe. Pero, sobre todo, estaba convencido de que la perspectiva de una transición democrática, aun con sus limitaciones, les había cerrado todos los caminos. Entonces, planteó en su regional la necesidad de asumir la nueva realidad con el abandono de la lucha armada, y dijo que debían proponerle a Lanusse una tregua a cambio de la amnistía y la incorporación a la vida política legal. Desde luego, su moción resultó rechazada.

Malter Terrada pidió licencia por motivos de salud y renunció en forma provisoria a la dirección, pero encontró una nueva veta para seguir militando: por iniciativa de una maestra recién recibida que colaboraba con la organización, se dedicó a tratar de fundar y dirigir en Rosario una agrupación sindical de docentes, gremio que entonces no tenía una representación a nivel nacional. "En los docentes había una contradicción enorme entre la ausencia de una estructura sindical y la existencia de una agitación generalizada por parte de las bases, así que estaban dadas todas las condiciones para constituir un sindicato democrático y combativo", cuenta. Para él, en lo personal, fue su última actuación política en la Argentina, antes de emigrar al año siguiente a Chile con Yiya, su compañera, a vivir de cerca la experiencia del gobierno de Salvador Allende.

La dirección de la regional quedó entonces en manos del Flaco Anselmo, un cordobés que había vivido muchos años en Buenos Aires, hasta que la dirección nacional lo envió a Rosario. Su recorrido político era curioso: había sido uno de los colaboradores más cercanos de Juan García Elorrio, el director de *Cristinanismo y Revolución*, y luego militó en Acción Revolucionaria Peronista, la agrupación de John William Cooke, para luego sumarse al zaratismo; casi a contramano de la tendencia general de la época. En la práctica, Anselmo se hizo cargo de la conducción política de la regional y de los trabajos de masas, sobre todo en la zona industrial de Villa Constitución, y delegó las tareas militares en D'Arruda, quien las siguió planificand con el estilo meticuloso de la vieja Organización. Su operativo más impactante fue la *expropiación* a las oficinas de la Dirección de Rentas de la Municipalidad de Rosario, el 7 de setiembre de 1971, que Anselmo y D'Arruda solían exhibir después como un ejemplo de su forma prolija e incruenta de operar. Un grupo fue a la madrugada al domicilio de un jefe de área a informarle que otro funcionario de la repartición estaba enfermo, y al subir a un auto lo redujeron y lo llevaron al edificio de la Municipalidad, donde tuvo que abrirles la caja fuerte con su propia llave.[136]

Sin embargo, la regional sufrió a partir de entonces unos cuantos golpes

duros, como la detención de varios de sus cuadros más antiguos en una simple *razzia* policial cuando circulaban por Rosario, en auto, con materiales comprometedores. Ello forzó a varios cuadros destacados como el Negro Jero y Mario Bordesio a pasar a la clandestinidad y trasladarse a Buenos Aires, donde siguieron militando en la columna de Tato y Tito. La dirección de la regional, en cambio, no se alineó con ninguna de las nuevas columnas (ex afluentes), ni adoptó una denominación especial, sino que siguió firmando sus operativos como FAL más el nombre del comando interviniente en cada acción. Hasta que en algún momento de 1972, por motivos que probablemente jamás se conocerán del todo, la conducción de Anselmo y D'Arruda decidió dar vuelta definitivamente la página de las FAL y reconvertirse en una entidad nueva: la Organización Revolucionaria Poder Obrero (Orpo), con base en Rosario, que sin embargo continuó manejándose con los mismos lineamientos de acumulación paciente y escasa visibilidad púiblica.

En esa época dejó de existir la Brigada Masetti, casi por decantación, ya que no hubo una decisión formal de disolverla. Lo cierto es que muchos militantes habían empezado a emigrar hacia las FAR, como Taco —que así retomó su identidad peronista en suspenso—, o al ERP, como Bellomo, la Negra, Drangosch, y por último Szpunberg y algún otro sobreviviente del grupo fundador. “Nosotros siempre nos habíamos considerado afluentes de algo más importante, por lo que, para ser coherentes, teníamos que poner el hombro en las organizaciones que más crecían”, explica Alberto, que al mismo tiempo empezó a trabajar en el Suplemento Cultural del recién aparecido diario *La Opinión*. Llevar una doble vida entre la militancia y la literatura seguía siendo parte de su condición. En cambio, Roque fue el único que abandonó definitivamente la lucha armada para dedicarse a militar en el Sindicato de Viajantes de Comercio. “Ya no creía más en la guerrilla. Me di cuenta de que la burguesía, que cinco años atrás cerraba todas las puertas, ahora le había encontrado la vuelta con el GAN”, explica. La Negra siguió con lo que Alberto llama “una vida de humildad y de lucha”. Se separaron, pero todos ellos conservaron siempre la marca de identidad de la Brigada.

La columna América en Armas, en tanto, seguía haciendo su propio camino, a veces un poco a los ponchazos. Es ilustrativo el asalto a la fábrica láctea Kasdorf, cerca del Cementerio de la Chacarita, que en el verano de 1972 les dejó un saldo de treinta y cinco millones de pesos en un operativo de película, aunque no precisamente por su perfección. El objetivo era la caja fuerte de la empresa, pero tenían que llevársela de la planta porque Montoneros no había querido “prestarles” a un experto que podía abrirla en el lugar, a pesar de que les ofrecieron todas las garantías de seguridad. El problema era que pesaba unos seiscientos kilos, el doble de lo que ellos habían calculado y, ante la imposibilidad de bajarla a pulso —sólo comprobarlo los dejó extenuados—, el grupo operativo comandado por “Pelito” Poper decidió arrojarla escaleras abajo.

Pero quedó incrustada en un recodo, y tardaron varias horas en moverla de allí hasta el playón de estacionamiento. Entre tanto, empezaron a llegar a la planta los camiones lecheros, y como no habían llevado suficiente cantidad de sogas para atar a todos los choferes y acompañantes, tuvieron que encerrarlos en una habitación, libres de pies y manos.

Cuando, finalmente, después de seis horas y ya con la luz del día, consiguieron subir la caja a su camioneta, no pudieron ubicarla en la posición correcta, y les quedó completamente volcada, sobresaliendo por uno de los costados. Eso hizo que, al llegar a la casa operativa, en la zona de Caseros, el vehículo no entrara por la puerta de la cochera. Para poder bajarla, compraron una grúa de pie, que no soportó el peso y se rompió en el intento —todo esto bajo la mirada curiosa de los vecinos—, hasta que, ya al atardecer, vestidos como operarios y alguno que otro como policía, acertaron a pedirle ayuda a una camioneta del Automóvil Club, que la levantó y la bajó con su grúa y la metió en la casa. Podría decirse que estas dificultades se debían al origen y la formación intelectual de los autores, insuficiente para realizar tareas que los integrantes de la clase trabajadora resuelven fácilmente con su oportuno sentido común. Ya con la caja a buen recaudo y bajo techo, llegó a abrirla el especialista “prestado”: tardó apenas cinco minutos.

Bufano recuerda que el hecho de que fueran pocos y que tuvieran muchos gastos los obligaba a realizar pequeños *operativos de acumulación* casi todas las semanas: un síndrome de hiperactividad que, en rigor, era un símbolo de los tiempos; lo cual los llevó a buscar una alianza puramente táctica con el Grupo Obrero Revolucionario (GOR), pequeña organización fundada recientemente por una fracción “obrerista” escindida del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) que, en 1970, en disidencia con Santucho, se había opuesto a la creación del ERP. Liderado por Daniel Pereyra, el GOR rescataba la existencia de un aparato militar exclusivamente para autodefensa del movimiento obrero o acciones de propaganda armada, pero su horizonte era apostar todo al trabajo de base en barrios y en fábricas. Se especializaban en realizar acciones “relámpago”, que consistían en copar una fábrica donde hubiera conflicto —por lo general medianas o pequeñas—, arengar a los trabajadores e inundar el sitio de volantes y pintadas. “Ellos querían convertirnos a su forma de operar, nos acusaban de foquistas”, cuenta Bufano con ironía, porque era justamente la misma crítica que ellos les hacían a otras columnas de FAL. Pero durante casi tres años se prestaron mutuamente hombres y recursos para compensar las propias deficiencias de estructura y logística.

A diferencia de las ambiciones más bien moderadas de América en Armas, la columna de Aguirre todavía aspiraba a erigirse como un polo de atracción en el espectro de la insurgencia de cuño marxista leninista. Pero, contra esta voluntad, atentaban sus graves dificultades económicas y de infraestructura, agravadas por el fracaso de algunas *expropiaciones*. “Estábamos hartos”, grafica Pichón, que una

vez se pasó varias horas esperando en vano una camioneta pagadora del Automóvil Club. Alguien les dio entonces la idea de secuestrar a un empresario, y hasta les sugirió a quién: Jorge Vázquez Iglesias, propietario de una concesionaria automotriz especializada en camiones de gran porte y presidente del Banco Español del Río de la Plata. Así, una mañana de octubre de 1971 lo interceptaron cuando caminaba desde su departamento en la Avenida Libertador hacia el garaje donde guardaba su auto. Pidieron 150 millones de pesos pero se contentaron con 90, y lo soltaron al día siguiente.[137] Lo llevaron a su "cárcel del pueblo", en una casa cerca de Plaza Irlanda, donde el empresario pasó su cautiverio conversando amablemente con sus captores, e incluso se mostró, si no de acuerdo, al menos comprensivo con sus ideas. La acción no se firmó y los medios la tomaron como un hecho policial.

Fue tal vez su operativo económico más exitoso, y les dio "aire" como para plantear la posibilidad de refundar la organización junto con el Benjo Cruz que, tras la caída masiva en La Plata, había quedado a cargo de Caíto, en esa ciudad, y de Ramón, en Buenos Aires. En rigor, ambos grupos jamás habían dejado de celebrar reuniones periódicas de una supuesta "dirección nacional" que en realidad no tenía ninguna atribución ni poder resolutivo, sino que buscaba llegar a acuerdos de coordinación, y de las que también participaban Chiche, por Córdoba, y Anselmo o Jero, por Rosario. También solían prestarse colaboraciones puntuales para sus operativos; por ejemplo, Tato fue a atender a un empresario secuestrado por el Benjo Cruz que sufría problemas cardiacos: el rehén quedó tan conforme con la medicación que le pidió la receta. Incluso conversaron de volver a unificar a las FAL, en una nueva versión algo reducida que no iba a incluir al grupo de Bjellis ni a la regional de Tafí Viejo, tampoco a América en Armas ni a la Brigada Masetti. Pero la idea no prosperó. "Con la gente de Tato había mucha desconfianza metodológica, más que diferencias políticas —explica Martín—. Ellos eran muy liberales en temas de seguridad, y Tato, sobre todo, tenía un nivel de autonomía tan grande que parecía imposible contenerlo para que no se cortara solo y te dejara pagando. Pero él era el que más insistía en volver a operar juntos como fuera, para no irnos a la mierda de a uno."

En esa época, enero de 1972, el Comando Benjo Cruz se vio envuelto en el único episodio trágico de su historia, a raíz del operativo realizado en el domicilio de Jaime Perriaux, ex ministro de Justicia de Lanusse; un hombre al que consideraban ligado a la dictadura y sus políticas represivas, a pesar de que ya no ocupaba cargos públicos. Efectivamente, un año antes había impulsado la creación de la Cámara Federal en lo Penal de la Nación (el "Camarón"), un tribunal de instancia única con competencia en todo el país que debía servir para agilizar las causas contra los guerrilleros y obtener condenas en forma expeditiva.[138] "La acción tenía como objetivo identificar públicamente a uno de

los responsables ideológicos de la represión; demostrarles que no eran inmunes, que no eran invisibles, y que estaban expuestos a las consecuencias que sus acciones generaran", cuenta un ex militante con reserva de identidad.

El 14 de enero un comando colocó en el palier del piso donde vivía Perriaux, en Recoleta, una bomba activada por un mecanismo de relojería disimulada dentro de un paquete de una torta de confitería. El ex ministro y su familia se encontraban muy lejos de allí, de vacaciones en la Patagonia, y además se tomó la precaución de llamar por teléfono para advertir a la mucama que abandonara la vivienda. Ella reaccionó al segundo llamado porque al principio pensó que era una broma; avisó al encargado, y éste a su vez llamó a la Policía, que envió a una brigada de explosivos al departamento. Al atardecer, tres agentes murieron al explotar el artefacto, mientras intentaban desactivarlo, y uno más al día siguiente. Casi la totalidad del primer piso quedó destruido, y también partes del segundo y de la planta baja.[139] El inesperado desenlace dejó a todos consternados, pero a pesar de ello, la regional Buenos Aires de FAL Comando Benjo Cruz se atribuyó la acción. "De ningún modo la idea era generar una tragedia, porque nuestra organización no diseñaba acciones de sangre ni jamás hizo *boletas*", asegura Martín.

El caso Novakovsky

Ese mismo verano, también en Buenos Aires, el grupo de Sergio Bjellis estaba inmerso en lo que podía considerarse una crisis terminal e irreversible. "Bajo el imperio de la subsistencia, muchas veces se hacen cosas que no deberían hacerse, y el grupo empezó a sostenerse con recursos que dejaron de ser legítimos y responsables", cuenta una de las más antiguas militantes de la vieja Organización, que jamás fue identificada, y en la actualidad es una eminente investigadora científica. Este proceso culminó con un secuestro extorsivo que debía ser un simple operativo de *acumulación financiera* y culminó en una tragedia.

Desde diciembre de 1971, mantenían cautiva a Liliana Sofía Novakovsky, de 25 años, una joven de vida un tanto errática, sin profesión y con antecedentes policiales por tráfico y consumo de drogas, que vivía sola y mantenida por sus padres en un departamento de Barrio Norte. Los captores le exigían a su padre, el próspero abogado David Novakovsky, un rescate de cien millones de pesos; pero la familia se mostró renuente a pagarlo por creer que se trataba de un fraude y que Liliana era en realidad cómplice de sus supuestos secuestradores. Por eso, el padre había radicado su denuncia en la división Defraudaciones y Estafas.

Transcurrieron varios meses —todo el verano— sin novedades. No

sirvieron de nada los innumerables llamados a la familia, tampoco un artefacto explosivo de escasa potencia en el jardín del edificio donde vivían los padres, en Belgrano R. Al final, las expectativas de cobrar el rescate se esfumaron. No era una situación inesperada: en general, se resolvía soltando al rehén y asunto zanjado pero, en este caso, resultaba imposible hacerlo por motivos de seguridad. Las versiones difieren en este punto. Al parecer, la chica había visto las caras de varios de sus guardianes, o se había interiorizado de cierta información sensible porque en algún momento mostró interés por unirse a la organización (lo cual la hubiera convertido en un antecedente de la estadounidense Patty Hearst).[140] Lo más probable es que el motivo exacto jamás se conozca pero, sea cual haya sido, obligó a sus captores a decidir si liberarla o ejecutarla. La cuestión se debatió en una asamblea maratónica de la que participaron casi todos los militantes encuadrados: unas veinticinco personas. Fue una de las decisiones más democráticas que se hayan tomado en cualquier organización insurgente más o menos vertical y compartimentada, y terminó con el pulgar hacia abajo por un margen bastante amplio; todos habían podido opinar, argumentar y votar, de modo que la sentencia expresaba la voluntad colectiva inapelable.[141]

El 8 de mayo de 1972, cuatro meses y medio después del secuestro, Liliana fue ultimada casi con seguridad adentro de un auto, mediante cuatro tiros (uno solo hubiera alcanzado, pero es probable que se haya buscado “socializar” la responsabilidad), y su cadáver apareció en una calle de tierra en la zona norte del Gran Buenos Aires. Según la minuciosa y aguda descripción de una revista de actualidad, el cuerpo se veía perfectamente limpio, bien alimentado y sin rastros de golpes o vejaciones. Ya sin vida, también fue tratado con gran consideración: no lo tiraron sino que lo levantaron entre dos para apoyarlo suavemente en el suelo, y al lado, con gran prolijidad, dejaron su cartera.[142] Delicadezas que enfatizaban el carácter político, casi burocrático de su muerte, exenta de toda animosidad u odio hacia la víctima. El hecho no se firmó, tal como sucedía entonces con todo el accionar de ese grupo, y fue uno de sus secretos mejor guardados. Sin embargo, la historia se filtró inevitablemente entre las columnas de FAL, y su consecuencia fue el repudio casi unánime a la persona de Bjellis, por ser la cara más visible del grupo.

Ante hechos de esta naturaleza, se puede adoptar la actitud de juzgarlos o de intentar comprenderlos desde cierta perspectiva histórica. Una primera aproximación objetiva nos dice que la mayor parte de quienes llevaron a cabo este homicidio eran estudiantes o profesionales en el momento de asumir la actividad armada, y varios de ellos fueron después —o lo son en la actualidad— personalidades brillantes de la ciencia, trabajadores meritorios de la cultura o simples personas honestas de quienes nadie sospecharía que puedan guardar un secreto así en

su pasado. Ninguno de ellos tenía una predisposición innata hacia la violencia, la “mala vida” o el oficio militar, sino que fueron las circunstancias históricas que les tocaron vivir las que los llevaron a optar por esa forma de lucha política, y en ese contexto se vieron enfrentados a dilemas éticos que en algunos casos los sobrepasaron. Esto no los exculpa ni los justifica: de lo que se trata es apenas de echar alguna luz sobre un periodo histórico y sus actores.[143]

Las secuelas de este drama fueron devastadoras. Para muchos, el episodio marcó el límite de lo que podían tolerar. Al final, la compulsión de la necesidad los había llevado hasta el punto de máxima distancia posible entre los fines perseguidos y los medios empleados, de modo que éstos obturaban casi por completo la visibilidad de aquéllos. La consecuencia concreta fue que más de la mitad de los militantes abandonaron la organización, y muchos de ellos, la lucha armada en general. “Creíamos que había que volver a empezar de cero. Nos reunimos a discutir entre nosotros y escribimos un documento muy crítico que hizo enojar más todavía a los que se habían quedado”, cuenta la científica antes citada. También redoblaron sus esfuerzos en los pocos trabajos que tenían en frentes de masas, como la fábrica Chrysler de Monte Chingolo. Bjellis se quedó solo como el último representante de la Organización original, junto con un puñado de militantes, y desde entonces el grupo se dedicó exclusivamente a tareas de inteligencia. Incluso se desconectó por entonces la célula de Tafí Viejo, debilitada a causa del retiro —por motivos personales y familiares— de Mario, el hombre que la dirigía de hecho, ya que Andrés pasaba más de la mitad del tiempo en Buenos Aires.

Este último episodio, sobre todo, parecía desmentir el viejo mito de que la columna de Tato y Tito fuera la más impulsiva y militarista de las ex FAL. Incluso en aquel momento hubiera podido decirse todo lo contrario, ya que llevaba adelante algunos trabajos sindicales más que interesantes en automotrices, como la Chrysler de San Justo y la Fiat Concord de El Palomar. En esta última tenían un delegado con gran predicamento, Gianni o el Tano, con buena llegada a la dirigencia del Sitrac cordobés. A veces, el aparato militar intervenía en los conflictos con pequeñas acciones de escrache o intimidación: fue lo que ocurrió en junio de 1972 cuando, después de que un operario de la Fiat perdiera un brazo en un accidente de trabajo, secuestraron en su domicilio al jefe de la sección Estampados de la fábrica, Enrique Boggero. Lo interrogaron durante un día y medio sobre las medidas de seguridad en la planta y lo soltaron sin pedir rescate. Después, él mismo destacó en conferencia de prensa el buen trato que había recibido. Un comunicado de los secuestradores reivindicó la “represalia y llamado de atención por el reciente accidente en el que perdió el brazo un compañero”. El mensaje estaba firmado por las Brigadas Agrupadas Che Guevara de las Fuerzas Argentinas de Liberación. Desde ese momento, el viejo

zaratismo pasó a ser conocido como FAL Che.

La columna tenía, desde hacía por lo menos dos años, una presencia importante entre los estudiantes secundarios, a través de la semi clandestina Agrupación Revolucionaria de Secundarios 8 de Octubre (fecha de la muerte del Che) o ARS 8, en la que militaba Liliana Alcira Malamud, hermana menor de Marina y alumna del politizado Colegio Nacional de Buenos Aires; una adolescente a quien todos coinciden en describir como un ejemplo luminoso de la juventud comprometida de esa época: altruista, sacrificada y combativa, a lo cual se le sumaba su dulzura personal. A la vez, esta agrupación impulsaba el Frente de Lucha de Secundarios (FLS), que realizaba un trabajo puramente de masas ligado a los reclamos concretos de los alumnos, sin ninguna relación con la lucha armada. El economista y fotógrafo Marcelo Brodsky, ex integrante del FLS, cuenta que allí se reivindicaban las "ideas libertarias del Mayo Francés de 1968"; tenían como libro de cabecera el pequeño volumen *La imaginación al poder*, con textos de Herbert Marcuse, Jean-Paul Sartre y Daniel Cohn-Bendit[144], querían reemplazar el Centro de Estudiantes por una asamblea de delegados, y debatían temas como la revolución en las costumbres y la liberación sexual. También organizaban campamentos que convocaban hasta trescientos chicos y chicas de los años más avanzados, donde el look incluía un poncho, boina y el infaltable mate: una imagen muy típica de aquellos años, hoy bastante olvidada.

En general, los militantes del FLS ignoraban o conocían muy vagamente la filiación indirecta de esta agrupación con una columna de la "L" pero, según coinciden todos los testimonios, ni entonces ni ahora lo vivieron como un engaño, ya que jamás les propusieron ser promovidos a ARS 8, ni menos aún a las FAL, y tampoco los convocaron a participar de alguna acción armada. Más tarde, un grupo de ex militantes de ARS 8 que ya habían terminado el secundario, encabezados por Liliana Malamud y Claudio Tisminetzky, por iniciativa propia se incorporaron formalmente a la *orga* con el nombre de Comando Inti Peredo, que al principio funcionó bajo la órbita de Tato y Tito.[145]

Es probable que Tato y Tito se encontraran entonces en lo que, visto retrospectivamente, fue el mejor momento de su trayectoria, con operativos exitosos y una cantidad considerable de trabajos en frentes de masas; sin embargo, el arribo a Buenos Aires del Comando Benjo Cruz se convirtió en una opción atractiva para todos los que tenían, en lo personal, una relación conflictiva con ellos. Sin duda, el carisma y el estilo de conducción más heterodoxo de Ramón fue un factor de peso. "Lo positivo de la gente de La Plata, a pesar de su caos organizativo, era que mantenían la dimensión política dentro de sus planteos. Se discutía constantemente de política, en forma abierta, y todos podían hablar y ser escuchados", cuenta Talita. En esa época, Pichón tuvo una discusión con Tato por cuestiones de larga data, que no terminó a los golpes porque

estaban en un lugar público: “Le critiqué el militarismo improvisado, su desconsideración con la gente y su modo de comprometer a medio mundo, quisieran o no —cuenta Pichón—. Me contestó que si los demás eran cagones era un problema de ellos, y que yo era un *come mierda* sin nivel ni altura como para criticarlo a él”. Poco después, Pichón y Talita se fueron al Benjo Cruz, lo mismo que el Gaita.

A mediados de 1972, la ruptura y dispersión de las FAL ya había decantado en tres polos o “bloques políticos” bien definidos: FAL Che, liderado por Tato; el Comando Benjo Cruz, liderado por Ramón, y América en Armas, en alianza con el GOR. También estaban los dos grupos de Córdoba, que poco más tarde iban a optar por unirse a alguno de estos bloques para conformar pequeñas organizaciones de alcance nacional. Y el de Rosario, que seguía operando con normalidad a pesar de las bajas y deserciones, tenía un buen funcionamiento en algunos frentes de masas —sobre todo en el estudiantil—, y algún tiempo más tarde también encontraría una expresión nacional para desarrollarse, aunque fuera del universo de la “L” (o casi, porque también ellos volverían a cruzarse más adelante con otros ex afluentes). En cambio, los grupos de Bjellis y el de Tafí Viejo se habían quedado aislados del resto y sin perspectivas de desarrollo. Paradójicamente, eran los que habían pertenecido al grupo fundador de las FAL.

6. La herida de Trelew
(1972)

Traiciones

Todo fue por culpa de un choque intrascendente, delante de un semáforo en rojo, en una esquina de Lanús. Dos militantes pertenecientes a la columna de Tato y Tito —cuando ésta todavía no se llamaba FAL Che— tocaron con su camioneta Dodge *expropiada* al auto que iba delante y, como después se negaron a mostrar los documentos para los trámites del seguro, generaron una pequeña gresca que motivó la intervención de la Policía bonaerense. En la caja del vehículo se encontró material comprometedor: folletos y dos pistolas. Los detuvieron a ambos y derivaron la causa a la Cámara Federal en lo Penal, juzgado de Jaime Smart. Durante los interrogatorios, los detenidos mencionaron los apodos de Tato y Tito, de quienes ignoraban los nombres reales, aunque habían escuchado comentar que eran los compañeros de Marina Malamud, fugada recientemente de la cárcel de San Telmo, y de otra presa, la Petisa, que en rigor no había participado del hecho, pero a los investigadores les resultó fácil averiguar de quiénes se trataba. Con los nombres de ambas mujeres identificaron en los archivos del Registro Civil a sus respectivos maridos, y en agosto de 1971 Smart ordenó la captura de Luis María Aguirre (Tato) y Sergio Efraín Schneider (Tito), quienes ya estaban prófugos y clandestinos.[146]

Entre el material hallado en la camioneta estaba también la pista que se debía seguir para encontrarlos: de las dos pistolas, una pertenecía a la Policía Federal, producto de algún *desarme*, y la otra a la Cooperativa Naval y Militar de Asunción, Paraguay. En efecto, desde hacía un tiempo, esta columna traía en forma clandestina pequeños cargamentos de armas desde ese país hacia la Argentina, básicamente pistolas y municiones francesas de la célebre Manufactura de Armas Saint Etienne; modalidad que se remontaba al secuestro del cónsul paraguayo, quien, para negociar su libertad, les había ofrecido información sobre una red de contrabando de armas desde

ese país, tal como se ha relatado en un capítulo anterior.

Meses más tarde, en los últimos días de diciembre de 1971, un viaje a Asunción con ese fin de Gianni, el militante gremial de la FIAT, coincidió con la visita oficial al Paraguay del presidente argentino Lanusse. Pero en esa oportunidad, Gianni fue apresado por la Policía en el hotel donde se alojaba, aparentemente debido a la delación de su contacto en la capital guaraní, un armero que debía entregarle el cargamento habitual. Había viajado junto con un militante más joven, que también fue detenido. Aunque no sean más que conjeturas, algunos ex militantes suponen que, como los medios paraguayos advertían públicamente sobre la posibilidad de un atentado contra Lanusse, el armero puso haber sospechado de sus clientes argentinos y, en tal caso, temió verse involucrado él mismo.

Para liberarlos, la familia del otro militante, de muy buena situación económica, contrató a uno de los estudios de abogados más prestigiosos de Buenos Aires. Así se consiguió la libertad de los dos detenidos con sus expedientes limpios. Lo que nadie sabía era que las fuerzas de seguridad argentinas ya habían sido avisadas por sus pares guaraníes y estaban al tanto de todo; y que, mediante torturas y amenazas a su familia, Gianni ya era o estaba por convertirse en otra persona. Sobre el otro detenido, sólo se sabe que los servicios no obtuvieron su colaboración y que sigue vivo hasta hoy. Resulta difícil explicar por qué transcurrieron ocho largos meses antes de que la conversión de Gianni saliera a la luz, pero así fue como sucedió; de hecho, para que pudiera cumplir su parte del pacto fue necesario que antes sobrevinieran los trágicos fusilamientos de Trelew, en agosto de 1972, después de la fuga de veinticinco presos políticos de la cárcel de Rawson.

Los presos de las FAL no tuvieron actuación alguna en aquel episodio, protagonizado por militantes pertenecientes al ERP, las FAR y Montoneros. Cuando se empezó a elaborar el plan de fuga, de los aproximadamente doscientos reclusos políticos del penal, algo menos de veinte eran de la L, entre los platenses del Comando Benjo Cruz y los marinos arrestados en Mendoza. En ese momento, los organizadores de la fuga les ofrecieron salir a algunos de ellos en la segunda de las tres tandas en que se había dividido a los ciento diez presos que iban a escaparse, cifra que coincidía con la capacidad del avión que se pensaba secuestrar. “En realidad, nos hubiera gustado que nos ofrecieran tener alguno en la primera tanda. Seguramente, habrían sido Lito Quiroga o alguno de los marinos. Pero no nos tenían muy en cuenta, nos *invisibilizaban*”, cuenta Andrea, del Benjo Cruz, empleando un neologismo por demás ilustrativo.[147] Entonces, Lito se plantó y dijo que, si salían, sería en la primera o en la última, porque la segunda era la más arriesgada. Cabe aclarar que sus compañeros del Benjo Cruz tampoco estaban involucrados en los planes de apoyo exterior para la fuga y probablemente ni siquiera los conocían, ya que

justo en ese momento realizaron una de sus operaciónes financieras más éxitosas: el secuestro de Isidoro Graiver, hermano del todavía ignoto banquero platense David Graiver, por cuyo rescate cobraron 150 mil dólares. 1

Los hechos posteriores son bien conocidos: la fuga de los seis primeros de la lista en el avión rumbo a Santiago de Chile, la toma del Aeropuerto de Trelew por parte de los diecinueve que no llegaron a tiempo a abordarlo, y su posterior detención y fusilamiento clandestinos en la base naval Almirante Zar, el 22 de agosto de 1972, así como el testimonio detallado que brindaron los tres sobrevivientes.[148] Que en la primera tanda no haya salido ninguno de la “L”, por un lado, les salvó la vida, pero también los condenó definitivamente a eso que Andrea llamaba la invisibilidad, ya que la fuga de Rawson constituye, sin duda, el segundo gran hito en la historia de la insurgencia armada, después del secuestro y ejecución de Aramburu en mayo de 1970. A partir de esa acción, puede decirse que las tres organizaciones participantes —las que aportaron sus mártires— fueron las que acapararon por completo el espectro de la lucha armada, sin dejar espacio para otras opciones.[149]

Pero, a pesar de no haber participado, la importancia crucial de este episodio trágico fue advertida por los militantes de las distintas columnas de las FAL, que se lanzaron inmediatamente a realizar acciones de propaganda armada en relación con los fusilamientos. Por eso, cuatro días después, la mañana del sábado 26 de agosto, mientras el planeta entero miraba por televisión la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Munich, en un pequeño departamento de un séptimo piso frente a la Plaza principal de San Martín, en el Gran Buenos Aires, se había reunido casi toda la plana mayor de FAL Che. Estaban Tato, Tito y la Petisa, además de Julián —el mismo que había sido responsable de la columna de La Plata—, Gianni y otros. Sólo faltaba Marina. El asunto a tratar era el operativo que iban a llevar a cabo en respuesta a los fusilamientos de Trelew.

Según contaron después los presentes en la reunión, poco antes de las diez de la mañana Gianni había abandonado el departamento con la excusa de salir a comprar cigarrillos, lo cual a nadie le pareció sospechoso o anormal. Cinco o diez minutos más tarde, golpearon a la puerta con violencia: la Policía los intimaba desde el pasillo a entregarse. El relato policial —el único disponible— dice que desde adentro respondieron con disparos de una ametralladora Halcón.[150] Comenzó un tiroteo que dejó la puerta del departamento “hecha un colador”, según recuerda el instructor del juzgado de Smart, Edgardo Frola, que asistió al allanamiento por orden del Juez, y se la llevó para incorporarla como prueba a la causa (“Smart siempre mandaba a alguien para dar garantías a los detenidos y me tocó a mí”, explica). En rigor, la Dirección de Investigaciones Policiales Antidemocráticas (DIPA), que seguramente había seguido la “pista paraguaya” para apresar a Tato y

a Tito, fue la que pidió autorización al Camarón para el allanamiento, lo que dio origen a la apertura de una causa judicial. “Aparentemente, eso fue lo que Gianni pactó con los servicios: que iba a ayudar a preparar todo para cuando fuera necesario”, opina Pichón. Pero destaca que el infiltrado no los “cantó” a Talita y a él, ni tampoco al Gaita; de modo que, aun en esas circunstancias, parece que trató de salvar lo poco que fuera posible.

Cuando los policías entraron en el departamento, sus ocupantes habían salido por la ventana e intentaban fugarse por la cornisa, pero como no había salida y estaban en la mira de los agentes apostados en la calle, ingresaron por la ventana a otra oficina del mismo piso, donde decidieron entregarse. Todos fueron detenidos sin más resistencia. A Tito, con dos disparos en la ingle y el abdomen, lo llevaron al hospital Zubizarreta para hacerle las primeras curaciones, y de allí al pabellón médico de la cárcel de Villa Devoto, donde quedó internado en una cama junto a las de Camps y Haidar, sobrevivientes de Trelew. Al mismo tiempo —se supone que siempre gracias a la información proporcionada por Gianni—, fue detenida Marina cuando llegaba a la casa de Villa Adelina donde vivía con Tato y Tania, la nena que habían adoptado, ya que él no podía tener hijos. Luego allanaron la casa de Caballito donde estaba la cárcel del pueblo, y allí también se hicieron arrestos.[151]

En la oficina de San Martín se encontraron evidencias de que la columna estaba haciendo inteligencia sobre los movimientos del general de división Rudecindo Nadal, comandante de Institutos Militares. Tato dijo en su “declaración espontánea” que se habían reunido allí para planificar su secuestro en represalia por los fusilamientos;[152] sin embargo, Pichón y el Gaita, a pesar de que ya no militaban con ellos, aseguran que la idea era ejecutarlo, lo cual resulta mucho más verosímil considerando la fuerte custodia con que debía contar un militar de su rango. De haberse concretado, más allá de su motivación inmediata, habría sido un acto de guerra similar a la muerte del comandante del II Cuerpo del Ejército, general Juan Carlos Sánchez, a manos de un comando del ERP y las FAR, en abril de ese año. Era evidente que ése era el lugar que quería disputar FAL Che. En ambos casos se trataba de oficiales enemigos con mando efectivo sobre tropas y, por otra parte, el cargo del general Nadal equivalía al del comandante de un cuerpo del Ejército, ya que los Institutos Militares asentados en Campo de Mayo son considerados como el IV Cuerpo del arma.

Pero FAL Che había quedado fuera de combate. El saldo de los procedimientos fue devastador: no sólo se había apresado a la cúpula de la columna, sino prácticamente a la organización entera. También cayó toda la logística y la infraestructura, ya que, según informó después la Superintendencia de Seguridad Federal, en los distintos allanamientos se secuestraron armas y proyectiles, vehículos, documentos falsos de personas y de automotores, mimeógrafos e instrumentos quirúrgicos.[153] Después de ese golpe, el FAL Che quedó reducido a unas pocas células, y los contactos en frentes de masas se mantuvieron en comunicación permanente pero sin llevar a cabo actividad

alguna salvo organizar su propio repliegue en casas seguras. Es altamente probable que a raíz de esta caída masiva el Comando Inti Peredo haya decidido independizarse, o al menos empezar a funcionar en forma autónoma y transformarse en columna con el nombre de FAL Inti Peredo, y la particularidad de ser la única que no se identificaba con algún "afluente" anterior a la existencia de las viejas FAL unificadas.

Los detenidos fueron juzgados por el Camarón. Como era un juzgado de instancia única, a la instrucción previa la hacía la misma Policía, de modo que las "declaraciones espontáneas" reemplazaban a las declaraciones indagatorias en sede judicial. "Algunos juzgados las rectificaban y dictaminaban directamente sobre ese testimonio, pero Smart consideraba que la prueba era lo más importante; mucho más que las declaraciones a la Policía o en las indagatorias,", cuenta Frola, que le tomó declaración a los nueve detenidos, cuando ya habían pasado por los interrogatorios en el Departamento de Policía. El joven funcionario judicial quedó impresionado por la fuerte personalidad de los indagados: "Eran gente grande, mucho más que el promedio de los guerrilleros que tuvimos en el juzgado; y demostraron bastante soberbia. Ninguno de ellos se presentó con la cabeza gacha, ni con una actitud de humildad o arrepentimiento, aunque fuera fingido. Al contrario, se los veía muy desafiantes e ideologizados. Estar frente a ellos era como estar frente a Santucho. Por eso los consideramos una célula pesada, aunque no parecía que tuviera ramificaciones", cuenta Frola, demostrando que tuvo una percepción acertada de la realidad. Agrega que la hipótesis del posible atentado contra el general Nadal no pudo ser comprobada porque "el material de prueba resultaba insuficiente", de modo que no los procesaron por tentativa de homicidio sino por asociación ilícita, tenencia de arma de guerra, resistencia a la autoridad y falsificación de documentos.[154]

Confinado en el buque Granaderos, Tato se dedicó a redactar la acusación con la sentencia de muerte al traidor —que difícilmente alguien hubiera objetado, dadas las circunstancias—, y después se la hizo llegar a los encargados de ejecutarla. Contra lo que podría pensarse, Gianni —cuya participación ni siquiera se menciona en la causa judicial— no se había esfumado sino que había viajado a Córdoba, donde solía participar en reuniones con los dirigentes de diversos sindicatos combativos. Estaba escondido en una casa quinta operativa de Villa Allende, junto con otros dos militantes, de 23 y 24 años de edad, a quienes seguramente les habrá parecido natural que fuera a refugiarse con ellos después de las detenciones, al menos hasta que les llegó el documento de Tato.

Los cargos contra Gianni eran los siguientes: "a) Haber bajado de la oficina de San Martín diez minutos antes [de] que llegase la comisión policial. b) Que el allanamiento que se hizo en su domicilio fue muy posterior a los otros. c) Que el allanamiento efectuado en el depósito de automotores que tenía la organización [fue en un] domicilio [que] sólo era conocido por él".[155] Pero estos dos militantes de Córdoba, que lo conocían desde hacía tiempo, se resistieron a creer que las acusaciones fueran ciertas y enviaron por escrito sus objeciones a la ejecución (todo hace pensar que se abstuvieron de informarle a Gianni sobre este

intercambio de mensajes).

Tato les contestó con otro largo escrito en el que rebatía a su vez los argumentos de los "defensores" del delator; pero este segundo documento jamás llegó a destino porque, según relata una altísima fuente judicial ligada al proceso, se lo encontró escondido dentro de un paquete de cigarrillos al requisar a uno de los abogados de Lucho después de una visita.[156] A partir de ese hallazgo, la propia Policía Federal averiguó dónde estaba oculto Gianni y decidió hacerse cargo de su rescate, concretado el 28 de setiembre de ese año. "Fue un operativo de relojería, sin disparar un solo tiro", le contaron después los agentes a Frola, quien viajó a Córdoba por instrucción del Juez, pero no estuvo presente en el hecho. La operación se manejó con un tabicamiento extremo, al punto que los diarios cordobeses del día siguiente lo informaron sin poder brindar detalles del suceso ni su resultado, debido al secreto del sumario.[157] También los dos "guardianes" de Gianni fueron arrestados (uno de ellos fue más tarde profesor de la Sorbona, en Francia), mientras que éste, que no estaba atado ni encerrado, se esfumó para siempre sin dejar huellas. Posiblemente se lo hizo salir del país junto con su familia. "Era un tema reservado de la Policía Federal, y la Cámara no quiso meterse", admite Frola. Ni él ni el juez Smart conocieron jamás su identidad.[158]

El fin de la dictadura

Otros hechos de propaganda armada que se realizaron para condenar la matanza de Trelew tuvieron mejor suerte. En septiembre, FAL América en Armas y el GOR realizaron en forma conjunta casi diez operativos en domicilios particulares de oficiales de la Armada en los que se recuperaron varias armas y uniformes.[159] Esta serie de pequeñas acciones culminó el domingo 10 de septiembre, cuando un comando de América en Armas con apoyo del GOR secuestró en vuelo a un helicóptero. Lo abordaron en el Aeroclub de La Matanza la escritora y periodista Diana Guerrero, autora de *Roberto Arlt, el habitante solitario*,[160] y Sergio Bufano, haciéndose pasar por modelo y fotógrafo, respectivamente, y le dijeron al piloto —un militar retirado— que iban a hacer una sesión de fotos en una estancia a la que sólo se podía arribar desde el aire. Una vez en vuelo, le hicieron cambiar el rumbo hacia la cancha de Huracán, donde esa tarde el local jugaba el clásico del barrio contra San Lorenzo, a cancha llena. Sobrevolando a baja altura, dieron dos vueltas enteras al estadio y arrojaron veinte mil volantes de cuatro páginas con un documento firmado por ambas organizaciones y un relato de la masacre a cargo de los propios sobrevivientes Berger, Camps y Haidar.[161]

Dos semanas más tarde, coparon la fábrica Fabremet, en Villa Lynch, en una operación al estilo del GOR, y repartieron entre sus trabajadores un volante similar, en el que se apelaba a una estructura argumentativa muy típica de la

época, que iba de lo particular a lo general: comenzaba denunciando episodios recientes muy concretos, como la represión a movilizaciones obreras en San Martín y San Nicolás; después situaba estos hechos en el contexto más general del país, y finalizaba exponiendo sus grandes líneas políticas y estratégicas derivadas de los acontecimientos enumerados al comienzo: “Para nosotros, la masacre de Trelew no es un hecho aislado, sino que constituye uno de los puntos culminantes de la escalada represiva del régimen ante las luchas obreras y populares, y contra el accionar de las organizaciones revolucionarias. Su objetivo es aislar y aniquilar a los únicos que han alzado la voz denunciando el fraude del Gran Acuerdo Nacional y la salida institucional. El GAN y su inventor, el ‘democrático’ Lanusse, mostraron su verdadera cara a través de la represión a cada movilización popular reprimida a garrotazos y balazos. […] Luchamos por la destrucción del Estado burgués, para reemplazarlo por un Estado donde haya democracia para la mayoría, es decir para los que trabajan, y represión para los que intentan restaurar la explotación. Luchamos por una sociedad donde no haya explotadores ni explotados. A esa sociedad no llegaremos mediante elecciones sino mediante la lucha violenta, mediante la guerra civil revolucionaria. No tomamos las armas porque nos guste sino porque es el único camino para triunfar. ¡Compañeros! Hace un mes 16 revolucionarios murieron por luchar contra la opresión. ¡Gloria a los caídos en Trelew! ¡Abajo la dictadura asesina! ¡Por un gobierno revolucionario, obrero y popular! ¡Viva la revolución socialista!”.

Algo que nunca o muy pocas veces se contó fue hasta qué punto los presos que quedaron en la cárcel de Rawson, incluidos los comunes, sufrieron las consecuencias de la fuga. Andrea padeció celdas de castigo en las que apenas cabía parada, y le abrían la puerta a cualquier hora para requisarla con una luz cegadora, entre otras “cortesías”; pero también conoció actos de solidaridad, como el de un recluso que trabajaba en la panadería del penal y le enviaba todas las mañanas a su ventanuco una paloma mensajera con unas palabras de aliento. También recuerda haber conversado largamente de ventana a ventana con Agustín Tosco —quien se negó a participar de la fuga—, gracias al lenguaje de señas con las manos que se aprendía muy rápidamente en la cárcel.

En esa misma época, sus compañeros del Comando Benjo Cruz de La Plata y Buenos Aires, durante una reunión de dirección celebrada a fines de agosto o principios de setiembre, decidieron adoptar el nombre FAL 22 de Agosto. Poco más tarde se les sumó el Comando Máximo Mena de Córdoba, al igual que muchos otros “zaratistas” que quedaron desenganchados a raíz de la caída de su dirección. Las “FAL 22”, como se los solía llamar, cobraron una dimensión nacional y se convirtieron sin duda en la columna más importante y numerosa de todas las que mantenían la sigla. Fueron también los primeros —y

únicos— en diseñar un símbolo visual para identificar a la organización: una estrella de cinco puntas roja o blanca (según si el volante era en colores o no) dentro de un círculo negro.

En octubre de 1972, mientras el juez Smart dictaba la prisión preventiva para los detenidos de FAL Che, el juez Luque sentenciaba a Juan Carlos Cibelli y Carlos Della Nave.[162] En el caso del Ciego, parecía probado que pertenecía a una organización delictiva que lo había enviado a Tucumán junto a Baldú y Bjellis; que había escondido en su casa a Baldú y no resultaba creíble que fuera porque éste se había peleado con su novia; que en su casa había explosivos y que su Citroneta contaba con un equipo de radio de potencia injustificada. El fallo decía también que, a pesar de que su defensor Enrique Paixao argumentaba que ninguno de los hechos mencionados tenía fuerza probatoria por sí mismo, éstos se debían considerar en conjunto y no en forma aislada: *Quae singula non probant, simul unita probant* (las cosas que singularmente consideradas no prueban, prueban reunidas). Sin embargo, no se podía culpar a Cibelli por el asalto al vivac de Campo de Mayo porque no había participado (en realidad sí, pero el Juez no lo sabía), ni tampoco como promotor o director de una asociación ilícita (lo cual era cierto porque desde 1968 ya no estaba en la conducción), aunque sí por integrarla y también por encubrimiento. "La pretensión política de la asociación no impide que la agrupación sea delictuosa si se cometieron delitos previstos por la ley común para pretender cumplir con la finalidad política", dictaminaba. Pero creía que Cibelli era recuperable y merecía "la oportunidad que podía brindarle la justicia de un país libre y democrático"; razón por la cual lo condenó a sólo tres años de prisión.

En cuanto a Della Nave, su abogado Isidoro Ventura Mayoral argumentaba que sólo había sido contratado por Baldú para pintar unos vehículos. Según el Juez, tampoco él era promotor de delitos, ni llegó a levantarse en armas, y no estuvo en Campo de Mayo, probablemente porque no lo consideraron apto para semejante responsabilidad. Además, tenía el atenuante de su corta edad y sus "humildes condiciones intelectuales, sumado a la influencia que ejercía sobre su débil personalidad el importante y peligroso Baldú". Por su escasa instrucción, por ser un "típico joven aventurero desviado por la prédica política insidiosa", por haberse preocupado por la suerte del cónsul paraguayo, "demostrando sensibilidad humana", y porque se habían notado en él "deseos de liberación de sus graves compromisos contraídos con la organización terrorista y sus temibles integrantes", decidió condenarlo sólo por asociación ilícita y participación secundaria en robo con violencia calificado, y lo absolvió de tenencia de explosivos y conspiración para la rebelión. En los dos casos, las penas ya estaban cumplidas. Sin embargo, ambos quedaron detenidos a disposición del Poder Ejecutivo: Cibelli fue trasladado a Rawson, adonde también fueron a parar Tato y Tito, aunque casi todos quedaron separados, en pabellones distintos. Della Nave se quedó en Villa Devoto, donde prácticamente no confraternizaba con otros presos políticos. Más tarde, se supo que ya tenía decidido seguir militando en la Juventud Peronista y en alguna organización armada de ese signo.

Casi a fines de noviembre, Perón regresó a la Argentina, después de diecisiete años de exilio. El día espantoso de lluvia en que su avión aterrizó en Ezeiza, miles de peronistas marcharon infructuosamente hacia el Aeropuerto, en forma inorgánica, pero no pudieron acercarse a la posición privilegiada de José Rucci, el hombre que protegió al General de la lluvia con un paraguas negro. Allí estaban Jorge Pérez, militante del MR 17 (la organización de Gustavo Rearte), y Jorge Borean, simpatizante. Ambos recuerdan que en un momento dado tuvieron que atravesar un arroyo o una zanja, y entonces se formó una cadena humana de personas embarradas y tomadas de las manos para ayudar a cruzar a todos. Jorge Borean admite que se largó a llorar de emoción cuando vio ese espectáculo; Pérez habrá hecho algún chiste, como correspondía a su naturaleza irónica. En los pocos días que pasó en Buenos Aires, Perón dejó conformado el Frente Justicialista de Liberación (Frejuli), la alianza electoral del peronismo cuyo candidato presidencial era Héctor Cámpora, y volvió a Madrid a preparar su retorno definitivo. Después, la Junta de Comandantes, presidida por Lanusse, prohibió expresamente al ex Presidente regresar antes de la asunción del gobierno electo: la guerra de posiciones entre los dos generales seguía hasta el final, y con resultado incierto.

Lo que sí resultaba evidente era que las organizaciones armadas, o la guerrilla, no habían logrado impedir ni boicotear la convocatoria a elecciones, así que debían definir su postura ante ellas como lo habían hecho con toda claridad las dos organizaciones más convocantes. Montoneros participó activamente de la campaña electoral del Frejuli a través de su principal frente de masas, la Juventud Peronista, e incluso fueron ellos quienes acuñaron el histórico lema “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, con el que buscaban desmentir el módico triunfo de Lanusse al haber mantenido proscrito al viejo líder.[163] El ERP, por su parte, le dio forma al Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), que nucleaba a buena parte de la izquierda revolucionaria de la Argentina, y que intentó lanzar una fórmula presidencial “obrera” integrada por representantes del sindicalismo clasista. De este intento participaron numerosos partidos, organizaciones pequeñas y algunos dirigentes e intelectuales independientes, incluido Silvio Frondizi; pero no pudieron convencer a Tosco ni a Armando Jaime de que integraran el binomio, de ahí que hayan optado por imprimir una boleta que decía: “Ni golpe ni elección: revolución”.

En ese momento, la conducción íntegra de FAL Che estaba presa, dispersa en distintas cárceles y casi sin estructura afuera, y no alcanzó a elaborar ni dar a conocer una postura oficial. En cambio, FAL 22 de Agosto, en una decisión que debe de haber sorprendido a muchos, para bien o para mal, optó por dar su apoyo crítico al Frejuli. “Nuestra caracterización del peronismo era bien crítica, pero dijimos que lo mejor era votar a Cámpora porque expresaba la voluntad de las mayorías populares, mientras que nosotros electoralmente no teníamos el más insignificante peso. Después, había que trabajar sobre esas expectativas en lugar de enfrentarlas desde un punto de vista doctrinario”, explica

Martín. "Sabíamos que un gobierno democrático iba a generar mejores condiciones para la lucha política y de masas, pero también que esa lucha iba a tener que ser acompañada de una denuncia permanente acompañada por la propaganda armada, porque tampoco nos creímos que llegaban tiempos de miel y rosas para nosotros; mantuvimos el mismo cuidado en los tabicamientos y en los criterios de seguridad", cuenta otro militante de FAL 22, con reserva de identidad.

Pero no todos estuvieron de acuerdo con esta postura: Caíto, uno de sus militantes y dirigentes más antiguos, opinaba que debían apoyar una fórmula identificada con el marxismo. Al poco tiempo, abandonó la organización y la lucha armada. Martín, por su lado, se convirtió en responsable de la regional La Plata.

En tanto, FAL América en Armas llamó a votar en blanco, y algo parecido hizo el Comando Polti-Lezcano-Taborda, de Córdoba, que planteó el voto programático: una boleta donde se enumeraban una serie de consignas, como la nacionalización de la banca. "Volanteamos la noche puerta por puerta con esas boletas, pensábamos en llegar al millón de votos", cuenta Negro. También la ORPO de D'Arruda y Anselmo, desde Rosario, propuso el "voto repudio". Por otra parte, las distintas columnas siguieron operando prácticamente hasta la asunción del nuevo gobierno. En marzo de 1973, con Cámpora ya electo, FAL 22 boicoteó en un cine de Lavalle la proyección de la película *Che*, protagonizada por Omar Shariff, en la que se presentaba al revolucionario como un típico villano de Hollywood. Martín y Jero subieron al escenario exhibiendo sus pistolas 45, explicaron sus motivos, hicieron salir al público y quemaron la pantalla con nafta. Al mes siguiente, en uno de sus *operativos financieros* más limpios y exitosos, FAL 22 secuestró a un alto ejecutivo de Kodak, el portugués-estadounidense Anthony Da Cruz, en la Panamericana, en el camino de su casa de San Isidro a la sede de la empresa. Lo liberaron a los pocos días, después de cobrar el rescate y de difundir una foto del rehén junto a un cartel que decía "$ 1.500.000 recuperados para la lucha por el socialismo".

Aproximadamente en la misma fecha, América en Armas y el GOR publicaron el libro *Máxima peligrosidad*, que reproducía el interrogatorio completo realizado al Jefe de Psiquiatría del Penal de Villa Devoto, a quien habían secuestrado poco antes con ese fin, sin pedir rescate. El pequeño volumen venía con una faja de papel que decía: "Declaraciones en una cárcel del pueblo. Habla el Jefe de Psiquiatría del Penal de Villa Devoto"; y el prólogo anunciaba que tanto la acción como el libro estaban destinados a "esclarecer y denunciar públicamente las aniquilantes (sic) condiciones a que están sometidos los presos políticos en las cárceles del país, un país que pretende hallarse en camino a la institucionalización". A lo largo de todo el libro, las preguntas obsesivas e insistentes de los interrogadores buscan hacerle admitir al interrogado que en realidad sabía mucho más de lo que decía, por ejemplo, respecto al tema de la tortura a los detenidos, una cuestión que lo interpelaba directamente en su ética profesional.[164]

—¿Qué opina de los torturadores? ¿Cómo definiría a un individuo que

tortura?

—Mire, yo nunca he atendido un caso así, digamos que como paciente, un individuo que tortura en realidad me interesaría, pienso que debe tener una personalidad muy especial para torturar, es decir, alguna anormalidad, yo no lo concibo de otra forma. Si uno no tiene una anormalidad en la personalidad, no se le va a ocurrir torturar a nadie.

—¿Qué tipos de tortura vio usted en sus pacientes?

—Mire, generalmente los relatos son… este… lo más común son golpes o picana, ¿no es cierto? Quiero decir que no escuché relatos de torturas específicas… ni nada que salga de lo más común en estos casos, ¿no?

—¿Dónde los picaneaban? ¿En qué partes del cuerpo?

—La mayoría me ha dicho que por todo el cuerpo. Esto incluye, bueno, todo el cuerpo, ¿no es cierto? Es decir, en un lugar determinado… ¿no?

7. Una cosa que empieza con P (1973-1975)

¿Acaso cesó la explotación de nuestros trabajadores?

Volante de FAL 22 de Agosto,
3 de setiembre de 1973

El peronismo en el poder

El 25 de Mayo de 1973, día en el que asumió la presidencia el peronista Héctor Cámpora, ganador en las elecciones del 11 de marzo anterior con poco menos del 50 por ciento de los votos, una columna de las Fuerzas Argentinas de Liberación marchó hacia la Plaza de Mayo, por primera vez en su historia a cara descubierta y debajo de una bandera con su sigla. Eran casi todos militantes de FAL 22 de Agosto, a quienes se les habían sumado los pocos y dispersos que quedaban de FAL Che. El espectáculo de la multitud no podía dejar indiferente a nadie. "Era algo imponente, y me cambió para siempre la perspectiva. Estar con tanta gente después de haber militado siempre escondida y en la clandestinidad… Entendí que se podía incorporar una nueva herramienta política, la movilización, que hasta entonces conocía sólo en teoría sin haberla vivido nunca", cuenta Judith Said, que había estado "guardada" hasta esa fecha —junto a su compañero, Mario Bordesio— a raíz de la caída de la conducción de FAL Che.

El maratón callejero de ese día empezó bien temprano a la mañana y duró cuarenta y ocho horas, ya que Cámpora había decretado una amplia amnistía para presos políticos, y la marcha al penal de Villa Devoto por la noche, para exigir la liberación inmediata de todos ellos y la de otros que no habían sido incluidos en la nómina, concluyó al día siguiente, cuando llegaron en avión los liberados de Rawson. Salió de la cárcel la conducción entera de FAL Che: Lucho, Marina, Sergio y Susana, y varios de los principales dirigentes del Benjo Cruz de La Plata. También Jorge Caravelos, Lucía Swica y la Gringa, detenidos un año antes en Córdoba en distintos operativos. La amnistía también dejó sin efecto las órdenes de captura contra todos los visitadores médicos buscados y clandestinos desde el operativo en el vivac de Campo de Mayo, cuatro años antes.

También participaron de esa jornada histórica algunos militantes de la ORPO, que viajaron desde Rosario a Buenos Aires para la asunción de Cámpora en un tren dirigido por

lMontoneros. "Ya en la noche del 11 de marzo, cuando miles de rosarinos salieron a la calle a festejar el triunfo del FREJULI, empezamos una autocrítica y se decidió que la etapa era de apoyo y profundización de la democracia -cuenta Ricardo, un ex militante de las FAL de Rosario y luego ORPO-. La profundización de la democracia se entendía como la inserción en el movimiento obrero para ayudar a la organización revolucionaria de la clase obrera a partir de sus propias necesidades. Si bien se seguirían haciendo operaciones financieras y de aprovisionamiento, éstas no se firmarían."

Pero aun en medio de la euforia, algunos pocos, como Cibelli, eligieron no dejarse encandilar: "Cuando salimos de Rawson, todos estaban como locos gritando consignas, cantando, haciendo el signo de la victoria a las cámaras. Yo me di cuenta de que estaban todos los servicios del país escrachándonos para volver a caernos encima a la primera de cambio; traté de escabullirme por atrás y pasar lo más desapercibido posible". Coherente, como de costumbre, se mantuvo en esa actitud durante los siguientes diez años, y algo más, por las dudas. Podría decirse que lo efímero, casi ilusorio, que resultó el gobierno de Cámpora, demostró, retroactivamente, que el Ciego veía bien. La fiesta terminó, como se sabe, ahogada en sangre desde el mismo día en que Perón regresó al país, y con mayor celeridad después de que el "Tío Cámpora" renunció, demasiado pronto, defenestrado y expulsado de la Casa Rosada por la "ortodoxia" justicialista. Para muchas columnas de las FAL, lo ocurrido confirmaba su escepticismo respecto del nuevo proceso político.

Fue el caso, por ejemplo, del Comando Polti-Lezcano-Taborda, que desde Córdoba fijó claramente su posición en un volante: "No salimos en defensa de los señores Cámpora, Solano Lima y (Esteban) Righi. Estamos señalando que la política se sigue decidiendo sin el pueblo. [...] Es la lucha la que va conquistando los derechos, y sólo el desarrollo de esta lucha impedirá que vuelvan a ser arrebatados", aseguraban. El final era impactante: "Por eso decimos: Ni un paso atrás... ni para tomar impulso".[165] La consigna fue efectiva y quedó grabada en el imaginario de otras columnas de FAL —que tal vez no sabían quiénes eran sus autores—, ya que reflejaba la decisión de no incurrir en ninguna clase de "seguidismo" respecto al gobierno y de la democracia en general si ello significaba resignar posiciones. Esta proto-organización cordobesa decidió por entonces fusionarse con América en Armas y adoptar su nombre, que tenía más historia y presencia. Así nació una "*orga* de alcance nacional que llegó a ser bastante importante", asegura el Chueco. Sus nuevos socios porteños tampoco habían depositado expectativa alguna en el nuevo gobierno: no sólo llamaron a votar en blanco, sino que aprovecharon el día de la movilización a Ezeiza para recibir al "Pocho" para hacer sus propias pintadas por todo Buenos Aires, ya que la Policía estaba demasiado ocupada.

En cambio, FAL 22 de Agosto, la columna con más militantes e infraestructura, después de haber apoyado la fórmula del FREJULI, tuvo la saludable actitud antidogmática de tomar como un dato insoslayable de la realidad el fenómeno exuberante del peronismo modelo 73. Sin embargo, este

lugar incómodo e inestable requería de grandes esfuerzos no sólo dialécticos sino también físicos para poder sostenerlo, quizá mucho mayores que las posturas más claramente alineadas. Así lo demuestran dos anécdotas muy ilustrativas que casi coincidieron en el tiempo. La primera ocurrió en ocasión del acto realizado el 22 de agosto con motivo del primer aniversario de los fusilamientos de Trelew, cuando toda la izquierda revolucionaria, armada o no, coincidió en un acto en la Plaza de los Dos Congresos. A pesar de que ese episodio había representado el momento de mayor unidad entre las organizaciones armadas de distinto signo, esa misma noche la Juventud Peronista hizo su propio homenaje en la cancha de Atlanta, y Ramón, que era uno de los numerosos oradores, planteó ante la multitud, micrófono en mano: "¿Cómo se explica que en esta fecha tan sentida se estén realizando dos actos separados, el de todos acá y el del peronismo aparte?".

Apenas una semana más tarde, los militantes de FAL 22 de Agosto vivieron una situación muy tensa al discutir con grupos de Montoneros y la Juventud Peronista de La Plata, paradójicamente el día en que marcharon todos juntos a la Plaza San Martín en apoyo al gobernador Oscar Bidegain, que respondía a la Tendencia Revolucionaria del peronismo y sufría el acoso constante de su vice, el metalúrgico verticalista y ortodoxo Víctorio Calabró. Cabe aclarar que la JP se enfrentaba por entonces a contradicciones por lo menos igual de complejas en su propia lucha dentro del peronismo, donde los acusaban de "zurdos infiltrados", por lo que les pidieron a los militantes del 22 que enrollaran sus banderas. Martín, como responsable de la columna, les contestó que no pensaban bajarlas porque se habían movilizado como organización. Entonces empezaron a pedírselo en forma cada vez menos amistosa, hasta que Martín le puso un arma en la nuca a uno de los "pesados" de la JP que amenazó con hacerles cumplir el pedido por la fuerza. Después se retiraron, junto con otras columnas de izquierda, para no provocar un enfrentamiento mayor. Al día siguiente, la JP difundió un volante, lamentablemente perdido, en el que los acusaban, sin nombrarlos, de "infantilismo político", de tener un proyecto "erróneo y abstracto", de hacerle el juego a la oligarquía con sus presiones al gobierno popular y de haber incurrido en prácticas que no concordaban con la realidad de ese momento.[166]

Las FAL 22 les respondieron con su *Carta abierta al pueblo y a la Juventud Peronista*: "¿Acaso es erróneo y abstracto llamar a la unidad de las fuerzas populares contra los explotadores como Gelbard? ¿Contra los burócratas como Rucci y Otero? ¿Contra los traidores como Osinde, López Rega y contra el Imperialismo? *¿O es que los compañeros no están de acuerdo en luchar contra Rucci, Gelbard & Cía.?*" Y remataba: "Si ahora no les damos duro… ¿cuándo?".[167] El documento ponía el dedo en la llaga. Estaba claro que la idea de "luchar" contra el ministro de Economía José Ber Gelbard, máximo

representante de la tan mentada “burguesía nacional” e impulsor del Pacto Social implementado por el gobierno, era prácticamente inviable para cualquiera que se reivindicara como peronista, al menos antes de haberle dado tiempo para que mostrara sus resultados. En cuanto a Rucci, paradójicamente, fue un comando de Montoneros el que le “dio duro” poco después, al ultimarlo, el 25 de septiembre de 1973, cuatro meses después de la asunción de Cámpora. Y unos pocos meses más tarde, el ERP, con su ataque a la guarnición del Ejército en Azul, le iba a dar a Perón la excusa que necesitaba —mucho más sólida que una bandera— para remover a Bidegain. Así de descompuesto estaba el teléfono entre las organizaciones armadas en el nuevo escenario: Montoneros apoyaba al gobierno pero ejecutaba a los “traidores” dentro del peronismo, y el ERP combatía a las Fuerzas Armadas, aunque aclarando que no hacía lo mismo con el gobierno. La tarea más ardua, al parecer, era construirse un enemigo a medida.

Hubo nuevas elecciones, y FAL 22 de Agosto decidió apoyar a la fórmula Perón-Isabel. Un comunicado explicó los motivos: “Valorando el contenido que darán las masas al voto y contribuyendo a *impulsar un proceso que creará mejores condiciones para la movilización popular y la lucha contra la burocracia*, las organizaciones revolucionarias deberemos apoyar con el voto a Perón la ratificación del pronunciamiento del 11 de marzo”. Pero, tras cartón tomaba distancia de cualquier esbozo de seguidismo: “Entendemos que la organización y movilización de la clase obrera y el pueblo son la única garantía para avanzar en el camino hacia la victoria definitiva sobre los explotadores y el imperialismo. Esto sólo será posible impulsando la organización independiente de los trabajadores, que vaya preparando activamente la guerra revolucionaria”.[168]

Leído entre líneas, el documento, que fue firmado junto con los Comandos Populares de Liberación (CPL),[169] dejaba en claro que, si bien era necesario prepararse para la guerra revolucionaria, ésta no parecía inminente, ya que se apostaba al trabajo en los frentes de masas. Acorde con esta idea, y para darle un marco orgánico a la militancia en la superficie, Ramón propuso la creación del Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), una organización sindical colateral a FAL 22 de Agosto pero abierta a militantes no encuadrados, y con una relación bastante laxa respecto de su organización madre, según coinciden varios testimonios.

En cuanto a la actividad armada de FAL 22 durante todo el gobierno peronista, en general estuvo a cargo de un grupo reducido de militantes, muy especializado y absolutamente tabicado. Sus escasas operaciones fueron de propaganda armada, como una que se realizó contra la residencia del Embajador norteamericano, el 18 de setiembre de 1973 en repudio al entonces reciente golpe militar que había derrocado a Salvador Allende, en Chile, alentado visiblemente por los Estados Unidos. Se llevó a cabo mediante un artefacto lanzacohetes artesanal instalado sobre una plancha de acero, con un

mecanismo de relojería montado dentro de la caja de una camioneta. El vehículo quedó estacionado cerca de los fondos de la residencia, en Palermo, con los caños apuntando hacia "lugares no habitados del edificio", tal como aclaró el comunicado posterior.[170] Alrededor del mediodía se dispararon tres proyectiles que impactaron en el jardín y el muro perimetral, sin provocar víctimas ni daños considerables.[171]

Sin embargo, la inmensa mayoría de los militantes de FAL 22 no participaban más que ocasionalmente de las acciones del aparato armado. "Los que actuábamos en los frentes de superficie teníamos poco contacto con ellos —cuenta Lola, que era docente universitaria, trabajadora gráfica y delegada gremial en esos dos ámbitos—. Aunque todos teníamos algún tipo de formación militar, era más que nada para autodefensa, y si alguna vez participábamos en algún operativo, era en tareas auxiliares porque no manejábamos armas", agrega. Prácticamente coinciden con este relato todos los ex cuadros medios y militantes "rasos" de la organización entrevistados: se limitaron a funciones como control de seguridad, relevamientos o dispersión; lo cual podría llevar a preguntarse cuál era la diferencia entre las FAL 22 de Agosto y cualquier partido de izquierda. Pero todos estaban al tanto de que la actividad armada existía, tanto en forma de *operaciones económicos* que nunca se firmaban como de propaganda armada. "Hacíamos todo legalmente, pero ante la presión del ERP y otras organizaciones, había que hacer de vez en cuando algún tipo de *opereta*. Era más que nada para aparecer en la prensa, no por necesidad", cuenta José Company Céspedes, conocido como "Rocco", ex militante de un muy activo núcleo de los GRB con una presencia importante en la Facultad de Ciencias Natuales y Museo de la UNLP.

En Buenos Aires, cambio, la inserción de FAL 22 fue acotada y dificultosa tanto en el movimiento obrero como en el frente estudiantil, donde no se pudo extrapolar la experiencia de los GRB platenses.

En Córdoba, en cambio, existía desde hacía menos de tres años una base, fruto del trabajo de Chiche y la Gringa. A esa provincia fueron los ex Benjo Cruz amnistiados Lito Quiroga y Andrea, para reforzar con cuadros intermedios lo que hasta entonces era apenas un acuerdo a nivel de direcciones entre Chiche, que provenía del zaratismo, y Ramón. Lito era amigo de la infancia de Chiche, porque los dos eran de Bragado, y se fueron con él, aunque en realidad no tenían muchas expectativas sobre el crecimiento de FAL en esa provincia. De hecho, ellos dos, directamente, querían dejar de ser una organización armada para dedicarse a militar legalmente en los frentes de masas. Se encontraron con trabajos interesantes realizados con los pequeños productores avícolas en las afueras de la capital provincial, una buena inserción en el sindicato de la alimentación (la Gringa era delegada en una fábrica de mermeladas), dos compañeros delegados en la industria automotriz (en Kaiser y una autopartista proveedora de Fiat Concord, lo cual no era poco), y varios

núcleos activos aunque no tan gravitantes en Sitrac y Sitram, Luz y Fuerza y docentes. "Pero casi todos eran contactos, periferia, no eran orgánicos de la *orga*", admite Andrea, y, por otra parte, había que disputar el espacio con las numerosísimas organizaciones revolucionarias y los partidos de izquierda atraídos por el imán del Cordobazo.

Por otra parte, el clima político favorable que aportaba la presencia de un gobernador claramente identificado con la Tendencia Revolucionaria, como Ricardo Obregón Cano, y su vice, Atilio López, también duró lamentablemente poco: el 28 de febrero de 1974, un golpe de Estado provincial comandado por el teniente coronel Antonio Navarro, jefe de la Policía de Córdoba, derrocó a Obregón Cano y fue convalidado de inmediato por Perón, que designó en su lugar a un interventor federal. El elegido fue Duilio Brunello, reemplazado meses más tarde -ya con Isabel Perón como presidenta- por el brigadier retirado Raúl Lacabanne, ex director de la Escuela de Aviación Militar, con sede en Córdoba, y, por sobre todo, un representante de los sectores más autoritarios y violentos no sólo de la ultraderecha peronista, sino incluso de las Fuerzas Armadas.[172] Por eso, a nadie le habrá parecido desmesurado que un comando de FAL 22 de Agosto realizara un operativo contra su residencia particular un año más tarde, en mayo de 1975, mediante un artefacto lanzacohetes similar al utilizado en Buenos Aires contra la Embajada estadounidense. Varios ex militantes coinciden en que la acción fue sólo intimidatoria, ya que se realizó mientras el interventor estaba ausente de su casa, participando de un acto público, por lo que no hubo víctimas.[173].

Camino a la polarización

El juvenil FAL Inti Peredo, que ya había realizado algunas *recuperaciones* de documentación en el Registro del Automotor de San Justo, y de instrumental quirúrgico en una clínica privada de Morón, ganó notoriedad a fines de 1973 con el secuestro de Miguel Ángel de Bonis, propietario de una armería con local al público en la galería Bond Street, en la Avenida Santa Fe. Lo acusaban de proveer armamento al Comando de Organización (CdeO), la Juventud Sindical Peronista (JSP) de Avellaneda y Lanús, y a custodios de la UOM, a quienes calificaban como "bandas de matones al servicio de la burocracia sindical y grupos parapoliciales".[174] Además de llevarse del comercio dos decenas de armas largas y cuatro decenas de armas cortas, los Inti Peredo hicieron saber que, durante el interrogatorio, el armero había admitido la venta de *fierros* a los antes mencionados, por sumas millonarias. Lógicamente, este reconocimiento motivó sus desmentidas enérgicas, algunas declaraciones de solidaridad de diputados justicialistas (no todos) hacia su par Alberto Brito Lima, líder del C. de O., y acusaciones a la prensa de formar parte de una "campaña difamatoria",[175] por difundir información

sobre el secuestro y los comunicados con las confesiones del armero, con quien negaron haber tenido trato alguno. Incluso, la JSP publicó una solicitada que ocupó una página entera en varios diarios porteños, titulada “Los profetas del odio mienten para justificar sus crímenes”,[176] en la que acusaba a los secuestradores de ser meros delincuente comunes.

En medio de esta guerra verbal, FAL Inti Peredo emitió su primer comunicado importante, que amenazaba con una tormenta de fuego: “La sangre de los caídos, de los torturados, de los asesinados antes y después de la concreción del GAN no será negociada. La lucha continúa y continuará hasta la victoria definitiva. En el camino de la guerra revolucionaria por el socialismo no habrá tregua con los explotadores, sus burócratas, sus fuerzas armadas y sus mercenarios. […] El presente es de lucha, el futuro es nuestro”. Fue el primer documento conocido bajo la sigla FAL —y tal vez el único— en que se borraba toda diferencia entre el gobierno peronista y la dictadura anterior (“antes y después”, rezaba) en la caracterización del enemigo. Cabe señalar que sus autores tenían la misma edad que Ricardo, Jorge Pérez o Jorge Borean cuando rompieron con el MIR-Praxis, en 1960, y que la historia parecía repetirse, ya que la decepción respecto del gobierno popular era comparable a la de entonces. Para estos jóvenes, los comisarios Alberto Villar y Luis Margaride (y más tarde la Triple A) eran su CONINTES, y los ultramontanos Oscar Ivanisevich (ministro de Educación) y Alberto Ottalagano (rector de la UBA), su “laica o libre”. Poco después, los depuestos gobernadores Bidegain y Obregón Cano iban a ser sus “Framini”. Era una nueva generación condenada prematuramente a descreer de la democracia.

También para fin de año, FAL Che, reconstruido desde cero por Tato y sus compañeros con acciones de acumulación que jamás fueron firmadas, lanzó un modesto periódico de apenas dos pliegos, *29 de Mayo*, que aludía a la fecha del Cordobazo. En el ejemplar de enero de 1974 explicitaban su estrategia para ese momento, sin mencionar en ningún momento el nombre de Perón: “1) Ni seguidismo ni sectarismo: diferenciarse tanto del reformismo populista como del sectarismo principista. Considerar como un triunfo sobre la dictadura el hecho político del 11 de marzo de 1973. 2) Profundizar las contradicciones del gobierno, impulsar la lucha por las aspiraciones más profundas. 3) Atacar el eslabón más débil: la burocracia sindical, impulsar el clasismo. 4) Desarrollar la tendencia político gremial, sin definiciones estratégicas [es decir, limitándose a actuar sobre conflictos puntuales]. 5) Denunciar la esencia de clase del gobierno, desarrollar la lucha ideológica con el Peronismo Revolucionario. 7) Propaganda armada: ser más cuidadosos que nunca, contemplar el plafond de masas que aún tiene el gobierno, ir valorando a cada momento cómo se desvanecen las esperanzas del

pueblo. 8) Aportar al fortalecimiento del FAS. 9) Lograr alianzas tácticas con el peronismo revolucionario, principalmente desde las bases. 10) Pugnar por romper las reglas del juego del pacifismo y ayudar a sacar al pueblo del libreto que le ha asignado el gobierno".[177]

Como se advierte, las tareas proyectadas estaban bien lejos de incluir objetivos de guerra, como lo hubiese sido la ejecución del general Nadal durante el gobierno de Lanusse. A mediados de ese mes, FAL Che dio a conocer, a través del diario *El Mundo* ligado al PRT-ERP, un comunicado con una advertencia a los diputados que votaran a favor del proyecto de endurecimiento del Código Penal: "Sepan los señores legisladores optar. El pueblo y sus organizaciones obrarán en consecuencia. El pueblo en general y los sectores revolucionarios en particular vemos con indignación cómo las mejoras democráticas que el pueblo con lucha, sangre y fuego había conseguido rescatar, están siendo burladas una a una",[178] decía, en referencia a las recientes leyes laborales y de asociaciones profesionales, igualmente regresivas. Es decir que también diferenciaban claramente lo ocurrido en los últimos meses con lo que había significado la corta presidencia de Cámpora o, mejor dicho, la epopeya popular que culminó en su triunfo electoral. Sin embargo, la ley se aprobó y las "consecuencias" (o amenazas) anunciadas jamás se concretaron.

Resulta casi paradójico que en esa época, a principios de 1974, la antes menospreciada columna América en Armas tuviera más capacidad operativa que el viejo zaratismo. El 11 de marzo de 1974 realizaron, junto con el GOR, otra de sus acciones más exitosas y resonantes, y que, de algún modo, tenía la virtud de mostrarle al universo de la lucha armada de qué forma era posible operar en esa época. Como uno de sus pocos frentes gremiales activos estaba en el frigorífico Tres Cruces, en Villa Devoto, se enteraron de que el médico de planta, era acusado de descuidar condiciones de trabajo salubres y mezquinar los permisos médicos. Lo secuestraron en su domicilio particular y, como en el caso del psiquiatra, publicaron un libro con el interrogatorio que le hicieron y lo repartieron en forma gratuita en las fábricas. Eran tiempos vertiginosos; mientras el médico estaba secuestrado, también asaltaron el Registro Civil de Villa Ballester para llevarse documentos en blanco. "Nuestro propósito seguía siendo de acumulación y propaganda armada, evitar los enfrentamientos, y en contra de las ejecuciones y bombas —cuenta Bufano, y agrega—: pero ya íbamos notando que predicábamos en el desierto, porque el ERP, con sus grandes acciones militares, ganaba muchos más adeptos."

En realidad, la tendencia creciente a la militarización venía empujada también desde el aparato del Estado, donde Perón ya estaba rodeado por la camarilla de su hombre de confianza, José López Rega; entre los que se contaba su yerno, Raúl Lastiri, presidente del Senado de la Nación.

En este contexto, los que habían llamado a votar las dos veces por el peronismo, como era el caso de FAL 22 de Agosto, debieron debatir a fondo la postura a tomar en el nuevo escenario de ofensiva casi abierta desde el poder del Estado: “La verdad es que Argentina no vivía en ese momento una situación de hambre o pobreza extrema, como podía ocurrir en otros países latinoamericanos. Había un gran movimiento político sindical, los obreros avanzados no cobraban mal, y un gobierno peronista no podía dar mucho más que lo que ya había —reflexiona Martín—. Pero lo que no nos esperábamos era el nivel de criminalidad de Perón, que superó nuestras peores fantasías. En sus dos primeros gobiernos tuvo sólo tres muertos, y esta vez hizo una masacre de entrada, nomás”. Por cierto, no se trataba sólo de una cuestión de diferencias políticas con el gobierno peronista, sino de superviviencia: en la UNLP, por caso, Rocco recuerda que se vivía una situación de acoso permanente por parte de Concentración Nacional Universitaria (CNU), la fuerza de choque de la derecha peronista en el frente estudiantil, que actuaba cada vez con mayor violencia e impunidad.

La dificultad para hacer pie en este escenario los llevó a celebrar un gran congreso de toda la organización para repensar la línea política, que se llevó a cabo el 31 de marzo de 1974, en una quinta de Don Torcuato.

Concurrieron entre treinta y cuarenta personas, en representación de todas las regionales, con el *minuto conspirativo* de que se trataba de un plenario de FTR, así que en el lugar abundaban los volantes alusivos al trabajo gremial y no había armas. Eso fue lo que los salvó. Mientras debatían, Pichón y otros compañeros sospecharon de una persona subida a un poste telefónico, de un hombre paseando un perro policía por delante de la casa y de vecinos que bajaban las persianas, y alertaron a la conducción del plenario que los estaban vigilando; pero no les hicieron caso porque aún no habían finalizado el temario relativo a la urgencia política por la que había sido convocado. Después vieron sobrevolar un helicóptero, y finalmente un camión policial en la esquina; hasta que se encontraron rodeados por todas partes y entró en la quinta el propio Margaride, el temible subjefe de la Policía Federal. Quedaron todos detenidos. Los llevaron en un camión celular al Departamento de Policía, donde los mantuvieron incomunicados durante 11 días. El trato fue decente y se inició una causa penal en el Juzgado Federal de San Martín. El mismo juez Jorge Luque dejó en libertad a gran parte de los detenidos unas semanas más tarde.

Pichón pasó seis meses en Villa Devoto porque admitió haber alquilado la quinta con documentos falsos, pero como no se encontró el contrato fue sobreseído por falta de pruebas. También le habían “puesto” un revólver 38, y el Juez le creyó: “Alguien con sus antecedentes no va a andar con esa porquería oxidada. Es típico de estos canas que ni siquiera quieren gastar plata en un

fierro como la gente", le dijo. En realidad, los únicos detenidos en la quinta que sufrieron condenas importantes fueron aquellos a quienes les encontraron armas de guerra al requisar sus domicilios, como fueron los casos del Negro Jero y unos pocos más. Esa imputación los mantuvo en la cárcel hasta 1983.

Cuando Pichón salió en libertad, en octubre, primero Talita y después él, decidieron abandonar la organización y unirse al Peronismo de Base, que habían fundado Amanda Peralta (ex compañera de cárcel y de fuga), su esposo, Néstor Verdinelli, y Envar El Kadri. Los tres habían integrado el foco rural de Taco Ralo y habían sido amnistiados en 1973, pero ahora disentían de la concepción militarista de las FAP.

Ramón, que también salió en octubre, aprovechó para escribir un largo documento en el que refirmaba la decisión de volcarse de lleno al trabajo de masas a través de los GRB y el FTR. "El Frente era una tendencia que no actuaba con ese nombre en los lugares de trabajo, sino que impulsaba agrupaciones junto con otras fuerzas políticas, promoviendo el debate y la unidad de acción de los trabajadores combativos en cada lugar. Lo más trabajoso era articular las reivindicaciones concretas de cada fábrica o empresa con la línea de la dirección de FAL 22, toda esa intermediación era lo que más tiempo y más esfuerzo nos demandaba", cuenta Lola, que, además de ser delegada y responsable de una célula del FTR, se convirtió en la diagramadora de su diario, *El Trabajador*. El responsable periodístico era Oscar González, que provenía del Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), una escisión del Partido Socialista Argentino Secretaría Juan Carlos Coral. El tabloide traía información sobre todos los conflictos gremiales y estaba escrito en un lenguaje accesible "porque no estaba dirigido a militantes partidarios sino a cualquier obrero", según explica Lola. Pero, a pesar de estos esfuerzos, es difícil evaluar cuál fue la incidencia real del FTR en las luchas obreras de esa época. "No tuvimos gran peso, pero sí un intercambio político fluido con todos los dirigentes gremiales combativos de la época", opina González.

En Buenos Aires, sus militantes tenían presencia en las coordinadoras de delegados de Prensa —que llegaron a ser una suerte de sindicato paralelo al oficial—, en Gráficos, Docentes y en laboratorios químicos de la zona norte. A una escala mucho más barrial, o territorial, el FTR manejaba un buen número de comisiones internas, como en la empresa de ómnibus conocida como La Lujanera, y la línea de colectivos 720 de Tigre, según cuenta un ex militante. Ejemplos que seguramente podrían multiplicarse por las otras zonas en que actuaban. Pero, en general, no llegaron a ocupar puestos de importancia en los sindicatos nacionales, y menos aún en los rubros industriales. Según González, se debió en buena medida a que el FTR no pudo superar la contradicción de querer aliarse

con las tendencias sindicales más combativas de la época sin perder de vista lo que él denomina "el grado de conciencia actual de las masas", es decir, rebajar un poco el nivel de exigencia o pureza clasista para poder ofrecer a las bases un discurso no tan ideologizado, como lo hacía el diario *El Trabajador*. En Córdoba llegaron a tener dirigentes de nivel provincial en sindicatos como la Alimentación y Docentes, donde la Gringa y otros militantes contaban con una larga trayectoria, aunque jamás alcanzaron peso real en la Mesa Coordinadora de Gremios en Lucha, que lideraban el docente Eduardo Requena y el mentor del Sindicato del Caucho, Rafael Flores. No alcanzó No alcanzó la tenacidad de Ramón en defender la herramienta del FTR en todos los foros posible, legales o clandestinos ("tengo razón pero no me entienden", solía decir); ni tampoco el despliegue físico de Martín, que, sin dejar de ser el responsable de La Plata, viajaba constantemente a esa provincia para defender las posturas del FAL 22 enla Mesa Coordinadora.

Sin embargo, todos los que militaron en el FTR coinciden en que la experiencia les resultó valiosa y fructífera, al menos en lo personal, aunque no hayan visto los resultados esperados. Un miembro muy joven de una de las células que atendía Lola, Néstor Bercovich, flamante egresado del Nacional Buenos Aires y ex militante del FLS, se sorprendió de que, al ingresar a FAL 22, su actividad en la organización fuera exclusivamente gremial, sin tocar jamás un arma. De lunes a viernes trataba de hacer lo que podía en General Electric, de Barracas, donde trabajaba, y los fines de semana se reunía con los ceramistas de la Zona Norte, sin llegar jamás a insertarse, pero colaboraba desde afuera cuando tenían algún conflicto. Aunque estaba convencido de que hacía lo correcto, al cabo de dos años terminó desconcertado, más que frustrado, y es probable que su desconcierto sintetice una de las grandes paradojas de ese periodo histórico: "El ERP hacía todo mal. Atacaba unidades militares en democracia [Azul, el Comando de Sanidad] y sacaba del trabajo gremial a los mejores cuadros para llevarlos al monte. Todo al revés de la lógica. Sin embargo, así y todo, ellos generaban más interés que nosotros y se les sumaba mucha gente".

Para el Día de los Trabajadores de ese año, que pasó a la historia a causa del enfrentamiento verbal entre Perón y Montoneros en la Plaza, FAL 22 dio a conocer un comunicado titulado *No al 1º de Mayo de la traición*. El contenido no se ahorraba nada: "Nuevamente las cárceles, vaciadas hace un año, se colman de militantes populares. La tortura y la represión vuelven a estar a la orden del día. Los salarios del pacto social muestran cada día su verdadera cara: hambre para los trabajadores, lujo y riqueza para Gelbard y Cía.". Al final, recordaba el hecho de que, en definitiva, ellos eran una organización armada:

“Mientras siga la violencia de los patrones explotando y hambreando a nuestro pueblo, seguirá la violencia de los revolucionarios”.[179] Para apoyar esta dialéctica en los hechos, cada tanto el aparato militar entraba en acción: el 16 de mayo, un día antes de que Perón recibiera en visita oficial a Pinochet, estallaron tres bombas en una playa de estacionamiento, en la localidad de San Martín, y dañaron unas veinte pick-ups Chevrolet que el Ejército le había vendido al cuerpo de carabineros de Chile, sin producir víctimas.

Dos meses más tarde, en julio de 1974, mientras buena parte de la dirigencia de FAL 22 estaba en la cárcel, a Oscar González le tocó escribir la necrológica por el fallecimiento de Juan Perón. “Mi visión de él estaba influenciada por mi formación gorila en el socialismo”, cuenta, y admite que plasmó una mirada extremadamente crítica de la persona de Perón —si bien rescataba la importancia histórica del movimiento que lideró—, que no fue muy bien vista por los dirigentes presos. “A pesar de que la organización ya había dejado atrás la postura casi populista que tuvo en las elecciones del 73, igual les pareció que mi crítica era excesiva”, recuerda González. Después de la muerte de Perón, Martín fue uno de los que se vio venir lo peor: “El gobierno estaba manejado por el jefe de la Triple A, el Ejército estaba hambriento por salir a matar gente y la gente ya estaba aburrida del quilombo —admite—. Seguimos igual porque era nuestra vida y porque ya estábamos jugados, pero no teníamos ninguna estrategia para enfrentar la masacre que se venía, y empezamos a pensar en cómo preservar a nuestra gente, nada más. Yo ya no creía que la revolución fuera posible”.

Con Perón había desaparecido la última prenda de paz que quedaba antes de que se desatara la guerra abierta: el único nombre que podía remedar una imagen de autoridad legítima en la Argentina. Pero tal vez fue eso, paradójicamente, lo que generó la idea o la sensación de que el poder había quedado vacante, en disputa, y que podía llegar a tomarse por asalto en una batalla final. Es probable que en ese momento se haya definido qué fuerzas revolucionarias iban a presentar batalla hasta las últimas consecuencias, incluso con la esperanza de vencer, y cuáles iban a optar por replegarse para evitar una masacre anunciada.

“Yo me di cuenta de que lo único que quedaba era rajarse”, asegura Juan Carlos Cibelli, que una tarde de invierno reunió en el Parque Rivadavia a los seis o siete que quedaban de su vieja Organización, los que habían roto dos años antes con Bjellis, y les anticipó que se venía la catástrofe. Iba conversando con cada uno en corrillos de dos o tres, rotando y dando la vuelta a todo el Parque, y cree que los convenció a casi todos. También a mediados de 1974, el Chueco, entonces militante de FAL América en Armas de Córdoba, salió de la cárcel después de seis meses: había caído en una *pinza* posterior al “navarrazo” y la pasó bastante mal en los

interrogatorios. La convivencia con los presos de otras *orgas* tuvo rasgos de la vieja comunión y solidaridad que había conocido en la Universidad y en las guardias de los hospitales —como una huelga de hambre conjunta de diecisiete días—, pero también descubrió síntomas de desconfianza mutua y una rivalidad inédita, al punto que un militante montonero llegó a decirle: "A tipos como ustedes son los primeros a los que vamos a fusilar cuando tomemos el poder". Era a título personal, claro, pero igual resultaba inquietante. Entre otras razones, fue por eso que, apenas salió, decidió abandonar gradualmente la lucha armada y convencer a sus compañeros de hacer lo mismo. También apostó a terminar la carrera de médico, aunque siguió militando junto a su esposa, la Flaquita. No era fácil largar todo: la militancia y la vida estaban imbricadas hasta lo más profundo.

En otros ámbitos universitarios se vivían situaciones parecidas. En la primavera de 1974, los GRB de La Plata realizaron una acción de represalia contra las patotas de la derecha peronista, que los hostigaban constantemente: un comando fue en un auto hasta un local de la CNU, y el "Bambi" Corsiglia le arrojó una granada, que no explotó. "Entonces dimos otra vuelta y le tiramos una ráfaga contra el local", cuenta "Rocco" Company Céspedes. Pero la granada quedó intacta y con las huellas digitales de Bambi, que por ese motivo tuvo que irse de la ciudad y pasar a militar en Buenos Aires. El Bambi era un referente muy importante, y su partida preanunció el comienzo del fin de los GRB y de la regional La Plata de FAL 22. Rocco recuerda que los militantes que quedaron en la UNLP empezaron a reclamar vanamente a la conducción nacional documentos de coyuntura les que ayudaran a clarificar la línea política de la organización. "Varios compañeros valiosos se fueron separando. Nos parecía que estaban en crisis con el compromiso militante, pero el problema era la falta de respuesta. No teníamos una valoración correcta de la etapa y de las tareas que debíamos llevar a cabo. Para mí, lo que correspondía era un repliegue, pero no sabía cómo plantearlo. Lo que estaba claro era que nuestro proyecto se agotaba", admite Rocco.

Otras columnas de FAL, mucho más lejos de la política, empezaron a pintarse para la guerra. El 8 de noviembre, la Columna Inti Peredo copó la fábrica de carrocerías El Detalle, en Tigre, e incendió doce ómnibus Mercedes Benz. En los panfletos que arrojaron en la planta y en los alrededores se explicaba que los vehículos destruidos estaban destinados a los "ejércitos reaccionarios de Argentina, Bolivia y Chile", y que su destrucción se inscribía "en el marco de la guerra revolucionaria por el socialismo".[180] El operativo fue firmado por los comandos Ortega Peña y Alfredo Curutchet, en homenaje a dos de las primeras víctimas de la Triple A: era un mensaje bien claro, casi un desafío abierto al gobierno de Isabelita.

Últimas acciones

El 26 de febrero de 1975, la Policía detuvo a Sergio Schneider, o Tito, en una *razzia* policial común y corriente en la popular pizzería Citadella, en Floresta. Estaba solo. No tenía nada que ocultar y sus documentos eran legales, pero sus antecedentes lo perdieron. Se lo llevaron detenido ilegalmente, o mejor dicho, bajo las leyes excepcionales del estado de sitio. Inmediatamente, su padre y su hermano Arnaldo presentaron un *habeas corpus*, pero al día siguiente no hubo respuesta, aunque los familiares fueron recibidos por el Juez de turno, quien —según recuerda Arnaldo— les dijo que Sergio "estaba", pero que no podía decirles dónde.[181] Entonces sus compañeros decidieron realizar un secuestro para exigir que se reconociera su arresto; tal como lo habían hecho cinco años antes con el cónsul paraguayo a propósito de la desaparición de Baldú y Della Nave. La diferencia era que en esa oportunidad Tito había sido uno de los secuestradores. Era casi como cerrar un ciclo, y efectivamente lo fue.

Dos hombres y una mujer interceptaron la mañana del 28 de febrero el auto oficial de Hugo Anzorreguy (padre), presidente de la Corte Suprema de Justicia de la provincia de Buenos Aires, cuando salía de su casa de fin de semana en Monte Grande, junto con su esposa y el chofer, y lo llevaron a una casa operativa en Remedios de Escalada. La víctima era un profesional prestigioso, ex funcionario judicial durante la segunda presidencia de Perón, y nunca había ocupado cargos en gobiernos militares. Es probable que lo hayan elegido porque conocían sus movimientos y sabían que no llevaba custodia, ya que no daba en absoluto el perfil como para considerarlo un objetivo político. Por eso, también, no hubo comunicados públicos ni se firmó el hecho, sino que se negoció directamente con la familia del rehén y el Juez de la causa. Igual, en algunos medios, se filtró la información de que el secuestro estaba relacionado con la detención de Schneider; pero, ante la ausencia de información precisa, se dio por entendido que los secuestradores pretendían un canje.[182] Tito estaba detenido ilegalmente en la Secretaría de Investigaciones Policiales, donde después pudo hablar con su padre y su hermano, que lo vieron en muy malas condiciones físicas debido a la tortura.

"Cuando lo trajeron a una oficina donde estábamos mi esposa, mi padre y yo, el comisario le ofreció un vaso de agua, y Sergio le dijo que después de la picana eléctrica lo peor que podía hacer era tomar agua", cuenta Arnaldo. Dos días más tarde, el 3 de marzo, Tito pudo hacer uso del derecho a salir del país, tal como lo establecía el artículo 23 de la Constitución para todos los detenidos sin proceso legal. Esa noche lo llevaron al aeropuerto de Ezeiza y, tras labrarle un acta, lo embarcaron en un avión rumbo a Lima, pero alcanzó a recomendarle a su hermano que se cambiara de domicilio, porque los policías le habían dicho que se iban a vengar con él. Arnaldo, a su vez, le transmitió que Susana, su esposa, le mandaba a decir que no se tomara demasiadas vacaciones y volviera rápido, y él así lo hizo. El juez Anzorreguy fue liberado un día y medio más tarde, y su primera preocupación fue informar por escrito a la Corte que presidía el

motivo de su ausencia forzada. Después, tuvo el buen gesto de declarar que lo habían tratado bien[183], lo cual debía ser cierto, a pesar de que había sufrido algunas lesiones cuando intentó resistir el secuestro. Fue la última operación de FAL Che.

Casi al mismo tiempo, en La Plata, FAL 22 liberó al indutrial Aldo Tedeschi, propietario de la fábrica de instrumentos ópticos SIAP, a quien habían secuestrado a fines de 1974, en una operación conjunta con el Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (Proa) que dirigía el histórico militante platense Haroldo Logiurato. "Pedimos rescate, pero también exigimos que reincorporara a trabajadores que había despedido", cuenta Rocco. Fue, tal vez, la última acción de FAL 22 de Agosto en la ciudad donde había nacido su núcleo fundador: el viejo Comando Benjo Cruz.

En los meses siguientes, el "Pirulo 22" platense sufrió arrestos de varios militantes de peso como el mismo Rocco, quien por entonces ya integraba la dirección nacional de la organización, y el asesinato de otros, como Enrique Rodríguez Rossi, quien, gracias a sus vinculaciones familiares, se las había ingeniado para trabajar como "topo" dentro de la CNU durante varios años. La historia de la infliltración del "Tío" –como se lo conocía en los GRB- es novelesca, ya que provenía de una familia acomodada de La Plata, y en su infancia y adolescencia había sido amigo de varios de los futuros militantes de la futura ultraderecha universitaria. Cuando empezó a militar en los GRB, a principios de los 70, aprovechó sus contactos para seguir frecuentando esos círculos, de modo tal que en su vida pública seguía siendo el mismo muchacho devoto de siempre y un correcto estudiante de Derecho. Así pudo pasarle a la dirección de "Pirulo 22" información valiosa sobre los vínculos políticos, militares y ecelesiásticos de la CNU y la planificación de sus acciones, incluyendo los nombres de algunas de sus futuras víctimas. Pero su juego fue descubierto y, el 11 de abril de 1975, una patota lo acribilló a balazos adentro su auto en el camino de Punta Lara a Villa Elisa, presumiblemente después de haberlo torturado sin poder obtener de él ninguna información. Tenía entonces 22 años. (Nota al pie) Lo cierto es que la sucesión de caídas forzó a muchos a pasar a la clandestinidad, algo cada vez más costoso, y a otros a mudarse de regional, hasta que la organización en La Plata terminó desalentada y exhausta.

La regional Córdoba de FAL 22 también quedó prácticamente descabezada cuando, en marzo de 1975, la policía detuvo a Chiche y la Gringa en la casa de la hermana de ella, en un operativo de gran magnitud que abarcó el copamiento de varias manzanas. A la Gringa la acusaron sin fudamento de haber participado en una acción contra la fábrica militar de municiones en Villa María; la sobreseyeron pero igual quedó presa a disposición del Poder Ejecutivo. "Nos torturaron durante doce días -cuenta-. Yo terminé con costillas flotantes rotas, una vértebra aplastada, un aborto y violaciones varias. Chiche quedó muy

moreteado y resentido en las piernas. Estuvo muchos meses internado, y luego andaba con muletas. Pero no cantamos nada, ni siquiera dónde vivíamos."

Por entonces, la regional Córdoba de FAL América en Armas, que no llegaba a sumar diez militantes, se planteó la opción de trasladarse en bloque a Buenos Aires, donde la organización contaba con una estructura más sólida (unos treinta militantes encuadrados) y mantenía una actividad constante de pequeñas operaciones de acumulación, en general sin firmar. Los históricos, como Negro y el Chueco, se negaron y abandonaron definitivamente la lucha armada. Pero la Flaquita, esposa del Chueco, eligió irse a la Capital y seguir militando. "No la pude convencer y entramos en crisis", cuenta él, que fue a visitarla varias veces para hacerle cambiar de idea, sin suerte. También lo intentó su hermana, Susana, que la vio por última vez en julio de 1975, y la encontró deprimida y disconforme con lo que estaba haciendo. "Le llevé un pulóver verde de lana que le había tejido mi mamá y me prometió que iba a volver a Córdoba en agosto", cuenta. Pero no alcanzó a volver porque murió durante un operativo económico: el asalto a la caja de un restorán muy paquete en el sur bonaerense, en el invierno de 1975. Después, la autopsia reveló que le habían disparado por la espalda. Fue la última operación de FAL América en Armas. "Nos dimos cuenta de que la cosa no daba para más", cuenta Bufano.

Entonces empezaron las tratativas para incorporarse en bloque a la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), nacida un año antes de la fusión entre ORPO de Rosario y el grupo El Obrero, de Córdoba, tipico exponente de lo que entonces se denominaba la "izquierda socialista". De origen universitario y marxistas rigurosos, estos cordobeses reivindicaban el carácter estrictamente proletario de la revolución que, a su juicio, se debía realizar, al punto que incialmente habían evaluado como una "tremenda derrota política"[184] el triunfo de Cámpora, aunque la efervescencia de la época los llevó poco más tarde a rectificar esa postura. Dardo Castro, uno de los máximos dirigentes de El Obrero y de OCPO, comenta con algo de ironía que Anselmo y D'Arruda, los líderes de ORPO, con quienes teínan contacto desde los tiempos en que todavía eran FAL, daban la impresión de que podrían haberse pasado "diez años más planificando operativos perfectos y sumando de a un militante nuevo por año"; pero que la efervescencia política que se respiraba en la calle desde el regreso del peronismo al poder, sumada a la presión de sus propias bases, los forzó a salir de su cascarón de organización ultratabicada y clandestina y volcarse a la política de masas. En la nueva organización, Anselmo ocupó un cargo en la dirección nacional (aunque abandonó la militancia poco tiempo después), mientras que D'Arruda se convirtió en uno de los jefes e instructores de las Brigadas Rojas, su brazo armado.

"En esa época, a partir de 1975, la OCPO tuvo la virtud de comenzar a funcionar como una esponja para muchos grupos o células aisladas", asegura

Bufano. De hecho, empezaron a ser vistos como la posible “tercera opción” para todo el espectro de la lucha armada que quería seguir combatiendo y no se identificaba con el ERP ni con Montoneros. Así fue como absorbieron, además de América en Armas, a Lucha Socialista de La Plata, y a grupos escindidos del MIR Praxis porteño y el MLN.

Por cierto, la opción de unirse a organizaciones más grandes para superar definitivamente la atomización de las fuerzas insurgentes tenía consenso en las distintas versiones de la “L”: en esa misma época, con una gran dosis de realismo, casi todo FAL Che y la totalidad de FAL Inti Peredo ingresaron al ERP. El ex dirigente del PRT-ERP Daniel de Santis cuenta que a Tato lo mandaron a ocuparse del trabajo gremial en la fábrica Peugeot, en Berazategui, porque “venía con un ánimo demasiado *fierrero*”. En cambio, Tito y la Petisa fueron destinados a la regional Santa Fe, pero tuvieron una militancia muy corta en su nueva organización. El 11 de octubre de 1975, los dos murieron durante un tiroteo entre militantes del ERP y la Policía en la localidad de Clark. (Según algunas versiones, ellos se vieron involucrados casi accidentalmente en el hecho, porque no eran los perseguidos.) Su hermano, Arnaldo, tuvo que ir a reconocer los dos cuerpos, ya que los padres de Susana, que al parecer no aprobaban en absoluto su militancia, por algún motivo se excusaron de hacerlo. Los enterraron en Rosario. Sus ex compañeros de FAL Che escribieron un breve texto de despedida en *El Combatiente*, órgano oficial del PRT-ERP, con emotivas referencias al *Reportaje al pie del patíbulo*, de Fucik: “Querido Sergio, querida Susana: nada de lo que han hecho se perderá. Sus vidas son ejemplos de combatientes, que levantaremos junto a las de todos los caídos, y aunque con dolor sepamos que ya no viven, con alegría decimos: ¡Han muerto revolucionarios! ¡Viva la revolución!”.[185] Tal como se habían prometido mutuamente ambas parejas, Tato y Marina se hicieron cargo de Alejandro, su hijo de un año, llamado así en homenaje a Baldú.

Poco después, el 23 de diciembre de 1975, dos ex miembros de FAL Inti Peredo y de ARS 8 participaron del frustrado asalto del ERP al Batallón 601 de Monte Chingolo: Claudio Tisminetzky, quien murió combatiendo dentro del predio, y Liliana Malamud, la hermana de Marina, que estuvo en una de las contenciones.[186] Fue uno de los operativos más ambiciosos de la guerrilla en toda su historia, y también, quizás, el acto final de todo un periodo histórico.

En verdad, la épica insurgente parecía desfallecer en los últimos meses de ese año. También murió Agustín Tosco, muy enfermo y en la clandestinidad debido al pedido de captura con que lo acosaba el interventor federal Lacabanne. “En Córdoba fue como la muerte de Perón”, cuenta Martín, que se pasó toda la noche al lado del féretro. El entierro fue previsiblemente accidentado: la Policía le disparó al cortejo y hubo que esconderse donde fuera, detrás de la lápidas. Andrea estaba cuerpo a tierra justo al lado del histórico y

octogenario dirigente gremial Pedro Milesi, hombre de consulta permanente para todos los sindicatos clasistas cordobeses. Lo escuchó evocar una situación parecida vivida muchas décadas antes, cuando residía en Buenos Aires: *¡Igual que la Semana Trágica!*.

Por entonces, en Córdoba, el Chueco seguía buscado por ser el esposo legal (ahora el viudo) de la Flaquita; pero, como la Policía no sospechaba que todavía fuera estudiante, jamás lo buscaron en la Facultad, donde se sentía a salvo. Por las dudas, trataba de dormir cada noche en una casa distinta, y pasaba las *pinzas* llevando los libros en bicicleta, como un estudiante más. A fines del verano de 1976, a través de unos conocidos que militaban en el gremio de los empleados judiciales, Norberto Negro consiguió una larga lista de personas que corrían serio peligro de ser detenidas apenas se consumara el golpe de Estado, que ya se veía como inevitable. El día de la víspera del martes 24 de marzo, Negro, el Chueco y otros compañeros salieron a recorrer la ciudad para avisar a uno por uno. Terminaron más o menos a las tres de la mañana —justo la misma hora en que Isabel Perón, recién desalojada de la Casa Rosada, partía en un avión de la Fuerza Aérea rumbo a Villa La Angostura—, y se fueron a dormir satisfechos porque tal vez les habían salvado la vida a unos cuantos.

8. El final
(1976 y después)

La última escisión

Sobre la maquinaria de aniquilamiento de la insurgencia —armada o no— puesta en marcha durante la dictadura encabezada por Jorge Rafael Videla ya se ha dicho absolutamente todo y queda poco o nada por agregar. "Lo que me hicieron a mí en el 69, cuando caí por lo de Campo de Mayo, fue como pasar una semana de vacaciones al lado de lo que vino después. Éstos directamente te cortaban en fetas", grafica el Ciego Cibelli. También Szpunberg establece diferencias claras entre ambos momentos: "Onganía llegó con un proyecto muy elaborado y un programa fundacional, apoyado por sus intelectuales, sus comunicadores y sus técnicos. En cambio, Videla vino a cortar cabezas y nada más".

Cuando se revisan los diarios de 1976 y 1977, con su abundante información sobre guerrilleros abatidos —siempre citando fuentes oficiales—, se advierte que las noticias pueden dividirse en dos clases: por un lado, las que informan sobre procedimientos en los que se abatieron "delincuentes subversivos", pero sin aportar datos sobre sus identidades; y por el otro, las que incluyen los datos de los caídos pero nada dicen sobre el procedimiento: lugar, circunstancias y demás datos. Es decir, el principio o el final, pero nunca la historia completa. Es llamativo el contraste con los diarios de diez años antes, cuando se descubrían día por medio células "castrocomunistas", síntoma de una ebullición creciente que pugnaba por corroer a la dictadura de entonces. En la década transcurrida, el ciclo parecía configurar una curva perfecta: ascenso, apogeo y caída. Como si, más allá de la voluntad de los protagonistas, la Historia se esforzara por imitar las leyes de la biología o de la física.

Ante las terribles circunstancias, la respuesta de FAL 22 de Agosto, último resto visible que quedaba de las Fuerzas Argentinas de Liberación, fue el repliegue. Muchos

abandonaron la organización, aunque siguieron trabajando a nivel gremial, mientras pudieron. Sin embargo, Hugo Corsiglia, el responsable de los GRB en La Plata, empezó a alentar desde esa regional la posibilidad de fusionarse con OCPO y que se incorporaran a sus Brigadas Rojas, como ya lo habían hecho otras columnas de la “L”. Esta postura cobró más fuerza cuando, a fines de 1976, el "Bambi" Corsiglia fue ascendido a la dirección nacional en reemplazo de Ramón quien, agobiado por las responsabilidades de tantos años, pidió una licencia y se convirtió en militante de base.

“El fundamento de la fusión era que se nos fue cerrando el espacio político. La OCPO ya había integrado América en Armas, y nosotros teníamos una sensación de gran impotencia política. Sentíamos la necesidad de juntarnos con otras agrupaciones para ganar más eficiencia, y el hecho de contar con una estructura ahorraba mucho tiempo de construcción”, cuenta uno de los militantes que estuvo de acuerdo con la propuesta. Lo paradójico es que fueron los dirigentes de recambio, como el Enano, quienes buscaron subir la apuesta de la actividad armada para enfrentar a la dictadura, mientras que los líderes históricos como Ramón y Martín —ahora responsable de la regional Córdoba— oponían una alternativa mucho más escéptica sobre las posibilidades de triunfo.

“Yo le dije que la fusión con OCPO me parecía una locura, un suicidio colectivo, porque no estábamos en condiciones de generar acciones ofensivas —cuenta Martín—. Para mí, lo único que quedaba por hacer era guardarse y encontrar vasos comunicantes que no pudieran ser vulnerados, porque el futuro que se veía venir era un país ocupado por las Fuerzas Armadas… Pero si llegabas a plantearlo, directamente te decían traidor.” Sin embargo, eran muchos los que coincidían en esta postura; entre ellos, la propia esposa del Enano, la médica neonatóloga María Cristina Mura. A raíz de esta discusión, la organización se partió y dejó de existir. Alrededor de la mitad de los militantes de la Capital y el Gran Buenos Aires, liderados por Corsiglia, se sumaron a la OCPO a mediados de 1977. Junto con la vieja regional Rosario y América en Armas, podía hablarse de un aporte importante de las FAL a esta organización.[187] En cambio, los "FAL 22" de La Plata y Córdoba, en general, optaron por abandonar la lucha armada —como Ramón y Martín—, migrar hacia otras organizaciones, como el GOR,, o a agrupaciones no armadas como Orientación Socialista, de Ismael Viñas, por citar algunos casos.

En definitiva fue la OCPO, y no las FAL, la organización que pasó a hegemonizar el espacio intermedio de la lucha armada: esa franja que no se identificaba con el ERP ni con Montoneros. Incluso llegó a erigirse junto a aquéllas en la tercera pata de la proyectada Organización por la Liberación Argentina (OLA), un frente de fuerzas insurgentes que no se concretó debido a la muerte de Santucho y de otros altos dirigentes del ERP, en el invierno de 1976. Es interesante destacar que la OCPO ocupó ese lugar hablando el mismo idioma que las dos "orgas" mayoritarias: ante lo inevitable del golpe militar,

primero, y una vez asumida la imposibilidad de actuar política o gremialmente contra él, después, habían concluido que “la única forma de revertir el retroceso era profundizar el enfrentamiento armado”. [188] La diferencia principal radica que en el el ERP y la "M" fueron sus conducciones históricas las sostuvieron esa postura militarista, motivo por el cual más tarde se los criticó duramente.

En definitiva, las Brigadas Rojas fueron diezmadas durante los dos primeros años de la dictadura, al igual que el resto de las organizaciones armadas, aunque la Ocpo siguió existiendo uno o dos años más. La derrota, en realidad, era de la opción de la lucha armada tal como la había entendido FAL en casi todas sus épocas y vertientes: ese proceso lento y paciente de desgaste indirecto del enemigo, acumulación y propaganda armada, propio de la etapa prerrevolucionaria. Todas estas alternativas habían sido abandonadas en favor de otra lógica: la de la guerra abierta, la del enfrentamiento agonístico, que a su vez también fue derrotada en su propio terreno, el militar. Por otra parte ninguna de las piezas integrantes del gran rompecabezas de las FAL había logrado articular una alternativa política o un rotundo trabajo de base (con la sola excepción, tal vez, de los GRB en La Plata) que compensara este déficit de presencia armada. Vale decir, ni una cosa ni la otra.

Los que cayeron y los que sobrevivieron

Las caídas llegaron inevitablemente. El 8 de julio de 1976 fue “chupado” Sergio Bufano[189]. mientras acompañaba a una militante a visitar a un familiar en un hospital. Lo llevaron a una casa en la calle Franklin 943, donde lo torturaron hasta que pudo simular un ataque cardiaco, con sus recursos de ex estudiante de arte dramático, y entonces lo dejaron tirado sin las esposas. A la noche, cuando la patota salió hacia otra misión, se levantó y empezó a buscar un arma para suicidarse y acabar de una vez con el suplicio. Pero encontró una escalera que bajaba, la siguió y desembocó en un garaje que tenía la puerta abierta. Salió a la calle, ensangrentado, caminó una cuadra y se encontró frente al monumento al Cid Campeador… ¡Había regresado a la avenida Parral! Entonces subió a un colectivo —le dijo al chofer que le habían robado— y llegó hasta la casa de Carlos Ezcurra, viejo compañero del Malena. Después de esa experiencia, jamás volvió a salir desarmado a la calle, y a fines de ese año, renunció a Poder Obrero junto con otros diez ex integrantes de América en Armas. Se exilió en México. La compañera secuestrada junto con él, Guillermina Santamarina Woods, continúa desaparecida. Ernesto Poper se quedó porque sufría cáncer y estaba tratándose con quimioterapia, pero luego también se exilió y sobrevivió a la enfermedad un cuarto de siglo más.

Al mes siguiente, Jorge Horacio Pérez, militante del MR 17, que todavía caminaba por Buenos Aires relativamente tranquilo, con pelo corto, saco, corbata y portafolios de visitador médico, se encontró por casualidad en un bar del centro con su ex compañero de colimba Sergio Bjellis. El mismo a quien él personalmente había llevado trece años antes a la Organización, y que poco tiempo antes se había incorporado con su columna de inteligencia al PRT. Se abrazaron, y el Petiso le dijo que estaba muy acorralado, que ya habían caído algunos de su grupo. Tal vez le contó, o tal vez no, que estas caídas eran producto de delaciones, de actos desesperados de, por ejemplo, un marido cuya mujer había caído y ofrecía un pez gordo a cambio de su liberación. Jorge le prestó algo de plata sin que Bjellis se la pidiera, y quedaron en una cita para una semana más tarde en un cine de Liniers. Pero Sergio no fue, y Jorge se enteró después de que había caído unos días antes, el 31 de agosto (en Santos Lugares, según el expediente Nº 7013 de la Conadep). También se dio cuenta de que su amigo —el primer miembro de la vieja dirección nacional de las FAL en desaparecer— no había cantado su cita con él. “Todavía le debo una atención, pero algún día se la voy a pagar”, asegura Jorge, que se exilió en Malmö, Suecia, después regresó a la Argentina y hasta el día de hoy sigue militando en el gremio de docentes en el Gran Buenos Aires.

Dos meses más tarde, el 14 de octubre, Marina Malamud desobedeció la orden de cortar los vínculos de Alejandro Schneider, de dos años, con sus abuelos. Era una medida básica de seguridad, tal como quedó demostrado. Pero ese día, a pesar de todo, ella fue a llevarle a Alejandrito a su abuela materna a una plaza en Sáenz Peña, en el Partido de 3 de Febrero. También estaba con ellos Tania, de ocho años. A Marina la levantó una patota: Tania llegó a ver cómo la introducían en un auto donde había un hombre encapuchado. Era, sin duda, una “cita envenenada”, porque hasta había mujeres policías de civil camufladas entre la gente, que inmediatamente se llevaron a los dos chicos y a la madre de Susana Giacché a una comisaría de San Martín. Después, los niños fueron devueltos a sus familias. Varios meses más tarde, Tato les contó a los Malamud —según recuerda una prima de Marina— que su hija todavía estaba viva en Campo de Mayo, y que, según le habían dicho, no podía caminar a causa de las torturas que había padecido.[190]

Poco más tarde, en los primeros días de noviembre de 1976, cayó en una ratonera tendida en su propia casa el ex responsable militar de la regional Córdoba de FAL 22, José Ramón Morales, que provenía de los CPL y había sido destinado a Buenos Aires porque se lo consideraba muy buscado en esa provincia. Fue conducido al centro clandestino de detención Automotores Orletti, en el barrio de Flores, donde estuvieron prisioneros también su padre y Graciela Vidaillac, su esposa, su hermano y su cuñada.[191] Allí los torturaron a los cinco hasta el límite de la

supervivencia y después los dejaron tirados en el suelo, deshechos y deshidratados.

Por la noche, Graciela advirtió que la atadura de una de sus manos estaba floja, consiguió desatarse y, como había visto el sitio donde los carceleros dejaban las llaves, pudo entrar al cuatro donde estaban su marido y su suegro, tirados en el piso. Les dijo que era la oportunidad de escaparse, ya que la cortina metálica de enrollar que daba a la calle tenía la típica puertita que se podía abrir con llave; pero el padre les dijo que se fueran ellos, que él se quedaba porque no se podía mover. En ese momento se despertó uno de los tres guardianes de la noche, pero como en el lugar había una cantidad considerable de armas largas, los dos pudieron huir hacia a la calle mientras José cubría su huida disparando un FAL. Salieron casi desnudos y ensangrentados, consiguieron subir a un auto y se fueron a una casa segura. Su fuga obligó a cerrar el chupadero al día siguiente. Ambos se exiliaron en México, pero después Morales fue a combatir a Nicaragua con el Ejército Sandinista y murió cerca de la frontera costarricense, como jefe de una columna del Frente Sur.[192]

Por esa época, cuando se disolvió finalmente el Peronismo de Base, Talita, que por primera vez en su vida estaba realizando un trabajo barrial, en Boulogne, quedó integrada a la Columna Norte de Montoneros. Lo mismo sucedió con otras unidades básicas del PB. Incluso Pichón militó ahí durante un tiempo. De no haber sido así, ella probablemente se habría vinculado a la “M” a través de su amigo John Alec Barry, viejo compañero del Movimiento Estudiantil Renovador de Adrogué. “En Montos evaluaban que el golpe evidenciaba la debilidad de las clases dominantes para controlar la situación, al punto que tenían que llamar a las Fuerzas Armadas en su auxilio —cuenta Talita—. Parecían convencidos de que el enemigo estaba en retirada y nosotros en ascenso, un disparate, pero no lo podíamos plantear porque se nos cerraba la discusión”. Sin duda, era una dinámica de funcionamiento muy diferente de la que existía en FAL 22 de Agosto. A fines de 1976, junto con Pichón, decidieron romper con Montoneros y exiliarse, y así viajaron a Israel con Bruno, de cuatro años, y ella con un embarazo de cuatro meses. “Tenía treinta y un años, comenzaba una nueva vida y me llevaba un sentimiento de derrota total”, admite.

Después de un año de clandestinidad, en mayo de 1977, Alberto Szpunberg se exilió junto con su compañera y Victoria, su hija de tres años y medio. Primero recaló en París, donde ya estaba establecido su amigo César Strocio, por entonces bandoneonista del Cuarteto Cedrón y también ex militante de la Brigada Masetti. Con el tiempo, este grupo renovador del tango musicalizó algunos de sus poemas. Después él se radicó en Barcelona, pero en la década del 80 volvió a la capital francesa para trabajar como periodista en la agencia de noticias sandinista *Nueva Nicaragua*. Un

día, viajando en el metro, vio que se bajaba del vagón alguien con cara conocida. La memoria a veces se toma su tiempo: cuando alcanzó a decir "Puchi…", ya era tarde, porque Fernando Fuentes, el militante del Frente Revolucionario Peronista con quien dos décadas antes había puesto un caño en una dependencia militar, ya se había bajado y las puertas volvían a cerrarse. Sin embargo, alcanzó a escuchar en el andén que lo llamaban por su viejo apodo y se dio vuelta: Alberto supo que lo había reconocido. Mientras el metro volvía a arrancar llegaron a intercambiar una mirada de unas décimas de segundo que contenían toda una vida.

Alberto recibe en su casa de San Telmo vestido casi siempre con un buzo y un pantalón de gimnasia, y el infaltable cigarrillo negro en los labios. Durante la charla, parece temblar de emoción cada vez que pronuncia —y lo hace muy seguido— la palabra "compañero". Empieza con fuerza y énfasis, como Juan Perón cuando iniciaba sus discursos con esa misma palabra mientras saludaba con las manos en alto, pero más o menos a la altura de la tercera sílaba empieza a sonar con sordina —en parte por culpa del tabaco— y termina casi inaudible: su voz se transforma en una vibración grave y profunda que parece surgir de lo más hondo y conmueve toda su humanidad. Como si cuerpo y palabra —esa palabra, al menos— fueran una sola entidad indivisible.

Ramón, otro de los referentes de la "L", abandonó el país apenas quedó resuelta la disolución del "22" y la fusión de una parte a la OCPO, en el otoño de 1977. Se exilió en Brasil junto con su compañera y el hijo de ambos, pero tuvo que volver a Buenos Aires al poco tiempo para conseguir un pasaporte legal y seguir viaje rumbo a España. Entonces trató de contactar a Cristina, la esposa de Hugo Corsiglia, para darle algunas instrucciones finales. Pero ella, que trabajaba como médica en el Hospital Italiano, jamás acudió a las citas, y Ramón se fue definitivamente del país. Poco después de su partida, el 10 agosto de 1977, el Bambi y Cristina fueron secuestrados. Primero él, en una vivienda de Florencio Varela cerca de la rotonda de Monteverde, y después ella, cuando se dirigía a una cita profesional falsa que le pasaron a través de su bíper, según pudo reconstruir mucho más tarde su hija Lucía, por entonces de cuatro meses. Los llevaron a la Escuela de Mecánica de la Armada y desde entonces ella y su marido están desaparecidos.[193]

En esa época, el obrero gráfico Juan Carlos Tedesco, que se había vinculado con FAL 22 de Agosto a partir del trabajo gremial en el FTR, era el responsable legal de la imprenta Duplicación Industrial, en San Martín, que además de trabajar normalmente servía para imprimir volantes y otras publicaciones. Desde hacía varios meses la imprenta estaba cerrada y sin actividad pero, al conocerse la caída del Bambi y Cristina, se decidió retirar del lugar cualquier elemento comprometedor y entregar el local al propietario. Para eso, Tedesco se citó con

otro militante, Osvaldo Portas, otro estudiante de Arquitectura de la UNLP, quien llegó un poco antes y fue sorprendido por una patota que allanó el lugar, y que desde ese día está desaparecido. Muchos testimonios coinciden en que Ramón decayó anímicamente al conocer la suerte del Bambi, Cristina y de tantos otros compañeros: se sentía responsable por su seguridad, como corresponde a un jefe, o al capitán de un barco que se hunde. Todos los que lo conocieron en el exilio y de regreso en la Argentina coinciden en que, hasta su muerte, en 1999, llevó encima como un lastre personal la culpa por cada muerto de su organización.

Tato, el principal dirigente de FAL Che, llegó a integrar la dirección del PRT como encargado de propaganda, y desapareció el 12 de mayo de 1977, en medio de una caída masiva de militantes de esa organización. Se presume que su detención fue en su domicilio, en el partido de Quilmes, y después de un largo tiroteo, pero no hay datos demasiado precisos. Su hija Tania quedó a cargo de los abuelos maternos, los Malamud. Un dato muy poco conocido, incluso para los ex militantes de FAL Che, es que en 1977 todavía quedaba en Buenos Aires un núcleo muy pequeño que reivindicaba ese nombre: tal vez eran los únicos cinco o diez que no se habían integrado al ERP, como Julián, antiguo responsable de La Plata, y el futuro profesor de la Sorbona que cinco años antes había custodiado al Tano Gianni en Córdoba. Durante todo ese año se esforzaron por unificarse con el igualmente reducido Frente Revolucionario 17 de Octubre, que conducía Armando Jaime, y con un misterioso “M.R. Che”.[195] Julián le había enviado una carta a Ramón en la que le aseguraba que las negociaciones iban viento en popa, y que se les habían sumado algunos disidentes del ERP.[196] Pequeñas alegrías que ayudaban a abrir una hendija de esperanza en medio de la malaria, la evidencia de la derrota inapelable y el peligro inminente de ser arrojados al infierno de los centros clandestinos de detención.

Es muy probable —aunque no es seguro— que este pequeño núcleo haya sido el responsable de un largo documento mecanografiado que circuló en forma clandestina y muy restringida en enero de 1978, firmado por FAL Che. En él, después de evaluar críticamente la derrota sufrida, se aseguraba que, a pesar de todo, el “descontento general del pueblo” bajo el gobierno militar permitía ilusionarse con que el momento actual fuera propicio para que “una chispa pueda encender la pradera”. También, que la dictadura constituía “el último bastión de la burguesía”, y “el enemigo final de la revolución”.[197]

En el invierno de ese año, Jorge Caravelos y Lucía Seica fueron detenidos en plena calle y a la luz del día, en La Plata, mientras mantenían una discusión de pareja a viva voz. Sus cadáveres aparecieron un mes más tarde adentro de un auto, carbonizados. Su amigo Peralta, que los seguía frecuentando,

tuvo más suerte. Después de desligarse de la Organización había cruzado clandestinamente a Chile, donde trabajó en la Corporación de la Reforma Agraria. Volvió a Buenos Aires después de la asunción de Cámpora, pero cuando quiso regresar a Santiago, Allende ya había sido derrocado y muerto. Además, empezó a penar porque su pedido de captura no había sido anulado con la amnistía, aparentemente por un error burocrático. Ya no militaba más, pero vivió momentos económicos duros, y asegura que en los primeros años de la dictadura tuvo mucha suerte de no caer. Hasta que en setiembre de 1979 lo arrestaron en Constitución, un sábado cuando volvía de su trabajo en una concesionaria Dodge de La Plata. Estaban pidiendo documentos a todo el mundo, y con el suyo saltó el antiguo pedido de captura.

Lo llevaron a una comisaría, donde no hubo maltrato. En un momento lo dejaron solo en una habitación con una ametralladora Uzi encima de un escritorio: Peralta respiró hondo y entrelazó las manos por detrás del respaldo del asiento, hasta que llegó un oficial muerto de risa y le preguntó cómo había soportado la tentación de usarla. El lunes lo llevaron esposado a ver al comisario, que a su vez lo derivó al Departamento de Policía. Ahí lo atendió alguien vestido de civil, que primero miró su legajo y después a él, hasta que finalmente le peguntó:

—¿Querés saber qué pasó con Baldú?

—No.

—¿Sabés quién mató a Sandoval?

—No.

—¿Querés saberlo?

—No.

—¿No querés saber nada?

—No.

Después de una semana lo trasladaron al Juzgado de San Martín, donde estaba radicada la causa de Campo de Mayo desde hacía diez años, y le levantaron el pedido de captura. Siempre estuvo convencido de que se había salvado de algo peor porque esa semana había arribado a la Argentina la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, que fue repudiada por el gobierno militar con el famoso eslogan “Los argentinos somos derechos y humanos”.

Hacía tres años ya que, con gran lucidez y economía de recursos, en agosto de 1976, el Ciego Cibelli había comprado un campito cerca de Brandsen y se dedicaba a criar lechones sin ser molestado jamás, gracias a la destrucción de los archivos de la

Policía Federal durante el gobierno de Cámpora. Hacia 1981 empezó a planear con mucho cuidado su regreso a la vida normal. Para eso tenía que conseguir documentos, y sacó un DNI con su nombre verdadero en Brandsen, porque en el que tenía constaba que había sido liberado del penal de Rawson por la ley de amnistía. Para ir a retirarlo, organizó un operativo con la familia de Irma: les dijo que algunos se apostaran frente a la Comisaría, en la misma cuadra, y le hicieran una seña si veían salir policías corriendo en esa dirección. Pero todo anduvo bien. Empezó a trabajar en la cooperadora de la escuela y en 1982 se afilió al radicalismo. "Me di cuenta de que hacía falta democracia, porque es mentira que cuanto peor, mejor. Es al revés: cuanto peor, peor", asegura. Pero su entusiasmo alfonsinista no llegó mucho más allá de la infausta Semana Santa de 1987.

Definitivamente decepcionado de los radicales, Cibelli se dedicó a fundar cooperativas de trabajo y de servicios en la zona sur del Gran Buenos Aires, que en la década de 1990 llegaron a ser contratadas por la Municipalidad de La Plata para realizar algunas obras de infraestructura vial y cloacal. Ya en el siglo XXI, comenzó a militar en movimientos sociales y fue uno de los fundadores, a mediados de 2001, del Movimiento de Unidad Popular. Hasta hoy sigue adelante con sus emprendimientos económicos autogestivos que dan trabajo a decenas o centenares de personas, según las épocas. Como la Cooperativa El Progreso, en el partido de La Plata, que se inició con un grupo de mujeres que fabricaban tortas y dulces y logró transformarse en una pequeña empresa alimenticia que produce artículos de repostería en una planta industrial construida por ellos mismos. "En este lugar están resumidos todos los ideales que teníamos cuando fundamos la Organización", asegura Cibelli, mientras enseña, orgulloso, las instalaciones y explica que allí todos trabajan por igual y cobran lo mismo. Una sociedad algo más justa, nada menos.

NOTAS

1. Ese día, 34 aviones de la Marina bombardearon la Plaza de Mayo. Oficialmente, hubo 364 muertos y más de 800 heridos, civiles en su inmensa mayoría. Tres meses más tarde, el 16 de septiembre, Perón fue derrocado.

2. Silvio Frondizi, “La revolución democrático burguesa en los países semicoloniales (Argentina)”, revista *Estrategia*, Buenos Aires, Nº 1, Ediciones RR, septiembre de 1957, pp. 19-31.

3. Esta posibilidad ya estaba contemplada en el artículo 28 del decreto ley 6403 de la Revolución Libertadora, “Organización de las universidades nacionales”, que nunca había sido reglamentado.

4. El verdadero nombre de Villa jamás se hizo público y sus compañeros lo guardan celosamente.

5. El Plan de Estabilización Económica Nacional establecía la devaluación del peso, liberación de los precios, eliminación de los subsidios al consumo y de las restricciones a las importaciones, la racionalización de la administración pública para reducir el déficit fiscal, el congelamiento de los salarios y el aumento de los precios de los servicios públicos. A cambio, la Argentina obtuvo préstamos por 329 millones de dólares. El subsecretario de Estado norteamericano, Robert Murphy, aseguró que se trataba de “una de las operaciones más completas jamás llevadas a cabo por los Estados Unidos en América Latina.

6. Omar Acha, *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945-1962)*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2008.

7. Horacio Tarcus. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milciades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 144.

8. Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas* (1960), perso.wanadoo.es/ddragon/che.pdf. Durante un encuentro con argentinos en La Habana, en 1962, lo explicó en los siguientes términos: “Nosotros demostramos que las condiciones especiales de Cuba, las condiciones subjetivas iban madurando al calor de la lucha armada; que la lucha armada era un catalizador que agudizaba los hechos, y que iba haciendo nacer una nueva conciencia”.

Manuel Gaggero, “El encuentro con el Che, aquellos años”, en AA.VV., *Che, el argentino*, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 1997, p. 323.

9. Horacio Tarcus, ob. cit., p. 366.

10. El uso terminó por consagrar la expresión “moral revolucionaria” en un sentido muy distinto, para definir el grado de entusiasmo por la causa y la fe en el triunfo final que debía tener un militante.

11. *Clarín*, Buenos Aires, 18 de junio de 1962.

12. Mónica Mendoza y Eduardo Espinosa, *Recordando a Montoneros. Los Barry de Adrogué*, Cuadernos del Programa de Historia Oral, FFyL-UBA, Buenos Aires, 2006.

13. El testimonio de los militantes tucumanos procede de una entrevista colectiva realizada en Tafí Viejo, en octubre de 2008.

14. El caso más notorio fue el del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), que en 1964 dirigió desde la selva salteña una carta abierta al presidente Illia, exigiéndole su renuncia.

15. El testimonio de Carlos Malter Terrada corresponde a una serie de entrevistas realizadas en noviembre de 2007, pero también a sus propios apuntes autobiográficos, los *Papeles de Malter*, original escrito en procesador de textos e inédito, cedido gentilmente por su autor para este libro.

16. Massachussetts Institute of Technology, en Cambridge, Estados Unidos.

17. *La Prensa*, Buenos Aires, 9 de mayo de 1968.

18. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 10.

19. El relato de la operación está basado, mayormente, en los *Papeles de Malter*.

20. (Quitar)

21. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 20.

22. Testimonio de Norma Salas, prima de Carlos Della Nave.

23. *La Razón*, Buenos Aires, 9 de noviembre de 1967. Es el único diario que publica la lista completa de los detenidos.

24. Varios tucumanos participaron de la acción. De hecho, la Organización puso en juego a casi todos sus militantes varones.

25. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 20.

26. Es fácil imaginar las consecuencias que habría tenido para la salud mental de Villa que se revelara su identidad. Por eso, es el secreto mejor guardado de sus viejos compañeros.

27. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 21.

28. Causa Nº 8.897/69, “Sobre robo de armas Campo de Mayo”. Todos los datos sobre la investigación judicial provienen de esta fuente y de los testimonios de Juan C. Cibelli, Carlos Malter Terrada y Peralta.

29. Causa Nº 8.897/69, documentos adjuntos sin número de foja.

30. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 22

31. Causa Nº 8.897/69, declaración espontánea de Juan Carlos Cibelli, fojas 272 y 273.

32. Causa Nº 8.897/69, foja 429.

33. Causa Nº 8.897/69, fojas 757 y 758.

34. Una revista de actualidad, *Panorama*, hizo notar más tarde que los militantes de la Organización estaban rodeados de “mujeres con nombres exóticos” (como si se tratara de “chicas Bond”), lo cual brindaba una imagen falsa de sus vidas esforzadas y muy poco glamorosas de visitadores médicos y militantes de tiempo completo. Además, prejuzgaba mal sobre la función de las integrantes femeninas de la organización. En revista *Panorama*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1970.

35. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 25.

36. *Teoría y política*, Buenos Aires, marzo-abril de 1969, pp. 39 a 56.

37. Régis Debray, intelectual y militante francés que combatió junto con el Che Guevara en Bolivia entre 1966 y 1967. Es autor de libros sobre la estrategia y táctica guerrilleras, de gran influencia entre los revolucionarios latinoamericanos. Actualmente, vive en Francia.

38. Carlos Marighella, *Manual del guerrillero urbano*, revista *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, Nº 2, marzo, abril, mayo de 2005.

39. La consigna “acelerador y metra” suele ser atribuida literalmente a Luis María Aguirre (Tato), e incluso muchos la consideran la síntesis perfecta de su forma de entender la lucha armada. Pero ningún entrevistado recordó fehacientemente haberla escuchado de su boca.

40. Carlos Flaskamp, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002, pp. 50 y 51.

41. Sobre la experiencia del EGP, véase Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000; y Ciro Bustos, *El Che quiere verte. La historia jamás contada del Che en Bolivia*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2007.

42. Testimonio de Héctor Jouvé, uno de los guerrilleros detenidos. Szpunberg no recordaba esa anécdota.

43. Alberto Szpunberg, *El che amor*, Buenos Aires, Editora Nueve 64, 1965.

44. El autor de este libro escribió una crónica detallada de este episodio, “Cuando los estudiantes coparon la parada”, que se publicó en el Diario de Arquitectura de *Clarín* del 13 de octubre de 2009. También lo evocó en la XII Bienal de Arquitectura de Buenos Aires 2009, celebrada en el Centro Cultural Recoleta. El texto de la conferencia está disponible en la página web de la Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente, bajo el título *A 40 años del*

“Arquitecturazo”.

45. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 32.

46. En la actualidad funciona allí el Centro Cultural Islas Malvinas.

47. Testimonio de Carlos Malter Terrada, noviembre de 2008.

48. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 7.

49. Véase nota 40.

50. Causa Nº 8.897/69, “Sobre robo de armas Campo de Mayo”, fojas 944 y 945. El expediente de Carlos Della Nave se incorporó a la misma causa por la cual ya estaba procesado Juan Carlos Cibelli.

51. Ibídem.

52. Ibídem, fojas 1.183 a 1.186.

53. *Testimonios de torturas a presos políticos*, en *América Latina* Nº 11, mayo de 1971. El segundo artículo se publicó en una revista que no pudo ser identificada, y fue reproducido en forma facsimilar por Julio Cortázar en *Libro de Manuel*, Buenos Aires, Sudamericana, 1973, pp. 370-381.

54. Causa penal Nº 8.897/69, foja 943.

55. Ibídem.

56. Carlos Marighella, ob. cit.

57. *Clarín*, Buenos Aires, sábado 21 de marzo de 1970, p. 43. El aviso tenía apenas dos líneas, no estaba destacado en absoluto y sólo indicaba el “estado diplomático” del vehículo, lo cual permite descartar la versión, bastante difundida, de que la idea del secuestro surgió de la lectura del aviso.

58. En homenaje al periodista y dirigente del gremio de prensa asesinado el año anterior.

59. Algunos atribuyeron este plazo a un error, pero lo más lógico es que se refiriera al día siguiente, miércoles 25 de marzo, en que el texto debía salir publicado en los diarios.

60. Causa penal Nº 8.897/69, fojas 1.058 a 1.060.

61. Ibídem.

62. *Crónica*, ídem.

63. Causa penal Nº 8.897/69, fojas 1.089 y 1.090.

64. Íbídem.

65. *La Nación*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1970.

66. *Clarín*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1970.

67. Si Baldú hubiese sido apresado el mismo día que Della Nave, habría sido el miércoles 18.

68. *Clarín*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1970.

69. *La Razón*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1970.

70. Ibídem.

71. *Clarín*, *La Prensa* y *La Nación*, Buenos Aires, 29 de marzo de 1970.

72. *Crónica*, Buenos Aires, 29 de marzo de 1970.

73. Íbídem.

74. *Análisis*, Buenos Aires, Nº 472, 31 de marzo de 1970, pp. 8-10.

75. *La Nación*, Buenos Aires, 30 de marzo de 1970.

76. Graham Greene, *El cónsul honorario*, Buenos Aires, Sur, 1973. Una década más tarde la novela fue adaptada al cine, con Michael Caine (Fortnum) y Richard Gere (Plarr) en los papeles protagónicos.

77. "Crónica de un año distinto", en *Cristianismo y Revolución*, Buenos Aires, Nº 27, enero-febrero de 1971.

78. Lo más parecido a un escrito fundacional es el llamado *Documento Nº 1*, uno de los pocos que se ha conservado, pero que tampoco representa a la totalidad de la organización y no tiene fecha. Está archivado en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (Cedinci).

79. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 6.

80. Esta observación se refiere exclusivamente al modo en que se llevaron a cabo el juicio revolucionario y la ejecución, obviando toda consideración de tipo político, jurídico, ético o moral.

81. Tamburini había estudiado en la Escuela Normal de Lomas de Zamora, como Jorge Borean, y también había participado en las luchas por "laica o libre". Además, era el novio de la hermana menor de la mujer de Jorge Pérez, y ella también se había trasladado a Córdoba cuando él se fue a estudiar y militar a esa ciudad.

82. *Clarín*, Buenos Aires, 10 de agosto de 1970.

83. Entrevista del autor a Mateo, Rosario, 2009.

84. *Papeles de Malter*, ob. cit., pp. 35-36.

85. *La Capital*, Mar del Plata, 1º de agosto de 1970.

86. Ibídem.

87. Testimonio colectivo de ex militantes de la Brigada Masetti al investigador Gabriel Rot, quien nos abrió generosamente su archivo personal.

88. Ibídem.

89. *Clarín*, Buenos Aires, 26 de setiembre de 1970.

90. Archivo de la Dirección de Investigaciones de la Policía de la provincia de Buenos Aires (Dipba), Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 128, p. 481.

91. A pesar del nombre, no integraba el comando ningún militante de la Brigada Masetti.

92. *Documento de Chiche*, marzo de 1971. Reproducido en la revista *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, Nº 6, mayo-junio-julio de 2006.

93. *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán, 14 de octubre de 1970.

94. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 35

95. Algunos entrevistados aseguran que la idea era reivindicar la acción en nombre de todo el espectro de la lucha armada, no sólo de las FAL.

96. *Los Andes*, Mendoza, 16 de octubre de 1970. La policía de Mendoza se tomó su tiempo para dosificar la información sobre los procedimientos que había

realizado el 13 de octubre, y sólo dio a conocer el nombre del único mendocino detenido.

97. Las torturas a los detenidos en Mendoza fueron descritas en detalle, junto con el calvario de Della Nave, en la revista que reprodujo Julio Cortázar en forma facsimilar en *Libro de Manuel*, ob. cit.

98. *Clarín*, Buenos Aires, 29 de octubre de 1970.

99. *Clarín*, Buenos Aires, 22 de octubre de 1970.

100. *El Día*, La Plata, 3 de noviembre de 1970.

101. Ambos operativos habían tomado como modelo, a su vez, la toma de la localidad uruguaya de Pando, por los Tupamaros, el 8 de octubre de 1969.

102. *El Día*, ídem, y *Clarín*, Buenos Aires, 30 de octubre de 1970.

103. *El Día*, ídem.

104. Reproducido por la revista *América Latina*, julio de 1971.

105. *Clarín*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1970.

106. Las entrevistas a las FAR, Montoneros, FAL y FAP fueron reproducidas después por *Cristianismo y Revolución*, Buenos Aires, Nº 28, abril de 1971.

107. Archivo de la Dirección de Informaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (Dipba), Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 1816, pp. 481.

108.226 *Crónica* y *La Nación*, Buenos Aires, 23 de diciembre de 1970. Son los únicos dos diarios que mencionan al tirador policial.

109. *Crónica*, ídem.

110. “Mediante un comunicado, la Brigada Jorge Ricardo Masetti del FAL se adjudica el hecho e informa que intentó recuperar armas y dinero”, dice un informe de la Secretaría de Informaciones de la Policía de la provincia de Buenos Aires sobre “Distintas organizaciones subversivas” (1974). Archivo Dipba Mesa D, Carpeta Varios, Legajo 1644.

111. *Carta de Chiche y Jacinto*. Todos los documentos fueron publicados en forma de boletines internos. Muchos años más tarde los reprodujo la revista *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, Nº 6, mayo-junio-julio de 2006, pp. 98 a 144.

112. Ibídem.

113. Véase *Documento de Chiche*, ob. cit.

114. Brigada Masetti, *Carta a los compañeros*, *Lucha armada…* Nº 6. El destacado es nuestro.

115. Documento de la Sección Buenos Aires, *Lucha armada*…; ídem. El destacado es nuestro

116. Grupo Parral, “Balance de la columna”, *Lucha armada*…; ídem.

117. Regional La Plata, “Para conocimiento de toda la organización”, *Lucha armada…*; ídem.

118. *El Día*, La Plata, 11 de febrero de 1971.

119. *El Día*, La Plata, 27 de febrero de 1971.

120. Dipba Mesa D, Factor S, Carpeta M. Bélica, Legajo 443.

121. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 2.

122. Causa Nº 8.897/69, foja 1776. Declaración de Lucía Swica. Como Jorge Caravelos estaba prófugo por el episodio de Campo de Mayo, su declaración y la de su esposa se incorporaron al expediente.

123. *La Voz del Interior*, Córdoba, 5 de junio de 1971.

124. *La Voz del Interior*, Córdoba, 15 de junio de 1971. El destacado es nuestro.

125. FAL Comando Polti Lezcano Taborda, Mensaje al Plenario Clasista, noviembre de 1971, *América Latina*, Córdoba, noviembre de 1971.

126 *Clarín*, Buenos Aires, 19 de mayo de 1971.

127. La reconstrucción de este episodio está basada en los diarios y en los testimonios de Ana María Papiol, Pichón y Alberto Durante.

128. *Clarín*, Buenos Aires, 27 de junio de 1971.

129. Ídem.

130. *América Latina*, julio de 1971.

131. Dipba, Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 128.

132. Juan Carlos Cibelli y otros, sin título, Buenos Aires, edición del autor, 1972, cap. 1.

133. Ídem, cap. 3.

134. Ídem, “Conclusiones”.

135. *Papeles de Malter*, ob. cit., p. 53.

136. *Clarín*, Buenos Aires, 8 de setiembre de 1971.

137. *La Prensa*, Buenos Aires, 29 de octubre de 1971.

138. Más tarde, se quiso ver en la creación del “Camarón” un intento por combatir a la guerrilla dentro del marco legal. Contra esta idea suele levantarse la objeción principal de que la dictadura que lo creó estaba igualmente fuera de la legalidad.

139. *La Prensa* y *Clarín*, Buenos Aires, 15 de enero de 1972.

140. Patricia Hearst, nieta del magnate estadounidense de los medios William Randolph Hearst, fue secuestrada en 1974 por el Ejército Simbionés de Liberación, y se unió a ellos después de que su abuelo llegó a donar varios millones de dólares para los indigentes del estado de California. La arrestaron durante el robo a un banco ese mismo año, pero salió indultada en 1976 y retomó su vida de rica heredera.

141. Este episodio fue reconstruido gracias a testimonios de ex militantes que participaron en la asamblea en la que se tomó la decisión, dos de ellos directos, y el resto a través de las versiones que les confiaron más tarde a otros militantes.

142. Revista *Gente*, Buenos Aires, 11 de mayo de 1972.

143. Los ex militantes que se enteraron de este hecho a través del autor de

este libro se mostraron, en general, horrorizados, y lo condenaron sin atenuantes.

144. Mario Pellegrini (comp.), *La imaginación al poder*, Buenos Aires, Insurrexit, 1968.

145. Algunos testimonios de ex FAL Inti Peredo sugieren que la columna era autónoma, pero el Gaita, militante de la primera hora del zaratismo, asegura que surgieron encuadrados en esa corriente.

146. Cámara Federal en lo Penal de la Nación, Sala II, Causa Nº 82/71, foja sin numeración visible.

147. Carlos de la Fuente no estaba preso porque había hecho uso de la opción a salir del país, como le correspondía al detenido sin condena en estado de sitio.

148. Este testimonio se publicó por primera vez en *La patria fusilada*, entrevista colectiva de Francisco Urondo a los tres sobrevivientes: María Antonia Berger, Alberto Camps (FAR) y René Haidar (Montoneros), acompañada por dos poemas de Juan Gelman, Buenos Aires, edición de la revista *Crisis*, 1973.

149. De los dieciséis muertos, once pertenecían al ERP, tres a las FAR y dos a Montoneros.

150. Cámara Federal en lo Penal de la Nación, Sala II, Causa Nº 591/72 "Luis María Aguirre y otros. Actividades subversivas, tenencia de armas y munición de guerra, tenencia de explosivos, asociación ilícita, etc.", fojas 1 a 10.

151. Causa Nº 591/72, fojas 11 a 26.

152. Ibídem, foja 179.

153. *Clarín*, Buenos Aires, 30 de agosto de 1972.

154. *Clarín*, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1972.

155. Declaración de los dos militantes que custodiaban a Gianni a una autoridad policial no identificada, archivada en un folio sin membrete ni firma oficial en los archivos de la Dipba, Mesa D, Factor S, Carpeta M. Bélica, Legajo 443.

156. En realidad, el hecho de que Tato haya enviado esta respuesta es lo que permite deducir que antes había recibido las objeciones que le hicieron llegar desde Córdoba.

157. *La Voz del Interior* y *Los Principios*, Córdoba, 27 de setiembre de 1972.

158. La reconstrucción de los hechos relacionados con el "infiltrado", desconocidos hasta por muchos ex militantes de FAL Che, fue realizada sobre la base de documentos y testimonios fragmentarios. Confiamos en que la versión aquí presentada sea, si no absolutamente exacta, bastante fiel a la realidad.

159. Eudald Cortina, *Grupo Obrero Revolucionario:El trotskismo armado en la Argentina*, www.elortiba.org/pdf/GOR.pdf, p. 5

160. Publicado por Granica Editores, Buenos Aires, 1972, y posteriormente por editorial Catálogos, 1986.

161. *Clarín*, Buenos Aires, 11 de setiembre de 1972. Ese día los locales ganaron 3 a 0.

162. Causa Nº 8.897/69, fojas 2011 a 2035.

163. Richard Gillespie, *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 153.

164. *Máxima peligrosidad*, sin datos de autor, Buenos Aires, Candela, 1973. El texto respeta a rajatabla la desgrabación del interrogatorio, con sus pausas, vacilaciones y muletillas; además, se optó por reproducir un pequeño resumen de lo que en el original ocupa varias páginas.

165. Archivo Cedinci.

166. El contenido del volante de la JP puede deducirse de la respuesta posterior de FAL 22.

167. FAL 22 de Agosto. *Carta abierta al pueblo y a la juventud peronista*, volante de agosto de 1973 (el destacado es nuestro). Dipba Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 988.

168. FAL 22 de Agosto y Comandos Populares de Liberación: *La lucha y la organización popular son la única garantía de triunfo,* 15 de octubre de 1973 (el destacado es nuestro). Dipba Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 1054.

169. En 1973, los CPL dejaron de existir: una parte dirigida por Eduardo Jozami, su líder histórico, se unió a Montoneros, y otra, a FAL 22 de Agosto.

170. *A nuestro pueblo*, FAL 22 de Agosto, Buenos Aires, septiembre de 1973, www.cedema.org.

171. *Clarín*, Buenos Aires, 19 de setiembre de 1973. Varios ex militantes de FAL 22 aseguran que con el mismo método, y por motivos similares, en otra oportunidad se arrojaron dieciocho cohetes contra la Embajada de Chile desde la plaza que está enfrente. Pero este hecho no pudo ser confirmado, ya que no figura en ninguna lista de hechos de violencia de la época.

172. Alicia Servetto, “Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne”, revista *Estudios* Nº 15, Córdoba, CEA-UNC, 2004.

173. *La Voz del Interior*, Córdoba, 18 de mayo de 1975.

174. *El Mundo*, Buenos Aires, 26 de diciembre de 1973. Este diario estaba ligado al PRT-ERP.

175. *Mayoría*, Buenos Aires, 29 de diciembre de 1973.

176. *Clarín*, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1973.

177. *29 de Mayo* Nº 3, Buenos Aires, enero de 1974.

178. *El Mundo*, Buenos Aires, 17 de enero de 1974.

179. Dipba, Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 1549.

180. Dipba. Mesa D, Factor S, Carpeta Varios, Legajo 2243.

181. El abogado Jorge Anzorreguy, hijo del juez secuestrado, recuerda que la policía respondió inmediatamente el pedido del juez del *habeas corpus* e informó

que Schneider se encontraba a disposición del PEN, pero que el juez encargado de contestar el *habeas corpus* no había concurrido al día siguiente al juzgado y no pudo comunicarlo a la familia.

182. *La Nación*, Buenos Aires, 2 de marzo de 1975. Una confusión similar se había dado en el caso del cónsul paraguayo.

La historia de la infiltración y el asesinato de Enrique Rodríguez Rossi fue reconstruida por Daniel Cecchini y Alberto Elizalde Real en el diario *Miradas al Sur* del 7 de agosto de 2011, como parte de una serie de notas sobre el accionar de la CNU y la represión al movimiento estudiantil en La Plata.

184. Dardo Castro y Juan Iturburu, “Organización Comunista Poder Obrero”, *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, Nº 1, diciembre de 2004. La caracterización del triunfo del Frejuli corresponde a este artículo, por lo tanto es retrospectiva.

185. *El Combatiente*, Buenos Aires, Nº 173, 1975. El comunista checo Julius Fucik había escrito: “He vivido para la alegría y por la alegría muero. Agravio e injusticia sería colocar sobre mi tumba un ángel de tristeza”.

186. Gustavo Plis-Sterenberg, *Monte Chingolo, la mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

187. Dardo Castro nos aseguró que Corsiglia y D’Arruda no llegaron a conocerse.

188. Dardo Castro y Juan Iturburu, “Organización Comunista Poder Obrero (Ocpo)”, *Lucha Armada*… Nº 1. Castro aclara que su postura no fue favorable a este giro, aunque lo aceptó como decisión de la mayoría.

189. Se supone que ese mismo día fue secuestrada Liliana Malamud, la hermana de Marina.

190. El estado de abatimiento de Tato tras la desaparición de su esposa ha sido bien reflejado en la novela *Los compañeros*, del escritor y ex militante del ERP Rolo Diez, La Plata, De la Campana, 2000.

191. Este episodio se basa en la declaración de Graciela Vidaillac en la Causa n° 14.217/03, Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal n° 12, Secretaría n° 23, “causa ESMA”.

192. La fuga de Morales y Vidaillac fue narrada por el escritor Humberto Costantini en el cuento “Cacería sangrienta o la daga de Pat Sullivan”, incluido en el libro *En la noche*, Buenos Aires, Bruguera, 1985. También inspiró la película *La suerte que Dios me dio* (1987), del cineasta argentino Carlos Duering, radicado actualmente en México.

193. La presencia de ambos en la ESMA fue confirmada por testigos en la Causa n° 14.217/03, Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal n° 12, Secretaría n° 23 (“causa ESMA”).

194. *La Nación*, Buenos Aires, 18 de agosto de 1977.

195. *Primer Informe acerca de FAL Che*, Informe Confidencial de los Servicios de Inteligencia, 19 octubre de 1978, Archivo Cedinci.

196. Carta de Julián a Ramón (fecha ilegible pero sin duda escrita en 1977). Archivo personal de la esposa de Ramón.

197. FAL Che, *La dictadura militar gorila y la propuesta revolucionaria*, original mecanografiado, Archivo CEDINCI.

Bibliografía consultada

Acha, Omar, *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945-1962)*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2008.

Amaral, Samuel, *Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda*, www.ucema.edu.ar/publicaciones/documentos, Buenos Aires, 2005.

Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Norma, 1997.

AA. VV., *Che, el argentino*, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 1997.

Bustos, Ciro, *El Che quiere verte. La historia jamás contada del Che en Bolivia*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2007.

Castellano, Axel, y Nicanoff, Sergio, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del "Vasco" Bengoechea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2006.

Cibelli, Juan Carlos y otros, *Informe económico*, Buenos Aires, (s.e.), 1972.

Cortázar, Julio, *Libro de Manuel*, Buenos Aires, Sudamericana, 1973.

Cortina, Eudald, "Grupo Obrero Revolucionario (GOR). El trotskismo armado en la Argentina", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, Nº 3, 2005.

Costantini, Humberto, *Cuentos completos*, Buenos Aires, Ediciones R y R, 2010.

Diez, Rolo, *Los compañeros*, La Plata, De la Campana, 2000.

Espinosa, Eduardo, y Mendoza, Mónica, *Recordando a Montoneros. Los Barry de Adrogué*, Cuadernos del Programa de Historia Oral, Buenos Aires, FFyL-UBA, 2006.

FAL América en Armas y Grupo Obrero Revolucionario, *Máxima peligrosidad*, Buenos Aires, Candela, 1973.

Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2002.

Flores Montenegro, Rafael, *Pasión y caída. Memoria de la Mesa de Gremios en Lucha (1973-1976)*, Unquillo, Abrazos, 2008.

Franco, Marina, y Levin, Florencia (comp.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

Frondizi, Silvio, *Doce años de política argentina*, Buenos Aires, Praxis, 1958.
____________, *Bases y puntos de partida para una solución popular*, Buenos Aires, Editorial Ciencias Políticas, 1961.
García Lupo, Rogelio, *Mercenarios y monopolios en la Argentina*, Buenos Aires, Legasa, 1984.
Gillespie, Richard, *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
Greene, Graham, *El cónsul honorario*, Buenos Aires, Sur, 1973.
Grenat, Stella, "Una espada sin cabeza. Los antecedentes de FAL (1959-1969)", *Razón y Revolución*, Buenos Aires, Nº 13, invierno de 2004.
____________, *Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los años 70*, Buenos Aires, Ponencia en las I Jornadas Internacionales de Investigación y Debate Político, 2008, CD del Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales (Ceics).
Malter Terrada, Carlos Alberto. *Papeles de Malter*, Buenos Aires, (s.e.).
Memoria Abierta. *Memorias en la ciudad. Señales del terrorismo de Estado en Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 2009.
Negro, Norberto, *Yo… sólo cumplo órdenes*, Córdoba, Castelfidardo, 2007.
Pasquali, Laura (comp.), *Historia social e historia oral*, Rosario, Homo Sapiens, 2008.
Pérez, Jorge Horacio, *Textos pendencieros*, Avellaneda, Manuel Suárez Editor, 2005.
Plis-Sterenberg, Gustavo, *Monte Chingolo, la mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.
__________, "Las Fuerzas Argentinas de Liberación. Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina", Anuario del Cedinci, Buenos Aires, Nº 14, 2003-2004.
Salas, Ernesto, *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos, 2006.
Tarcus, Horacio, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milciades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
Tosco, Agustín, *La lucha debe continuar. Testimonio del Cordobazo*, Buenos Aires, Libros para el Tercer Mundo, 1975.
Servetto, Alicia, "Córdoba en los prolegómenos de la dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne", revista *Estudios*, Córdoba, Nº 15, CEA-UNC, 2004.
Szpunberg, Alberto, *El che amor*, Buenos Aires, Editora Nueve 64, 1965.
Zárate, Camilo y Zárate, Gervasio (Mauricio Malamud y Luis María Aguirre), "Ciencia y violencia", revista *Teoría y Política*, Buenos Aires, Nº 2, marzo-abril de

1969.
Zumalabe Makirriain, José María, "El materialismo dialéctico, fundamento de la psicología soviética", International Journal of Psychology and Psychological Therapy 2006, vol. 6, Nº 1, pp. 21-50.

Diarios consultados:

Clarín, *Crónica*, *La Nación*, *La Prensa*, *Última Hora*, *El Mundo*; *El Día* (La Plata), *La Capital* (Mar del Plata), *La Capital* (Rosario), *La Gaceta* (Tucumán), *La Voz del Interior* (Córdoba), *Los Andes* (Mendoza), *Los Principios* (Córdoba), *ABC* (Asunción del Paraguay).

Revistas consultadas:

América Latina, *Análisis*, *Así, Cristianismo y Revolución*, *El Combatiente*, *Estrategia*, *Gente*, *Lucha Armada en la Argentina*, *Nuevo Hombre*, *Panorama*, *Periscopio*, *Primera Plana*, *Siete Días*, *Teoría y Política*.